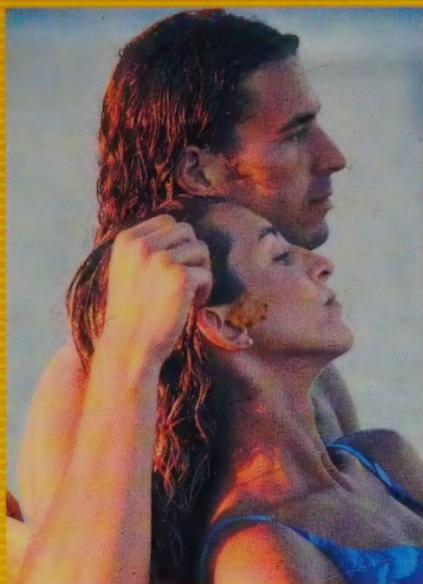


Espasa Práctico

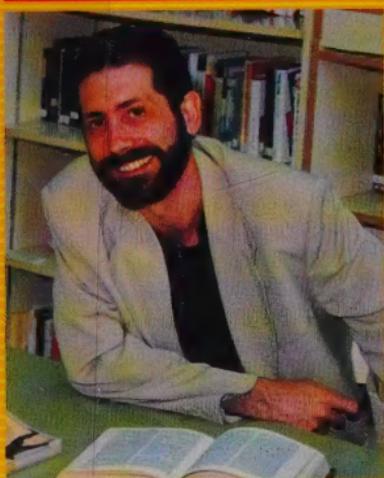
haz tu vida más fácil



VIVIR *con* CÁNCER

Javier Mahillo

ESPASA  PRÁCTICO



Javier Mahillo, doctor en filosofía y catedrático de enseñanza media, lleva años dedicado a la docencia, impartiendo cursillos y dando conferencias por toda España, aunque en los últimos años ha cobrado celebridad por sus ingeniosas intervenciones en debates televisados de gran audiencia.

Además de su tesis doctoral sobre *El sentido del sufrimiento en santo Tomás de Aquino*, ha publicado, entre otros, *Pasatiempos filosóficos y problemas de lógica para bachillerato*, *Platón, Nietzsche, Tomás de Aquino*, *Ética y vida*, *Luz y poesía en la pintura de Libia Monteónate* y, en esta misma colección, *¿Sabes estudiar?*, *¿Sabes enseñar?* y *Mis pequeños monstruos*.

Espasa Práctico

haz tu vida más fácil

VIVIR
con **CÁNCER**

Espasa Práctico
haz tu vida más fácil

VIVIR *con* **CÁNCER**

Javier Mahillo

97884004580823



ESPASA PRÁCTICO

Directora de la colección: Victoria Esteban-Infantes
Editora: Lola Cruz

Diseño de cubierta: Juan Pablo Rada
Diseño de interior: Herederos de Juan Palomo

© Javier Mahillo, 2000
© Espasa Calpe, S. A., 2000

Depósito legal: M. 22.917-2000
ISBN: 84-239-9001-X

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: UNIGRAF, S. L.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

*A todos los que viven,
día tras día,
sin esperanza*

Mi sincero agradecimiento al doctor García Bueno y a todo el personal de la Policlínica Miramar y de SEROSA, por su capacidad para conjugar amabilidad y eficacia profesional.

Mis disculpas a todas las personas que he olvidado mencionar, y a todas las que he mencionado y hubieran preferido que no lo hiciera. Lo siento. Ésta no es una descripción rigurosa de la realidad, sino un conjunto de impresiones subjetivas de un enfermo inflado de medicamentos hasta las cejas.

Índice

Introducción

El porqué de este libro	13
Mis queridos hijitos	15

Capítulo 1

Los primeros síntomas	19
¿Ciática yo?	21

Capítulo 2

La señal de alarma	33
Una semana negra.....	35

Capítulo 3

Hospitalización y primer diagnóstico	45
De ciática a cáncer y tiro porque me toca	47

Capítulo 4

Buscando otras metástasis	89
A por todas	91

Capítulo 5

Empezamos con las terapias	125
Vuelta a casa con la <i>quimio</i> a cuestas	127

Capítulo 6

La tediosa rutina del canceroso	177
Un verano en Mallorca	179

Capítulo 7

Termina la <i>quimio</i> y empieza la <i>radio</i>	203
Que no decaiga la fiesta	205

Capítulo 8

Convalecencia diarreica	223
Cómo escribir y polemizar con el culo escocido	225

Capítulo 9

Vivir en la incertidumbre	273
Al final, ¿me curo o no me curo?	275

Epílogo

Despedida y cierre	293
Tanto amas, tanto vales	295

Apéndice

Breve historial clínico	303
Nota de última hora	313

Introducción

El porqué de
este libro

Mis queridos hijitos

La muerte está tan segura de su victoria
que nos da toda una vida de ventaja.

HÉROES DEL SILENCIO

Espero que cuando os dejen leer esta especie de memorias tragicómicas ya tendréis un buen puñado de años a las espaldas. Pero al día de hoy, mientras entretengo las largas horas de mi calvario confesándole al ordenador lo que me está pasando por el cuerpo y por la mente, no sois aún más que cuatro críos. Divertidos y avispados, eso sí —que por algo sois hijos míos—, pero pequeñajos e inmaduros a más no poder. Y por eso, precisamente por eso, he decidido escribiros.

El 24 de febrero de 1998 —rozando ya el fin del milenio— los médicos descubrieron en mi columna vertebral un tumor maligno que me llevará a la tumba si nadie lo remedia. Repuesto del susto —si es que uno puede realmente reponerse de esta clase de sustos—, miro a mi alrededor y no descubro más que un puñado de calderilla.

Tú, Raquel, nuestra primogénita, con apenas once años recién cumplidos, te crees ya muy mayor, y aunque es evidente que empieza a emerger de ti una preciosa mujer —de cuya compañía no sé si podré disfrutar algún día—, lo cierto es que aún te queda mucho para poder entender lo que se está cocinando en casa.

Álvaro, tú eres el segundo de a bordo, y aunque el título de *el más bruto* nadie osa discutírtelo, aún tienes menos años que dedos en las manos. Así que, a pesar de que eres el más listo de tu clase, ¡imagínate el calibre actual de tus entendederas!

Leyre, tú vas un año a la zaga de tu hermano —siempre pisándole los talones para ponerle nervioso— y, con tu cabello rubio, tus dientes al tresbolillo y ese admira-

ble don de gentes que Dios te ha dado, sigues siendo una muñequita linda.

Y a ti, Carlitos, nuestro benjamín, un rabo de lagartija con poco más de seis años y la cabeza repleta de chichones, ¿qué quieres que te diga, además de que hay que echarte el pienso aparte?

Así que éste es el panorama. Negro y desolador a todas luces para cualquiera que se ponga en mi lugar, más aún sabiendo como sé las posibilidades que existen —demasiadas posibilidades por cierto— de que la muerte se interponga muy pronto entre nosotros.

Mamá os ha dicho que estoy muy malito, porque este tipo de evidencias no pueden ocultarse, y menos aún a los ojos de los niños. Pero no os hemos contado toda la verdad, la cruda y simple verdad: que en unos meses podéis engrosar el club de huérfanos para el resto de vuestras vidas. Porque, si ahora os contáramos claramente lo que está pasando —algo que podría marcaros para siempre—, probablemente ninguno lo entenderíais y creo que os haríamos un flaco favor echándoos tan pronto este fardo a las espaldas. Por otro lado, teniendo en cuenta que cada vez hay más gente que sobrevive al cáncer —porque la ciencia sigue inventando remedios *día sí y día también*—, sería una mala faena permitir que sufrierais innecesariamente por mi culpa; porque a lo mejor, después de llevaros el sofocón, un día me echabais en cara que aún no me había muerto...

Así pues, esta especie de diario que empecé en la clínica hace unos días como una simple crónica de mi enfermedad, simplemente porque me pareció oportuno llevar la cuenta de todas las pruebas, operaciones y medicaciones que está soportando mi cuerpo serrano, lo voy a transformar en algo más profundo: el reflejo más o menos subjetivo —como todos los reflejos— de lo que

estoy pasando y pensando a lo largo de estos meses. Es decir, de lo que soy.

¿Para qué? Pues para poderos transmitir, aunque sea de forma aplazada, lo que me gustaría contaros en directo si tuvierais unos años más y me pudierais entender.

Siento no poder dejaros, hoy por hoy, más herencia que mis escritos y una madre que os quiere como a nada en el mundo, y que sabe dónde pisa (que no es poco). No ha sido por falta de ganas, sino de tiempo. Si al final mi dolencia no tiene remedio y he de irme definitivamente, quizá un día, cuando pase el temporal y vuelvan las cosas a su cauce, podréis leerlos tranquilamente y saber de primera mano quién era vuestro padre (así podréis reconocerme cuando nos volvamos a ver; que, como dice el proverbio italiano, *cuando termina el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja*). Además, nunca se sabe. A lo mejor se produce el milagro y los podemos leer en compañía, compartiendo mis reflexiones sobre el bien y el mal, la salud y la enfermedad, el placer y el dolor, el cuerpo y el alma..., recordando estos días *a toro pasado* y riéndonos juntos de los peces de colores.

Ya sé que no es gran cosa lo que os entrego como testamento. Pero al menos podréis sentirnos orgullosos de haber tenido un padre que, cuando se encontró con la muerte de sopetón a los treinta y ocho años, no salió huyendo. Tengo tan claro que esta vida no es más que la primera parte (y la menos interesante, por cierto) que, pese a pecar de humor negro, me gustaría que en mi epítafio os atrevierais a poner: «*Murió haciéndonos reír*».

Capítulo 1

Los primeros
síntomas

¿Ciática yo?

No hay que tener miedo de la pobreza, el destierro,
la cárcel o la muerte.
De lo que hay que tener miedo es del propio miedo.

EPICTETO

Como toda historia incluye unos prolegómenos que deben tenerse en cuenta, para empezar conviene que me remonte más o menos a Viriato. Pero no os impacientéis, hijos míos, seré breve y conciso y prometo ir directo al grano (aunque sea purulento).

Agosto del 96

No creo que os acordéis, pero hace año y medio, cuando estábamos de vacaciones de verano, me escapé de casa para ir como «asesor ideológico» a unas convivencias en el Pirineo aragonés. Aunque me lo pasé *chachi piruli* con un grupo de chicos y chicas burgaleses, al segundo o tercer día empecé a notar un dolor muy curioso que me corría por la pierna derecha. Yo entonces no tenía ni idea de qué era eso. Ya veis que, aunque os parezca muy viejo, nunca es tarde para aprender cosas nuevas. A mis treinta y siete años tuve una experiencia totalmente novedosa: el amargo sabor de la ciática.

Después de aguantar seis o siete horas un dolor sordo y bastante desagradable, llamé a mamá (que sabe más de medicina que el mago Merlín) y me aconsejó que me tomara un antiinflamatorio. Yo no sabía ni qué era eso, porque las medicinas y yo nos ignoramos mutuamente. Pero, como ya me estaba poniendo nervioso, pregunté a todo el mundo y acabé topando con uno de esos que siempre van con el botiquín a cuestas. Me tomé no una, sino tres o cuatro cápsulas. Y, al fin,

se calmó el dolor, me olvidé del asunto y di el tema por zanjado.

Febrero del 97

La cosa no quedó en anécdota curiosa de un montañero consagrado, como yo, hasta entonces. Seis meses después me volvió a dar un nuevo ataque de ciática mucho más intenso que el primero.

Esta vez ya sabía lo que era: un dolor agudo que me bajaba por la pierna derecha hasta el tobillo, como si tuviera ensartado un alambre candente. Y, aunque nunca me he tenido por quejica, la verdad es que se me quitaron las ganas de hacer bromas, porque me dolía tanto que no podía ni estar sentado.

Un poco preocupado por el tema que ya me parecía demasiado recurrente, consulté con mi médico de cabeza, y éste me dio de baja y tuve que estar unos días en cama, bastante desagradables, por cierto, porque no encontraba ninguna postura que me dejara tranquilo. Pero después de tragarme un montón de inyecciones (de esas tan ricas que te dejan la pierna tiesa como un palo), y someterme a unas cuantas sesiones de rayos láser (eso no dolía, ¡menos mal!), me dieron de alta y volví a incorporarme al instituto, donde me gano los garbanzos dando clases de filosofía.

De todos modos, harto de la ciática y un poco preocupado por averiguar el motivo por el que me dolía precisamente a mí (y no a mi vecino del quinto, por ejemplo), en cuanto pude salir de casa me puse en manos del doctor Mulas, que sospechó que los dolores de ciática podían venirme a consecuencia de un accidente de coche que tuve hace veinte años; ya que, al parecer, se me quedó la columna vertebral un poco *salomónica* y podría tener algún pinzamiento que me irritara el nervio ciático (no es

necesario recordaros que vuestro padre sólo se parece a Rambo en el blanco del ojo). Para confirmarlo, el 7 de febrero me hicieron —por prescripción facultativa— una *resonancia magnética* (la primera de mi vida) y una *radiografía*, pero allí no apareció ni *hernia discal* ni nada de nada.

El informe de la resonancia magnética rezaba así:

Las imágenes obtenidas muestran que las dimensiones del canal lumbar son adecuadas. El cono medular y las raíces de la cola de caballo son normales. La morfología de los cuerpos vertebrales es normal y la altura de los discos está conservada. No hay signos de hernia discal ni de compresión radicular de otra naturaleza. Conclusión: I.R.M. de columna lumbar: normal.

Resumiendo, que estoy como un tren.

El informe que acompañaba la radiografía, sin embargo, detectaba las secuelas de mi accidente de coche:

Escoliosis dorso-lumbar izquierda con rotación vertebral asociada. Asimetría de altura de crestas ilíacas y cabezas femorales, estando más descendida la izquierda en unos 25 mm. Discos intervertebrales respetados. Pequeños signos artrósicos interapofisarios.

Visto lo cual, aunque no parecía nada grave, toda la culpa se la echamos a estas pequeñas *artrosis* en la columna vertebral. Por lo que, a partir de entonces, todo se redujo a asistir varios meses por las tardes a sesiones de rehabilitación para aprender ejercicios que me aliviaran el dolor y fortalecieran la musculatura, evitar hacer determinados movimientos, no llevar pesos, no estirarse mucho para coger el bote de los caramelos que tenía escondido en la despensa, etc. En fin, un rollo pa-



tatero, pues por aquel entonces acabábamos de comprar una pequeña casa en el campo (¿os acordáis? Se llamaba *Ca'n Totó*, en honor de *Totó*, el osito de peluche de Leyre) y estábamos en plenas reformas para ponerla un poco decente. En resumen, que todo lo que fuera cavar, llevar la carretilla cargada, apilar leña o recortar el seto me estaba rigurosamente prohibido y, cuando caía en la tentación,

mamá se apresuraba a recordármelo (no sé por qué será, pero recuerdo aquellos fines de semana cortando el seto a escondidas, con cierto asco desasosegante).

Abril del 97

Renqueando, renqueando, y siempre con exquisito cuidado para no hacer ciertos movimientos que según los médicos agravaban mi dolencia, llegué la Semana Santa, y entonces (recuerdo que fue justo después de llevaros a ver la procesión del Viernes Santo) me dio el ataque más doloroso de mi vida (hasta entonces). Fue algo absolutamente insoportable. Creí volverme loco.

Para arreglarlo, esa misma tarde acababa de llegar de visita mi hermana Begoña —vuestra tía—, con su marido y la primita Myriam, para pasar las vacaciones con nosotros.

Como el Movalis (un antiinflamatorio que ya era como de la familia) no me hacía efecto, y al día siguiente me dolía aún más fuerte, mamá cogió el coche y me llevó a urgencias. Aunque de casa a la Policlínica Miramar habrá unos veinte kilómetros, fue, sin duda alguna, el

trayecto más largo de mi vida y, pese a ir casi todo el camino por autovía, noté en la pierna cada una de las rayas e imperfecciones del asfalto. Cuando llegamos, aunque no podía ni tenerme en pie, entramos en urgencias y nos hicieron esperar un rato hasta que nos tocó el turno. Yo ya no sabía ni cómo ponerme; así que, cuando un doctor nos hizo pasar a su consulta, le pedí por favor que me dejase tumbarme en la camilla, con lo que me sentí un poco aliviado. Me puso una inyección de no sé qué calmante y nos mandó a paseo.

Con lo celoso que suelo ser con mis derechos, en esta ocasión fui un imbécil, porque en vez de quedarme allí hasta que se me quitara el dolor, me levanté todo obediente y salí con la pierna a rastras hasta el coche. ¡Vaya viaje de vuelta a casa! Porque si mala fue la ida, ésta fue horrorosa. Al final, como no hay viaje que cien años dure, llegamos y, puesto que la inyección no acababa de hacerme ningún efecto, me tomé dos pastillas de Adolonta (que no una) y me quedé medio *groggy*.

Las vacaciones las pasé en cama, como es de suponer, tragando calmantes de todos los colores mientras veía a mamá que me miraba con cara de vaca degollada, y a vosotros cuatro correteando por allí y pegando botes en mi cama cada vez que me descuidaba (anda que Carlitos no se revolcó ni nada encima de mi pierna, el muy hijo de su padre...).

Cuando me pude levantar, volvieron —¡cómo no!— las tandas de inyecciones *para supercampeones*, sesiones de láser y demás mandangas (*calambricos* incluidos, enchufado a una máquina infernal que prefiero no saber quién la inventó).

Entre unas cosas y otras, un mes después, poco más, poco menos, pude reincorporarme al trabajo, aunque continué durante meses haciendo los consabidos ejercicios de rehabilitación por las tardes.

Así escrito en un papel, se dice pronto «un mes en la cama», pero los meses tienen muchos días; tantos, tantos que no se acaban nunca. Y para alguien como yo, que no sé estarme quieto, resultó un verdadero calvario. Pero, en fin, la vida es así: unas veces te obliga a forzar la maquinaria a tope y otras a estarte *quieto parao* por más que te pese.

Para darle más emoción a la cosa, cuando aún me dolía la pierna tanto que me pasaba el día tumbado en la cama con un almohadón debajo de la rodilla, me llamaron por teléfono nada menos que de Tele 5 para invitarme por primera vez en mi vida a *Moros y cristianos*, el superdebate de moda en esas fechas. Y como ya sabéis —porque, aunque tenéis corta la edad, no así las entenderas— que vuestro padre está un poco *sonao*, no pude resistirme a semejante tentación. A fin de cuentas, no todos los días te dan la ocasión de ir a la tele para que Javier Nart y el padre Apeles te pongan a parir durante cuatro horas, delante de tres o cuatro millones de televidentes.

¿Que por qué le invitaron precisamente a vuestro padre a participar en tamaño acontecimiento televisivo? Pues supongo que por mi talante dialogante, por mi reconocido prestigio intelectual, por mi simpatía natural, por mi nobleza de espíritu y porque hacía unos días —cabreado por lo mucho que se insultaban y lo poco que argumentaban— había dejado uno de estos debates a medias para cambiar el televisor por el ordenador y escribirle una carta a Javier Sardá, que decía así:

Palma de Mallorca, 20.03.97

Querido Javier:

Hace tiempo que espero con impaciencia tu invitación para participar en Moros y cristianos, pero como no me llega (quizá porque aún no sabes que

existo), me he decidido a escribirte para ofrecerte mi colaboración, como debatidor nato que soy. (La primera vez te lo haré gratis. Si te gusta y me adjudicas un sillón fijo en tu programa, ya hablaremos.)

Para que te hagas una idea de quien te escribe, paso a enumerar mis cualidades más características (como si de un detergente se tratara):

- Soy navarro, moreno y saleroso (más guapo que Mister Proper).
- Tengo treinta y siete años, barba y amoto.
- Me gano la vida como doctor en filosofía, catedrático de instituto y profesor de sociología de la Educación en la Universidad de las Islas Baleares.
- He publicado una docena de libros sobre filosofía, pedagogía y artes marciales. El más famoso (publicado por Espasa Calpe) se titula *¿Sabes estudiar?* y ya se está agotando la cuarta edición, con 40.000 ejemplares vendidos (se ve que hay mucho estudiante tarugo por ahí suelto).
- Desde hace diez años imparto cursos formativos para profesores, escuelas de padres (lógicamente para madres) y toda clase de conferencias para todos los públicos. La mayor parte, organizadas por el Govern Balear y el Ministerio de Educación y Ciencia.
- He participado en muchos programas de radio y en quince o veinte debates televisivos (a nivel balear: Canal-4 y Telenova). Participé también, una vez, en un debate de Antena 3, invitado por Jesús Hermita (aunque no sea, precisamente, el santo de mi devoción).
- Soy cantautor y karateca amateur.
- Estoy casado con una de las dos o tres ingenieras de caminos que hay en Baleares. Y entre los dos te-

- nemos cuatro hijos (la «mayor» de nueve años).*
- *Si quieres «encasillarme» ideológicamente (cosa que querrás), se puede decir que soy humanista cristiano de la rama simpático-cachonda (como el padre Apeles, pero más filósofo y menos insultón). Mi peor defecto es que, cuando me pongo a hablar, me apasiono y no dejo meter baza a nadie.*
- *Me niego a debatir en público sobre temas que no son de mi especialidad. Pero puedo resultar muy interesante cuando hablo de educación, enseñanza y fracaso escolar, juventud, familia y sociedad, filosofía y religión, ética en general y bioética en particular (aborto, pena de muerte, suicidio, ingeniería genética, etc.). Por cierto, mi libro *Ética y vida* (EIUNSA, 1992) lo acaban de publicar en inglés, en Irlanda y Kenya.*

Supongo que con semejante ficha técnica rápidamente te habrás dado cuenta de que soy genial, único e irreplicable (y, sobre todo, muy modesto) y estarás ya dando botes de impaciencia por conocerme.

Pues bien, si aún no te has decidido a archivar mi carta en la papelera y de verdad te interesa mi oferta, llámame y te cuento más detalles, vente unos días de vacaciones a Mallorca (que se está muy bien) o invítame a participar —como cristiano— en uno de tus debates (más que nada, porque no tengo turbante).

Me he decidido a escribirte porque me cae simpático tu programa, y creo que te vendrá bien alguien que insulte menos y debata más (argumentando duramente y sin piedad, pero no ad hominem, pues creo que al público le interesan los temas, no si los debatientes llevan greñas o sotana). Como te tengo por un chico listo —de los que no desperdician las buenas ocasiones sin considerarlas— y, por otro lado, sabes

que no te comprometes a nada llamándome, espero que te pongas ¡YA! en contacto conmigo (los isleños también existimos).

De todas maneras, decidas lo que decidas, recibe un cordial abrazo de este pamplonica que vive aburrido en el exilio.

Javier Mahillo

Así que, con los ánimos de mi hermana y mi cuñado, y pese a la oposición de mamá, a la que —sensata como es ella— le pareció una locura, acepté la invitación y a los tres o cuatro días me fui con la pata a rastras a Barcelona.



Tal era así que, mientras esperábamos para entrar al plató me tuvieron quietecico tumbado en un sofá, allí, en mitad del pasillo. Y, todo hay que decirlo, aunque me habían prometido y jurado por todos los santos que me darían un almohadón para sentarme mientras durase el debate, a la hora de la verdad no encontraron ninguno «que hiciera juego con el decorado». Así que, a jorrobarse. Cuatro horas *amarrado al duro banco*.

De todos modos, en cuanto empezó la trifulca (que esta vez iba de *parejas de hecho*) se me olvidó lo de la ciática y me lo pasé estupendamente defendiendo con pasión mi postura y gritando exabruptos como todos, por si alguien era capaz de entender mis argumentos en me-

dio del griterío permitido y fomentado por Javier Sardá, que hacía como que moderaba.

¿Que por qué dejó de dolerme? Pues, hijos míos, porque la pasión de la mente, cuando es mucha, suele superar ampliamente las pequeñas tiranías del cuerpo. Ya os iréis dando cuenta conforme os hagáis mayores.

Octubre del 97

A mitad de un congreso organizado por Acción Familiar, al que me habían invitado un fin de semana para presentar una ponencia sobre el apasionante y desconocido ser que llamamos «adolescente», me volvió a dar otro ataque de ciática tremebunda. Y esta vez en Madrid, lejos de casa.

Pasé una noche de perros, pues al recepcionista del hotel sólo se le ocurría darme aspirinas. Intenté dormir en plan faquir con mucho control mental, pero se me clavaban los pinchos en el inconsciente. Así que, después de dar mil y una vueltas y revueltas por las dos camas de la habitación, cuando estaba ya al borde del desespero, salí del amasijo de sábanas, bajé por enésima vez a recepción y conseguí, a grito pelado, que llamaran a un taxista, que éste fuera a una farmacia y que me comprara Movalis.

Cuando al fin volvió, media eterna hora después, subí a la habitación y me puse ciego de antiinflamatorios. Pero como no me hacían ningún efecto (pues se ve que estaba muy, pero que muy inflamado), en cuanto salió el sol por el horizonte llamé al aeropuerto y cambié el vuelo que estaba programado para la tarde. Si me hubierais visto salir de estampida del hotel, con la pata a la rastra y como alma que lleva el diablo, para no perder el vuelo y morirme de asco en Barajas, os habríais reído y todo por lo peliculero del asunto, pero os aseguro que la cosa era para llorar.

Desde el hotel de Moncloa llegué al aeropuerto nada menos que en cuarenta minutos (un milagro patente, porque el taxista no era otro que mi ángel de la guarda, que estaba de guardia). Llegué a la puerta de embarque *motorizado* en uno de los carritos que hay por los pasillos (cogía carrerilla y me subía encima para descansar la pierna). Al verme las azafatas absolutamente desatado, me embarcaron por los pelos —aunque ya estaba todo el mundo en el avión— y me devolvieron a Mallorca en silla de ruedas, después de una larguísima hora de vuelo que prefiero no recordar.

Unos días a base de calmantes y antiinflamatorios hasta en la sopa me hicieron olvidar, poco a poco, el dolor. Y me reintegré de nuevo al trabajo con más mosqueo que otra cosa.

Recuerdo que por aquellas fechas me sentía bastante deprimido, porque veía que esto no se me calmaba con el paso del tiempo, sino todo lo contrario. Así que ya no podía contar con que el cuerpo me respondiera como antes a todo lo que le pidiera. Cuando me llamaban para ir a un debate en televisión o a dar una conferencia, ya no podía comprometerme con seguridad, pues siempre cabía la posibilidad de que en el último momento me diera un achuchón y todo se fuera al garete. ¿Jugar con vosotros, auparos y daros volteretas en el aire, como hacíamos antes? ¡Ni pensarlo! ¡Absolutamente prohibido! En fin, que no me resignaba a tener que vivir el resto de mi vida calculando cuidadosamente qué movimientos podía hacer y cuáles no, como si estuviera bailando una sardana. Me parecía insufrible eso de no poder correr, ni jugar un buen partido de baloncesto, ni cargar con dos cubos de agua o subiros a hombros sin estar siempre pensando que un esfuerzo hoy podía significar pasado mañana quince días metido en la cama sin moverme. Así es la vida. Mi cuerpo serrano que, hasta entonces, había sido

siempre un buen aliado, ya no era de fiar, porque sus planes y los míos dejaron de coincidir y él siempre acababa imponiéndose.

Diciembre del 97

Supongo que os acordaréis de esas Navidades, porque compramos una furgoneta de segunda mano y nos fuimos los seis alegremente a la aventura, para ver a la familia que tenemos dispersa por la península, *del uno al otro confín*.

Estuvimos en Valencia, Madrid, Toledo, Valdepeñas, Ciudad Real y Alicante. Y, aunque la víspera de Navidad me volvieron los ataques de ciática, como esta vez lo cogí a tiempo (me refiero al bote de Movalis que ya llevaba siempre conmigo cual abuelillo achachoso), me tomé rápidamente unas cuantas cápsulas y a vivir, que son dos días.

Aquí se acaba el *introito*. ¿Veis como he sido breve y he ido directamente al grano? Pues, ¿de qué os quejáis, enanos? ¡Dejad de darme la barrila y pasad al segundo capítulo!

Capítulo 2

La señal de alarma

Una semana negra

Dios no vino a suprimir el sufrimiento,
ni siquiera a explicarlo. Vino
a llenarlo con su presencia.

PAUL CLAUDEL

Febrero del 98

Como la cosa empieza a ponerse interesante, continuaré la narración con pelos y señales.

Jueves 19

Como ya sabéis, el mejor día del curso, para los escolares, es el de la excursión de tutoría. Como yo también lo sabía, no quise aguarles la fiesta a mis alumnos; así que, haciendo de tripas corazón, me fui de excursión con mi curso (el terrible 1.º A). Menos mal que quisieron acompañarme otros dos profesores: Marcos y Margarita, por lo que pudiera pasar.

Dedicamos la mañana a pasear por la reserva militar de cabo Pinar. Visitamos el faro y las pocas playas vírgenes que aún nos quedan en Mallorca y, frente a los pronósticos más agoreros, todo el mundo se lo pasó estupendamente, los chicos no dieron ningún problema, no sacaron las navajas, no violaron a nadie e incluso pude jugar un rato con ellos al billar y todo.

Teniendo en cuenta que, aunque durante toda la semana y la anterior había tenido muchas molestias con la dichosa ciática (incluso tenía ya la costumbre de llevar a clase un almohadón para poder sentarme), me había acostumbrado a su presencia a base de antiinflamatorios, de tal modo que el domingo anterior hasta me había atrevido a podar el emparrado de la casita de Ca'n Totó, y después de la excursión a cabo Pinar me las prometía muy felices, pero al día siguiente...

Viernes 20

Aprovechando que empezaba la *Semana Blanca* (vacaciones escolares para que cuatro alumnos se vayan a esquiar, y el resto, a casa a ver la tele), empecé con entusiasmo a preparar el proyecto de mi primer *best seller* filosófico: un libro escrito para el gran público interesado en saber de qué leches habla la misteriosa e incomprensible filosofía; abordando en él los grandes misterios que aún están por resolver (y que no creo que se resuelvan nunca, dicho sea de paso). Pero no metiendo el rollo patatero, como acostumbramos los profesores con la sana intención de torturar a nuestros abnegados alumnos, sino a partir de relatos cortos y sorprendentes que engancharan al lector planteándole cada cuestión del modo más simpático y atrayente posible. Pues todos sabemos la fama que tiene la filosofía de aburrida y tostonera.

En las pasadas Navidades, aprovechando que pasamos por Madrid, me había entrevistado con el director editorial de Espasa Calpe, y le pareció estupendo que alguien en nuestro país escribiera filosofía en plan divulgativo-apasionante y no especulativo-peñazo. Así que, ilusionado con el tema y con los cinco días de vacaciones que tenía por delante, me puse manos a la obra con absoluta pasión. (Supongo que os acordaréis de que en cuanto me ponía manos a la obra a escribir, vosotros acudíais *ipso facto* cual moscas a la m. a darme la murga, por cuestiones tan trascendentales como: «¡Papaaaá, papaaaá, Raquel ha cogido el mando de la tele y no nos deja ver los pituuufos!», o «Álvaro ha dicho culo»..., en fin, cosas así. Con lo que yo tenía que echaros a patadas de mi cuarto, mientras se me iba el santo al cielo y tal y tal.)

La cosa es que a media tarde empezó otra vez a dolerme el trasero con ejemplar constancia y tesón. Así que,

pese a que la redacción iba sobre ruedas, tuve que tragarme mi pasión literaria, apagar el ordenador y meterme en la cama a leer *S'Unió de S'Arenal*, la revista del barrio, en la que suelo publicar un artículo cada mes. Esta vez —ironías de la vida— iba sobre el suicidio del señor Sampedro. Para que os vayáis haciendo una idea de cómo se las gasta vuestro padre, decía así:

DEDICADO A...

LOS QUE SABEN MORIR

Hace unos días fue noticia la rebelión de un tetrapléjico frente a la Ley. Después de veintinueve años reivindicando su derecho al suicidio legal y asistido, y cansado ya de que los jueces no le dieran la razón, Ramón Sampedro ha puesto fin a su existencia por las bravas (una manera muy latina de actuar).

Mientras mantuvo la esperanza de imponer su criterio, dedicó su vida a lograr afanosamente su muerte, pasando a la historia como el abanderado de la eutanasia legal en España. Pero, al dar la batalla legal por perdida y cobrar conciencia de que su vida ya no tenía sentido, en cuanto ha encontrado quien le suministrara el veneno —asumiendo el riesgo de ir a la cárcel— ha decidido poner punto final a su existencia.

Supongo que los jueces no le quitaron la razón simplemente por fastidiarle. Ya que, aunque los defensores de la *muerte a la carta* lo ven todo tan sencillo (quien quiera matarse tiene derecho a que el médico le ayude a hacerlo del modo más indoloro posible, y todos tan contentos...), en realidad, el problema de legalizar el suicidio y la colaboración con el suicida es mucho más complejo.

En primer lugar —y pese al confusionismo terminológico cultivado por no pocos periodistas—, en el caso del señor Sampedro no se debe hablar de eutanasia —ya que no

se estaba muriendo—, sino de suicidio. La eutanasia, propiamente hablando, consiste en *dulcificar* la muerte de alguien que, por vejez o enfermedad terminal, se está muriendo con fuertes dolores (*eu-tanatos*: muerte dulce). Ésta puede ser **pasiva** (dejarle morir en paz, sin hacer nada extraordinario para prolongar su vida), lo cual no sólo es legal y moral en el mundo entero, sino que hacer lo contrario es una canallada (*distanasia* o *encarnizamiento terapéutico* le llaman...), o puede ser **activa** (quitarle la vida, por ejemplo, con una inyección letal), lo cual no es legal, pues, a fin de cuentas, es un homicidio premeditado. Y, evidentemente, **no es lo mismo matar a alguien que dejar que se muera de muerte natural.**

Como hay quien insiste en el derecho a morir cuando lo desee, es preciso distinguir también entre el derecho de un paciente terminal a pedir que el médico le mate para ahorrarse padecimientos (*eutanasia suicida*), y el derecho de los familiares —o el médico— a matar a un anciano o enfermo terminal cuando éste ya no puede pedirlo, es decir, sin su consentimiento (*eutanasia homicida*).

Dejando a un lado la falta de escrúpulos de los llamados *ángeles de la muerte*, que se atreven a ponerle punto final a la vida ajena cuando deciden que ya no tiene sentido (quitándose, ya de paso, de encima al anciano que no acaba de morir y embolsándose la herencia, si la hubiere), me preocupa más la mentalidad de los defensores del supuesto derecho a suicidarse.

¿Podemos recriminar a nuestros adolescentes que pongan fin a sus jóvenes vidas cuando atraviesan terribles etapas de amargura y desesperación y reivindicar, a renglón seguido, nuestro derecho a suicidarnos para evitarnos sufrimientos? Pues no me parece lógico.

Ni faltan tetrapléjicos (como el famoso Nobel de Física) que viven intensamente su vida a pesar de los pesares, ni multimillonarios que se suicidan hastiados de vivir. La

terrible tragedia del señor Sampedro y de tantos y tantos jóvenes y maduros incapaces de seguir viviendo se debe a su personal concepción de la vida y de la muerte. Ya que nunca lo hacen porque descubran que su vida no tiene sentido, sino porque ni se lo encuentran ni se esfuerzan por encontrarlo.

Todos sabemos que la vida no es Jauja. Las rosas tienen espinas. Y las cosas son como son, con sus luces y sus sombras. Lo malo no es tener miedo, sino dejarse llevar por el pánico y tirar la toalla cuando la cosa se pone fea. Es evidente que vivir requiere coraje y, por eso, el hedonismo, insistiendo en la búsqueda del placer y la huida del dolor a toda costa, le quita el sentido al sufrimiento purificador, sumiéndonos en la desesperación. De ahí que en una sociedad hedonista como la que nos ha tocado vivir, en la que no todas las vidas tienen el mismo valor, no resulta nada raro que proliferen publicaciones sobre el arte de suicidarse mejor y defensores de la eutanasia y el suicidio legal y asistido (no es nada nuevo: Epicuro ya defendía estas prácticas hace más de veinte siglos).

Ramón Sampedro ha logrado su objetivo, y si aún estuviera entre nosotros, habría que felicitarle. Lo triste es que se nos ha ido sin saber que, imponiendo su voluntad frente al Derecho, ha perdido la más importante de las batallas; pues, lo que tantos años ha sido el sentido de su vida —su lucha por el derecho a morir— se ha convertido en causa de su muerte. Hasta hace poco aún estaba vivo y, mientras hay vida, hay esperanza (de encontrarle un sentido). Ahora, al fin, se ha salido con la suya, pero ha dejado de existir. (Por si no es así, roguemos al Juez Eterno que se apiade de él y le permita descansar en paz.)

Después de pasarme la tarde encamado, pensando en el significado real de ese *sufrimiento purificador* del que

tan fácil es hablar cuando no eres tú quien lo está soportando, intenté dormir, pero, a pesar de los calmantes, no pude pegar ojo.

Sábado 21

Con lo bien que iba lo del nuevo libro, amanecí hecho polvo, así que, tragándome las ganas de escribir, tuve que quedarme mi segundo día de vacaciones en cama, sin poder moverme. La verdad es que eso de la ciática ya me estaba tocando mucho las narices.

La noche siguiente fue tan perruna que, para variar, creí conveniente ofrecérsela a Dios (por todos los que sufren por ahí en este mundo traidor y, ya de paso, por si se apiadaba de un servidor y me permitía dormir un poco). Pero no se apiadó. Así que, dando vueltas, revueltas y requetevueltas por todo lo ancho y alto de la cama (tanto que mamá se tuvo que ir a dormir a la biblioteca porque no le dejaba pegar ojo), fueron pasando las horas, una tras otra, lenta, pausada y angustiosamente, mientras yo me debatía sudoroso y acongojado en el potro del tormento.

Como hijos míos que sois, me imagino que tendréis un concepto muy alto de mí (cuando seáis adolescentes ya será otro cantar), por lo que hora es ya de que sepáis que vuestro padre no tiene madera de mártir. Así que, si un día algún ideólogo de *la otra España* decide darme carpetazo, alegando que mi fe y mis ideales son reaccionarios y están ya caducos, espero que tenga un hacha a mano, porque como le dé por torturarme despacito estoy perdido. Por más que me pese, soy capaz de renegar de todos mis principios y *cagarme en tos mis muertos* a la segunda bofetada. No obstante, como no veía otra escapatoria posible, decidí aguantar este calvario con *paciencia* (¡qué palabra tan fácil de escribir, pero tan difícil de pronunciar con la propia vida!) y dejarlo todo en manos

de Dios: *Él proveerá* —pensaba a menudo—, *siempre lo ha hecho y ya está muy viejo para cambiar a estas alturas.*

Domingo 22

Pese a que me había atiborrado de pastillas, lo pasé exactamente igual de mal que la víspera (noche incluida), pero peor, ya que *llovía sobre mojado.*

Mamá (ya sabéis que tiene una hernia discal y convive con sus dolores de ciática desde los dieciocho años) me regañaba, de tanto en tanto, al verme tan nervioso; aprovechando para recordarme que no me moviera tanto en busca de nuevas posturas que me aliviaran. *Es mejor* —me decía— *asumir el dolor, concentrarse en él y aguantar firmemente sin moverse, hasta que se te pase la crisis.*

Y no digo que no.

No dudo en absoluto de que éste sea un buen planteamiento —al menos en teoría—, pero, cuando empezaba a doler de verdad..., ¡ni concentración ni leches! Me ponía tan nervioso y ansioso por descansar, siquiera quince minutitos de nada, que si hubiera sabido que me iba a aliviar un poco, me habría puesto a dar patadas a las paredes... Pero como sabía que con eso sólo empeoraría las cosas, seguí allí en la cama, hora tras hora, retoriéndome de dolor y esperando que sucediera el milagro, cayera la bomba atómica o cualquier otra cosilla así sin importancia.

Recuerdo, como si fuera ayer, que no podía remediar pensar a todas horas: *¡Dios mío, Dios mío, qué difícil es asumir el sufrimiento que nos acompaña durante toda la vida! No dudo que sea verdad eso de que Dios aprieta pero no ahoga; pero, mientras aprieta, ¡qué mal se pasa, rediez!* Aun así, viendo la cara de mamá cuando me miraba, cada vez que pasaba por allí, me imaginaba lo duro que resulta también eso de ver a alguien sufrir y no poder hacer nada por él.

Lunes 23

Si fuera posible, diría que este día aún fue peor que los dos anteriores. Pues, además de quedarme exhausto y totalmente desmoralizado, veía cómo se iban pasando lentamente las vacaciones de la dichosa Semana Blanca (aunque de blanca tenía menos que el sobaco de Kunta Kinte), sabiendo a ciencia cierta que tarde o temprano se me calmaría un poco el dolor, me reincorporaría al trabajo por enésima vez y todo volvería a empezar un par de meses más tarde... Y, después de un año toreando la cosa, seguir así año tras año me parecía un panorama tan insufrible y angustioso que decidí cortarlo por lo sano. Esto había que resolverlo, ¡pero ya! Averiguar de una vez por todas cuál era el origen de mis dolores y ponerle remedio como fuera. Lo que no podía ser era continuar allí pasmado, con todos mis proyectos aparcados *a divinis* y aguantando mecha como un gilipollas. Porque, si la resonancia que me habían hecho había dejado bien claro que no tenía ninguna hernia discal, ¿qué leches tenía entonces?

Cogí el teléfono, llamé a urgencias y —a las dos horas— vino el médico que estaba de guardia y me recetó unas pastillas para el dolor «moderado» (igual, igual que si me hubiera tomado una infusión de geranios...). La noche que siguió al evento —la cuarta de la serie sin pegar ojo— fue una auténtica pesadilla. No tengo palabras para contar cómo lo pasé. Podréis decir que soy un exagerado y que estoy dramatizando en plan peliculero, y estáis en vuestro derecho, pero Dios quiera que nunca paséis por semejante experiencia (creo que sólo los prisioneros de los campos de exterminio nazis podrían ayudarme a explicar cómo me sentí). Con el agravante de que ya no me quedaban fuerzas para seguir resistiendo. Y, mientras os veía pasar por mi cuarto, de tanto en tanto, como un desfile de enanitos tris-

tes que vienen de enterrar a Blancanieves, con cara de no entender qué me estaba pasando..., me sentía tan desmoralizado que ya sólo me apetecía llorar. Aunque estaba tan tenso por el dolor, que no me salían ni las lágrimas.

Capítulo 3

Hospitalización y
primer diagnóstico

De ciática a cáncer y tiro porque me toca

La esperanza es un estimulante vital
muy superior a la suerte.

NIETZSCHE

Febrero
Martes 24

El bendito amanecer que puso punto final a tan horrenda noche me pilló absolutamente desesperado. Así que, sin pensármelo dos veces —ni pedir consejo a nadie, por lo que pudiera pasar— enganché el teléfono y llamé a la Policlínica Miramar pidiendo auxilio. Veinte larguísimos minutos después, aparecieron en casa dos corpulentos camilleros, me tumbaron en una camilla y me montaron en una ambulancia. Cuando me llevaban por el estrecho pasillo de nuestro piso me crucé contigo, Raquel, y recuerdo perfectamente el sufrimiento en tu carita, viendo cómo los señores de la bata blanca se llevaban a tu padre con el semblante encogido en un *rictus* de dolor. No sé qué estarías pensando, hija mía, pero siento mucho que tuvieras que presenciar ese momento tan triste.

Me imagino que diréis: *Si tanto te dolía, ¿por qué no llamaste antes a urgencias?* Pues sí, eso mismo pienso yo ahora; pero entonces no se me ocurrió la brillante idea. Ya veis lo majadero que es vuestro padre.

En cuanto llegamos a la Policlínica, me ingresaron en el Hospital de Día, me enchufaron el goteo y, sin más preámbulo, me metieron en vena dos bolsas de suero con Valium-10 y Urbasón —un verdadero *cóctel molotov*, según me dijo una enfermera— (ventajas de aparecer allí en ambulancia y no por mi propio pie, como la otra vez). Eso empezó a calmarme un poco el dolor. ¡Qué alivio! Aun-

que, aun y todo, me seguía doliendo a rabiar en cuanto me movía un ápice.

Los médicos decían que era muy raro, porque lo normal es que a la gente que llegaba allí llorando le ponían la mitad que a mí y solían dormirse plácidamente, mientras que yo seguía mortificado y con los ojos como platos (yo escuchaba y callaba, acordándome de la otra vez que vine y me mandaron a casa con la pata a rastras, y rogaba a Dios que no me durmiese, porque sabía que eran capaces de despacharme otra vez y no habíamos hecho nada montando el numerito).

Afortunadamente, como el dolor no remitía, la cosa les empezó a mosquear y, una hora después, entró un nuevo médico de guardia y decidió (¡bendita sea su santa madre!) hacerme una resonancia magnética doble (la segunda metiéndome un contraste en las venas para que se viera más claro el resultado). Así que me pasearon en camilla por toda la clínica, me pasaron a otra más dura que una tabla y me introdujeron en un tubo que parecía un nicho de lujo. Me dijeron que tenía que estar allí metido nada menos que cuarenta minutos absolutamente quieto, pues, si me movía, había que repetir las pruebas; y me dejaron solo. Menos mal que ya no me dolía como antes, que, si no, no podría haberlo aguantado de ninguna manera. Aun y todo, los minutos se me hicieron eternos; así que aproveché para rezar el rosario y, como sabía que cada misterio dura cinco o seis minutos, mataba dos pájaros de un tiro: relajaba un poco la tensión y llevaba la cuenta de cuánto tiempo me quedaba aún para salir del túnel angosto (truquillos de perro viejo).

De vuelta a la camilla de urgencias, y vistos los resultados de la resonancia, primero dedujeron que la inflamación del nervio ciático procedía de algo que parecía una *hernia* en el hueso sacro (al final de la columna

vertebral). Pero, poco después, como al parecer uno de los traumatólogos o radiólogos (a quien Dios bendiga con una buena suegra) sospechaba que podía ser algo más grave, me llevaron otra vez de paseo para hacerme una *gammagrafía*.

Cuando tuvieron los resultados a la vista, confirmaron sus sospechas: los dolores de ciática que me habían venido torturando año y medio —con el beneplácito de toda la corporación médica española en pleno— no se debían en realidad a desviación alguna de mi columna vertebral, ni al accidente de tráfico que tuve hace veinte años, ni a ninguna otra leche en vinagre; la verdadera causa de todo era un tumor cancerígeno incrustado en el coxis —¡fíjate tú qué *coxas!*— del tamaño de un tomate.

El informe radiológico decía, entre otras cosas:

Las imágenes obtenidas muestran la existencia de una voluminosa tumoración que invade el sacro fundamentalmente en su mitad derecha, aunque las alteraciones de señal por infiltración ósea afectan asimismo al hemisacro izquierdo, fundamentalmente los tres primeros cuerpos sacros [...]. A la invasión ósea se asocia una voluminosa masa de partes blandas que se extiende en dirección presacra por la hemipelvis derecha hasta situarse por detrás y dentro del músculo iliopsoas, de aspecto polilobulado y homogéneo ligeramente hiperintenso respecto a la musculatura de la zona. La masa de partes también se extiende en dirección posterior ocupando el canal vertebral sacro, así como los forámenes sacros derechos [...]. La tumoración parece agresiva.

Conclusión: Gran tumoración sacra fundamentalmente derecha con gran masa de partes blandas presacra y con ocupación asimismo del canal vertebral y de forámenes sacros derechos a descartar como primera posibi-

lidad de *cordoma* (otras posibilidades a tener en cuenta son tumores neurogénicos, metástasis, miloma...).

Como dice la canción: *La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ay, ay, ay. ¡Me cagüen la leche, qué risa me da!* (eso no lo dice la canción: lo pongo yo de mi cosecha).

Vuestra madre, siempre a mi lado, me cogía la mano y me miraba ya como quien ve a un cadáver.

Miércoles 25

Después de una noche en la que, gracias a Dios y al cóctel molotov que me pusieron de aperitivo, dormí más o menos aceptablemente (por primera vez en cinco días), a primera hora de la mañana tuvieron a bien ingresarme en la habitación 432 de la cuarta planta (para extranjeros). El número me pareció muy apropiado para el caso: 4, 3, 2 y falta el 1 para despegar (lo de ingresarme en la planta de extranjeros aún no acabo de pillarlo...).

Poco después vino un camillero y me llevó a pasear con cama y todo. Me pusieron una inyección (que debe de ser una especie de contraste) y, a continuación, el doctor Peñafiel me hizo una gammagrafía ósea de cuerpo entero. Al terminar, me devolvieron a la habitación.

Su informe decía, entre otras cosas:

La exploración objetiva la existencia de una fijación anómala del radiotrazador localizada a nivel del sacro del paciente. Esta fijación anómala es de elevada intensidad y morfología «anárquica». [...].

Conclusión: Área de incremento focal no fisiológico de la actividad osteogénica de características «irregulares» localizada a nivel del sacro del paciente compatible con su sospecha clínica de *cordoma*. El resto de la exploración no muestra la existencia de anomalías significativas.

Los traumatólogos Moyá, Alba y Durán, así como el oncólogo José María García (del que hablaré largo y tendido en estas memorias, aunque no tenga parentesco alguno con *Butanito*) me informaron detalladamente de que tengo un cordoma, es decir, un tumor cancerígeno del tamaño de un tomate aplastado que, aunque no sea muy agresivo y no suela propagarse rápidamente por el resto del cuerpo, es de los más peligrosos, sobre todo por el sitio donde se encuentra, ya que está pegado al *sacro* por la parte interior, rozando las arterias ilíacas, la columna vertebral y el recto (como veis, pese a ser *de letras*, me he empapado bien).

Aunque, lo mires como lo mires, la noticia resulta más dura que eso de que venga tu hijo y te pegue con un calcetín *sudao*, me lo tomé muchísimo mejor de lo que yo mismo hubiese esperado. Se ve que, como ya no me dolía la ciática, todo lo veía de color de rosa y hasta tuve la sensación de que me esperaban unas largas vacaciones en las que, ¡por fin!, podría descansar de los dieciséis años de trabajos forzados que llevaba a las espaldas; aun sabiendo que podía salir de aquí con un pie ortopédico, totalmente paralítico o incluso no salir...

Para no caer en la depresión a base de darle vueltas y más vueltas a algo que ya no tenía remedio, le pedí a mamá que me trajera las pruebas de imprenta del libro que había terminado de escribir el verano pasado: *Mis pequeños monstruos* (¿a que no sabéis de qué monstruos habla?), y procuré olvidarme de todo y entretener el tiempo corrigiéndolas para devolverlas pronto a Espasa, a ver si lo editaban en mayo.

Resulta que en mi misma planta estaba Maru, de enfermera. Me alegré muchísimo porque habíamos coincidido hacía dos o tres años organizando un curso de bioética para profesionales de la salud. Y, la verdad, me pareció un encanto como profesional y como persona.

Una de las veces que pasó a quitarme o ponerme el termómetro o no sé a qué, le dije en confianza que si había en la clínica algún cura que pudiera darme la comunión. Descolgó el teléfono, marcó el nueve y me apuntó en la lista (¡fíjate tú qué fácil!). Así que, desde el día siguiente, todas las mañanas a primera hora venía el padre Juan a dármela (no es que sea la mejor *quimioterapia*, pero al menos en mi caso me aliviaba mucho).

Cuando mamá se fue y me quedé al fin solo con mis pensamientos, no se me ocurrió otra cosa que ponerme a rezar el rosario, despacito y saboreando cada palabra, pues, metido como estaba normalmente en mil follones y movidas varias, al verme de golpe y porrazo allí tumbado en una sencilla habitación de paredes blancas —como las de las casas de ejercicios—, me volvió totalmente la paz interior que hacía tiempo había perdido. No sé si sería porque ya no me dolía la ciática, pero lo cierto es que mirar lo que me estaba pasando desde el punto de vista sobrenatural no me resultó angustiioso, sino todo lo contrario, me produjo un gran consuelo. «*Es curioso —pensaba—, lo que es una verdadera tragedia, visto de tejas abajo, puede resultar una liberación de tejas arriba.*» Así que, viendo que a partir de entonces iba a tener abundancia de lo que nunca había tenido: *tiempo*, me propuse emplearlo lo mejor posible y aprovechar mi estancia en el hospital —o en la tierra, que eso nunca se sabe— para hacer un poco de oración todos los días, pues nunca viene mal un poco de ayuda divina.

Jueves 26

En una habitación limpia, amplia y toda entera para mí, gozando de unas magníficas vistas de Palma —y del cementerio, que cae justo enfrente—, con unas enfermeras la mar de simpáticas y un servicio de cocina agradable... ¿Qué más podía pedir? En fin, que desde que me em-

pezaron a poner calmantes me encontraba fenomenal allí, sin tener que madrugar para ir al *curro* y tumbado todo el día en la cama como un marqués. Ni siquiera me molestaban las *tuberías* que me habían enchufado en la vena para meterme día y noche el *goteo sueril*.

Por la mañana un camillero me sacó de la habitación para hacerme una *ecografía abdominal*. Querían asegurarse de que el tumor no estaba diseminado por otras zonas del cuerpo: hígado, riñones, bazo, etc. Tumbado en la camilla, con el vientre embadurnado de una especie de vaselina pringosilla, me acordé de mamá cuando la acompañaba en sus embarazos y podía veros a vosotros tan chiquitines en la pantalla (bueno, la verdad es que en aquellos tiempos no se veía gran cosa, pero el médico me señalaba piernas y cabecitas y, viendo cómo latían vuestros corazoncitos, me daba mucha emoción). Ahora, sin embargo, el que estaba bien *preñado* —por no decir otra cosa— era el menda lerenda.

Terminada la profusa exploración, me dijo el propio doctor Mestre que él no veía nada raro. Así que, al parecer, no tenía otros tumores por ahí escondidos (¡algo es algo!, dijo un calvo).

El informe oficial rezaba así:

La vesícula biliar, el hígado, el páncreas y el bazo son normales. El retroperitoneo está libre en las porciones que visualizamos. En pelvis e inmediatamente por detrás de las estructuras vasculares ilíacas vemos una masa de tejidos blandos lobulada que podría corresponder a la propia uropatía de este paciente.

A media mañana sucedió lo inevitable: empezó a llamar gente preguntando por mí. Se ve que la noticia ya había empezado a correr (cuanto más malas, más corren). Vino a verme nuestro amigo Pedro para darme ánimos.

A continuación, Alfredo y Begoña con su hijita Natalia, que me miraba con unos ojazos de no enterarse de qué se estaba cociendo allí. Por cierto, Alfredo —que me conoce bien— me trajo su ordenador portátil para que pudiera escribir y aprovechar el tiempo. La verdad es que se lo agradecí más que si me hubiera traído un descapotable rojo con asientos de cuero.

Mamá empezó a venir todos los días desde media mañana hasta media tarde. Luego se iba corriendo para que Josefina —la chica que os cuidaba— descansara de niños. ¡Vaya muerto que les había caído a las dos encima!

Cuando se iba todo el mundo, me sentía fenomenal (así de desagradecido es vuestro padre). Solo en mi cuarto, repantigado en la cama, con mi flamante ordenador delante y un montón de tiempo libre para poder escribir lo que me diera la gana sin tener que ir al instituto cada mañana..., era ver cómo se hacía realidad el mejor de mis sueños (está claro que quien no se consuela es porque no quiere). Y cuando, de tanto en tanto, me asaltaban negras nubes mentales intentando oscurecerme el horizonte, pensaba en Dios como padre bueno que es y me volvía a poner en sus manos. Total, siempre estamos en peligro. Cualquiera, por sano y fuerte que se sienta ahora, puede tener un accidente en cualquier momento y palmarla *in situ*. «A fin de cuentas —pensaba— y visto de un modo objetivo, se podría decir que he tenido suerte y todo, porque debo de llevar más de un año con *Alien* —el octavo pasajero— metido en el cuerpo a traición, y al menos ahora lo han descubierto y podemos combatirlo.» Así que, *pensando en estas y otras razones* —como diría Cervantes—, me sentía realmente en buenas manos (divinas y humanas), sabiendo que todo el mundo se había tomado mi caso con interés y pronto se sabría exactamente qué clase de tumor tenía y cómo extirparlo.

Mis reflexiones siempre eran interrumpidas por el maldito *riinnnnnggggg* del teléfono de la habitación o el *tiroriro tiritiri* del móvil que me había traído mamá. Llamó un mogollón de gente. Entre ellos, Camilo, el jefe de estudios del instituto, para interesarse por mi salud y rellenar los formularios oportunos. Y la médica de Educación, para informarme de que debía renovar la baja cada quince días. Así es la vida, hijos míos, siempre el papeleo y la burocracia sin alma haciéndonos un poco más pesado el *vía crucis*. Tenía cáncer para meses —si es que salía de ésta— y, aunque lo sabían perfectamente, tenían que marear a la pobre mamá para mandar el papelillo de las narices cada quince días.

Como en las habitaciones de la Policlínica Miramar no había ni un crucifijo ni nada que se le pareciera (ni siquiera una triste alcayata donde colgar el que se trajera uno de casa, para no herir susceptibilidades de nadie), por no clavar una y que viniera el dueño del edificio y me metiera la bronca, pegué con celo un calendario de Jesús al palo del goteo. Bajo la foto, decía: *Señor, confío en Ti*. Así podía mirarlo a menudo y me consolaba pensando que Él no me quitaba ojo.

No sé si a estas alturas ya alguien os habrá hecho el *favor* de quitaros la fe y todos esos prejuicios y tonterías que intenté transmitir os siendo niños, de modo que ahora a lo mejor ya sois personas civilizadas de esas que sólo creen en lo que ven y que únicamente alimentan su mente con razones cartesianas, estadísticas fiables, noticieros informativos, debates manipulados y un vistazo rápido al horóscopo semanal, pero quiero que sepáis que yo siempre he sabido que estoy en las manos de Dios. Y aunque os pueda parecer ridículo y carga, entonces, cuando me vi despojado de todo lo mío y los míos, y prostrado en una cama esperando que de un momento a otro entrase un desconocido en mi habitación y con estudia-

das palabras y una cara larga hasta el suelo me informase de que apenas me quedaban dos meses de vida..., entonces, precisamente entonces, me sentí como un niño en brazos de su padre. Puede que sea cierto eso de que *sólo nos acordamos de santa Bárbara cuando truena*, pero la verdad es que esos días, esperando tranquilamente la sentencia, me sentí en manos de Dios como nunca en mi vida.

La noche del jueves me dormí pensando que sería triste que alguien me obligara a quitar el pequeño calendario que había colgado del poste del suero, alegando que pudiera acaso ofender ideológicamente a alguno que quizá se asomase por mi ventana mientras sobrevolaba la zona...

Viernes 27

Ahora que tengo ordenador, viendo que esto va para rato, he decidido llevar la cuenta de todo lo que me están haciendo. Así que me he remontado a la primera vez que me dio un ataque de ciática y espero que, en poco tiempo, llegue la crónica hasta el día de hoy. Aún no sé exactamente para qué lo hago, pero creo que un día me alegraré de haber escrito esta especie de *memorias*. De todos modos, no me cuesta nada llevar la cuenta y, si esto se complica, quizá un día pueda necesitarlo para que los médicos sepan qué me han hecho hasta ahora y a qué tratamientos concretos me han sometido. Además, contar tu vida en primera persona resulta entretenido y puede servirme de recuerdo. Lo que sí tengo claro es que voy a hacerlo, sobre todo, para que vosotros lo podáis leer cuando seáis mayores, como una especie de testamento espiritual que os sirva para reflexionar y para haceros una idea de quién fue vuestro padre.

A media mañana, los traumatólogos me informan de que han tenido una reunión general (como cada vier-

nes). Han planteado mi caso y parece que, a la vista de las pruebas que me han hecho hasta ahora, todos los especialistas están de acuerdo en que lo que tengo es un cordoma. Parece que nadie tiene dudas, pero, de todas formas, no descartan la posibilidad de hacerme una *biopsia* para confirmarlo. Ya de paso, me dicen que, al ser un caso muy especial (en Mallorca el último se operó hace diez años), prefieren que la intervención la lleve a cabo el doctor Roberto Ramón, catedrático de la Universidad de Barcelona y jefe de neurocirugía del Hospital Clínico, por tener mucha más experiencia en cordomas.

A media tarde aparece por allí un camillero y me lleva en silla de ruedas a otro sitio para que me hagan un *TAC helicoidal* (*tomografía computarizada de sacro-pelvis*, efectuada con un *C.T. twin flash helicoidal*) en vez de una resonancia magnética, ya que los TAC, aunque captan menos el detalle y además radian al paciente (aunque en menor intensidad que los famosos rayos X), son mucho mejores para descubrir alteraciones en un campo más extenso, tumores, metástasis diseminadas, etc. Así que me inyectan en el brazo un contraste yodado para detectar lo mejor posible el calibre y la situación del cordoma y me hacen pasar *por el aro*, con camilla y todo.

El informe posterior dice entre otras cosas:

Masa polilobulada y con septaciones internas de 5x3x6 cms en región del músculo piriforme y presacro derecho, por detrás de los vasos ilíacos y uréter derecho y que ocasiona desplazamiento de pared lateral y posterior izquierda de la vejiga urinaria. Calcificación paravesical derecha probablemente en el interior del uréter derecho. [...] osteolisis sacro derecho con destrucción del borde anterosuperior y de los agujeros de conjunción superiores del sacro derecho. En región central hay área de esclerosis reactiva. Articulaciones sacroilíacas respetadas.

Conclusión: Masa intraósea sacra con extensión pre-sacra al músculo piriforme y desplazamiento de las estructuras anatómicas vecinas. El diagnóstico de elección es el de cordoma; otras posibilidades a considerar: teratocarcinoma-E.S.T., linfoma, tumor simpático, metástasis; todas estas posibilidades, menos verosímiles.

En fin, que visto lo visto, lo mejor que puede pasar es que tenga un *tumor simpático*. Digo yo que, llamándose así, al menos me matará con más alegría...

Cuando me devuelven a la 432, viene a verme el jefe de traumatología y, como insisto en que me cuente la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, aunque reconoce que él preferiría no saberlo, me informa de que el cordoma no es un tipo de cáncer que se propague por la sangre al resto del cuerpo, pero que si no quiero que siga creciendo y me lleve a la tumba en poco tiempo, es preciso extirparlo *a lo bestia, rebañando bien* sin remilgos, para asegurarse de que no queden ramificaciones por ahí escondidas y pueda volver a reproducirse. De ahí que la operación será muy sangrienta y delicada y es probable que me dejen alguna secuela: pérdida de sensibilidad en los dedos de los pies, disminución de potencia y rendimiento deportivo, molestias cuando esté mucho tiempo sentado, desequilibrios al hacer determinados movimientos, etc.

Como mamá está allí delante y me imagino qué está pasando por su cabeza, intento desdramatizar la situación. «A fin de cuentas —les digo—, ya no tengo dieciocho años, no me he apuntado este año para participar en las Olimpiadas ni pienso ligarme ya a muchas chicas por ahí. Así que, a mis años, una pata de palo más o menos, tampoco es como para ponerse a llorar.» Les pregunto, no obstante, si me van a cortar la lengua, y me aseguran que no. Es un alivio, porque un filósofo sin lengua..., eso sí que sería espantoso.

Sábado 28

Vuestra madre —después de atenderos a los cuatro y resolver ella sola todos los problemas de casa— viene corriendo cada mañana, deja el coche por ahí tirado —porque el parking está siempre hasta los topes— y se pasa la vida haciéndome compañía y hablando por teléfono con toda la familia y amigos, por ver si alguien puede aportarnos alguna información sobre el cordoma.

Hablamos largo y tendido con una de sus hermanas, vuestra tía Paloma, que precisamente trabaja en Madrid investigando cosas relativas al cáncer. Y barajamos la posibilidad de que me operen allí o en Pamplona, porque en Barcelona no tenemos a nadie y si hay que desplazarse allí, entre unas cosas y otras, la cosa va a salirnos por un ojo.

A media tarde os trae por primera vez a visitarme desde que me ingresaron. La verdad (y no es pasión de padre, sino descripción rigurosa y objetiva) es que sois cuatro niños como cuatro soles. Os portáis fenomenalmente bien (dentro de los límites que impone la edad) y me parecéis guapísimos. Siempre lo he sabido, pero hoy estoy más convencido que nunca. Tal y como está el panorama infantil en el país, ¡qué suerte hemos tenido mamá y yo!

Cuando os vais, me invade una gran tristeza. Pensar lo a gusto que estoy yo y lo mucho que me necesitáis en casa me produce una comezón muy molesta. Pero como no hay otra alternativa, haciendo de tripas corazón, cambio el *chip* y me pongo a leer o a pensar en otra cosa. Dios proveerá. También vosotrós estáis en sus manos, aunque no os deis cuenta.

Candelas, una amiga de mamá, me ha traído un libro precioso: *El silencio de Dios*, de Santiago Martín. Es el diario de Julio Rodríguez, un misionero marista, mártir en un campo de refugiados hutus en Tanzania. Su fe vivida de un modo íntegro y su entrega generosa a los demás, aceptando la voluntad de Dios hasta derramar su

propia sangre, me conmueve. Lo leo cada noche un rato antes de dormirme, y la verdad es que me estremece. Yo aquí tan bien cuidado, querido y mimado por todos y, en este mismo momento, tantos millones de desheredados que no tienen nada, ni casa, ni comida, ni padres, ni fe... Quejarme sería una injusticia indigna de cualquiera que tenga un poco de humanidad. Soy un mimado de Dios y de mi familia. Todo me ha salido bien en la vida: mi carrera, mi matrimonio, mis hijos, mis hermanas y mis padres. Siempre con problemas, es verdad. Nunca me ha salido nada a la primera, es cierto. Pero con un poco de paciencia y constancia, todo acaba arreglándose y resultando bien.

Ahora pienso que hasta mi muerte puede acabar siendo dulce, indolora y civilizada (que no es moco de pavo).

Marzo

Domingo 1

Nada nuevo bajo el sol. Veo misa por la tele (en la 2, la de la *inmensa minoría*). El padre Juan me trae la comunión, como siempre, y me paso el día acompañado por mamá, que me ayuda a terminar un libro precioso que estoy escribiendo sobre la obra pictórica de vuestra abuela Libia, y que, si Dios me deja terminarlo, se titulará *Luz y poesía en la pintura de Libia Monteñate*. Pues, como *es de bien nacidos ser agradecidos*, antes de morir quiero dejar esta especie de homenaje a Libia, una pintora que, después de sacar adelante a sus cuatro hijos, se puso a pintar y se lo tomó con tal pasión y constancia que, aunque empezó tan tarde, ha conseguido exponer varias veces en París y en Nueva York, aparte de dejar para la posteridad trescientos y pico óleos que, aunque nadie sea profeta en su tierra, hay que reconocer que están muy, pero que muy logrados.

LUZ Y POESÍA EN LA PINTURA DE

LIBIA MONTEOÑATE



Como antes de que me hospitalizaran ya tenía el libro a punto de caramelo, ahora que dispongo de tiempo de sobra quiero terminarlo y mandárselo a Pamplona para que lo editen cuanto antes. Aunque a mamá no le parece que sea éste el mejor momento para ponerme a ordenar y clasificar cuadros, poesías, artículos de prensa y fotografías (porque lo más pesado

del libro es que incorpora el catálogo general de toda su obra), como la ciática ya no me duele y hasta me han autorizado a pasearme por la habitación, me he empeñado en quitarme esto de encima para poder ponerme a otra cosa con la mente despejada —porque yo no puedo afrontar varios proyectos a la vez. Si voy de uno en uno, termino en seguida. Pero, si no, *me hago la picha un lío* y ya no sé por dónde voy—. Así que, después de discutirlo largo y tendido con mamá, al final ha cedido y me ha traído todo el material.

Por lo demás, ocupado como estoy el día entero leyendo, escribiendo, viendo un poco la tele y recibiendo visitas y llamadas de todo el mundo, el tiempo se me pasa volando. La verdad es que aquí en Mallorca tenemos ya más amigos que en Pamplona.

He aprovechado un rato para escribir mi artículo mensual (con todo el tiempo libre que tengo, ahora no hay excusa para no hacerlo). Mamá se lo llevará a Jaime —el director de la revista del Arenal—, aunque probablemente venga él mismo a verme y podré dárselo en mano.

Esta vez dice así:

DEDICADO A...

LOS HIJOS DE LA LUZ

Desde los albores de la historia, los seres humanos hemos tenido la opción decisiva de dirigir nuestros pasos hacia la luz o hacia la oscuridad.

¿Por qué? Pues no se sabe a ciencia cierta, pero lo que está bien claro es que hay personas que parecen dedicar todas sus energías —o casi todas— poniéndose al servicio de los demás, intentando con su esfuerzo diario construir, poco a poco, un mundo mejor para todos, colaborando en la medida de sus posibilidades para hacer la vida un poco más agradable a quienes tienen al lado; mientras que otros, por el contrario, parece que se esfuerzan, día a día, y ya desde que se levantan de la cama, en fastidiar y jorobar a todo el que se les cruza en su camino (todo esto sin contar con el furor que últimamente están haciendo en España las sectas satánicas).

Y digo yo: ¿Será por algún gen maligno heredado de sus ancestros? ¿Será por los nocivos influjos de la tele en su empeño diario por machacarnos con la estrategia de las tres «D»: destrucción de la propiedad, desobediencia a la autoridad y despelote? ¿Será por los golpes y sinsabores que han tenido que tragar a lo largo de su vida? ¿Será debido a la mala educación recibida en su entorno familiar y educativo? ¿O simplemente será porque les da la realísima gana de rendir pleitesía a la parte oscura del hombre, plantándole cara a la luz?

No sé por qué será, pero todos vemos pulular a diario en tiendas, bancos, oficinas y autobuses, legión de energúmenos amargados que van por ahí desparramando la bilis que les rebosa a raudales y que parecen buscar desafortunadamente a cualquier pobre desgraciado que se cruce en su camino. Y, sin embargo, a veces —demasiadas veces, por desgracia— se nos olvida constatar también la existencia de

tanta gente sencilla (buen trigo que sigue creciendo entre la cizaña) que, pese a las limitaciones, manías y defectos que todos tenemos, están decididos a ser amables desde el principio del día, y viven entre nosotros, sin llamar apenas la atención, preocupándose por los demás, ayudando cuando pueden a quien lo necesita, consolando al que está triste, defendiendo al marginado, etc. En definitiva, éstos son el gran tropel que podríamos denominar «los hijos de la luz».

¿Que en el mundo egoísta e insolidario en que vivimos cuesta serlo? ¡Por supuesto! ¿Que parece que es mucho más fácil dejarse llevar por la mala leche, la venganza, la violencia o simplemente los malos modos y las caras largas? ¡Evidente! ¿Que al que va de bueno por la vida tiene muchas posibilidades de que todo el mundo le llame tonto? ¡Normal!

Y, sin embargo, ¡cuántos de estos que han preferido y siguen prefiriendo, pese a todo, dejarse llamar «tontos» por los «listillos» que se aprovechan de su buena voluntad son en realidad los motores que siguen moviendo la historia! Los y las que siguen haciendo que nuestra sociedad funcione —a pesar de todas sus limitaciones—. Hombres y mujeres —como sor Mercedes, que hace tan poco tiempo nos dejó y ya se nota su ausencia— que con su hacer diario y, sobre todo, con sus enormes ganas de agradar a los demás, poniendo en cada ocasión su pequeño grano de arena, constituyen esa «sal de la vida» y esa «luz del mundo» que dan auténtico sentido a la existencia del hombre sobre la tierra.

Pues bien, a esas personas anónimas —grandes y pequeñas— que en su familia, su barrio o su lugar de trabajo anteponen el bienestar ajeno al suyo propio, luchan por iluminar, siquiera un poco, la vida de los que sufren, y encuentran su felicidad precisamente en el servicio desinteresado a los demás, vaya desde aquí mi dedicatoria.

Benditos sean éstos, los hijos de la luz, porque sólo gracias a ellos se mantiene vivo el fuego que calienta nuestro mundo.

Lunes 2

El doctor Moyá aparece a primera hora de la mañana y me informa de que ya ha hablado con el doctor Roberto Ramón y que le van a enviar todas las pruebas y estudios que me han hecho hasta ahora para que los examine y decida si venir él a operarme o trasladarme al Clínico de Barcelona.

Hoy he dedicado el tiempo a corregir las pruebas de imprenta de *Mis pequeños monstruos*, recibir visitas y contarle el rollo por teléfono a todo el que me ha llamado. En estos momentos el tema crucial —que repito una y otra vez, como un loro— está en si tendremos que ir a Barcelona, con todo lo que supone de trastorno, gastos, etc., o vendrá el cirujano a operarme aquí.

Me visita nuestra amiga Marieta (la que siempre os llevaba a la feria y a ver los estrenos de Walt Disney) y me trae una reliquia del beato Escrivá de Balaguer para que me encomiende a él. Le agradezco mucho el detalle, pero la verdad es que me quedo un poco confuso. Primero, porque la fe que tengo se la debo en gran medida al jesuita Tomás Morales, fundador de la Cruzada de santa María, un instituto secular con el que me encontré a los dieciséis años y me ha hecho mucho bien desde entonces. Como el padre Morales murió como un santo hace unos meses, creo que lo lógico sería que me encomendase a él. Pero, por otro lado, como he asumido la enfermedad aceptando de todo corazón la voluntad de Dios, la verdad es que no sé en qué términos encomendarme: ¿Qué puedo pedirles? ¿Que me curen o que me dejen morir en paz para reunirme con quien más me ama?

Después de pensarlo despacio he decidido pedirles a los dos que, si les parece bien, se pongan de acuerdo para hacer un milagro espectacular y me desaparezca el tumor, así de repente y a la vista de todo el mundo, ya que sería una buena señal de su santidad y todos los ateos de la tierra quedarían confundidos *ipso facto* y correrían presurosos a confesar sus muchos pecados (es un decir..., pero cosas más raras se han visto en *Expediente X*). Bromas aparte, ellos y yo sabemos que el mayor milagro es haber asumido este palo con optimismo y paz de espíritu (¡cualquiera que me conozca sabe que ese sí es un auténtico milagro!). Así que dejemos las cosas en paz y que se cumpla en mí la voluntad de Dios, sin perder en ningún momento la confianza que tengo puesta en Él ni las ganas de vivir en esta tierra para escaparme al Paraíso.

Martes 3

Hoy se cumple una semana desde que me ingresaron. El doctor J. M.^a García, que viene a visitarme a diario, me ha dado más detalles sobre el cordoma. Según él, no tiene un origen claro, pero podría deberse a restos del primitivo cordón fetal que me unía a mi madre y que posteriormente se ha ido transformando en mi columna vertebral. O sea, que hay un puñado de celullillas deformes que han esperado casi cuarenta años para manifestarse en un tumor. ¡Eso sí que es paciencia, premeditación y alevosía! Le he confirmado que me pongo en manos del doctor Ramón, esperando que decida cuanto antes cómo y dónde me operará.

Mamá ya ha sacado fotocopias y ha enviado las pruebas corregidas de *Mis pequeños monstruos* a Espasa Calpe. Los editores han aceptado ilustrar el libro con fotos vuestras y puede que hasta aparezcáis en la portada, así que os haréis famosos en el mundo entero. ¡No os podéis quejar!

Ahora tengo que concentrarme en el catálogo de pintura de mi madre, para terminarlo cuanto antes pero bien hecho. A fin de cuentas es el primer libro artístico que escribo y quiero sentirme tan orgulloso de él como ella de mí.

Miércoles 4

El doctor Moyá ha venido de visita para decirme que ya han llegado todas las pruebas al Clínico de Barcelona y que el jueves o el viernes el doctor Ramón decidirá dónde operarme. Me cuenta que, una vez extirpado el tumor, lo normal es que la ciática deje de doler, poco a poco; lo cual es un alivio, porque prefiero cojear el resto de mis días sin dolores a estar enterito pero sin poder moverme.

El doctor García Bueno también ha pasado y me ha dicho que es bueno que me levante a ratos de la cama—incluso que puedo ducharme y todo— para no debilitar la musculatura. Así que en cuanto ha llegado mamá me ha ayudado a meterme debajo de la ducha con el gotero puesto y todo. El «duchamiento» en estas condiciones ha resultado hartito engorroso, pero me he quedado como nuevo.

Cuando estaba comiendo ha aparecido por allí el triunvirato femenino que, actualmente y para nuestra desgracia, marca el rumbo en mi instituto (el *Equipo A* le dicen las malas lenguas): ElisA, RosA y BÁrbArA —esta última, con un *as* menos que la baraja; aunque ella sola sea como un equipo «a» minúscula—. Camilo vendría a ser el «Murdoc» del equipo.

Con el cariño que me tienen, la conversación —hipócrita aunque cortés— ha girado en torno al cordoma y a cómo me tendrían que operar. Elisa, la directora, se ha tenido que sentar y todo, porque se mareaba con sólo pensarlo (la pobre es de ciencias). Rosa me ha dicho que tiene una hermana trabajando aquí y que pue-

do contar con ella si la necesito. Se lo he agradecido cordialmente, y poco después se han ido, porque tenían un claustro de profesores o algo parecido (de buena me estoy librando).

A media tarde vinieron a verme otros dos *profes*: primero Marcos, buen profesor y compañero que se ha ofrecido para todo lo que necesitara o necesitase; y, poco después, Katiana, un encanto, que al parecer se va con otros profesores tres días de «vacaciones» a Cerdeña, pese a la prohibición de la directora, que se muere de ganas por dirigir la expedición y no la dejan. ¡Qué vida se pegan los *profes*! ¿Verdad, hijos míos? Habría que rebajarles el sueldo a todos.

El poco tiempo que me quedo solo lo dedico a leer y sobre todo a terminar el catálogo de pintura, que ya está a punto de caramelo.

Ha llamado una de mis hermanas, tía Garbiñe, y me ha contado que acaban de operar a vuestra tía Lourdes en Pamplona. Al parecer tiene muchas molestias en los pies y lo está pasando fatal día y noche. Así que la he llamado para contarle la teoría de mamá sobre el dolor. En vez de intentar escapar de él —siempre acaba alcanzándote— es preferible concentrarse, mirarle a los ojos como si fuera un cangrejo que te ha pillado con sus pinzas, y decirle con firmeza: *no te tengo miedo; me das lástima, porque poco a poco tú te irás cansando de apretar y al final yo triunfaré sobre ti y tú no serás más que un recuerdo.*

Sé que es fácil decirlo, pero acordándome de lo mal que lo pasé con la ciática, no quiero ni pensar cómo lo estará pasando la pobre. Oírla llorar me ha partido el corazón, porque, aunque lo suyo no tiene importancia si lo comparamos con un cáncer, a ella le duele a rabiarse y a mí no (esa es la sutil diferencia). Y cuando veo a alguien que sufre y no puedo hacer nada por él, se me revuelven las tripas.

Después de colgar, he estado un rato contemplando a Jesús —que sigue mirándome desde el soporte del suero— y mientras le pedía que aliviara el dolor de mi hermana, se me han saltado las lágrimas por primera vez desde que estoy aquí, así que he aprovechado que estaba solo para llorar a moco tendido hasta quedarme seco. Ha sido una buena terapia, pues se me ha aliviado mucho la tensión contenida todos estos días. En cuanto termine y se me seque el lagrimal, intentaré dormirme desgranando avemarías por ella.

Jueves 5

El doctor Durán ha pasado por mi cuarto en visita relámpago. A continuación ha llegado el doctor García Bueno, que me ha hecho un informe para que mamá lo lleve al seguro y autoricen la intervención en el Clínico de Barcelona. Le he contado mis molestias intestinales y me ha recetado un laxante, añadiendo que ya no me den tanto valium y que en vez de inyecciones me pongan los antiinflamatorios en el suero. ¡Qué alivio, porque la verdad es que ya tengo el culo literalmente morado con tanto *jeringazo!*

Poco después, cuando ya había llegado mamá, ha aparecido de repente el doctor Moyá y nos ha dado un susto al informarnos de que el doctor Ramón —el de Barcelona—, a la vista de las pruebas que le han enviado, no tiene nada claro que lo mío sea un cordoma. Y como podría ser algo peor, hay que salir de dudas haciéndome una biopsia para ver si es algo más agresivo (un *sarcoma*, *linfoma*, *carcinoma*, o lo que sea) y tratarlo primero con quimioterapia. Aunque también podría ser algo más benigno y ni siquiera tener que operarlo. Así que queda suspendido lo de la operación en Barcelona y mañana a las ocho y media, al quirófano. ¡Esto se pone caliente!

Por la tarde han venido a hacerme un electrocardiograma en mi propia cama. Cables por aquí y por allá en-

chufados con ventosas en piernas, brazos y pecho. Me ha dado la sensación de que querían electrocutarme, pero todo ha acabado sin sentir nada especial —salvo un frío que pela—. Poco después, un camillero me ha llevado en silla de ruedas a hacerme una radiografía del tórax, diciendo que estas dos pruebas son rutinarias y se las hacen a todo el mundo antes de operar, «para seguridad del anestesista» (así funcionan las cosas: para que él esté seguro, me hacen las pruebas a mí).

Por la noche han venido de visita Fernando, Brigi y Nicolás, y mamá me ha llamado para decirme que el libro de Libia ya lo ha enviado a Pamplona para que lo impriman (un lío menos) y que ya ha iniciado los trámites en ASISA para que me autoricen a ingresar en el Clínico de Barcelona, aunque ahora resulta que no se sabe si al final me operarán o no.

Me he quedado hasta muy tarde para terminar de repasar el proyecto del libro de filosofía que empecé justo antes de que me ingresaran, pues quiero mandar cuanto antes el índice detallado y algún capítulo a Espasa, para ver si me dan el visto bueno y puedo seguir escribiendo ya en serio durante toda la convalecencia. Y como quiero tenerlo listo antes de que mañana me metan mano con la biopsia y ya no pueda ni sentarme, no hay más remedio que quedarme escribiendo hasta la hora que sea.

Viernes 6

Aprovechando que anoche me quitaron por fin el gotero para que pudiera dormir tranquilo (me recuerda el último favor que le hacen al reo antes de ejecutarlo), en cuanto me he levantado esta mañana me he lavado bien y me he afeitado el brazo izquierdo, ya que cada vez que arrancan los plásticos que sujetan la aguja del suero, me hacen la depilación integral a lo bestia. Pero la astuta precaución no me ha servido de nada, pues, cuando en

el quirófano me han vuelto a pinchar el suero, la enfermera se ha empeñado en hacerlo en el brazo derecho (bien peludo él), para variar...

El camillero ha aparecido asquerosamente puntual y después de llevarme al quirófano en una camilla y ayudarme a espatarrarme en la mesa de operaciones, me ha dejado allí en manos del cirujano —creo que se apellida Alba—. El anestésista me ha preguntado si tengo alergia a algo, le he dicho que no, que sólo a que me operen; así que me ha pinchado anestesia *epidural*. Un peñazo, porque sólo se me han dormido las piernas y me he enterado de toda la operación boca abajo, con la boca reseca, respirando fatal, con la nariz aplastada contra la mesa de operaciones y oyendo los sesudos comentarios de los cirujanos sobre las playas de Mallorca mientras me daban golpes y me zarandeaban arriba y abajo para serrarme un trozo de hueso. La verdad es que he pasado un rato angustioso, pero como *no hay mal que cien años dure*, esta vez sólo ha durado cuarenta minutos. Después me han tenido un par de horas *quieto parao* en una sala de observación, hasta que se me han ido pasando los efectos de la anestesia y, sin más trámites, me han mandado con el culo caliente a mi 432, donde estaba mamá esperándome con cara de susto.

He pasado todo el día tieso como un palo, sin poder cambiar de postura. Es incomodísimo, pero se puede aguantar. Por la tarde han venido a verme Josefina y sus padres y luego Xisco y Enriqueta, mis compañeros de departamento.

Cuando se han ido, he cenado como buenamente he podido con la ayuda de mamá, que también ha tenido que ayudarme a hacer pis veinte veces en una especie de *tubo-orinal* que, si no lo colocabas adecuadamente, se desparramaba por toda la cama. Parece que lo tienen calculado para asustarte, porque cada una de las veinte

veces lo he llenado hasta el borde. No tengo ni idea de dónde me sale tanto líquido, supongo que de las cervezas que me tomé el verano pasado. Y sé que no debería darle importancia a estas cosas, pero, la verdad es que me he sentido muy incómodo al necesitar ayuda hasta para mear. Mucha gente no se da cuenta, pero lo más desagradable de estar enfermo no es —al menos para mí— el dolor físico o las molestias debidas a las operaciones que te hacen, sino la dependencia casi absoluta hacia los que tienen la gentileza de cuidarte. Que te lleven de un lado a otro en camilla o en silla de ruedas es hasta divertido. Que te den de comer llevándote cucharadas a la boca, ya no lo es tanto. Pero que tu mujer te tenga que sujetar el orinal —y casi la colilla— para que no te mees en la cama... resulta hartamente humillante.

Sábado 7

Después de pasarme toda la noche sin poder cambiar de postura, el día ha amanecido con la visita del padre Juan. Le he contado las últimas novedades, me ha dado la comunión y a continuación me ha impuesto solemnemente las manos. La verdad es que al principio me ha sorprendido y hasta me ha parecido un ritual brujeril, pero, superado el recelo inicial, eso de la imposición de manos ha resultado muy emocionante. Cuando se ha ido, me he quedado en una especie de estado de paz sobrenatural muy curioso. Y es que estos días, como apenas puedo escribir, me estoy dedicando a leer *El silencio de Dios* y no dejo de pensar en lo privilegiado que soy yo, que no me falta de nada, frente a tantos millones de personas que en la actualidad, en este mismo momento, no tienen lo más mínimo —ni físico ni moral— para poder llevar una existencia digna; pues, como han cometido el terrible delito de nacer en Ruanda o en Somalia, no pueden aspirar al *lujo* de ser operadas siquiera de *apendicitis*.

A media mañana ha venido el doctor García Bueno para informarme del tamaño de la muestra que me quitaron ayer y decirme que las pruebas de la biopsia estarán el lunes o el martes, pues primero tienen que dejar que el trocito de hueso que me han arrancado de la columna vertebral se descalcifique y ablande, para luego cortarlo en rebanadas muy finas y analizarlo al microscopio (¡fíjate tú que *apañaos!*). Me ha dicho también que, aunque los cordomas no se propagan por el cuerpo, el único tratamiento para ellos es operarlos, porque la *quimio* no les hace nada. Sin embargo, si no fuera un cordoma, sino un tumor de otro tipo, aunque fuera más maligno, podríamos tratarlo con quimioterapia y, con un poco de suerte, evitaríamos la intervención quirúrgica, que siempre resulta un riesgo. Así que las perspectivas no parecen tan malas. A lo mejor me libro de la pata de palo y todo.

Como le he dicho que ya me siento estupendamente bien, ha mandado que me quiten el suero goteante y me administren los calmantes anti-ciática por vía oral, con lo cual me ha liberado la mano derecha y ya puedo rascarme el cogote y hasta escribir cómodamente con el ordenador. Todo va sobre ruedas.

Cuando se ha ido, ha aparecido por allí un enfermero cachas que me ha limpiado todo el cuerpo y hasta me ha hecho la cama con una habilidad asombrosa, ¡y sin sacarme de ella ni nada! (A ver si aprendemos, que vosotros no sabéis aún hacerla aunque esté sin bicho dentro.) Hablando, hablando, me ha contado que es licenciado en biología y está haciendo unas investigaciones muy interesantes sobre agricultura ecológica y tratamientos biológicos antiplagas. ¡Fíjate tú qué cosas! Está claro que nunca debemos juzgar a nadie a primera vista, pues bajo la apariencia de un currante que se gana la vida haciendo camas y lavando enfermos, puede encontrarse un verdadero investigador absolutamente apa-

sionado por su trabajo que, a lo mejor, es quien acaba descubriendo la clave del tan traído y llevado *desarrollo sostenible*.

Han llamado las monjitas de vuestro cole para interesarse por mi salud, y también Ramón, nuestro vecino. De vosotros se encargan hoy nuestros amigos Marta y José Mari. Os van a llevar a pasar el día a su casa de campo y por la tarde a un torneo medieval que el *Govern* ha organizado en Palma para celebrar el *Día de las Baleares* (día inolvidable aquel en que desembarcaron las tropas de Jaime I el Conquistador y, arrasando la isla a sangre y fuego, esclavizaron a todo el que se opuso a la *normalización* e impusieron *democráticamente* su nuevo sistema administrativo, empezando la historia desde cero). ¿Por qué será que se me ponen los pelos de punta?

Poco después me han traído la comida, y me he levantado con la ayuda de mamá. He ido caminando lentamente hasta el servicio para hacer un pis con exquisito tino. Me he sentado a comer en un sillón junto a la cama y cuando ya me había confiado e iba por los postres, justo cuando mamá se ha ido un momento a lavarse las manos, he notado cómo me daba una *lipotimia* súbita (en mi vida había experimentado algo semejante: es como si fueras un flotador playero y, de pronto, te quitaran los tapones de los pies y se te fuera el aire...). Viendo que se me iba el fuelle, me he levantado —astutamente— para tumbarme en la cama y... ya no he visto nada más. Todo se ha vuelto negro como boca de lobo hasta que he recobrado el conocimiento, mientras mamá y una enfermera, que había venido en su auxilio, intentaban levantarme del suelo, preguntando a voces: «¡Cariño, qué haces ahí debajo de la cama!».

He vuelto del más allá azorado, pensando que no sabía cómo responder a semejante pregunta tan filosófico-

existencial. Pues, *en abriendo los mis ojos*, he visto que, efectivamente, estaba metido ahí debajo, con el somier por sombrero y las baldosas por babero...

Después de acostarme —esta vez sobre la cama— hemos descubierto que me he partido un incisivo por la mitad (como recuerdo del estacazo que me he dado contra el somier). Así que, a partir de ahora, se acabaron mis paseos por la habitación y me toca masticar sólo con el lado izquierdo.

Pero aquí no acaban los males (que siempre vienen *a puñaos*). A raíz de la lipotimia, que ha coincidido con la retirada drástica de casi toda la medicación, me han vuelto otra vez los dolores de ciática, nuevamente a lo bestia, y he pasado una tarde horrorosa, quieto como un palo y con la pata zumbándome hasta el oído. Así que cuando han aparecido por allí Alfredo, Bego y su hijita Natalia, no sabía si reírme o llorar. A media tarde me ha vuelto a dar otra lipotimia —pero esta vez metidito en la cama— y al final me han tenido que pinchar otra vez el goteo en el brazo (todo mi gozo en un pozo).

Domingo 8

No creo que podáis imaginar qué noche tan larga he pasado. Con lo bien que iban las cosas hasta ahora y lo lejano que veía yo aquellos días en que me dolía la ciática... No he conseguido pegar ojo en toda la noche. Hora tras hora, retorciéndome de dolor mientras Maru, que por suerte estaba de guardia, venía cada quince o veinte minutos a ponerme un tranquilizante nuevo —toda la farmacopea existente en el mercado la he degustado yo esta noche, incluidas tres inyecciones de derivados de morfina que me he chupado de madrugada—. ¡Vaya nochecita tan toledana ella, oye!

El amanecer me ha pillado agotado, dolorido y triste, como era de esperar. Tras la comunión, por no moverme

no me he atrevido ni a desayunar, y a la hora de comer apenas he probado bocado porque tengo muchas náuseas. Estoy tan hundido y dolorido que hasta les he pedido a las enfermeras —que, por cierto, son un encanto— que no me hicieran hoy la cama. Ellas, que hasta ahora me veían tan jovial y optimista, escribiendo en mi ordenador y recibiendo visitas a todas horas como si no fuera un sentenciado a muerte, sino un ejecutivo, ahora me miran con tristeza (supongo que es el reflejo inevitable de mi cara).

Aunque estaba previsto que hoy vendrías los cuatro a verme, mamá no se ha atrevido a traeros por miedo a que recaiga de nuevo y, la verdad, os he echado mucho de menos. Pero, en fin, ¿qué se le va a hacer? Todo es cuestión de paciencia (precisamente la virtud que más me sobra...).

Me he dedicado a dormir casi toda la mañana, con mamá sentada a mi lado leyendo no sé qué; y ya por la tarde me he ido reanimando un poco, porque me han vuelto a restablecer toda la medicación y he empezado otra vez a ver el mundo *en technicolor*.

Según iba transcurriendo la tarde han ido desfilando por allí caras agradables: Vicente y Margarita, Alfredo y su familia, Ramón y Pina y Ángela y Héctor, nuestros vecinos del campo, que nos han transmitido muchos ánimos de parte de sus padres, José y Olga, y se han ofrecido a cuidar de nuestros pajaritos.

Aprovechando la coyuntura, le he pedido a Ángela que, como se está pasando el tiempo de la poda, le diga a José —que entiende mucho de eso—, que a ver si se anima y me poda la viña (ya sé que tengo mucha cara, pero como siempre que me pongo a la faena aparece él por allí, alto como un poste y lleno de vitalidad, dándome consejos agropecuarios y diciendo que las cepas se podan así y no así, he pensado que a lo mejor este año le gusta podarlas a su aire. Y por si cuea...).

Cuando se han ido todos y me han dejado solo, me he puesto a escribir las memorias de estos últimos días tan aciagos y ahora mismito, en cuanto termine, pienso relajarme un poco leyendo *Limpieza de sangre*, de Pérez Reverte, hasta que venga Morfeo a buscarme.

Lunes 9

Después de una noche feliz y dichosa, bien arropadito mientras se escuchaba ahí fuera un escandaloso temporal azotando Palma —que parecía que iba a tirar abajo el hospital—, me han despertado a primera hora con el desayuno. No entiendo por qué tienen que traerlo todos los días tan temprano. Ya sé que es una costumbre muy sana y saludable, pero cuando estás agotado y profundamente dormido y te despiertan para traerte el café y no sé qué pastillita de los *cojines...*, te dan unas ganas enormes de metérsela a la enfermera sonriente por cierto sitio.

Otra vez me siento recuperado y lleno de vitalidad (¡si es que no hay nada como estar enchufado al suero!). He desayunado opíparamente, me he chupado los dedos, he conversado un rato con el padre Juan, me ha visitado el doctor García Bueno, prometiéndome que hablará con el maxilofacial para ver si puede hacer algo con mi diente roto. Y luego ha venido el doctor Moyá para decirme que los resultados de la biopsia estarán listos para el martes o el miércoles (las cosas de palacio...). A ver si nos enteramos de una vez de qué es lo que tengo ahí dentro.

A media mañana han venido a verme otra pareja encantadora: Toñi y Pedro. Y hemos tenido una jugosa conversación sobre mis libros y sobre el sínodo diocesano que se está celebrando en Mallorca.

Cuando me han dejado solo, me he dedicado a escribir con pasión y arrebató un capítulo de mi nuevo libro filosófico que he estado rumiando durante estos días de inactividad obligada. Trata sobre uno de los temas

que más se han discutido a lo largo de la historia de la filosofía: la existencia o no del alma humana. Y no es porque sea yo el autor, pero —objetivamente hablando— la verdad es que la historieta me ha quedado genial.

Martes 10

El dentista de la Policlínica aparece tempranito para comunicarme que mañana me harán una *endodoncia* para matar el nervio y salvarme el diente roto. Me parece estupendo que me arreglen el *desaguisao* aunque tenga que pasar otra vez por el quirófano. Por otro lado, estoy muy estreñado (supongo que de la mala leche de estos últimos días) y los laxantes que me han ido administrando no me hacen ningún efecto. No es que me moleste mucho, pero me preocupa.

A media mañana vienen a verme dos alumnas con su madre y me traen como regalo una enorme caricatura mía muy graciosa que dice: ¡*Aúpa, Javier! Al toro por los cuernos*. Como en la habitación no hay alcayatas, pongo el cuadro sobre una mesita, apoyado en la pared, y todas las enfermeras que van pasando se tronchan de risa (supongo que será por los dientes tan sanotes y airosos que luzco).

Aprovechando que no hay visitas, dedico toda la tarde a mi libro. Pues, como ayer me fue tan bien, hoy he escrito de un tirón otra historia alucinante en la que el mismísimo santo Tomás de Aquino, en un raptó místico, se le aparece a Nietzsche —que está muriéndose en un hospital—, y discuten



acaloradamente sobre la existencia o inexistencia de Dios. ¿Es verdad que *Dios ha muerto*, como gritaba Nietzsche a los cuatro vientos o como afirmaban Epicuro y los sofistas en la antigüedad, o Dios sigue hoy tan vivo y co-leante como siempre? Me siento muy orgulloso de lo bien que me ha quedado este capítulo, aunque creo que, intentando ser lo más objetivo posible, me he pasado un poco de rosca y le he dado más potencia argumental al lado de Nietzsche que al de santo Tomás. Teniendo en cuenta que en este libro sólo pretendo plantear los temas más candentes, sin dar mi opinión al respecto, no pienso tocarlo. Ya sé que queda mucho por perfilar en cuanto al estilo, pero eso ya lo haré más tarde.

Duermo fatal por culpa de los laxantes que me han tenido perfumando la habitación toda la tarde (y no precisamente a la flor del romero). ¡Toda la noche yendo y viniendo al baño, para, después de inconfesables esfuerzos, no hacer nada; ni gota ni gota!

Miércoles 11

Me levanto, desayuno y me preparo para que me hagan la endodoncia. Viene el doctor García Bueno y me asegura que mañana estarán, por fin, los resultados de la biopsia. ¡Ya va siendo hora, que si en vez de cáncer llego a tener rabia, ya le había mordido a medio hospital!

Como me encuentro cansado, hoy decido no escribir, así que me pongo a leer una novela detectivesca que me ha traído mamá: *El valle de los leones*, de Ken Follett.

Al final, después de estar toda la mañana esperando a que me hagan la endodoncia (sin atreverme a tomar el laxante por si acaso me daban las ganas en medio de la operación), vienen a por mí después de comer (¿serán mamones?). Paso un mal rato, más que por el dolor, por lo engorroso de los aparatos; ya sabéis: ruiditos imperti-

nentes que te machacan el tímpano y tubitos retorcidos que te resecan la boca sin piedad. Me han matado el nervio y ya no me duele. Eso sí, limando, limando, me han dejado el diente reducido a su mínima expresión. Así que, en cuanto salga de ésta, tendré que volver al dentista a que me lo recrezca (mientras tanto, lo dejaremos así, que a lo mejor no me recupero y tampoco vamos a tirar el dinero por la ventana).

Y, hablando de dinero: después de los muchos cuartos que se está gastando el seguro en mi hospitalización y curación, ahora resulta que el arreglo del diente que me he cascado por culpa de la medicación no entra en el seguro. A partir de ahora tendré que tener más cuidado con lo que hago, no vaya a ser que me caiga otra vez y me cobren las tiritas¹.

Paso la noche tenso y preocupado, esperando que mañana me digan cuán maligno es el tumor. Se me pasan las horas obsesionado dándole vueltas al tema; y, por si fuera poco, tengo una especie de pesadilla muy nítida sobre música, sexo, drogas y satanismo que intentaré mañana escribir para ilustrar uno de los capítulos de mi libro (aunque sé de sobra que no me quedará tan bien como en sueños). Sobre todo cuando se me ha presentado con absoluta nitidez la mirada de odio y vacío de Satán, y me he despertado sudoroso y con el corazón palpitante. Menos mal que he visto entre las primeras claridades que se colaban por la persiana la estampita de Jesús pegada en el soporte del goteo y, viendo cómo me miraba, he recobrado inmediatamente la paz (cosas del subconsciente, que diría el amigo Freud).

¹ Mientras corrijo el texto que escribí estando ingresado, me estoy acordando del debate de *Crónicas marcianas* (Tele 5) en el que participé ayer noche (20-05-99). Resulta que ahora la Seguridad Social va a costear al que lo desee el precio millonario que vale cambiarse de sexo, y yo me tengo que pagar de mi bolsillo el diente que me he partido estando hospitalizado por cáncer. ¿Tendrá güebos la cosa?

Me siento cada día más unido a Él (a Freud no, a Jesús). Veo los tubitos de goma que me llevan el suero y los calmantes a las venas, y siento que Él también me transmite su esperanza, y me la seguirá transmitiendo mientras sigamos unidos. Ahora entiendo mejor sus palabras: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Si los sarmientos no permanecen unidos a la vid, se secan y no dan fruto.*

Jueves 12

Me pongo a escribir sobre el sueño de anoche. La cosa me sale bordada, pero me paso todo el día obsesionado con el tema mientras mamá lee a mi lado, esperando a que de un momento a otro entre alguien y nos dé, por fin, los resultados de la biopsia, que ha pasado una semana desde que me la hicieron.

A media mañana viene el doctor García Bueno a disculparse por la tardanza, diciendo que han preparado ya una parte de las muestras extraídas y que al final de la mañana o, a mucho tardar, por la tarde vendrá él mismo a contarme qué es lo que tengo; pues, al parecer, el fin de semana pusieron la muestra en poco ácido y la parte ósea apenas se reblandeció. Así que la cosa está tardando más de lo esperado. De todos modos parece que el tumor está muy calcificado, con lo que cada vez hay más probabilidades de que no sea un cordoma. Todo son lucubraciones y tener paciencia porque me da la sensación de que a estas alturas aún no tienen ni idea.

Me llaman continuamente por teléfono, todo el mundo preocupándose por los resultados de la biopsia, pero seguimos en ascuas. Procuro no pensar en ello, pero la verdad es que estoy empezando a ponerme nervioso.

A mediodía aparece el doctor Moyá, nos dice que no se sabe nada aún y, para arreglarlo, añade que de todos modos el doctor Ramón se va el martes a un con-

greso internacional en Estados Unidos (¡una semana!). Así que la operación, sea como sea al final, va para largo. Me sabe a cuerno *quemao*, pero peor aún a mamá que, si no llega a ser como es ella, le saca los ojos allí mismo.

Viene a vernos Catherine, otra profesora y amiga encantadora, y aprovecha para animarnos contándonos casos de gente operada de cáncer que andan por ahí tan tranquilos. La verdad es que oír esas cosas consuela mucho (aunque tampoco podemos olvidar que su marido murió de cáncer hace cuatro o cinco años).

Justo a las siete de la tarde, cuando se va mamá ya cansada de esperar los resultados, aparece el doctor García Bueno y me dice que parece confirmarse lo del cordoma, pero que sigue sin ser seguro hasta mañana, aunque el informe oficial no estará antes del lunes o el martes. Me explica las astutas estrategias que emplean los tumores para difundirse y arraigar por todo el cuerpo y cómo actúan los mecanismos de defensa del organismo.

El tema me parece de lo más interesante desde el punto de vista filosófico (aunque un poco macabro, estando como estoy). Y es que lo que me ha contado no acaba de encajar con mis modestos conocimientos sobre evolución. Ya que si el cáncer fuera una especie de enfermedad contagiosa, entendería perfectamente que el bicho busque su propia difusión a costa de los cuerpos que infecta, puesto que, aunque acabe matándolos, gracias a ellos puede madurar, multiplicarse y saltar a otros organismos para su propio beneficio. Esto encaja dentro de la teoría darwiniana de la selección natural y la lucha por la vida (los más astutos viven a costa de los débiles). Pero si de lo que se trata no es de un virus, sino de unas cuantas células de mi propio cuerpo que se han vuelto defectuosas, no entiendo para qué la naturaleza las hace tan astutas y tienen tal interés en propagar su degeneración por todo el organismo (en lugar de convivir pacíficamente

con él, años y años) llegando en su empeño hasta cargárselo —y morir ellas de paso— en una especie de venganza *kamikaze* sin ningún provecho para nadie. ¿Qué es realmente el cáncer? ¿Una especie de maldición satánica?

Mientras ceno, veo en la tele *Manos a la obra*, una comedia que me hace pensar poco y reír mucho. Lástima que la abuela Libia llama para preguntar por mi salud y de paso contarme cómo van a editar el catálogo de sus cuadros. Agradezco mucho su llamada, pero me pierdo la mitad de la *peli* (¡qué hijo más prosaico y desagradecido!, ¿no?).

Ya tarde me quedo a corregir el capítulo que he escrito por la mañana de un tirón, y me dan las tres de la madrugada. Así que me tomo un valium y a dormir lo que pueda antes de que llegue la del café.

Viernes 13

Llamo a la Universidad de las Islas Baleares para comunicar mi baja. Pues, aunque la asignatura cuatrimestral que impartí este año la terminé en febrero, todo son complicaciones burocráticas, papeleo y partes de baja cada quince días; pero, en fin, no queda otro remedio que pasar por el aro, si quiero cobrar las treinta y cinco mil pesetas que me pagan al mes (todo un pastón que no me llega ni para el diente, literalmente hablando).

Esta mañana he intentado escribir, pero tengo interrupciones continuas: teléfono de la habitación, móvil, enfermeras que pasan a ponerme inyecciones, Manolo, que viene de visita sorpresa... ¿Yo qué sé? Y todo el mundo en ascuas a ver qué leches tengo y si me operan o no. Ayer me dijeron que hoy sabrían ya con certeza cómo de maligno es el tumor, pero tampoco me lo creo.

Mamá me ha contado que al mediodía va a venir a visitarnos su padre (vuestro abuelo Mariano), y esta tarde os traerá a los cuatro a verme. Estoy deseando daros

un achuchón. Aunque está claro que este fin de semana, con tanta visita, se acabó la escribanía.

Después de comer, ordeno un poco el cuarto para que esté presentable y me echo la siesta. Pero, cuando estoy sumido en mis mejores sueños, aporrean la puerta cinco alumnos de mi curso (el terrible 1.º A) y un cuarto de hora después otros cinco o seis (coinciden además con nuestros amigos Xisco y Amparo que, viendo la marabunta que se avecina, ponen discretamente pies en polvorosa).

Bromean un poco sobre la profesora sustituta que ahora les da filosofía (al parecer les ha perdonado la lógica; no sabe la pobre que si empieza así se la van a comer cruda, pero, en fin, *allá cada maestrillo con su librillo*). Aprovechando que están mucho más receptivos que normalmente en clase —pues no todos los días ve uno al tutor muriéndose— y que como ahora no estoy en el instituto puedo decir lo que me dé la gana, les doy una de esas lecciones magistrales que no se aprenden en el *cole*, intentando que entiendan que estas cosas pasan habitualmente y que la vida está llena de buenos y malos momentos y, cuando llegan los problemas, de nada vale esconder la cabeza como el avestruz; hay que asumirlos con dignidad y poner todos los medios a tu alcance para intentar resolverlos sin dramatizar. Pero si además tienes fe en Dios y esperas gozar de la Vida definitiva, pues mejor que mejor. A fin de cuentas esta vida terrenal no es más que una buena ocasión para probar nuestro verdadero valor.

Me miran impresionados al oírme decir estas cosas (aunque seguro que alguno estará pensando que soy un *meapilas*), y me cuentan que un compañero suyo de catorce o quince años se ha intentado suicidar esta misma mañana bebiéndose medio litro de *amoniaco*, allí mismo, en la puerta del instituto y, ahora, gracias a que Ca-

milo se lo llevó en su coche a toda pastilla, está con toda la tráquea quemada en el hospital... Un desastre.

Mientras estamos hablando de la vida y de la muerte como buenos amigos, aparece el doctor García Bueno para darme, ¡por fin!, los resultados definitivos de la biopsia (me siento igual, igual, que el reo esperando la sentencia). Estoy a punto de decirles a los chicos que salgan, pero, acordándome de Sócrates mientras se tomaba filosóficamente la cicuta ante sus discípulos, pienso que es una buena oportunidad para que vean con sus propios ojos (y en directo) cómo se encajan estoicamente las malas —o buenas— noticias. Así que lo dejo estar y, ante todos ellos allí presentes, el doctor me cuenta con pelos y señales que la biopsia ha revelado definitivamente que no se trata de un cordoma, sino de un adenocarcinoma. Es decir, un tumor maligno (todo un cáncer) que se genera en partes blandas (por eso se llama *adeno*) y luego se va propagando hasta que invade todo el organismo. Por tanto, el tumor que han detectado en la columna vertebral no puede ser el originario, sino una metástasis; puede que ya esté repartido por el cuerpo, así que lo primero que hay que hacer es buscar a fondo si hay otros tumores por ahí escondidos, aunque podría ser que el foco originario haya generado esta primera metástasis y luego haya desaparecido por sí solo. Lo que está claro —y por eso creían hasta ahora que era un cordoma— es que los adenocarcinomas nunca empiezan en el hueso.

Me dice que, por tanto, ya no es aconsejable operar, sino recurrir a la quimioterapia y la radioterapia para intentar destruir el tumor antes de que se extienda. Por lo que este fin de semana me harán otro TAC para volver a mirar bien si hay otros tumores por ahí diseminados, y el lunes, sin esperar más, me pondrán la primera dosis de quimioterapia.

Le pregunto por los efectos de la *quimio* y me dice que lo normal es que me den mareos y náuseas y se me caiga el pelo, pero si consiguen controlar el dolor de ciática con pastillas, podré irme a casa pronto y, dentro de mes y medio me harán pruebas para ver cómo va reaccionando el tumor. Si, tras cinco o seis sesiones, no responde a la quimioterapia, entonces tendrán que operarme como último recurso, aunque esa operación no garantiza en absoluto que el tumor no vuelva a rehacerse. De todos modos, dice que el índice de curaciones sólo con quimioterapia es ya del 50 por ciento, así que tengo muchos boletos de librarme del quirófano (exactamente el mismo número para que me toque ir al tanatorio).

Aunque noto cómo la sangre se me baja a los pies, procuro comportarme como si no estuviéramos hablando de mí ni fuera mi cuello el que está en juego y, viendo la cara de los allí presentes, hago unas cuantas bromas de humor negro para trivializar un poco la tragedia (ya que, como dice el aforismo escocés, *la sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz*); pero, por dentro, siento un escalofrío que me sube por la columna vertebral y una especie de vértigo que apenas me deja pensar con frialdad.

¡La biopsia ha confirmado lo peor: tengo un tumor de los más malignos; un cáncer en toda regla, que puede llevarme a la tumba en pocos meses, dejando una viuda y cuatro huérfanos y, si me operan, puedo verme obligado a vivir postrado en una cama el resto de mi vida!

Mientras veo muchas caras largas a mi alrededor, clavando en mí sus ojos infinitamente tristes, siento como si me cayera encima una tromba de agua y no quisiera ser del todo consciente de lo que me está pasando. Temo descubrir de pronto las verdaderas dimensiones de la trage-

dia que me ha tocado vivir y hundirme en la desesperación; así que, mientras llega y no llega la *depre*, decido dedicar mis fuerzas a torear la cuestión bromeando y quitándole hierro al asunto y aliviando, de paso, el sufrimiento ajeno.

Cuando se va el *mensajero*, los chicos se quedan allí de pie, mudos, clavados a la pared, mirándome como quien mira a un condenado a la silla eléctrica. Algunas alumnas tienen la cara tan blanca que temo que les dé una lipotimia y se caigan redondas allí mismo. Ríen débilmente en respuesta a mis bromas, pero nadie se atreve a decir nada.

Cuando se despiden cariñosamente y me dejan solo con mis lúgubres pensamientos, aparecéis —gracias a Dios— todos al rebullón: mamá, el abuelo Mariano y vosotros cuatro, repartiendo besos y dando botes por toda la habitación. Mariano, que ha copiado el diagnóstico de la biopsia, llama por teléfono a tía Paloma y se lo lee, palabra por palabra, por si entre tanto tecnicismo hay algo que se nos escapa; pero no nos aporta nada nuevo.

El informe oficial de la biopsia —firmado por los doctores Llompart y Mas— dice así:

Descripción macroscópica: Fragmento irregular de consistencia blanda de 0,7 cm de diámetro. Se acompaña de fragmento de consistencia ósea de 2 cm que se somete a proceso de descalcificación.

Descripción microscópica: Los fragmentos correspondientes a tejidos blandos, en su mayor parte, se encuentran necrosados. En la zona respetada se identifica un tejido conjuntivo con inflamación de tipo crónico, reconociendo la presencia de islotes aislados de células poligonales de morfología epitelial con signos de diferenciación glandular. El fragmento óseo muestra invasión por

neoplasia epitelial glandular moderadamente diferenciada con moderado estroma conectivo.

Diagnóstico: Infiltración de tejidos blandos y hueso por *adenocarcinoma*.

En resumen: que tengo un cáncer como una catedral.

Procuro tomármelo del modo más positivo que puedo, pero cuando se va el abuelo a entreteneros un rato a la cafetería, me quedo con mamá y, mientras le cuento lo que me ha dicho el médico, se me saltan las lágrimas sin poderlo remediar, sobre todo al pensar en lo pequeñitos que sois aún los cuatro. Por más que esté convencido de que me voy al cielo de vacaciones y que ya se termina eso de trabajar, madrugar y pasar malos ratos, ¡qué triste resulta pensar que os dejo huérfanos tan pronto en este mundo tan cruel! Mamá me mira y me abraza, pero no dice nada. Pobrecilla, tan joven y ya viuda y cargada de niños.

Afortunadamente aparecen por allí nuestros vecinos y amigos Julio y Cristina, con lo que no hay más remedio que tragarse las lágrimas, aunque sólo sea por cortesía; y, mientras estamos hablando tranquilamente, se resbala de repente el enorme cuadro de la caricatura que me regalaron mis alumnas y revienta el cristal contra el suelo, produciendo un estrépito de tres pares de narices y saltando cristalitos hasta el techo. Al instante aparecen varias enfermeras despavoridas (supongo que pensando que, al verme desahuciado, me estoy cortando las venas *discretamente*). Todo el mundo se pone a recoger cristales por la habitación y, de paso, a *sacarle el brillo* a la caricatura de carboncillo... que se ha quedado guapa, la pobre.

Más tarde, cuando llegan con la cena y os vais todos, me quedo solo con mis pensamientos. Y, ya de noche, cuando estoy pensando en dormirme, aparece la familia

de Manolo —un antiguo alumno— y se quedan acompañándome hasta muy tarde. La verdad es que no me parece el mejor momento para hacer visitas, pero al menos me ha servido para no dejarme pensar mucho en mi triste sino.

En cuanto se van, me tomo un valium y me quedo dormido, flotando en el vacío y muy, muy cansado. ¡Señor, no entiendo nada; pero, aun y todo, hágase tu voluntad!

Capítulo 4

Buscando
otras metástasis

A por todas

Si me arrancas los ojos, eso no puede matarme;
pero si destruyes mi fe en Dios, estoy muerto.

GANDHI

Marzo Sábado 14

Llevo ya más de dos semanas ingresado y parece que esto aún va para largo. Ahora que los médicos ya saben con seguridad lo que tengo, parece que ha llegado el momento de ponerse a hacer algo para remediarlo (y, por las prisas que noto, me da la sensación de que la cosa la ven muy chungu).

A primera hora de la mañana me visita —como siempre, muy amable— el oncólogo jefe, doctor Señor, para ver cómo me he tomado la sentencia. Le cuento que tuve durante este año fuertes dolores en el cráneo (me lo ha recordado mamá por teléfono). Dice que, entonces, será conveniente buscar también en el *cavum* (detrás de la garganta) por si está allí el origen, pues siguen pensando que es muy raro que un adenocarcinoma aparezca directamente en un hueso sin ser una metástasis de otro tumor original.

Me pasó la mañana contando la historia del adenocarcinoma a cuarenta personas —mi madre y las tías Lourdes y Garbiñe incluidas—. Todos intentan animarme, pero la verdad es que, superado el *shock* inicial, no me encuentro realmente desanimado.

Mi planteamiento es el siguiente:

1.º Han descartado de momento lo de la operación, así que aún cabe la posibilidad de quedarme entero sin tener que ir por ahí cojeando, como estaba previsto.

2.º Hay que tener paciencia porque se ve que esto va para largo. Así que no merece la pena agravar la situación dramatizando.

3°. En el peor de los casos, ya he vivido casi cuarenta años intensamente. Me merezco unas vacaciones largas en la eternidad. Dios cuidará de vosotros. Todos estamos en sus manos (aunque, de todos modos, sospecho, no sé por qué, que aún me tiene reservados muchos años de trabajos forzados aquí en la tierra...).

Mientras hablo por teléfono con no sé quién, llega mamá con el abuelo Mariano. Me cuenta que ya ha mandado a Espasa Calpe el guión y tres capítulos de mi novela filosófica, y los tres nos pasamos el día hablando, discutiendo —cómo no— y recibiendo visitas continuamente: Primero, Vicente y Margarita con sus niños, que vienen para llevaros a vosotros a pasar el día en una casita en la playa. Luego, Juana, la secretaria, y las señoras que regentan el bar del instituto (de paso les doy el parte de baja para el jefe de estudios). Llama Jesús, otro *profe* muy amable, interesándose por mi salud. Y, aunque sé que a él mis creencias se la traen floja, le cuento que estoy muy animado sobre todo por mi particular visión de la vida y de la muerte; ya que estoy convencido de que si fuera ateo, todo lo que me está pasando sería mucho más duro de tragar.

Luego, vienen José María y Marta con su hijita recién nacida (la cuarta). Y, de postre, cuando ya estoy cenando, aparecen Consuelo y Bernardo y nos reímos mucho haciendo humor negro sobre nuestras mutuas desgracias cancerígenas.

Consuelo, que es enfermera y se pasa la vida toreando enfermos, comenta lo mal que lo pasan algunas mujeres cuando les tienen que cortar un pecho por tener cáncer de mama. Y para ilustrar el tema me cuenta el caso de una señora ya mayor que tardó muchísimo tiempo en ir al médico, porque le daba vergüenza; y, cuando estaba ingresada y le habían hecho ya veinte mil pruebas —la última, una *rectoscopia*—, se quejaba la pobre di-

ciendo: «¡Yo, que no quería ir al médico por no enseñarle la teta, y ahora me han visto por el culo hasta los hígados...!».

Ya tarde viene Mariano y se despide de mí muy cariñoso, porque se vuelve a Madrid mañana temprano y, al fin, me quedo solo otra vez y, antes de que se me olvide, y aprovechando que tengo ordenador, redacto mi «testamento vital», por si las moscas, para que quede bien clara mi voluntad, última e incuestionable: que no autorizo a nadie a que me aplique la *eutanasia* ni a que alargue mi agonía innecesariamente:

Yo, Javier Mahillo Monte, haciendo uso del derecho a ser informado de la evolución real de mi enfermedad, del derecho a aceptar o rechazar el tratamiento a que se me vaya a someter y del derecho a recibir asistencia física, psicológica, social y espiritual hasta el momento de mi muerte, aunque deseo vivir y acepto sufrir lo que sea estrictamente necesario para mi curación, **no doy mi consentimiento a nadie para que ponga fin a mi vida anticipadamente, ni tampoco autorizo a médico alguno para que me aplique medidas extraordinarias que prolonguen mis sufrimientos cuando ya no haya esperanza de curación.** En resumen: haciendo uso del derecho a que se respete mi libertad de conciencia, quiero recibir ayuda para morir con dignidad, y no autorizo a nadie para que me mate por lástima o me haga sufrir innecesariamente.

Javier Mahillo (14.03.98)

Con la seguridad de que, al final, si me quedo en estado *vegetativoputipénico*, los médicos van a hacer conmigo lo que les venga en gana, hago un ratito de oración mirando a mi Jesús colgando del suero, me pongo nuevamente en sus manos y me duermo dulcemente como si

la cosa no fuera conmigo. Aunque estoy tan cansado y paso tanto frío que a media noche tengo que llamar a una enfermera para que me ponga otra manta y se me vaya la tiritera.

Domingo 15

Viene de visita el doctor Durán, pero no me dice nada nuevo. Veo por la tele una beatificación triple presidida por el Papa. El comentarista dice que Juan Pablo II ya ha beatificado a más de ochocientas personas de todo el mundo, de los que casi seiscientos fueron martirizados por su fe (luego decimos de Nerón y los pobres cristianos echados a los leones, pero no sé si en la actualidad hay en el mundo más mártires y, sobre todo, más leones que en aquellos tiempos).

Viene mamá y pasamos el día juntos, sin niños, sin abuelo y sin apenas visitas. Como hace un día primaveral se ve que apetece más irse de campo que de hospitales. La cosa es que descanso un montón y aprovecho para seguir leyendo la novela de Ken Follett que empecé hace unos días y que se está poniendo muy, pero que muy interesante. También me hace pensar mucho el ver cómo vive y muere la gente en Afganistán (sobre todo las mujeres). Mientras yo estoy aquí como un pachá.

Por fin me hacen el TAC helicoidal del tórax y abdomen que estaba previsto para descartar otras metástasis (después de hacerme tragar un asquerosillo litro de agua con contraste y pincharme otra porquería por vía intravenosa).

El informe subsiguiente dice así:

Alteración residual de intersticio apical izquierdo. Minúscula lesión subpleural posterior derecha en plano 31 M, de dudoso interés. En mediastino y plano 28, sospechamos que existe una adenopatía hiliar derecha de 17,8 mm [...]

Hay otras posibles pequeñas adenopatías subcarinales en planos 26 y 29.

Conclusión: Posible adenopatía hiliar derecha.

Y el del abdomen redondea la información:

Hígado, vías biliares, bazo, riñones y adrenales, normales. El páncreas es voluminoso, pero no hay imágenes sospechosas. No hay adenopatías abdominales. En pelvis se observa masa parasacral derecha, con porción hipodensa por posible necrosis, y una adenopatía ilíaca derecha, ventral e inferior a la masa.

Conclusión: Masa y adenopatía en pelvis derecha.

Así que el tumor parece localizado y sin otras metástasis por ahí escondidas. Menos mal.

Por la tarde viene a verme el padre Jordi, el párroco de nuestro barrio. Luego, llegan Vicente y Margarita con vosotros, que al parecer os lo habéis pasado pipa. Cuando os vais todos, me llama mi hermana Begoña desde Ciudad Real y le cuento lo del carcinoma. Y, a última hora, hablo un ratito con mi amigo José Javier, que llama desde Madrid.

Lunes 16

Me visitan los oncólogos García Bueno y Señor (como os podéis imaginar, cada vez que veo a este último me dan unas ganas irresistibles de decirle: «Buenos días, señor Señor», pero me muerdo la lengua por no liarla). Me dicen que mañana empezaremos con la quimioterapia y que han decidido ponerme también radioterapia, pues en mi caso la combinación puede resultar muy eficaz para destruir el tumor que, por lo visto, está muy calcificado (me huele a chamusquina esa estrategia de atacar con todas nuestras armas a la vez, a la desesperada, pero no

digo nada, porque si me quejo, seguro que a partir de ahora ya no me querrán contar la verdad).

Me informan también de que las sesiones de *radio* son diarias y duran aproximadamente un minuto. Les recuerdo lo del *cavum*, y dicen que primero buscarán en el intestino y el recto, y si no ven nada, después mirarán el dichoso *cavum*.

Les pregunto si el diagnóstico de adenocarcinoma es absolutamente definitivo, y me dicen que sí, que después de la biopsia ya no cabe la más mínima sospecha de que sea otra cosa.

La verdad es que son los dos muy amables (se ve que los oncólogos no sólo son mecánicos del cuerpo, como los traumatólogos, sino también un poco psicólogos). El doctor Señor me cuenta que su hijo es filósofo como yo y también está preparando un libro en Madrid (vamos, que somos casi gemelos, salvo que el cáncer es mío. ¡*Cachis diez!*).

Llama por teléfono mi padre, vuestro abuelito Quintiliano. Por primera vez desde que estoy ingresado se ha decidido a llamarme a mí directamente (hasta ahora siempre había hablado con mamá). Como no me atrevo a decirle que tengo cáncer, pues para los que son de su generación esa palabra equivale a calva prematura y muerte segura, le cuento que tengo un pequeño tumor que me iban a operar en Barcelona y que ahora existe la posibilidad de disolverlo sin operación ni nada. Así que estoy contento. Él —que no tiene un pelo de tonto, aunque es pesimista innato integral a la enésima potencia— ya me ve en el otro barrio, pero, en fin, no puedo hacer otra cosa.

Me pongo de nuevo a trabajar en mi libro, para quitarme fantasmas de la cabeza, aunque el ordenador portátil ha empezado a dar problemas de arranque. Espero que no se bloquee y me deje colgado. A ver si hay suerte y saco adelante el capítulo que tengo a medias.

En cuanto cojo la inspiración me llama Pilar —una amiga— para preguntar que qué tal va la cosa; y después el triunvirato de mi instituto (se ponen al teléfono las tres, una por una). Les cuento lo del carcinoma e intentan animarme. Con tantas zancadillas que me han puesto estando sano, resulta consolador ver lo mucho que me quieren ahora que ya tengo billete para el otro barrio. Pero, en fin, así es la vida, hijos míos. Imaginaos que le cayera bien a todo el mundo. ¡Qué asco de padre! ¿No?

A la vista de mi culo —literalmente negro con tanto pinchazo, ya que al parecer se me queda el líquido enquistado o no sé qué—, el médico decide cambiarme las inyecciones por pastillas. El efecto debe de ser el mismo, porque, aunque sigo notando la *ciática*, ahora es un dolor suave y perfectamente llevadero. Así que a partir de hoy me darán una en el desayuno y otra en la cena.

Acabadas las inyecciones empieza algo peor: los tragamientos de agua repelente.

A media mañana aparece el doctor Aspachs y me dice que me traerán unas botellitas de agua para ir limpiando el intestino, pues mañana me tienen que hacer una rectoscopia para ver si aparece el tumor originario en salva sea la parte.

Viene mamá, escribo un poco, como, y por la tarde nos visita Marcos y se ofrece nuevamente a llevarnos los partes de baja al instituto o a resolver cualquier gestión de papeleo que necesitemos.

Cuando se va, aparece una enfermera con tres botellas de medio litro llenas de agua hasta los bordes con no sé qué guarrería disuelta que le da un sabor asquerosillo y repelente. Me las empapuzo una por una en hora y media de calvario, mientras leo una novela para no pensar mucho en su genuino y pestilente sabor. Y aún no he terminado la degustación, cuando me da una dia-

rra de esas *que te cagas*, y me paso la tarde yendo y viniendo al servicio; aunque, al final, como ya no tengo nada dentro, sólo sale agua caliente.

A la hora de cenar —si puede llamarse cena a un triste tazón de sopa, con un calmante a modo de tropezón— aparecen nuevamente Bernardo (vuestro pediatra preferido) y Consuelo, su mujer (que tiene más experiencia en cánceres que yo en filosofías), con ánimo de consolarme, pensando que ya me habían enchufado la *quimio* y estaría nauseabundo y vomitivo. Hablamos de la rectoscopia que me van a hacer y me cuentan que es una guarrería bastante insoportable y que dura un montón.

Entre risa y risa, por el tema *escatologicoguarrindongo*, comentamos la importancia de que haya coherencia entre lo que piensas y lo que vives y, pese a no ser creyentes, reconocen que la fe realmente vivida y la esperanza en el más allá ayuda mucho cuando las cosas se ponen feas en el más acá. En el fondo he tenido suerte, mira tú que cosas.

Vienen Laura y Miguel Ángel, y ellos se van. Miguel Ángel me da el teléfono de su trabajo y me insiste en que, si necesito que haga alguna gestión, le llame, sea la hora que sea, pues puede hacer una escapada rápida y sacarme de apuros. Se lo agradezco mucho (nunca se sabe si lo necesitaré para fugarme del hospital).

Cuando se va todo el mundo, rezo el rosario a la salud de los que viven en el desierto, mientras me voy bebiendo otras cuatro botellitas del líquido maldito. La verdad es que cada vez me sabe peor. Está realmente nauseabundo, pero ¿qué se le va a hacer? Voy al baño quinientas veces y se me sale —vía rectal— hasta la saliva (creo que me he quedado sin ideas y todo). Cuando sospecho que ya estoy más seco que la piedra pómez en agosto, me meto en la cama —con la bacinilla bien cerca por si las moscas— y duermo de dos tirones.

Martes 17

Con un sueño mortal, me levanto para ir al baño —que ya me sé perfectamente el camino— y de paso me aseo y me cambio de ropa interior para el acontecimiento crucial, metafísico y guarrindongo de la mañana.

Viene el doctor García Bueno a comunicarme que en el TAC que me hicieron ayer no se ve nada. Algún ganglio un poco inflamado, pero *na de na*. Así que hay que esperar a ver qué se ve en la rectoscopia, pues lo más probable es que el origen esté en el intestino, y de allí se haya pasado al hueso. Si no encuentran el foco inicial, me harán esta tarde otro TAC para buscar en el *cavum*. Y la *quimio* tendrán que posponerla para mañana.

Viene el enfermero cachas y me lleva en silla de ruedas a una salita que está en otro piso. La enfermera que me recibe es Teresa (la hermana de Rosa, la secretaria de mi instituto) y me ayuda amablemente a tumbarme en una camilla. Todos los del equipo se muestran amabilísimos y simpatiquísimos, como si hubiera entrado en un banco para invertir mi capital; pero, en vez de regalarme una calculadora de euros, el doctor me mete por salva sea la parte un tubo de plástico —tamaño bate de béisbol— y, aunque lo cierto es que no duele tanto como parecía al verlo así de pronto, doy gracias a Dios de todo corazón por mis tendencias heterosexuales.

Cuando me las prometía muy felices, porque ya no notaba nada, va y me insuflan aire por el tubo (me imagino que será con algún aparato sofisticado —y no soplando—, porque estoy de medio lado, contra la pared, y no veo nada). El doctor me comenta que es para que se despegue el intestino y pueda penetrar el visor para hacer la inspección (se ve que después de la cagalera de ayer, se me ha quedado *pegao* como un sello). Bueno, pues parecerá una tontería, pero eso sí que duele, y mucho. Es como si tuviera un *cólico nefrítico*. Pero, aun y todo,

como tampoco es para morirse, me aguanto y pienso en otra cosa. En resumen, que lo de la rectoscopia no era para tanto (eso sí: *Una y no más, santo Tomás*).

El mismo doctor que me ha hecho la exploración intestinal viene minutos después a mi cuarto y me dice que no han encontrado nada raro, «salvo unas pequeñísimas hemorroides» (¡vaya por Dios, lo que me faltaba! Éramos pocos y parió la abuela); y me receta una pomada para que me dé de vez en cuando (aunque, por cierto, nadie me la ha traído aún).

Vuelve el doctor García Bueno para confirmarme lo que ya sé, que en el intestino no han encontrado nada. Así que esta tarde otro TAC en el *cavum*, aunque duda mucho de que la metástasis venga de ahí. Por sacarle otra poca información, le vuelvo a preguntar qué probabilidades hay de que me cure totalmente sólo con *quimio* y *radio*, y me dice que los adenocarcinomas tienen un 50 por ciento de curación, pero, de éstos, otro 50 por ciento vuelve a recaer antes de los cinco años, con lo que todo vuelve a empezar. En resumen, que tengo un 25 por ciento de probabilidades de salir de ésta.

Caso de que la *quimio* y la *radio* no respondieran, habría que operar. Y, ahí, el éxito dependería mucho de cómo esté de ramificado el tumor. A veces los cirujanos ven que es imposible quitar todas sus ramificaciones, y que cortar más es contraproducente, pues no resuelven nada y complican más aún la calidad de vida del paciente. Así que, si se diera el caso, volverían a intentar con otros tipos de quimioterapia, pero la cosa ya estaría clara...

Yendo a lo práctico, me dice que lo más probable es que me pongan la primera sesión de *quimio* mañana, y empiecen unos días con radioterapia. A las tres semanas me pondrán la segunda dosis de *quimio*, y a finales de abril me harán otra resonancia o lo que sea para ver cómo ha reaccionado el tumor. Si se ha encogido, buena

señal, atacarán de nuevo con más *quimio* hasta humillar, acongojarlo y retirarlo de la circulación. Pero como las sesiones pueden prolongarse varios meses hasta destruirlo, ya que ponen una cada tres semanas, mientras tanto, paciencia y a no perder los ánimos.

Estoy en manos de Dios. Él sabe lo que me está pasando sin necesidad de mandarle por *fax* las pruebas al cielo. Y sabe que yo le quiero y deseo estar ya definitivamente con Él. Pero también sabe que acepto su voluntad y, si quiere mantenerme en esta tierra cincuenta o ciento cincuenta años más, haciéndome rectoscopias varias, aquí me tiene dispuesto —con o sin silla de ruedas—. Yo sé que la muerte no es para tanto, que estoy en buenas manos, que aún quedan esperanzas de curación y que no quiero escurrir el bulto, pues todavía hago falta aquí, sobre todo para ayudarlos a crecer en todos los sentidos; pero sabe que le quiero por encima de todo y que estoy en sus manos. Jesús, manténme alta la moral. Señor, no dejes que me deprima; confío en Ti.

Me llaman por teléfono el periodista Juan Olivera y el sacerdote Bernardo Oliver para darme ánimos (tanto *olivo* junto debe de ser un buen presagio).

Viene mamá a media mañana y se queda, como siempre, hasta media tarde. Cuando se va, me pongo a escribir. Hoy termino el capítulo sobre la evolución, como que me llamo Javier.

No llevo ni media hora escribiendo cuando me traen la cena y, en cuanto meto la cuchara, llega Catherine a darme ánimos y advertirme que hay un medicamento que quita todas las molestias y náuseas de la *quimio*, que se lo dieron a su marido Ramón y le fue fenomenal.

Cuando aún no he terminado de cenar, aparece el enfermero con la silla de ruedas para llevarme a hacer el TAC helicoidal de las narices y Catherine me acompaña por el pasillo. Intento bromear, porque la verdad

es que no son horas de que vengan a hacerte guarrerías (imaginad que estáis cenando tan ricamente y, de postre, os hacen nada menos que una *tomografía computarizada del cavum*, pues joroba bastante, ¿o no? A estas horas de la noche todo el mundo suele mirar lo que las *titis* tienen a bien enseñarnos por la tele, que no es precisamente el *cavum*...); pero me parece que está más preocupada con lo mío que yo mismo. La verdad es que me da mucha pena verla así, con lo animada que es ella y lo mucho que ha sufrido estos últimos años por la muerte de cáncer de su marido y otros familiares.

Me meten en una especie de lavadora enorme, tumbado en una camilla que entra y sale por el tambor (me siento como un calcetín a punto de centrifugar). Dice el médico que no trague saliva, que se joroba la foto. Me mete en las venas tres o cuatro jeringuillas de contraste. Noto frío en el brazo y mucho calor por todo el cuerpo y aguanto pensando en otra cosa, mariposa, para que no se me llene la boca de saliva y tenga que tragar. Y, aunque estoy seguro de que me trago algún que otro moquillo justo, justo, cuando sacan la foto y me la tienen que repetir —con inyección y todo—, la cosa dura tan poco que no me da tiempo y me devuelven a la celda 432, tan ricamente. Al fin puedo comerme el postre tranquilo.

En cuanto termino la intempestiva cena, me lavo bien y me meto en la cama a escribir. Entonces entra una enfermera y me dice que tengo alucinado a todo el personal con mi manera tan original y desenfadada de llevar el cáncer. Me siento muy orgulloso de oírlo, aunque la verdad es que no le veo mucho mérito. A fin de cuentas, me tratan a papo de rey, me puedo dedicar a escribir sin agobios de exámenes, reuniones *ridiculopedagógicas* y evaluaciones burocráticas. Y como cada día veo la muerte más como unas largas vacaciones que como la vieja de la guadaña, pues ¿qué más queréis? ¡Chachi!

A la una de la madrugada termino por fin el capítulo que tenía a medias y me duermo rezando el rosario.

Miércoles 18

A las siete y media suena el teléfono. Me extraña que alguien me llame tan temprano. Es Catherine para decirme el nombre del medicamento que alivia las molestias de la *quimio*. Se llama Zafrán. Le digo: «¿Que me pongan azafrán, pero sin “a”?» . Y me contesta que sí.

Me traen el desayuno y cuando estoy a medias llega el padre Juan. Dice que mañana se va a las Fallas de Valencia, así que vendrá a darme la comunión su sustituto, y que visitará a la Virgen de los Desamparados para encomendarme. (Me hace gracia a mí eso de que me metan en el saco de los desamparados, pues me siento perfectamente amparado por Dios, por la Virgen y por todo el mundo). No obstante, le agradezco que le recuerde a mi Madre que aquí tiene a Javier Mahillo el desamparadillo. Me da la comunión, que, como siempre, resulta emocionante, y se va.

Termino el desayuno (que ya se ha quedado frío) y aparece el doctor García Bueno para informarme de que no han visto nada raro en el *cavum*, por lo que no esperarán más. Esta misma tarde me enchufan la quimioterapia en las venas. Le pregunto si me van a dar algún medicamento que me alivie los síntomas, y le cuento lo del Zafrán. Dice que no se llama Zafrán, sino Zofrán y que me van a poner otro más moderno y mejor. Le enseño los granitos que me han salido por el cuello y los hombros. Son como espinillas y ya se están resecaando. Me dice que probablemente se deban a una reacción ante la cortisona que me están poniendo en el suero. Que me han reducido mucho la medicación anti-ciática y que si todo va bien, me pondrán una o dos sesiones de radioterapia y el fin de semana me podré ir a casa (¡a casa!).

Aunque ya lo sé, para asegurarme le pregunto si puedo contagiar a alguien. Me asegura que no. De ninguna de las maneras; que aunque me sacaran el tumor y se lo inyectaran en sangre, no contagiaría a nadie (aunque, evidentemente, sería una guarrada que haría que ese alguien se muriera del susto).

Llamo a Espasa Calpe. Hablo con el director editorial, le cuento lo que me está pasando y le pido que en cuanto le llegue el guión y los tres capítulos que le envié, los estudie con los editores y me diga si merece la pena que continúe o no. Me cuenta que su madre también ha tenido algo parecido a lo mío, y que le dará prioridad a mi libro (no hay nada como estar muriéndose para que la gente te haga caso). Quedamos en que me llamará en cuanto estudien el proyecto.

Me llama mamá preguntando por el TAC de anoche. Luego, José M.^a Polo. Le cuento que esta tarde me ponen la *quimio*. Me dice que es muy amigo del doctor Señor y que es *oro puro*, como persona y como oncólogo. Así que estoy al parecer en buenas manos. De paso me recuerda que mañana es san José.

Viene una de las enfermeras (todas simpatiquísimas) con una báscula de baño debajo del brazo. Me pesa y me mide para calcular la *quimio* que me van a meter *pal* cuerpo.

Cuando se va, me pongo a escribir este diario. Al principio empecé a hacerlo por si un día necesitaba recordar qué pruebas médicas me habían hecho, porque esto siempre viene bien tenerlo por escrito para orientar a posibles médicos que en el futuro me tuvieran que tratar. Pero, tal y como van las cosas, y considerando que lo que tengo cuenta con muchas posibilidades de ser mortal, decidí sobre la marcha completar la crónica escribiendo también mis estados de ánimo, y los pequeños acontecimientos que jalonan cada uno de mis días (qué

bonito ha quedado eso..., ¿eh?), para que, pase lo que pase, un día podáis leerlo y saber lo que pasó de primera mano. Al principio lo titulé: *Crónica de una operación anunciada* (ingenuo de mí). Luego, *Cordoma*. Y ahora dudo entre *Sólo se muere una vez* o *Cómo reírte de tu propio cáncer*. Creo que me gusta más el primero, sobre todo si va y al final no te mueres, lo publicas, vendes cincuenta millones de ejemplares y te haces millonario.

Dejo el diario y me dedico al libro de filosofía; porque, como no me dé prisa, en seguida me traerán la comida y se fastidió la mañana.

Viene mamá mientras estoy comiendo y, antes de terminar, empiezan a llegar visitas. Primero, Guillermo —el cura del instituto—; Tomeu, el *profe* de *Mates*, y otra profesora de cuyo nombre no me acuerdo. Luego, mi amigo Guillermo y su hijo. Entonces viene la enfermera y, abriéndose paso entre el gentío, va y me enchufa la tan temida quimioterapia, aprovechando un aparato que se ha traído para bombearme los frascos en vena a ritmo de *rock'n roll*. Primero, dos botecitos de medicación para disminuir los efectos secundarios. Luego tres o cuatro botes más grandes (el último parece pacharán; debe de ser el postre).

La cosa dura un par de horas, así que mientras me estoy poniendo *morao* a medicación y siento la sangre invadida por una legión de química que se dedicará, a partir de ahora, a recorrer incansablemente todos mis circuitos matando toda célula tumoral que encuentre (al tiempo que se lleva por delante también mis *anticuerpos* y todo lo que se menea), llegan cuatro alumnos de 1.º C (ellos siempre tan oportunos). Me miran como quien ve un cadáver. Bromeo con ellos sobre las cosas que nos pasan a los más guapos, e intento transmitirles la paz que tengo ante la voluntad de Dios. Cuando se van, entra mamá con Julio y

Cristina y me preguntan que qué les he dicho, que acaban de cruzarse con dos alumnas llorando por el pasillo a moco tendido...

Terminan de meterme la *quimio* en el cuerpo y noto mucho calor, tanto que me pongo a sudar, pero no aprecio ningún otro efecto secundario (si esto es todo, ¡que me metan un tonel!). Viene Pedro. La habitación está esta tarde tan rebosante, que parece el circo —y yo el payaso—, pues, no sé por qué, me encuentro eufórico y no paro de contar chistes a diestro y siniestro.

Un par de horas más tarde, me traen la cena y se va todo el mundo por donde ha venido.

La verdad es que me he mareado un poco con tanta visita, así que me cepillo los dientes, hago pis y observo que estoy meando rosa... ¿Rosa? ¡Todo un machote ibero pata negra como yo —y, además, de Pamplona— y meando rosa! Una verdadera vergüenza.

Aunque sólo son las nueve, me siento tan cansado como el día de después de una borrachera, de modo que apago la tele e intento dormirme mientras rezo el rosario. Pero no lo consigo. Estoy demasiado tenso, así que me paso horas y horas dando vueltas en la cama, con un sudor frío que me recorre todo el cuerpo. Además me da por pensar y se me ocurren parrafadas enteras para mi novela de filosofía e incluso para este diario. Es algo curiosísimo. Es como si no pudiera soñar en «formato imagen» —como hace todo *quisqui*—, sino en parrafadas perfectamente estructuradas y redactadas; y por más que procuro quitármelas de la cabeza y dormirme en paz, no hay manera. Así que, a la una de la madrugada, me rindo y me tomo un valium. Pero nada. A las dos y pico se me revuelven las tripas y tengo que levantarme para ir al servicio. Una hora después me dan náuseas, así que llamo a la enfermera y me trae una palangana; en cuanto se va, vomito litro y medio de papilla y ya me quedo más

tranquilo. A las cuatro o cinco consigo dormirme. ¡Vaya día más largo!

Jueves 19

Hoy es san José. El día del padre (mi día, multiplicado por cuatro). Me despierto muy cansado pero sin molestias especiales. Me dan con el desayuno una pastilla para seguir contrarrestando los efectos secundarios de la *quimio* y, afortunadamente, ya no noto nada especial en todo el día.

Me visita el doctor García Bueno y me dice que después de vomitar ya no suelen dar más náuseas, pero puedo tenerlas otros días. Dice que ya mañana me quitarán el gotero del brazo. Le pregunto que si la quimioterapia y la radioterapia no funcionaran y el tumor se extendiese por todo el cuerpo, qué tipo de muerte me espera. (¡vaya pregunticas filosóficas que hace uno!). Me mira con una cara que hace honor a su segundo apellido y me contesta que depende de dónde me afecte: si al corazón, un infarto; si a los pulmones, algo parecido a la asfixia, etc. Pero que aún quedan muchas esperanzas de no llegar a eso. Le cuento que vuestra tía Merche, que es pediatra, nos ha llamado diciendo que un paciente de Madrid tiene lo mismo que yo y le han encontrado el origen del tumor nada menos que en la *próstata*. Me dice que ya me la han mirado, pero que a lo mejor me hacen una ecografía esta misma tarde para rebuscar mejor.

Dedico la mañana a escribir y completar este diario, dándole un poco de forma y redactando más civilizadamente lo que he ido escribiendo estos últimos días de un modo más o menos esquemático. Creo que ha sido una buena idea empezar a escribir esta especie de testimonio *en riguroso directo*, porque si un día se publicara podría servirle a muchos que están pasando lo que yo (o a sus familiares, que a veces lo pasan aún peor) para tomarse

las cosas *con filosofía* y no montar una tragedia en cuatro actos. A fin de cuentas, la vida es así y es mejor coger al toro por los cuernos. Estas son cosas que pasan, y tan deseable es vivir con humanidad como morir con dignidad cuando te toque el turno. Por eso, creo que en el sistema educativo actual debería introducirse una nueva asignatura para enseñar a los alumnos a no huir de la muerte, sino aprender a afrontarla cuando llegue la hora —que tarde o temprano, a todo el mundo le toca su san Martín— y saber morir de una manera humana y cabal. A fin de cuentas, ya que es inevitable pasar por el aro, más vale hacerlo con dignidad que a la desesperada.

Llega mamá y, después de comer, me llevan en silla de ruedas a SEROSA, que está en un edificio colindante. Allí me pondrán la radioterapia, pero esta primera vez sólo me van a medir bien el sitio exacto donde aplicar los rayos y centellas.

Es la primera vez que salgo a la calle desde hace más de tres semanas. Me siento feliz cuando noto el vientecillo fresco en la cara, aunque sólo sean dos minutos (¿habéis pensado alguna vez en la cantidad de cosas maravillosas que hay en el mundo y qué poco las sabemos disfrutar?).

Una vez en SEROSA, el camillero me aparca en un pasillo, se va y me tienen allí esperando cuarenta minutos en la silla de ruedas —que aprovecho para rezar el rosario (y acordarme de la madre del personal, todo hay que decirlo)—. Al fin aparece un médico y me pasan a una salita donde me tumban en una camilla (durísima, por cierto) y me tienen allí un montón de tiempo mientras me miden meticulosamente y me hacen tres o cuatro radiografías. Son muy amables, pero, como no me dejan moverme, al final me levanto acartonado y dolorido a más no poder. Me llevan a otra sala y me vuelven a tumbar en otro aparato más sofisticado *entoavía*. Me marcan

puntitos por la piel con un rotulador y luego me los tatúan con una especie de alfiler al rojo vivo (o algo por el estilo), para tener unas referencias precisas cuando me radien. Al fin terminan las mediciones topográficas por toda la geografía de mi cuerpo serrano y me devuelven a la 432. ¡Qué bien se está en la cama!

Vienen de visita Xavi (un ex alumno) y, luego, mis amigos Lucía y Juan. Hablamos un ratito y ya me dejan solo y puedo cenar, escribir, ver en la tele *Manos a la obra*, reírme un rato y dormirme plácidamente. Un día menos para la eternidad.

Viernes 20

Me despierto bastante pachucho y sin ganas de nada. El doctor García Bueno me dice que es normal, ya que a los efectos de la *quimio* —que irán acrecentándose al menos hasta el lunes— se ha unido el retirarme el suero en el que me ponían cortisona, por lo que es lógico que me sienta decaído.

Me quitan por fin la aguja del brazo (me la habían dejado «en conserva» por si necesitaban meterme algo en las venas para alguna otra prueba, pero parece que ya no hace falta). Así me siento mucho más cómodo.

Me pasó el día recibiendo visitas: Bernardo, Katiana, Rosalía, Marieta, Miguel Ángel, Margarita, Gabriel (compañero de la universidad), Lucía, Juan y su madre. Además ya ha llegado mi hermana (la tía Garbiñe) de Pamplona, que viene a pasar el fin de semana con nosotros. Es encantadora y se tranquiliza mucho al verme animado, ya que se imaginaba la cosa mucho más trágica de lo que es en realidad (ya decía santa Teresa que *la imaginación es la loca de la casa*).

Una enfermera me informa de que me van a hacer una ecografía para inspeccionarme la próstata (¡a mis años!), así que empiece a beber toda el agua que pueda y cuan-

do note la vejiga llena, avise para que me bajen corriendo. Me parece estupendo, porque todas las embarazadas del mundo me habían advertido que una ecografía suponía beberte dos litros de agua, por narices, y aguantar meándote veinte minutos retorciendo las piernas, detrás de una fila de gente que hace lo mismo, hasta que te tocase el turno... Así que, en comparación, me siento afortunado. Empiezo a beber y a sentir un poco de náuseas, pero nada especialmente desagradable. Cuando llevo un litro extra en el cuerpo y empiezo a notar unas irresistibles ganas de hacer pis, aviso a la enfermera y, raudo y veloz aparece un camillero y me baja a la salita del doctor Mestre. Hasta aquí, todo sobre ruedas. Pero, cuando ya estamos en la puerta, me dicen que si puedo esperar diez minutitos de nada, porque ha surgido una urgencia. ¡*Cachis diez*, con las urgencias! Con lo bien que iba todo y, al final, *la cagamos*, digo, *la meamos*.

Espero quince largos minutos —que no diez— y ya, por fin, me toca el turno. Me tumbo en la camilla, el doctor me embadurna la tripa con una pasta helada y gelatinosa y empieza a buscar el tumor originario, esta vez por la próstata. Se lo toma muy en serio y busca y rebusca, aunque me advierte desde el principio que los análisis de sangre que me hicieron hace unos días son más fiables y precisos para localizar un tumor en la próstata que lo que él pueda ver ahora con la ecografía. Ya aprovechando, y como no encuentra nada, sigue explorándome el abdomen, riñones, hígado, etc., y termina sin encontrar nada raro (como no me miren detrás de los ojos, ya no sé dónde más van a buscar).

Me devuelven a mis aposentos con un cierto malestar estomacal. Hago pis varias veces, en plan venganza, pero sigo con las tripas revueltas. A medianoche me tengo que levantar al baño con un fuerte dolor de vientre. Cuando estoy a medias, sentado en la taza, siento unas

náuseas horribles y vomito en la palangana. La frente se me hace líquida, me invade un sudor gélido y estoy convencido de que me voy a desmayar allí mismo y me encontrarán en el suelo del baño cuando a alguien le dé por venir... Sin embargo, esta vez tengo suerte; poco a poco se me va pasando el soponcio hasta que me atrevo a ponerme en pie. Consigo llegar hasta la cama, con mil precauciones para no caerme y cascarme otro diente y, en cuanto alcanzo la meta, me duermo rendida y plácida-mente como si me acabara de escapar de un campo de concentración nazi.

Sábado 21

Me despiertan muy cansado y con los ojos cargados de sueño. No tengo ninguna gana de comer; sólo ver la comida me da unas náuseas insoportables —sobre todo los vegetales—. Desayuno un zumo, por no quedarme en ayunas, y me quedo amodorrado sin apenas levantarme de la cama en todo el día.

Viene temprano Javi —otro ex alumno—, hablamos un poco y a media mañana aparece el mogollón familiar: mamá, Garbiñe y todos vosotros: mis cuatro churumbes. Me alegro muchísimo de ver vuestras caritas llenas de vida, y de las simpáticas historias que me contáis, pero tenéis tanta vitalidad que me mareáis en seguida. Menos mal que aparece Pedro y os lleva a todos de excursión al monasterio del Luch, con su mujer, sus dos hijos y otros dos primos (ocho niños en total). Dios los pille *confesaos*. La verdad es que nos alivia mucho tener amigos así —creo que están haciendo una lista para repartirse los fines de semana—, pues mamá se queda conmigo más tranquila que si también tuviera que batallar los domingos con vosotros.

Por la tarde vienen Alfredo y Bego, y ya en la cena, mientras intento comerme al menos medio segundo pla-

to, aparecen Pilar y Fernando para hacerme compañía un rato.

Cuando me quedo solo, enciendo la tele para ver *Razas*, una *pelí* que me interesa mucho. La verdad es que en mal momento empiezo, porque si la película dura en realidad dos horas, como Antena 3 mete hora y media más de anuncios —como todos los canales—, no termina hasta la una y media de la madrugada. ¡Qué *pesaos!* Encima, los anuncios los emiten al doble de volumen que la película y como no tengo mando a distancia (cosas de la Policlínica) me tengo que levantar en cada intermedio dos veces, una para aflojar el volumen y evitar que atruene a todo el hospital y, quince minutos después, otra para elevarlo si quiero oír la película. En resumen, que esta experiencia inenarrable ha contribuido mucho a hacerme antirracista y, de paso, a odiar infinitamente a los de la tele por la mala leche que tienen. Parece mentira que esto se consienta en un país civilizado de África del norte, como es España.

Domingo 22

Después de dormir lo que me queda de noche, llega la primera enfermera con el termómetro (como siempre, a las siete y media). Tengo un sueño que me muero. A las nueve, me traen el desayuno. Me levanto y me lo tomo porque no se enfríe el café; y me duermo otra vez. Llega otra enfermera y me dice que si me estiran la cama, pero rechazo amablemente su ofrecimiento y les pido que, por favor, me dejen roncar a pata suelta.

A las diez y media viene mamá con tía Garbiñe. Aparece también el doctor García Bueno y dice que hoy y mañana aún me sentiré un poco flojo (mucho, diría yo), pero que luego se empezará a remontar la cosa. El lunes me harán otro TAC, y el martes, si es posible, empezarán con la radioterapia. Me la pondrán de lunes a viernes a tope,

durante mes y medio. Luego ya no se puede poner más, pues sus efectos son acumulativos y sería perjudicial (mira que si me quedo radiactivo y me declaran zona contaminada...). La *quimio*, sin embargo, sí se puede poner más veces, en distintos ciclos, cuando ya te has recuperado.

Mamá se sale fuera a hablar con el doctor (supongo que de sus cosas). Como es domingo, me pongo el batín y salgo despacito con mi hermana del brazo, para ir por primera vez en todo el mes a misa a la capilla de la clínica. (*Es casi una experiencia religiosa...*, que diría Enrique Iglesias.) Le pregunto a mamá que qué le ha contando el médico, y me dice que tía Paloma le ha dicho que los médicos nunca se lo cuentan todo a los pacientes —aunque éstos lo pidan—; siempre les cuentan más cosas a los familiares. Pero en mi caso parece que no ha podido sacarle nada nuevo. ¡Lo sé todo, todo, como si fuera un chico mayor! ¡Estos médicos...!

Cuando llegamos, la misa ya ha empezado y la capilla es enana y está a tope de gente. Aun y todo, encontramos un hueco y nos sentamos mamá y yo. Pero, mientras el sacerdote celebra la eucaristía empiezo a sudar a chorros. Me siento y me abanico con un papel, y cuando llega la comunión comulgo y le digo a mamá que nos vamos antes de que acabe la misa. Llego al ascensor —que está justo en frente— escoltado por ambas féminas y ya me siento fatal. Esperamos unos minutos larguísima y por fin se abre la puerta y entramos, pero mamá descubre que es el de camillas y no el de personal. (*¡Cagüen la leche, pa rato se le escapa a ella el detalle...!*). Así que todos afuera. No me siento con fuerzas para protestar y me dejo llevar. Buscamos el ascensor «legal» y, mientras esperamos a que llegue, me apoyo en el cuello de Garbiñe y les digo que me estoy mareando —ya conozco los síntomas y no quiero cascarme otro piño—. Se abre la puerta, doy un paso y todo se vuelve negro...

Me despierto mientras me están intentando sentar en un sofá del pasillo y oigo repiquetear los zuecos de madera de dos enfermeras que vienen corriendo a toda pastilla con una silla de ruedas. Me tumban, me suben en alto los pies, y esperamos a que se me pase el mareo, aunque la verdad es que ahora ya no me siento mal. Al final, me llevan en silla de ruedas a mi cama y me paso el resto del día metido en el sobre, por listillo y escapista. ¿O qué te creías? ¿Que esto era un hotel? ¡Pues no!

Paso la mañana medio dormitando y con náuseas. Luego, consigo comer a duras penas unos trocitos de queso con galletas de Inca y una manzana que me sienta medio bien. Viene a verme un ex alumno que tiene a su madre también hospitalizada. Luego, Jordi, Alfredo y Josefina con su amiga Toñi y mis cuatro soles. Después de corretear un rato por la habitación y de que Carlitos se subiera quince veces a hacerme compañía en la cama, mamá se cansa de batallar y cuando me traen la cena os lleva a todos a la feria para que os aireéis un poco.

Enchufo el ordenador para escribir este diario y, en cuanto empiezo, me llaman: José Javier, Consuelo, Chemi y otros quinientos (aproximadamente); así que para escribir veinte líneas me pego hora y cuarto. Al fin termino y me duermo felizmente rezando el rosario.

Madre mía, estoy en tus manos. Señor, confío en Ti (y, por cierto, gracias por salvarme lo que me queda de dentadura).

Lunes 23

Después de una larga noche en la que me despierto cincuenta veces, aparece la enfermera con el termómetro, me lo pongo y sigo durmiendo, y cuando entran con el desayuno veo que ya está Garbiñe sentada en el sillón. No sé como ha entrado sin enterarme, pero, con lo agotado que estoy, no me extraña. Me ayuda a desayunar y

hablamos un rato de la salud y la enfermedad, la familia, los padres y los hijos. La verdad es que me lo paso bien hablando de estos temas, contrastando nuestros puntos de vista y procurando llegar a puntos de encuentro más que excavando fosos de distanciamiento como se suele hacer hoy con demasiada frecuencia en los populares debates.

A media mañana baja a administración para que le den un certificado en el que ponga que su hermano ha estado hospitalizado estos días por causa grave. Pero eso es pedir demasiado. Ha topado con la funcionaria de turno que sólo sabe —o quiere— darle a una tecla de su ordenador y que salga por la impresora lo mismo para todos, y le ha expedido un certificado que certifica lo que ella no necesita que certifique, y no certifica precisamente lo que ella necesita que certifique, para que el viernes y el lunes no se lo descuenten de las vacaciones. Así que vuelve a subir a mi habitación «radiante de satisfacción» por lo bien que la han atendido.

Un camillero viene a buscarme, y la radióloga Guerrero me practica un TAC (ya he perdido la cuenta de cuántas veces me han pasado por la lavadora). Me informa de que ahora no está intentando localizar nada nuevo, sino situar el tumor para empezar mañana mismo con la radioterapia. Como la veo muy amable, al terminar la prueba le pido el certificado que necesita mi hermana, y no pone ninguna pega. ¡Menos mal! He topado con una profesional sin mentalidad de ordenador, capaz de escucharte, ayudarte y escribir un par de líneas a mano. Con lo que confirmo mi teoría: cuando una puerta se te cierra, aplastándote las narices, dale cuatro patadas pero no te rindas todavía, seguro que hay otra no muy lejos que lleva al mismo sitio.

Tía Garbiñe se despide dándome más besos y abrazos que si me fueran a enterrar, y mamá se la lleva al

aeropuerto dos horas antes de que salga su vuelo (teniendo en cuenta las dimensiones del nuevo aeropuerto de Son San Juan, pensado para el cuarto milenio, creo que, aun y todo, llegarán tarde).

Como bastante mal y sigo sin poder ver los vegetales. Al rato vienen a verme Antonio y Teresa. Él está tan gracioso y ocurrente como siempre, y mientras les voy informando de lo que tengo, aprovecha para contarme un par de chistes. A ella la veo sufrir y tengo que calmarla un poco porque me da la sensación de que se va a poner a llorar de un momento a otro a moco tendido (aunque a lo mejor sólo es mi impresión).

Por la tarde leo *Las cenizas de Ángela*, de Frank McCourt —un escritor irlandés que, siendo ya mayor, ha ganado el premio Pulitzer contando su triste y desgraciada infancia. A su lado, *Oliver Twist* fue un tío afortunado—. Es un libro tristísimo pero de esos que te tocan el corazón (lo malo es que te lo dejan ya tocado para siempre).

Martes 24

Me he pasado la noche entre sueños erótico-alucinégenos (Freud diría que, como ya tengo por seguro que mañana me vuelvo a casa, añoro el calor familiar), pero he descansado bien y de un tirón.

A las siete y media aparece la primera enfermera, termómetro en mano (todos los días me lo ponen dos veces, a primera hora de la mañana y por la tarde, y tengo entre treinta y seis y medio y treinta y siete con dos). A la media hora me traen el desayuno y, cuando estoy terminando el café, aparece el padre Juan con la comunión.

No tengo ninguna gana de escribir, así que me paso la mañana leyendo *Las cenizas de Ángela*. La verdad es que ya se me ha metido en los huesos. Está escrito de tal manera que a veces no sé si reírme o llorar. Como es una

autobiografía, me impacta mucho más, ya que supongo que todo lo que el autor a sus sesenta y pico años cuenta de su infancia es real, y no producto de su invención. Y no puedo evitar comparar constantemente su desgraciada infancia con la mía. Parece mentira que haya personas que, pese a pasarlo tan mal, tan espantosamente mal, sigan tirando sin apenas dramatizar, mientras que nosotros no dejamos de quejarnos por tonterías. Me resulta heroico sacar a los hijos adelante sin apoyo de nadie y con un marido alcohólico que se bebe en una noche el subsidio del paro que le dan para toda la semana. Pero me resulta absolutamente indignante lo que el autor cuenta de cómo se comportaron con él algunos de los «católicos» irlandeses que tuvo la mala fortuna de soportar. Es horroroso constatar con palabras y hechos concretos cómo el ser humano es capaz de darle la vuelta a un ideal de vida, como si fuera un calcetín. ¿Cómo se pueden justificar desde el Evangelio las barbaridades que hacían padres, profesores e incluso monjas y enfermeras con los niños? ¿Dónde queda eso de «amar hasta dar la vida por los demás»? Me da muchísima tristeza pensar cómo se le ha planteado el cristianismo a mucha gente, y comprendo perfectamente el asco y el odio que sienten esas personas contra todo lo que huelga a religión o a curas hipócritas. Hasta en eso me siento afortunado. Yo tuve la inmensa suerte de ser educado en el amor frente al odio, el espíritu de colaboración frente a la lucha de clases, el perdón frente a la revancha, el sentimiento de estar arropado desde el cielo, frente al desamparo existencial que muchos sienten ante los mangoneos divinos. ¡Qué suerte he tenido! Y, si no es cuestión de suerte sino de providencia divina, ¿por qué a otros, mucho mejores que yo, no les ha ido tan bien como a mí y parece como si todo se les volviera cuesta arriba desde la cuna? Quizá nos resulte imposible comparar unas vidas con otras. Quizá

unos lo pasen mal en el aspecto económico y bien en otros aspectos, o al revés. Quizá esté yo pasando ahora mi pequeño calvario, mientras que otros mueren dulcemente en sus camas sin darse cuenta. ¿Quién puede saberlo? Sólo sé con seguridad —con toda la seguridad que un humano puede tener— que Dios es Padre de todos. Absolutamente de todos, le conocamos o no, le obedecemos o no, le amemos o no. Y a ninguno nos deja de su mano, por mucho que pasemos de Él.

A media mañana viene mamá, me da un beso y se vuelve a ir para que le sellen un volante en ASISA. Aunque no tengo ninguna gana, consigo comerme casi toda la comida (yo creo que es por ese beso...), y me vuelvo a meter en la cama. Cuando vuelve vemos un poco la tele y a las cinco me doy una buena ducha (ella me llama de vez en cuando por si me caigo).

Un compañero de mi instituto viene a verme. Aunque se llama Salvador, para mí ha sido hasta ahora mi «Condenador» oficial, porque en los años que llevo en el centro (desde que se enteró de que soy navarro —y, por tanto, tengo que ser del *Opus*—) ha hecho todo lo posible por aplicarme las tácticas marxistas de acoso y derribo que debió de aprender siendo cadete. De todos modos tampoco me extraña que venga. Lo tengo por un luchador cuya ideología mamada desde niño no le deja ver tan objetivamente como él cree, pero no por un hipócrita ni una mala persona (quizá yo también sea tan ideológico como él, y mi manera de pensar no me deje juzgar la realidad con demasiada objetividad, pero tengo en mi favor que no me dedico a zancadillear las iniciativas de los demás). Pues bien, la cosa es que hablamos un buen rato con cierta cortesía. Le cuento los detalles de mi dolencia y, para mi sorpresa, me confiesa que él también tuvo cáncer y le operaron hace doce años. Como lo veo perfectamente curado, esto me anima a

conservar la esperanza (y más les animará a mis padres cuando se lo cuente). Ahora ya entiendo por qué ha venido a verme; es un verdadero consuelo que alguien, aunque no le caigas bien, sea capaz de venir a levantarte la moral contándote que él tuvo la misma enfermedad que tú y la ha superado. (Aunque no se dé cuenta, es mucho más cristiano de lo que se imagina.)

Viene un camillero a buscarme, así que me despiendo de mi colega y me llevan otra vez a SEROSA, donde me van a dar la primera sesión de radioterapia. Después de tantos preparativos esperando este momento, estoy un poco nervioso pensando en qué consistirá y qué sentiré, pues por mediciones milimétricas de mi *body* no será...

Tras pasar por una puerta de acero de, al menos, cuarenta centímetros de espesor, que ya me pone los pelos de punta con sólo mirarla —haciéndome sentir lingote de oro en sótano del Banesto—, en medio de una gran sala me colocan en una plataforma tiesa y dura como el hormigón. Me miden y recolocan nuevamente con exquisito cuidado hasta que quedo en la posición fetal. La plataforma sube y baja dando tironcitos hasta lograr las coordenadas exactas. Una cosa metálica y llena de tornillos y botones viene avanzando desde el techo y se me pone encima, a cuarenta centímetros del vientre (pienso que si no se para a tiempo me espachurra los higadillos). Me dicen que no me mueva, aunque puedo respirar tranquilamente, y todos se van corriendo al refugio...

Oigo cómo se cierra la superpuerta blindada y me siento muy solo allí, tiritando en medio de la gran sala con la cosa apuntándome a las tripas, aunque tampoco es para ponerse a gritar. Entonces suena una sirena estridentemente asquerosa que permanece medio minuto chillando mientras una luz roja pestañea en la pared. Me

parece muy apropiado para indicar peligro inminente, bombardeo, sálvese quien pueda y maricón el último..., pero para tranquilizar a un enfermo de cáncer que viene a ponerse la radioterapia por primera vez en su vida, no lo veo el sistema idóneo. No sé por qué, pero me da la sensación de que, aunque los científicos inventan un montón —lo cual es de agradecer—, no se preocupan lo más mínimo de humanizar un poco sus inventos. El día en que un paciente se les muera de infarto al oír la sirena maldita quizá entiendan lo que digo y tomen medidas (para hacerle la caja, digo).

Me devuelven a la 432, sano, salvo y radiado. Mamá se vuelve a casa. Escribo un rato el diario, con cuatro o cinco interrupciones telefónicas. Me levanto un poco para cenar lo que buenamente consigo tragar y, al terminar, me meto otra vez en la cama, escribo otro rato en el ordenador y me duermo.

Miércoles 25

A las nueve menos cuarto aparece un camillero y me lleva otra vez al edificio de SEROSA. Espero sentado en mi silla de ruedas y poco después aparecen dos médicos que me conducen a la sala de radioterapia. Esta vez la alarma no me resulta tan desagradable. Está claro que si el primer día no te da el infarto, te acostumbras y ya no te mueres de eso.

Me devuelven a la habitación y me recalientan el café, que ya se ha quedado frío cual témpano. Cuando tengo la galleta en remojo, aparece el doctor García Bueno, que ya me ha dado el alta en el hospital y ha venido a despedirse y a darme las últimas recomendaciones para cuando esté en casa.

Cuando se va, sigo con el café —que ya se está quedando frío otra vez—, pero llega el padre Juan. Me da la comunión por última vez, nos despedimos y se va.

Vuelvo al dichoso café —que ya está definitivamente congelado— y llega otra vez el doctor García Bueno para darme el informe médico y todas las pruebas que tiene. Me dice que lo mejor es que las guarde yo mismo, si no quiero que se acaben perdiendo por ahí.

El informe médico *refinitivo* (*repletiño* todo él de palabrejas rimbombantes, para impresionarnos a los de letras) reza como sigue:

Paciente de treinta y ocho años sin hábitos tóxicos de interés. Refiere lumbociatalgia derecha de repetición desde hace más de un año.

Ingresa por reagudización de su sintomatología, siendo la exploración física anodina en el momento del ingreso.

Se realizó RNM lumbosacra, encontrando masa polilobulada de 4-5 cm a nivel presacro, compatible con cordoma o metástasis. El estudio con TAC de la zona aportó las mismas posibilidades diagnósticas, completándose el estudio con las siguientes exploraciones:

- Rx tórax: Sin alteraciones significativas.
- Analítica general: Anemia e hipoproteinemia leves.
- Gammagrafía ósea: Acúmulo de trazador a nivel sacro, sin otras alteraciones.
- Marcadores tumorales (CEA, CA 19.9, PSA, alfaFP): Dentro de la normalidad.
- TAC toracoabdominal y de *cavum*: Sin alteraciones significativas.
- Ecografía vesicoprostática: Sin hallazgos de interés.
- Rectosigmoidoscopia: Hemorroides internas, sin otras alteraciones.
- Biopsia de tumoración sacra: Infiltración ósea por adenocarcinoma.

A la vista de los resultados se estableció el diagnóstico de afectación de hueso sacro por adenocarcinoma de ori-

gen no filiado, decidiéndose tratamiento con quimioterapia (protocolo CAP) y radioterapia sobre la tumoración.

Durante el ingreso se ha administrado el primer ciclo de quimioterapia con buena tolerancia inmediata y toxicidad gastrointestinal grado II. Se ha iniciado también la radioterapia. El paciente presenta un buen control analgésico con diclofenaco oral.

Dejo el café por imposible y me pongo a recoger la habitación. Parece mentira, pero me lleva casi una hora vaciar los cajones y meter todos los trastos en una bolsa de mano. Es increíble la cantidad de chorraditas que puede acumular uno en un mes. Si llego a estar hospitalizado un año habría tenido que llamar a una compañía de mudanzas para podérmelo llevar todo a casa. Es asombrosa la capacidad acumulativa del *Homo sapiens acaparandensis*.

A media mañana llega mamá, me trae ropa de calle y se va a darles una caja de bombones a las enfermeras (ella siempre tan detallista). Por más que busco y rebusco, no encuentro los pantalones, así que me pongo la camisa, el jersey y los zapatos, y me dejo puesto el pantalón de pijama (¡qué voy a hacer!). De todos modos, como llevaré encima la gabardina, tampoco se van a ver mucho.

Vuelve mamá y me echa la bronca por no ponerme los pantalones. Le digo que se le ha olvidado traérmelos. Así que vacía toda la bolsa que yo acababa de llenar trabajosamente y, *¡le voilà!*, aparecen allí, tan planchados como si fueran de estreno. Está claro que en cuanto me cure del cáncer tendré que operarme de miopía.

Cuando tenemos todo recogido, me siento en una silla de ruedas (hay que salir tal y como entré) y una enfermera me baja al vestíbulo de la clínica. Mamá acerca el coche hasta la puerta y ya me dejan ponerme en pie para irme a casa.

¡Otra vez en el mundo de las prisas, los semáforos, los atascos, los nervios y los ataques al corazón! Siento vibrar la vida como si fuera un niño. ¿Un mundo vital y maravilloso o precipitado y desquiciante? No lo sé, pero es el que tenemos, y me gustaría poder disfrutarlo o padecerlo en vuestra compañía por muchos, muchos años.

Capítulo 5

Empezamos
con las terapias

Vuelta a casa con la *quimio* a cuestas

Sólo si vives activamente,
desearás vivir cien años.

PROVERBIO JAPONÉS

Marzo Viernes 27

Ya estoy otra vez en casita, rodeado de mis cuatro churumbeles (hogar, dulce hogar, que tanto echamos en falta cuando estamos por esos mundos de Dios y, sin embargo, nos agobia tanto cuando nos sentimos emparedados entre sus cuatro paredes).

Aprovechando que sigo de baja, me he propuesto echarle una mano a mamá si me deja la *quimio*, a ver si puedo quitarle de encima alguno de los cien mil líos que tiene que resolver la pobre cada día.

En cuanto al diario, como ahora ya no me hacen tantas pruebas clínicas, sino que se trata más bien de esperar con paciencia a que la *quimio* y la *radio* hagan su efecto, ya no me parece interesante eso de llevar la cuenta de lo que me pasa cada día. Así que, a partir de ahora, procuraré escribir, de tanto en tanto, lo que tenga relación con la evolución del tumor o con mis estados de ánimo.

Desde el miércoles en que dejé la Policlínica, mi vida se ha vuelto un poco más normal, porque en casa tengo mis cosas, mis libros, mi ordenador y, por encima de todo, a vosotros, mi familia; y puedo pasear, dormir hasta más tarde —sin que aparezcan enfermeras a todas horas— y hacer muchas más cosas que antes. Después de un mes encerrado en plan monástico, el jaleo que montáis corriendo por toda la casa y las llamadas continuas de

todo el mundo preguntando por mi salud me han aturcido bastante, pero, pasados los primeros días, ya me siento encantado de estar aquí de nuevo en el mundo de los vivos. A fin de cuentas, en ningún sitio se está como en casa.

En general me encuentro bien y, pese a que sigo notando un ligero dolor de ciática, ya me he acostumbrado a su presencia y apenas me molesta. Aunque tenía muchas ganas de volver a casa para ponerme a escribir más en serio, la verdad es que aún no he tenido fuerzas más que para ordenar un poco los libros y papeles atrasados que abarrotan mi escritorio, porque tengo otra vez el estómago revuelto y se me ha quitado el apetito. Sólo me apetece dormir o estar tumbado en la cama rezando, mirando al techo o como mucho leyendo algo entretenido.

Estoy terminando *Donde el corazón te lleve*, un librito de Susanna Tamaro que me trajo mamá el otro día, en el que una anciana ya próxima a morir le escribe una especie de diario a su nieta reflexionando sobre el sentido de su vida. Me ha recordado mi propia experiencia (salvo que yo tengo barba), y me gustaría escribir estas memorias mías con un poco más de estilo poético, para que si un día las leéis, no os resulten un rollo patatero. Pero, en fin, teniendo en cuenta que vuestro padre es más filósofo que *escribidor*, se hará lo que se pueda.

Ya casi al final del libro, reflexionando sobre la muerte, dice: «Vaya hermoso y macabro descubrimiento, que hemos de morir lo sabe hasta el último de los hombres. Es cierto, con el pensamiento lo sabemos todos, pero saberlo con el pensamiento es una cosa y saberlo con el corazón es otra completamente distinta». Me ha parecido genial, pues, a mi entender, ahí precisamente está *el quid de la question*. Yo tengo la suerte —auténtica y verdadera suerte— de que ahora, a raíz de lo que me está pa-

sando, sé *con el corazón* que me voy a morir, mientras que la mayoría de la gente que me ve, aunque sabe *con el pensamiento* que un día morirá, piensa que eso del cáncer, el SIDA, el infarto o el accidente de coche son cosas que sólo les pasan a los demás.

¡Qué equivocadamente vivimos!; como avestruces que esconden la cabeza, consciente o inconscientemente, para no mirar cara a cara la evidencia... Es obvio que somos mortales por naturaleza y nuestra vida no es sino un largo —o corto— caminar hacia la muerte. Y, sin embargo, cuando celebramos nuestro cumpleaños decimos: «tengo treinta años»; cuando, en sentido estricto, deberíamos decir: «ya me quedan treinta años menos»... ¿O no?

Hay otra frase de este libro que también me ha impactado: «Sólo el dolor hace crecer, pero al dolor hay que enfrentarlo directamente; quien se escabulle o se complace está destinado a perder».

El dolor, otro tema tan trascendental como el de la muerte, y ante el que también nos obstinamos en cerrar los ojos del corazón para estudiarlo sólo con los del frío y calculador cerebro; y, claro, lo vemos absurdo y sin sentido —como no podía ser de otro modo— y, como es lógico, preferimos ignorarlo o huir de él, sin tomarnos la molestia de prepararnos para afrontarlo y enseñar a nuestros hijos a asumirlo con dignidad cuando llame a nuestra puerta (que llamará sin duda, un día u otro). ¿No te hiciste tú, Raquel, el otro día un moratón en el ojo? ¿Y tú, Álvaro, no te machacaste la barbilla contra el lavabo cuando a Leyre se le ocurrió la brillante idea de darle una patada al taburete mientras te estabas peinando? ¿Por qué llorábais como si se acabara el mundo? Simplemente porque no habéis aprendido aún a asumir los dolores y contratiempos que salpican la vida. Cuando aprendáis a asumirlos con dignidad y valentía, ya veréis como due-
len mucho menos.

Domingo 29

Ayer sábado pasamos el día en Ca'n Totó, nuestra casita de campo, como hacíamos antes todos los fines de semana. Y la verdad es que disfruté como un enano viendo cómo florecen los almendros, revolotean los pájaros y pasean en fila india las ocas (aunque algunas ya han hecho sus nidos y se pasan la vida sentadas incubando apaciblemente sus enormes huevos, mientras crece la maldita hierba invadiéndolo todo). Me encontraba allí tan bien que me puse a podar unas cuantas cepas, pues ya se ha pasado el tiempo de la poda y si no lo hago ahora se echará a perder la viña; así que, a lo tonto a lo tonto, terminé con las cuatrocientas en dos o tres horas. Y, aunque mamá se puso como una fiera, diciendo que voy a recaer y que a nadie en su sano juicio se le ocurriría ponerse a podar teniendo cáncer, la verdad es que —aunque reconozco que lleva razón— no sentí ninguna fatiga especial, porque ni me tuve que agachar ni pegaba el sol ni hacía viento ni *na de na*. Vamos, que en realidad no estuve trabajando, sino disfrutando plenamente del ambiente primaveral mallorquín. Estoy seguro de que si me hubiera quedado sentado en una hamaca, me habría aburrido como una ostra y tendría náuseas y todo. Lo único desagradable es que la mano derecha se me ha llenado de ampollas (una en cada dedo, *jate tú*) y escuecen que se matan. Se ve que ya he perdido la costumbre de hacer trabajos manuales (y, además, aún no he asumido el dolor; que, si no, dolería menos...).

Como me imagino que me esperan incontables días buenos y malos mezclados al tresbolillo, he decidido confeccionar un decálogo casero para ponerlo en práctica desde ahora mismo (aunque, como me han salido once mandamientos, supongo que más que un *decálogo* será un *oncólogo*...).

Dice así:

1. Procura ser optimista. Porque mientras lo seas vivirás dichoso, y si la vida te demuestra un día que estabas equivocado, que te quiten lo bailado.

2. Piensa siempre bien de los demás, hasta que te demuestren con hechos inequívocos que si sigues pensando así eres un imbécil, y recuerda que siempre es mejor pecar de ingenuo que de malpensado.

3. Ama a los demás tanto como a ti mismo. Y quíérete mucho, sin vergüenza.

4. Procura hacer felices a los que tienes al lado. Pues la felicidad es como el olor: ¿para qué te sirve perfumarte si los que viven a tu lado apestan?

5. No te dejes llevar por las apetencias. Sé tú mismo quien dirige el timón de tu vida: quien decide empezar o terminar, hacer o dejar de hacer, luchar o rendirse.

6. Cuida tu higiene mental: pocos principios, pero grabados a fuego. Y actúa siempre con coherencia, aunque no estén de moda y nunca falte un amargado cubriéndote de improperios y un par de necios riéndose de ti.

7. Procura hacer cada día algo que te cueste o privarte de algún capricho. Es un buen entrenamiento para cuando lleguen los tragos amargos o la vida te arrebate algo realmente valioso.

8. Ten siempre un camino por recorrer: un libro por leer, un país por visitar, un nuevo deporte por practicar, un arbolillo por plantar... Si pierdes la fe en ti mismo y en los demás, se te secará el alma y te harás viejo.

9. No te enfades por tonterías. Si la cosa tiene remedio, concentra tus energías en ponérselo. Si no,

asúmelo y no agrandes más la tragedia con tu enfado.

10. Saborea el momento presente como si fuera el último. No permitas que las puestas de sol, los helados de chocolate y las sonrisas de los que te quieren pasen por ti sin dejar huella.

11. Y no te quejes tanto. Si a cada paso que das se te escapa una queja, nunca podrás olvidarte de que te duelen los pies, te empezará a doler la cabeza y, además, los que caminan a tu lado se alejarán de ti, por plasta.

¿Os gusta? Pues si conseguís ponerlo en práctica —cosa que yo no he conseguido—, estoy convencido de que la vida se os hará menos cuesta arriba.

Hoy domingo hemos ido a misa a la parroquia, por primera vez desde que me puse enfermo. Al terminar, han venido todos nuestros conocidos a saludarnos y parece que todo el mundo se ha quedado más tranquilo viéndome andar por allí como cualquiera, sin el pijama ni el gotero puesto.

Abril

Miércoles 1

Mi vida ha pasado a ser bastante rutinaria. De lunes a viernes voy a SEROSA para que a las dos y media me apliquen mi minuto de radioterapia. Según el plan previsto, estas sesiones se prolongarán durante mes y pico, dejando libres los fines de semana y las fiestas de Semana Santa.

Hoy ha resultado un día especialmente fatigoso. A las ocho de la mañana ya estábamos en circulación para ir a que me hicieran un análisis de sangre. Al llegar al aparcamiento de la Policlínica, descubrimos que me había dejado el volante del médico, así que vuelta a casa a por él

(ya sé, ya sé que mamá tiene una cruz por marido, pero así son las cosas, cuando el cura le preguntó *si quería*, dijo que sí. Ella sabrá por qué...). De nuevo en la Policlínica me sacaron sangre y nos volvimos a casa. Mamá se fue a trabajar y yo a desayunar y a dormir, pues me sentía muy cansado (debe de ser pura pereza, pero ahora que puedo permitírmelo...).

A las dos me volví otra vez a SEROSA, esta vez yo solo, por no complicarle más la vida a mamá. Conduje por vez primera la furgoneta desde que caí enfermo, y lo cierto es que, aunque llevo mes y medio sin hacerlo, estas cosas no se olvidan, así que he recorrido los veinte o veinticinco kilómetros sin atropellar a nadie ni marearme ni nada. En cuanto me pusieron la radioterapia me hicieron pasar a la consulta de la doctora Guerrero, y al contarle lo de mis náuseas de los últimos días me dijo, que como me están radiando precisamente el vientre, me están destruyendo la flora intestinal, y que mientras ésta se regenera es normal que no digiera bien los alimentos, así que fuera grasas, fritangas y demás. Debo comer preferentemente cosas fáciles de digerir, como purés de patata y zanahoria, carnes a la plancha y muy hechas, etc. Le pregunté si puedo beber vino (ya sabéis que el de mi propia cosecha, que vosotros pisáis pero no catáis, es mundialmente conocido por su excelente buqué, colorido y genuino sabor a aguarrás) y me dijo que no; que el alcohol cambia el metabolismo y puede disminuir la eficacia de la quimioterapia, así que se acabó la buena vida. Al terminar, con un jarabe y unas grageas que me recetó para suavizar las molestias intestinales, me volví a casa.

Cuando mamá salió del trabajo nos fuimos otra vez a la Policlínica (la séptima vez que hoy he hecho el trayecto) porque hoy también tocaba visita con el doctor García Bueno. Así que previamente pasamos por el la-

boratorio para recoger los resultados del análisis de sangre mañanero y me dijeron que había salido mal, por lo que tenían que pincharme otra vez. Otro pinchazo extra de *na*, y a los cinco minutos ya tenían los resultados. Me resultó tan extraño que les informé de que no estaba en ayunas, pero me contestaron que daba igual, pues para lo que tenían que buscar no importaba si había comido o no. ¿Y para eso me hacen venir a las ocho y media de la mañana? Vaya paseílo más tonto que nos hemos dado, como si no tuviéramos otra cosa que hacer a esas horas. Está claro que la burocracia aplica la regla general, caiga quien caiga, y le importan un carajo nuestras circunstancias personales. ¡Con la burocracia hemos topado, querido Sancho!

Por fin, papelito en mano, nos acercamos a SEROSA y esperamos a que el doctor García Bueno nos recibiera. Mientras tanto Josefina nos llamó al móvil diciendo que acababan de aparecer en casa ocho o diez alumnas que venían a verme y a traerme bombones. Se fueron poniendo al teléfono y hablamos un poco. Me dio mucha pena no poder verlas, porque son realmente simpáticas y les di clase de filosofía el año pasado, pero, como vi que la cosa iba para largo, les dije que lo sentía mucho pero que no me esperaran, así que nos despedimos prometiendo que volverán otro día (a ser posible, antes de que la espiche).

Media hora más tarde nos recibió por fin el doctor y nos dijo que el próximo miércoles tendré que ir temprano para hacerme otro análisis de sangre, ponerme la *radio* y luego la segunda sesión de *quimio* (que dura dos horas y media). Pero, como ahora no estoy ingresado, toda la medicación tiene que ser aprobada y sellada por el seguro médico, así que estuvo más de diez minutos rellenando recetas con toda la farmacopea que me van a meter entre pecho y espalda. Al terminar, hablamos de mi ma-

lestar intestinal, me confirmó lo que había dicho la doctora Guerrero y añadió que para controlar el dolor de ciática empiece a tomarme una sola pastilla de Movalis, que parece menos agresivo para el estómago.

Al salir, nos fuimos a comprar un regalo para Fernando —un ex alumno muy altote que cada vez que va por casa os subís los cuatro encima y no os bajáis hasta que se va de puro agotamiento—. Resulta que se casa pasado mañana y nos ha invitado a su boda. Decidido el regalo, nos volvimos por fin a casa, recibimos a un par de visitas, cenamos y, ahora mismito, en cuanto termine de escribir, me meteré en la cama y, aunque siga doliéndome el vientre, espero dormirme agotadamente bien. ¡Vaya día más ajetreado!

Lunes 6

Me he sentado a escribir un poco y me encuentro raro porque tengo la cabeza pelada como una bola de billar y no puedo parar de acariciármela (da un gustirrinín...).

Creo que fue el jueves pasado cuando, por efecto de la quimioterapia, empecé a notar que el pelo se me desprendía a mechones simplemente con tirar un poco. Al principio se me caía fácilmente el del pecho y el pubis, pero a los dos días también empezó a soltarse el de la barba y la cabeza. Así que decidí cortármelo al cero para no estar día tras día obsesionado con cada pelo. No me lo corté esa misma tarde porque ya sabéis que el sábado íbamos de boda y no me parecía oportuno dar allí la nota; y como tampoco se me caía a puñados, preferí esperar unos días.

El sábado fui con mamá a un pueblo que se llama La Puebla (¡qué *very* original!, ¿no?) a la boda de Fernando y Mónica. Aunque iba pensando que no podría comer casi nada y acabaría vomitándolo todo, en reali-

dad el arroz *brut* y la lechona que nos sirvieron me parecieron tan apetitosos que prácticamente los devoré, y me sentaron fenomenal. El único inconveniente fue eso de no poder beber vino ni brindar con champán, por prescripción facultativa, pero, en fin, no se puede tener de todo.

Hoy lunes me he levantado con buen cuerpo y por la tarde me he acercado a la peluquería y he salido de allí sin barba y con la cabeza monda y lironda. Al principio le dije al peluquero que me pasara la máquina al dos, pero cuando me vi en el espejo la cabeza negra como un tizón, y pensé que si se me sigue cayendo el pelo se me quedará a rodales y parecerá que tengo la tiña, decidí que, mejor, me lo cortara al cero. Así que ahora se me ven hasta las ideas. Salí a la calle creyendo que todo el mundo me iba a mirar, pero no (hasta en esto he tenido suerte); como entre futbolistas y *skinheads* han puesto de moda la calvorota reluciente, aunque parezco un judío recién salido del campo de concentración, hay tantos como yo por ahí pululando, que paso totalmente inadvertido entre las masas pelonas.

Al llegar a casa y verme así de golpe, mamá se ha dado un susto de muerte y me ha sugerido que me compre una gorra para disimular un poco, pero la verdad es que me parece una tontería. Para una vez que tengo la ocasión de cambiar radicalmente de *look* y que no me reconozca ni mi padre, no voy a desperdiciarla. De todos modos, cada vez que me cruzo delante de un espejo y veo a *ese calvo* que me devuelve la mirada no puedo evitar pensar en el sufrimiento que habrá supuesto la pérdida del pelo por causa de la quimioterapia a los enfermos de cáncer de años atrás. Sobre todo a las mujeres. Recuerdo a mi tía Purita, que murió de esta misma enfermedad cuando yo era niño, y a mi cuñada M.^a Ángeles, que tendría mi edad cuando murió también de cáncer, hace unos años.

Sólo de verlas en el hospital con la cabeza pelada se te ponían los pelos de punta (ironías de la vida) porque era el síntoma claro de que la cosa ya no tenía remedio. Ahora, en cambio, es muy distinto, y mucha gente ha superado su enfermedad y le ha vuelto a crecer el pelo incluso más lozano que antes. Espero que éste sea mi caso, pues, cuando me crezca otra vez, pienso dejarme tirabuzones.

Miércoles 8

Hoy me he pasado el día en SEROSA. A primera hora de la mañana me hicieron el análisis de sangre semanal. Luego, me metieron en una pequeña habitación, me acosté sobre la cama y me pusieron la segunda sesión de quimioterapia. Después de dos horas y media enchufado a la dichosa maquinita que te mete un montón de líquido en las venas a impulsos rítmicos, nos recibió en su consulta el doctor Gil Panadés (radiólogo jefe) y tuvimos con él una jugosa charla.

Resulta que él también tiene un cáncer parecido al mío (se ve que no se salvan ni los oncólogos) y hace dos años pasó por mi mismo calvario: quimioterapia, radioterapia y hasta operación quirúrgica. En resumen, que se las sabe todas, tanto desde el punto de vista del médico como del paciente.

Verlo allí tan animado y sanote nos ha subido mucho la moral, y nos ha dicho que, para soportar el tratamiento, lo más importante es comer con apetito, y como eso es precisamente lo que me va a faltar estos días, pues que aproveche para pedir caprichitos, comer poca cantidad pero en muchas ocasiones y beber mucho líquido. Le he preguntado si puedo beber Coca-Cola, y me ha dicho que «debo» beber Coca-Cola, porque cuando te ponen la *quimio* el agua da náuseas (ya me había dado cuenta). Entonces he aprovechado para chivarme de que la doctora Guerrero me recomendó que no bebiera mucha Coca-

Cola ni probara el vino, y me ha dicho que ella viene de un hospital donde muchos de los pacientes se habrían emborrachado si les dice que pueden probarlo, pero que en mi caso no sólo no me va a perjudicar, sino que me va a sentar incomparablemente mejor un pincho de tortilla acompañado con un buen vasito de vino, que con un vaso de agua (¡evidentemente!). La verdad es que me ha animado mucho y he salido de su consulta rejuvenecido y con ganas de comer y todo.

Para celebrarlo, ahora que aún no tengo náuseas, cuando ya estábamos en la puerta de casa hemos decidido meternos en un bar y ponernos ciegos a tapas. Y una vez ahítos, nos hemos echado la siesta —de esas de pijama y orinal— tan ricamente.

A media tarde, Onofre, un vecino que también escribe en la revista de S'Arenal, me la ha traído a casa para que vea mi último artículo que escribí mientras estaba ingresado en el hospital.

DEDICADO A...

LOS MÉDICOS

¿Ser un médico o un matasanos? He ahí la sutil diferencia que puede convertir una enfermedad más o menos soportable en un verdadero calvario de indignidad.

Es cierto que hay mucho paro y que no todo el mundo puede dedicarse profesionalmente a lo que le gusta, pero los médicos, los maestros y los curas sin verdadera vocación deberían dejarlo y hacer otra cosa. Y, si no, veinte años a galeras.

¡Qué diferencia, Dios mío, qué diferencia, si te toca una persona sensible y bien preparada o un carnicero con licencia para jorobar! Nadie se libra de caer un día —o muchos— en sus manos; ni siquiera los mismos médicos (es mi único consuelo cuando topo con un topo: «tú también

estarás como yo y ya verás qué rica te sabe tu medicina», pienso para mis adentros). Y no es que pretenda que los médicos sean también psicólogos o santos. Es una simple cuestión de sensibilidad, imaginación y buenos modales.

SENSIBILIDAD. Para darse cuenta de que no están trabajando con máquinas ni con animales ni con productos de desecho de la sociedad, sino con personas. Personas que además están enfermas y sufren y padecen y están más nerviosas, cansadas y asustadas que lo normal. Personas que tienen sentimientos y hacen preguntas y tienen derecho a respuestas claras aunque no sepan de medicina. Personas que tienen pudor y lo pasan mal cuando tienen que enseñar el culo a un puñado de desconocidos por más bata blanca que lleven. En fin, personas.

IMAGINACIÓN. Porque ningún profesional —y si es médico, menos— debe dejarse llevar por las leyes de la inercia y la costumbre. No vale eso de *aquí siempre lo hemos hecho así*. Si las cosas pueden mejorarse, *deben* mejorarse. Del mismo modo que los científicos no se conforman con los logros obtenidos hasta ahora, sino que buscan y rebuscan y se parten los cuernos para inventar nuevos fármacos y nuevas maneras de extirpar tumores, también los médicos deberían esforzarse por encontrar nuevos modos y maneras de tratar a los *pacientes* (que son aquellos que *padece*n, no que tienen más *paciencia* que lo normal). Porque es preciso humanizar la medicina, endulzar los medicamentos, acertar en la vena a la primera, cortar la carne humana con un poco de estética, encontrar nuevas maneras para aplicarte la *radioterapia* sin que te dé un ataque al corazón al ver que todo el mundo se pone a cubierto dejándote allí *solo*, frío y desamparado escuchando una sirena que chilla desafortadamente indicando bombardeo inminente...

Y BUENOS MODALES. No exquisitos, ni siquiera especiales. Simplemente buenos. Es imperdonable que haya por ahí médicos que tratan a sus pacientes peor que a su perro.

Los médicos son humanos y tienen sus problemas, como todo el mundo, pero es imperdonable que los sacudan en los lomos de las personas dolientes. ¿Tanto cuesta entrar saludando amablemente, incluso con simpatía? ¿Es tan difícil contestar con cortesía —y en su propio idioma— al enfermo que pregunta nervioso o al anciano que ya ni sabe lo que pregunta? ¿Es mucho pedir unas palabras de consuelo al que sufre o a sus familiares o un poco de aliento que anime al enfermo a seguir soportando su pesada carga?

Que no es imposible ser médico y tener sensibilidad, imaginación y buenos modales lo prueban los miles y miles que en el mundo entero y a través de la historia han demostrado que su humanidad no va a la zaga de su profesionalidad. Que no es tan difícil —pese a que esta asignatura no se estudie en las facultades de medicina— lo sabemos porque estos mismos médicos lo reconocen cuando hablas con ellos.

Ser un buen médico es cuestión de vocación, cualificación profesional y, sobre todo, ganas de servir desinteresadamente a los demás, contribuyendo desde este ámbito tan especial a hacer de nuestro mundo un mundo mejor.

Desde aquí mi gratitud a los médicos que no tienen en el pecho una víscera, sino un auténtico corazón.

Domingo 12

Aprovechando mis muchos males, y sabiendo que el que no llora no mama, he convencido a mamá de que me compre un ordenador nuevo (un *Pentium 200*) con acceso a *Internet* y todo. Y el mío lo hemos puesto en la biblioteca para que empecéis a adentraros en el maravilloso mundo de la informática. A los dos mayores os he instalado un programita para escribir a máquina, pero lo que más os gusta a todos es matar marcianitos (Álvaro domina la técnica hasta tal punto que ya le llaman el *terminator sideral*). Así que me he librado de teneros todo

el día alrededor, pidiéndome con caras suplicantes que os deje jugar con el mío «un ratito».

Por lo demás, estos días lo estoy pasando bastante mal. Tal y como me ocurrió la primera vez en la clínica, se me ha quitado drásticamente el apetito, la comida me da un asco infinito y me cuesta Dios y ayuda tragar un simple puré de patatas. Me siento muy débil, he empezado a quedarme cada vez más tiempo en cama y sólo levantarme me da vértigo, se me revuelven las tripas y tengo que ir dando tumbos al baño a evacuar la poca sustancia que aún me queda dentro.

Ya desde el jueves, al día siguiente de ponerme la *quimio*, empecé a sentirme muy decaído, con náuseas y diarrea continua. Mamá, desesperada, se pasa el día intentado que coma lo que sea, y yo asqueado, tragando sin ninguna gana y echándolo todo al váter sin apenas digerir. Un asco.

¡Vaya Semana Santa que estamos pasando! Mamá se va con vosotros a los oficios mientras yo me quedo en cama leyendo para pasar las horas (por cierto, Álvaro y Leyre estáis radiantes de gozo porque en una de las celebraciones os han vestido de monaguillos). Con la ilusión que tenía de participar un poco en los actos litúrgicos de este *tiempo fuerte* y, cuando llegan, apenas puedo levantarme de la cama.

El viernes pasó por nuestra calle la procesión con todas las cofradías del barrio, me levanté y estuve un rato asomado al balcón para verlos pasar. Es asombroso, en los tiempos que corren, la cantidad de gente que participa en la celebración, pese a que las cofradías se fundaron aquí hace apenas tres o cuatro años. Para que luego digan que la religiosidad va de capa caída y que ya nadie tiene fe. Será que, cuando pasan, no se molestan en asomarse a la ventana...

Mientras veo a los cofrades desfilar bajo mi ventana al ritmo triste y solemne de los tambores, me emociono

pensando cuántos estarán ahora, debajo de sus capirotos, rezando por mí. ¡Qué maravilloso es sentirse querido! No sé si sus rezos tendrán o no efectos curativos, pero qué bien me hace el saber que hay gente a la que le importo, que hay personas que sufren con mi dolor y rezan a Dios convencidas de que esto me alivia. En este mundo tan tremendamente insolidario que nos ha tocado vivir, ¡qué suerte tenemos los que tenemos fe!

Cada día estoy un poco más débil y hecho polvo. Me he pesado, y apenas llego a los 52, cuando lo normal es que pese 59 o 60 kilos. No sé qué va a pasar, pero cada vez veo la cosa más negra y me estoy deprimiendo. Los días festivos han ido pasando y el martes toca ir otra vez a la radioterapia. Se me abren los huesos con sólo pensar que tengo que salir de la cama para ir hasta SEROSA. En fin, ya veremos si de aquí al martes mejoro un poco. Si no, Dios dirá.

Viernes 17

Hoy me han dado de alta por segunda vez en la Policlínica. Ya estoy otra vez de vuelta en casa.

Y es que el lunes lo pasé fatal y por la noche me mareé, vomité hasta los higadillos, a la vez que tenía diarrea y se me dormían los brazos... En fin, todo un numerito de los que te ponen los pelos de punta. La cosa es que el martes a primera hora mamá llamó al doctor García Bueno, y éste le dijo que me ingresaran inmediatamente. Justo entonces acababa de llegar un chico a casa para instalarme Internet —menos mal que fue rápido—, en cuanto se fue, se presentaron dos enfermeros con una ambulancia y me llevaron otra vez a la Policlínica Miramar.

Nada más llegar, me tumbaron en una cama en urgencias y me enchufaron el suero en la vena (que, por cierto, no la encontraban por lo deshidratado que esta-

ba). El doctor García Bueno me dijo que no me preocupara, que esto era bastante normal y que con una semana con suero y comida por vía intravenosa me quedaría como nuevo. Así que después de comer un simulacro de sopa de estrellitas me ingresaron en planta —esta vez en la habitación 438— y allí he estado hasta hoy.

No sé si estaba medio muerto o no, pero en el informe médico ponía, entre otras cosas:

Ingreso por toxicidad gastrointestinal grado IV, resuelta con tratamiento médico: *Primperán* 1-1-1. *Efferalgan* 1-1-1. *Omeprazol* (ulceral) 1c/24h. *Ensure plus* 2/día.

En cuanto me subieron a la habitación una enfermera me dijo: «Hombre, Javier, ¿otra vez por aquí? Acabo de leer una carta tuya que publica El Día del Mundo y que una paciente ha recortado y me ha dicho que tenía mucho humor». Lo cierto es que esa carta la había enviado al periódico hace casi un mes, a raíz de una noticia que escuché en la tele: «en Baleares ya se han practicado 1.053 abortos legales». Una noticia breve y concisa, al parecer sin ninguna importancia; dada, entre otras, con toda la frialdad del mundo, como quien dice que la gasolina ha subido tres pesetas. Total, matar 1.053 vidas humanas en el vientre de sus madres, ¿qué importancia puede tener?

Ya que estamos, la carta en cuestión decía así:

1.053 PROBLEMAS MENOS

Postrado en la cama de mi hospital, esperando a que me extirpen un tumor un día de éstos, escucho en la tele una noticia breve pero sustanciosa: mientras aparece en pantalla una ecografía en la que se aprecia perfectamente un feto de pocos meses pegando botes en el útero de su

madre, la periodista nos informa de que en nuestra Comunidad Balear ya se han practicado 1.053 abortos legales.

Mil cincuenta y tres mujeres que pueden por fin respirar tranquilas gracias a la angustia que se han quitado de encima. 1.053 pequeños monstruos menos que dejarán dormir tranquilamente por lo menos a 5.053 vecinos, ya que no atronarán con sus berridos a media noche. 1053 niños menos para escolarizar que descongestionarán un poco nuestras abarrotadas aulas, ahorrándonos una buena pasta en educación. 1.053 adolescentes llenos de espinillas menos que no nos marearán con sus motos, su música cañera y sus movidas nocturnas, dejando vivir tranquilos a 2.106 progenitores sin traerles suspensos a casa, protestar por todo, dejarse el cuarto sin recoger y fumar porros a escondidas. 1.053 parados menos que rebajarán las tasas de desempleo, contribuyendo dentro de unos años a la satisfacción del ministro de Trabajo de turno. 526 machistas menos que no podrán apalear a sus mujeres. 526 féminas reprimidas menos que se libran de la prepotencia del macho opresor hispánico pata negra, y al menos un homosexual menos que nunca será discriminado por razón de sexo.

Además, nos hemos librado de por lo menos 1.053 coches nuevos atascando nuestras calles y contaminando el ecosistema ya casi irrespirable. 1.053 domingueros menos que no podrán echar basura en nuestras playas virginales. Y como, según ha informado la locutora, prácticamente la totalidad de estos 1.053 abortos, perdón, «interrupciones voluntarias de embarazos no deseados», se han practicado en clínicas privadas, unos cuantos trabajadores esforzados y entregados abnegadamente a la loable actividad de hacernos la vida más agradable a todos —previo pago de su importe— han hecho 1.053 sustanciosos negocios para redondear sus menguados sueldos y poder llegar honestamente a fin de mes.

Si consideramos, por último, que nos hemos librado de 1.053 asegurados menos que no congestionarán nunca más los hospitales, empreñando como yo a los médicos con tumores y demás dolencias carísimas de extirpar, es a todas luces evidente que estamos de enhorabuena. Gracias a las leyes y el buen hacer de la ciudadanía, pese a que miles y miles de parejas sigan buscando desesperadamente un recién nacido para adoptar, que la burocracia no les concede, nos hemos librado hasta el momento de 1.053 problemones. ¡Ánimo y adelante, a ver si para el tercer milenio llegamos a los diez mil!

El martes pasé el día ingresado en la Policlínica muy incómodo, con náuseas, gases continuos y sin encontrar ninguna postura agradable. Para distraerme, empecé a leer una novela de intriga que me trajo mamá: *El tercer gemelo*. Comí un poco de sopa al mediodía, cené algo más al anochecer y pasé una noche larguísima, de esas que no se acaban nunca, dando vueltas y más vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño.

El miércoles desayuné bien. Vino el padre Juan a darme la comunión (que me sentó mejor que el desayuno) y luego el doctor García Bueno de visita. Intentó animarme y me dijo que me pondrían sueros *enriquecidos* que, al parecer, alimentan y todo, aunque insistió en que tendría que esforzarme un poco en comer, que pidiera lo que más me apeteciera y que me traerían unos batidos que equivalían cada uno de ellos a una comida entera (supongo que estarán hechos de *Cerdocrem*, un cerdo en cada cubito). Yo no me enteré entonces, porque mamá no quiso decírmelo, pero se le acercó por un pasillo y le dijo: «Bueno, ¿qué tal?» A lo que el oncólogo respondió: «Pues ya se sabe, le quedan seis meses...».

A media mañana vino mamá con la cara muy blanca y un cargamento de *delicatesses*: manzanas, galleti-

tas saladas, gominolas y cosas así para tentarme el apetito. Cuando me trajeron la comida del hospital me empecé en comer, pero se me hacía un nudo en la garganta que no me dejaba tragar, hasta que acababa agotado de tanto rumiar y rumiar el mismo bocado sin poder tragarlo. En fin, un rollo patatero, pese a que las enfermeras tuvieron el detalle de compartir conmigo la Coca-Cola que tenían para el almuerzo (para que luego digan...).

Me pasé el día leyendo la misma novela y, lo que son las cosas, en un determinado momento despiden a la protagonista de su trabajo y, cuando está hundida en la miseria —y el lector sufriendo enormemente por lo mal que le está tratando la vida a la pobre chica—, dice: «podría haber sido un cáncer», cosa evidentemente peor. No sé por qué, pero en vez de ponerme a llorar, me dio la risa floja y me estuve carcajeando un buen rato.

Por la tarde hubo llamadas y visitas varias, y por la noche fui yo quien telefoneé a Agustín, porque mamá me dijo que a su hijita de cinco años la había atropellado un coche y estaba ingresada en el hospital. Su padre me tranquilizó, porque la cosa no había sido tan grave como podría haber sido, pero me contó que la pobre niña llevaba dos días llorando y llorando porque creía que «se iba a quedar cojita».

Después de hablar con él, me puse a rezar el rosario por todos los que lo pasan peor que yo y se quejan menos, y pronto me quedé dormido, gracias a Dios.

El jueves me desperté mucho más animado, con ganas de comer unas lentejas caldosillas con patatas y manitas de cerdo (vaya caprichos que tiene uno, ¿eh?), así que en cuanto entró la primera enfermera, termómetro en mano, se lo dije. Me respondió que lentejas no podía ser, porque hay que tenerlas en remojo y todo eso, así que me tenía que conformar con arroz. Y aunque habría pe-

dido huevos fritos con beicon, no me atreví, así que pedí salchichas con tomate frito, y me dijo que eso sí. ¡Fenomenal!

El doctor García Bueno, al verme mucho más recuperado, me dijo que ya me podían quitar el suero y que probablemente el viernes me podría ir a casa. Y poco después vino una enfermera y me lo quitó. ¡Qué descanso! La verdad es que dos días con suero me habían incordiado esta vez mucho más que todo el mes de marzo que me pasé *enchufado*.

Cuando llegó la comida estaba ya hambriento, pensando en las suculentas salchichas que me habían prometido. Así que, cuando aparecieron con la bandeja y vi que además me habían puesto un cuenco rebosante de tomate frito, no cabía en mí de gozo. Me levanté, me instalé en una silla para comer con más comodidad, acerqué ceremoniosamente la mesita con ruedas en la que habían puesto la bandeja y cuando estaba intentando ajustarla un poco a mi altura, se volcó lindamente y se estrelló todo contra el suelo... ¡La habitación se convirtió por arte de magia en un mar de tomate frito, salchichas, arroz y cristales rotos!

Una enfermera entró corriendo al oír el estruendo. Pero la cosa ya no tenía remedio. Lo recogió todo e intentó consolarme diciendo que estas mesitas son muy traicioneras y se vuelcan fácilmente. La cosa es que aún tuve suerte y sobraba otra bandeja de comida, pero el tomate frito y las salchichas ni las probé. Pescado cocido con guisantes y a conformarse.

Aparte de la tragedia gastronómica, el día transcurrió dentro de la normalidad. Pocas náuseas, apetito creciente y mucho aburrimiento allí metido todo el día leyendo y, encima, sin televisión para atontarme un poco.

Hoy viernes, por la mañana, ha venido García Bueno y me ha dado de alta. ¡Menos mal! Mamá me ha

traído ropa de calle y ya estamos en casa (espero que esta vez dure más). ¡Hogar, dulce hogar!

Sábado 25

Aprovechando que me encuentro un poco animado y creo que podré estar un rato sentado sin caerme redondo al suelo, me he atrevido a salir de la cama y escribir un poco, pues desde que volví a casa he ido otra vez de mal en peor bajando.

El sábado pasado nos fuimos al campo y nos llevamos a Marta (tu amiguita, Raquel). Pasé el día estupendamente regando las flores, llenándome los pulmones de aire puro y comiendo a mandíbula batiente. Lo único que ensombreció la jornada fue el descubrir que tres de mis pajaritos se habían muerto de hambre metidos en su jaula, ya que llevábamos quince días sin aparecer por allí y a Ángela se le olvidó echarles un poco de alpiste. ¡Perra vida la del cautivo! Espero que en el otro mundo no me lo echen en cara.

El domingo estuvo fenomenal. Fuimos todos juntos a misa y, a la salida, saludamos a los amiguetes que se acercaron cariñosamente a darme ánimos. Manolo y Bene os llevaron a los chicos a su casa, y las chicas os fuisteis con la familia de Marta; así que, aprovechando que estábamos solos, nos «dejamos» invitar a comer en casa de Julio y Cristina. Fue una comida estupenda en compañía de esta encantadora pareja y sus respectivos padres que, por cierto, estaban también enfermos (de siete comensales, cuatro hechos polvo), pero el ánimo no decayó en ningún momento.

A los postres, vinieron a vernos Míjol y Cristina, otra parejita encantadora, pues esa misma noche se iban a Valencia a seguir allí con sus estudios. Aprovechamos la tarde para sumergirnos en el ordenador nuevo y machacar al pobre Míjol a preguntas sobre Internet y todas las

dudas que se me ocurrieron al respecto (la verdad es que en cuestiones informáticas soy bastante *negao*).

Cuando se fueron, llegaron Manolo y Bene con vosotros, y ya se quedaron a cenar. Estaba tan animado y hambriento, que no paré de hablar y de comer como un poseso. A raíz de que hoy se celebra el día anual de la comida en fraternidad (*Pa amb caritat*), nos enzarzamos con el tema de la diversidad de gentes que habitamos en nuestro barrio, y entre Manolo (toledano) y yo (navarro) resolvimos el mundo en un *plis plas* y decidimos solemnemente —con la insustituible ayuda de mamá (madrileña) y Bene (mallorquina)— implicar a unos cuantos animosos y fundar una asociación de vecinos que se preocupe de los problemas que afectan a nuestro barrio, por medio de debates abiertos y toda clase de iniciativas que impliquen a las fuerzas vivas a buscar la unidad y la colaboración para el beneficio de todos: partidos políticos, parroquia, colegios, revistas, etc. Asociación cuyo objetivo principal sería convertirse en plataforma efectiva de integración de mallorquines, peninsulares y extranjeros residentes aquí, sin exigir a nadie que renuncie a sus raíces, sino todo lo contrario; animándoles a aportar lo más valioso que lleven dentro, para construir entre todos una comunidad pluralista, dialogante y respetuosa con nuestras diferencias, minimizando el hecho fortuito de haber nacido aquí o en San Petersburgo, para hacer hincapié en que todos hemos decidido vivir aquí, unos junto a otros, no unos contra los otros (no creo que la idea cuaje, pero la intención es buena; ¿o no?).

El miércoles me levanté con un dolor de cabeza insoportable y empecé a perder otra vez el apetito. Al mediodía mamá me llevó a SEROSA donde reanudamos otra vez la dichosa radioterapia, y ya se me quitaron las ganas de comer definitivamente.

Al día siguiente, recién puesta la segunda sesión, fuimos a la consulta del doctor García Bueno, y me tuve que salir para vomitar en el cuarto de aseo (menos mal que antes de entrar había averiguado dónde estaba, que si no, le dejo el despacho como los chorros del oro...). Viéndome así, me pusieron allí mismo una inyección de Primerán y decidieron suspender temporalmente la radioterapia, porque, al parecer, el equilibrio precario que tenía lo podía perder de golpe si seguían combinándose los efectos de la *radio* y la *quimio*. Así que, a partir de ahora, sólo quimioterapia. No sé si el cambio será efectivo, pero parece que lo pasaré menos mal.

Llegué a casa hecho polvo, me metí en la cama y prácticamente no se me han quitado las náuseas ni me he levantado hasta hoy. Ayer mismo comí un poquito, me bebí un batido de esos asquerosamente ricos en proteínas y estuve bromeando de lo más animado cuando vinieron un ratito a verme el padre Jordi y sor Catalina (mientras lograba, a fuerza de constancia y tesón, tragarme un yogur de fresa en una hora más o menos). Pero en cuanto se fueron, entre vómitos y diarrea me quedé en dos minutos más vacío que un concierto de Alejandro Sanz tocando la zambomba.

Ahora me he quedado aquí *solo*, porque mamá os ha llevado de compras. Después de estar un rato sentado en el salón delante de la tele apagada y con el estómago revuelto, me he fijado en un libro que lleva mil años en la estantería en plan decoración. Son las *Obras completas de santa Teresa*. Me ha picado la curiosidad, lo he abierto por donde se me ha antojado y en la página 821 he leído: «¡Oh Señor mío, libradme ya de todo mal y sed servido de llevarme a donde están todos los bienes! ¿Qué esperamos aquí los que tenemos algún conocimiento de lo que es el mundo por experiencia y los que tenemos alguna fe de lo que el Padre Eterno nos tiene guardado?».

Efectivamente, tiene más razón que una santa. ¿A qué leches tanto apego a este mundo traidor, si *tan alta vida espero que muero porque no muero* (y además porque vomito)?

Mayo

Viernes 1

Ayer os fuisteis los cuatro a Madrid para acompañar a vuestro primo Gonzalo en su primera comunión. Espero que os lo paséis bien y no deis mucha guerra. Pero, por lo pronto, mamá y yo nos hemos quedado solos en casa por primera vez desde que nació Raquel. ¡Toda una experiencia! Así que aprovecharemos para ir al cine, levantarnos a las once y media y demás jolgorios innarrables. Lástima que uno no esté para echar cohetes precisamente, pero se impone celebrar el gran acontecimiento: ¡Según parece, el tumor se está encogiendo!

Anteayer fuimos a la Policlínica para que me hicieran una resonancia magnética y midieran su tamaño. Me dejaron en calzoncillos, con una bata de cirujano por encima, y un radiólogo muy simpático me hizo tumbar en una plataforma más o menos blandita. Le dio a los botones pertinentes y ésta me introdujo en un largo y angosto tubo que realmente daba claustrofobia porque casi me rozaba la nariz. Me dijo que estuviera absolutamente inmóvil y se fue. De pronto empezó una experiencia musical nueva para mí. Tras unos toques de tamboril —que debían de ser el introito—, sonó una estridente bocina de camión que me puso los pelos de punta (o, al menos, las raíces), un ejército prusiano desfilando sobre un puente de madera, los tambores de los mandingas machacándose los tímpanos, un frenazo en medio de la autopista y las doce tribus de Israel tocando el *txistu*... En fin, todo un concierto de *rock* duro, de lo más *heavy*. La verdad

es que casi me levanto despavorido y salgo corriendo, pero (valiente que es uno) aguanté estoicamente agarrado a los calzoncillos hasta que me sacaron a los veinte minutos, en el primer intermedio de la serenata.

—¡Vaya trasto! —comenté al salir del nicho—. ¿Cómo suena así? ¿Es que funciona a pedales?

—¡No, qué va! —contestó el experto—. Aunque suene tan fuerte que parece que se va a escacharrar, es mucho más rápido que los otros.

—Pues estrecho es un montón. Si viene el príncipe de Gales hay que cortarle las orejas para que quepa dentro.

— Al príncipe de Gales no sé, pero el otro día vino un señor que pesaba ciento setenta kilos y pretendía meterse dentro, y se puso como una fiera cuando le dije que no cabía ni de coña.

Terminada la sustanciosa charla, me volvió a meter en el túnel angosto y, pensando en los derechos constitucionales del señor de la tonelada y media, los siguientes veinte minutos de estrépito no me parecieron tan insoportables. Luego, me sacó otra vez, me inyectó un contraste en las venas y me metió otros veinte minutos más al horno y, cuando estuve bien doradito, me dejó por fin irme a casa con los sesos retumbándome por dentro.

Al día siguiente me llamó el doctor García Bueno para comunicarme que la resonancia había revelado que el tumor estaba disminuyendo ostensiblemente; no todo lo que esperaban, pero sí mucho. Lo cual era de celebrar. Así que, como la cosa iba muy bien, podíamos dejar una semana de descanso y retomar la *quimio* el jueves próximo (que de las cuatro sesiones que me quedan no me libra nadie).

Sentí un alivio enorme, pues cada vez que pienso en el tratamiento se me revuelven las tripas. Lo de la reducción del tumor me pareció estupendo, pero no tanto como las reacciones de mamá, mis amigos y familiares,

que echaron las campanas al vuelo y me felicitaron efusivamente (*Catita*, vuestra abuela, se puso a llorar al teléfono y todo, de la emoción). Ahora que estoy escribiendo me doy cuenta de que esto es lo mejor que me ha pasado desde que me diagnosticaron el cáncer, ya que nadie sabía cómo iba la cosa y, por el mismo precio, ahora podría estar escribiendo que me han dicho que el tumor ha crecido más aún y que *sólo* me quedan unos meses de vida... En fin, que sigo en las manos de Dios y parece que, como dice mi primo, *a los Mahillo no nos quieren aún allá arriba*.

Miércoles 6

El sábado le pedí a mamá que me afeitara la cabeza porque me había crecido un poco el pelo y ya parecía que tenía la tiña. Así que, tras sudorosos esfuerzos por la falta de práctica, me ha dejado otra vez como un monje budista. La barba, sin embargo, me sigue saliendo al tresbolillo, un pelo aquí y otro allá, y me obliga a afeitarme cada tres o cuatro días para que no me tomen por un chivo.

La semana pasada me fui a Palma a ver al señor Gual, el inspector del que depende mi instituto. Le informé sobre mi estado de salud y le mostré una nota del oncólogo en la que dice: «aunque debe estar de baja laboral es recomendable la realización de actividades de tipo intelectual y manual (lectura, escritura, manualidades, paseos, reuniones familiares, etc.), con moderación, ya que repercutirá de forma favorable en la evolución del proceso y la tolerancia al tratamiento». Vamos, que aunque esté de baja no me tengan en arresto domiciliario, sino que dejen que me complique un poco la vida participando en esas *movidas culturales* en las que siempre estoy metido, para evitar que me dé la *depre*. El inspector me dijo que, por supuesto, que lo fundamental era que me curara y que para eso lo mejor era animarse y mantenerse lo más ac-

tivo posible. Así que él me autorizaba a dar todas las conferencias y a participar en todos los debates televisivos que quiera.

Volví a casa muy contento pero muy cansado, así que me metí en la cama pensando: *Ahora que tengo el permiso, no tengo ganas de hacer nada. Vaya asquito de vida.*

Ayer me animé un poco y me puse con el ordenador a preparar la conferencia que me ha encargado la Federación de Apas de Baleares para el 16 de mayo. Está enmarcada dentro de unas Jornadas sobre Actividades Extraescolares, y mi ponencia se titula: *Las actividades extraescolares ¿son realmente educativas?* Hemos quedado en que me incluirán en los folletos de propaganda, pero que si ese día no me encuentro bien, disculparán mi asistencia y no pasa nada. Espero que si mañana me ponen la tercera dosis de *quimio*, de aquí al 16 ya habrá pasado lo peor.

Pensando en lo de mañana se me ponen *los congojos* en la garganta, porque, aunque estos días he seguido tomándome el Primperán antes de todas las comidas, sigo teniendo un malestar general y un cansancio que sólo me permite dormir y dormir. Leo a ratos y me paseo un poco por la casa para que la sangre me circule por las venas, pero la verdad es que tengo que hacer un verdadero esfuerzo para levantarme de la cama. Cuando me metan la nueva dosis de *quimio* en las venas, no sé si voy a poder aguantarlo o me tendrán que ingresar otra vez.

Además, ya habéis vuelto los cuatro a Palma y se ha llenado la casa de ruidos, carreras y caritas celestiales. Eso me anima un poco —al tiempo que me marea—, pero pensar que dentro de dos días estaré otra vez con náuseas y vomitando me aterroriza *demasié*. En fin, que es mejor no pensarlo. Ya veremos cómo resulta esta vez.

Jueves 7

Hoy ha sido un día especial. Para empezar me ha llegado, por fin, el primer ejemplar del último libro que me ha editado Espasa Calpe y que corregí cuando estaba en la clínica. Se titula *Mis pequeños monstruos* y va de educación infantil. La portada no sabía cómo sería, porque eso siempre se lo reservan los editores para ponerla a su

Mis pequeños **monstruos**

Manual de supervivencia para padres

JAVIER MAHIGO



gusto. Pero al final han puesto la foto que les envié en la que estáis los cuatro sentados encima del corral de Ca'n Totó, riéndoos a mandíbula batiente. Estáis preciosos en ésta y en las diez o doce fotos que han insertado en el libro. Mis editores están muy satisfechos, y esperamos que sea un auténtico éxito editorial.

Además me ha llegado la revista del Arenal en la que publican mi último artículo. Que esta vez he dedicado a los profesionales de la información.

Dentro de un rato me voy a SEROSA a que me enchufen la tercera dosis de quimioterapia. Apenas he dormido esta noche y me he levantado con una fuerte descomposición intestinal (supongo que será el *acongojo* que tengo).

Miércoles 13

Hoy empiezo a estar más o menos normal (¡vaya semanita que llevamos!). Ahora que ya voy por la tercera, ya sé cómo actúa la condenada (al menos en cuanto a los síntomas). Después de dos o tres horas enchufado a los frascos no noto nada especial (salvo que meo rosa), pero al día siguiente empiezo a perder el apetito, a sentir náuseas y a notarme totalmente hecho polvo durante cinco o seis días. Con la medicación que me ponen antes de la *quimio* y las pastillas que me hacen tomar durante los días siguientes, se atenúan bastante los efectos desagradables, pero la sensación continua de náuseas que no llegan al vómito no te las quita nadie. Así que me he pasado el viernes y el sábado metido en cama, viviendo en una náusea continua, aunque curiosamente ya no me da asco ver la comida, como me pasaba antes; ahora sólo me da asco comerla.

Esta tarde me siento bastante más animado. Es como si se hubiera corrido el velo que me empañara la vista. Ahora estoy más vital, con más ganas de hacer cosas; incluso me he levantado a escribir y me paseo por la casa

sin problemas, y hasta puedo estar durante un buen rato sentado sin sentir mareos. Además me ha llamado Víctor, el director de *marketing* de Espasa, para ofrecermme unos cuantos microespacios en varios programas de radio con vistas a promocionar una enciclopedia multimedia que acaban de editar. La cosa aún no está decidida del todo, pero me ha prometido que me mandará la enciclopedia gratis, con sus cinco CD-roms y todo. Si es cultura, bienvenida sea (si es gratis, mejor aún).

Jueves 14

Esta tarde hemos vuelto a la consulta del doctor García Bueno. Antes nos hemos pasado por la Policlínica y, mientras mamá aparcaba, he recogido la última resonancia que me hicieron para medir el tumor. Mientras iba por el pasillo hacia SEROSA para reunirme con mamá no he podido resistir la tentación y he leído el informe:

Las imágenes obtenidas muestran de nuevo la presencia de una lesión infiltrante de la región sacra con afectación predominantemente derecha pero que cruza la línea media y que ocluye los agujeros de conjunción en el lado derecho. A pesar de que no tenemos en este momento los estudios previos, por lo que dice el informe y por lo que yo personalmente recuerdo del caso, me parece que no existen cambios significativos en la extensión de esta lesión infiltrante en la región sacra. En las imágenes sagitales se observa la presencia de tejidos blandos que crecen en dirección anterior hacia la región presacra.

O sea, que el tumor no se ha reducido como me dijo el oncólogo por teléfono, sino que «no existen cambios significativos en la extensión de esta lesión» y, además, «se observa que crece en dirección anterior hacia la región presacra». ¡Será hijo de mala madre el muy mamón!

Lo he leído tres veces por si me estaba engañando. Pero no cabía ninguna duda. Ahí decía bien claro que el tumor no sólo no se había reducido, sino que seguía creciendo. Todo mi gozo en un pozo. Os lo juro, hijos míos, no me he puesto a llorar en el pasillo de puro cabreo que tenía. ¿Por qué me habían engañado haciendo que todos los míos concibieran falsas esperanzas? ¿Por qué? ¿Quién puede divertirse con eso..?

Con el corazón en un puño, me he reunido con mamá a la puerta de la consulta y le he enseñado el informe, por si ella leía otra cosa entre líneas. Pero también se ha quedado muda y perpleja.

Al fin, cuando nos ha recibido —y ya estaba a punto de saltarle a la yugular— ha comparado las placas nuevas con las que teníamos de antes y nos ha aclarado el enigma. Resulta que el tumor sí se ha reducido (más o menos un centímetro, es decir, casi el 30 por ciento de masa), pero, al no ser la reducción de al menos la mitad, en los informes no la consideran reducción «significativa» (¡pues qué risa, oyes..!). Así que no hay por qué alarmarse. Al parecer —según García Bueno—, las estadísticas dicen que un tercio de los tumores se reducen a la mitad al tratarlos un par de meses con *quimio* y radioterapia, otro tercio se reduce menos de la mitad (es mi caso), y el último tercio son los casos extremos, que o se curan del todo o el tumor se hace resistente y *la espichas*. En fin, que, aunque no me ha tocado la lotería, tampoco estoy todavía en el pelotón de los torpes.

Al preguntarle qué pasaría si al final me tienen que operar, me ha dicho que ahora está claro que hay que hacer todo lo posible para evitar la operación, porque los nervios que controlan los *esfínteres* pasan por dentro del hueso que está infectado, y si recurrieran a cortarlo tendré problemas graves, no sólo de pérdida de potencia

muscular y equilibrio al sentarme, sino que también puedo quedarme impotente, perder el control de esfínteres y demás desgracias *guarrindongas*.

¡Otro palo! La verdad es que esto no me lo habían dicho. Yo contaba con la operación *in extremis* si la *quimio* y la *radio* fallaban, pero si me van a dejar prácticamente tetrapléjico, porque al parecer por el *coxino* coxis pasan todos los nervios del cuerpo..., pues ya no me hace tanta gracia (y cuando los médicos dicen que «puedo» quedarme así o asá, es que «me quedo seguro» así o asá, si no peor).

Lo terrible es que me ha afectado más de lo que yo pensaba, porque quedarme paralítico, impotente y acompañado de por vida con una bolsita para las heces, me parece insufrible. Espero que Dios sea misericordioso y me lleve pronto con Él, porque me siento absolutamente incapaz de cargar con esa cruz. Ya sé que debería decir: «¡Hágase en mí su voluntad!»; pero, ¡me *cagüen* la leche!, ya lo diré otro día.

Miércoles 20

El cabreo de la semana pasada se me ha ido calmando, sobre todo porque, afortunadamente, tengo otras cosas más satisfactorias en qué pensar. El sábado publicaron en *La Voz de Baleares* una extensa entrevista que me hicieron en casa sobre *Mis pequeños monstruos*, con una hermosa foto para lucir mi hermosa calvorota por todo lo largo y ancho de Mallorca.

Además, acabo de hablar con una tal María Eugenia, de la sección comercial de Espasa, y le ha gustado mucho mi propuesta de intentar hacer un buen lanzamiento del libro junto a una revitalización de los otros dos, ya que los tres son de la colección Espasa Práctico y tratan una temática semejante: la educación de nuestros hijos y alumnos. Me ha prometido que lo estudiará despacio, pero

que le parece una buena idea eso de hacer una especie de cajón publicitario en el que pongan los tres libros en sendos montones para que la gente los vea y los pueda adquirir sobre la marcha —al tiempo que compra rosquillas—. Si consiguen que El Corte Inglés acepte la propuesta y lo ponga en toda España, seguro que multiplican las ventas.

El sábado pasado di la conferencia que estaba prevista en la Granja escuela Jovent, organizada por la FEAPA. Para ser la primera vez que luzco la calva en público, no estuvo mal la cosa. Ironiqué un poco sobre mi nuevo *look*, estilo Ronaldo —antes de que lo hicieran los asistentes para sus adentros—, y así me gané rápidamente su simpatía (no hay nada más eficaz para que la gente no te degüelle que informarles de que ya te estás muriendo tú solito). Al terminar la exposición se acercaron a la mesa de recepción y compraron treinta de los cuarenta libros que había llevado de muestra; no sé si por la brillantez de mi exposición o por llevarse un recuerdo antes de que *las espiche*, pero, sea por lo que fuere, la cosa es que me puse *morao* a firmar autógrafos.

El domingo estuvimos en el campo, pero ya totalmente recuperado. Me dio mucha pena ver cómo está la viña llena de yerbajos. Pero ¿qué se le va a hacer? Vinieron varios amigos: Daniel, Antonella y José M.^a y Marta con sus cuatro chavalitos. Fue un día espléndido.

Esta tarde ha venido a verme Marcos y me ha contado que conoce a una curandera, especializada en huesos, que recibe a la gente en Palma, y que a él le curó hace tiempo tres pinzamientos en la espalda que le molestaban muchísimo. La verdad es que el curanderismo me parece un timo, pero cuando estamos hablando de una enfermedad mortal, él me dice que ella ha curado varios casos de cáncer, que mal no me va a hacer ni es un tra-

tamiento alternativo a la *quimio*, sino tan sólo complementario, y además no hay que pagarle mucho (dos o tres mil pesetas voluntariamente). Le he dicho que vale, que me pida hora y ya veremos qué pasa.

Estos días he estado leyendo unos libros que me han dejado, que intentan animar a los enfermos de cáncer. No me convencen demasiado pero tienen consejos que están bien, sobre todo *Sanar es un viaje*, del doctor Carl Simonton.

Martes 26

Mañana me toca ir de nuevo a que me hagan un análisis de sangre y a ver al doctor García Bueno para que decida si el jueves me ponen la cuarta dosis de *quimio* o lo dejamos para mejor ocasión. Y es que el jueves pasado empecé a notar síntomas de *faringitis*. Me dolía mucho al tragar —sobre todo por las noches— y me empezaron a dar pinchazos muy fuertes en el oído derecho que me subían por el cráneo cada dos o tres minutos (todavía me siguen dando, aunque más distanciados). Así que, harto de pinchacitos, le llamé al móvil y me recetó un antibiótico y un antiinflamatorio (que saben asquerosamente mal, por cierto). Desde entonces me los he estado tomando cada doce horas el primero y cada ocho el segundo, y parece que se han atenuado un poco los síntomas, pero sigo sintiéndome muy débil y sin ganas de hacer nada, y lo malo es que tengo que escribir un ensayo filosófico para un cursillo de la UNED al que me apunté en octubre.

Ya llevo varios días releendo la *Utopía* de Tomás Moro y *El Príncipe* de Maquiavelo, porque quiero escribir el trabajo de un modo novelado, una especie de conversación entre Maquiavelo y Moro contrastando sus diversos puntos de vista sobre la política renacentista. Si me sale bien, de paso me servirá para mi libro. El problema es que si no lo escribo entre hoy y mañana, lo ten-

dré que dejar para después de la *quimio* y me saldré del plazo, con lo que perderé los derechos de matrícula. Pero, en fin, como dijo el gran filósofo no sé quién: *cuando no pue sé, no pue sé. Y lo que no pue sé, no é.*

Para postre llevo seis o siete días sufriendo unos calambres muy dolorosos en la pierna derecha, sobre todo cuando estoy dormido (si es que, ahora que lo pienso, estoy hecho unos zorros); además, se me duermen las piernas y los brazos en cuanto estoy un rato leyendo o sin cambiar de postura. Así que vamos de culo y cuesta abajo.

El domingo pasamos el día en el campo y descubrimos un nido de tórtola en la viña, que me salió volando de los pies y casi lo piso. Además, una de nuestras tres gallinas (toda una granja avícola) ha tenido pollitos, y da gusto verla tan contenta con toda su prole piando y corriéndole detrás. Algo bueno tenía que pasar, digo yo.

Miércoles 27

Hoy me he pasado el día fuera de casa. Comencé madrugando para ir a la Policlínica a que me hicieran un análisis de sangre. Por la tarde, vuelta a recoger el análisis y consulta con el oncólogo que, a la vista de que tengo un pedazo de anemia *que no se pue aguantá*, ha decidido dejarme una semana de vacaciones y posponer la cuarta sesión de *quimio* para la semana que viene. Así que el próximo miércoles otra vez a hacer análisis de sangre. Le he enseñado el brazo izquierdo que sigue con *flebitis*, aunque me doy de vez en cuando la pomada que me recetó cuando estaba ingresado, y ha dicho que quizá fuera conveniente implantarme una entrada fija en el cuello (no sé cómo se llama, pero al parecer es una operación sencilla con anestesia local en la que te ponen un artificio en la vena que permite pinchar cuantas veces haga falta, sin dolor y sin estropear las venas con tantos pin-

chazos), pero, como no lo tiene claro, se lo pensará. Luego le he contado lo de los pinchazos en la cabeza, que me atormentan cada dos minutos y, después de mirarme bien, me ha dicho que le parece que se deben a una pequeña inflamación de los músculos de la mandíbula, pero por si tienen algo que ver con el oído, me ha recomendado que me hagan una radiografía.

Al salir nos hemos pasado por la Policlínica y nos han dicho que este tipo de radiografías es mejor hacerlas en La Mutua Balear. Así que mamá me ha acercado con el coche a la consulta de la curandera que me recomendó Marcos. Se ha ido a casa y en seguida ha venido mi amigo y compañero de fatigas y me ha acompañado en esta mi primera experiencia curanderil.

El local era de lo más sencillo: un zaguán, planta baja, con puerta ancha para aparcar un coche, pero alcatado casi hasta el techo como si fuera una cocina, una sala de espera con unas quince sillas en dos filas todas llenas de gente y un pequeño despacho donde la curandera recibe de uno en uno a sus pacientes (unos diez minutos por persona).

Después de casi una hora esperando, aunque teníamos cita previa (debe de ser una curandera de la Seguridad Social), con los molestos pinchazos intermitentes que no dejaban de martillarme los sesos, su hijo —que hace las veces de secretario— me ha llamado y he entrado al despacho. La curandera, una señora de mediana edad, vestida de lo más normalito (no como Rappel o Aramis Fuster, que, si no, doy media vuelta y pongo pies en polvorosa), me ha preguntado por qué he venido. Como supongo que no es adivina, le he contado lo del tumor y me ha dicho que no es nada fácil, pero que a veces ha tenido éxito con pacientes cancerosos y que podemos intentar *disolverlo*.

Antes de que empezara, le he hablado también de los pinchazos en la cabeza, por ver si al menos me los aliviaba

un poco. Me ha escuchado atentamente, haciéndome sentar en un sillón y se ha dedicado a frotarse las manos y darme una especie de masaje en la espalda, el pecho y el oído derecho, advirtiéndome que si de pronto sentía algo especial, se lo dijera (aunque, añadiendo que también es normal no sentirlo).

Cuando ha terminado de masajearme le he dicho que no he sentido nada especial, sólo un poco de calor cuando me ponía las manos calientes en algún sitio, y me ha dicho que lo mío sólo lo puede tratar si voy cada semana y el próximo miércoles le llevo una garrafa de agua de cinco litros y un rollo de algodón para que los *energetice* y pueda aplicármelos yo mismo todos los días de la semana.

Como la cosa —aunque un poco *chunga*— me parece inofensiva, le he dicho que vale. Le he dado dos mil pesetas a su hijo, pues Marcos ya me había advertido que no me iban a cobrar nada pero que dejara una propina, y me he ido de allí sin pena ni gloria.

A continuación, me he puesto en manos de la ciencia moderna para hacerme la radiografía del oído, y ha sido una experiencia más alucinante que la anterior, ya que me han tenido un rato de pie y quieto como un palo, unas veces con la boca cerrada y otras abierta a más no poder, mientras el aparato radiografiante en cuestión giraba alocadamente alrededor de mi cabeza y parecía que, según pasaba rozando, me iba a machacar algo. Pero no. He salido de allí ileso, con las radiografías en la mano, las orejas en su sitio y el dolor de cráneo que ya llevaba puesto.

Cuando le he contado a mamá lo de la curandera, ha puesto cara de escepticismo jocosos, pero coincide conmigo en que, como mal no me va a hacer y tampoco cobra tanto, por probar nada se pierde (aunque, como todo el mundo piense igual, a dos mil pesetas de media por

diez minutos cada uno, esta señora puede sacarse al mes dos o tres millones y, además, en negro. Si tiene un don especial y realmente cura, aunque sea por el efecto placebo, me parece que se merece eso y más, pero si al final nos deja como estábamos..., creo que, si salgo de ésta, voy a cambiar de profesión).

Junio

Jueves 4

Hoy hace treinta y nueve años que me asomé un momento para ver cómo era el mundo y ya mi madre no me dejó volver. Lástima, porque hasta entonces estaba bien *agustito*.

Para celebrarlo, esta mañana a las nueve en punto ya estaba en SEROSA, dispuesto a que me enchufaran la cuarta sesión de *quimio*. Aún no noto los efectos nauseabundos, pero es cuestión de tiempo. Supongo que si la cosa funciona como en ocasiones anteriores, pasará fatal la próxima semana y luego volveré a la vida normal.

Ayer vino a visitarnos Alberto, un muy buen amigo de mi juventud estudiantil, que se gana los garbanzos filosofando como yo ante treinta o cuarenta chavales, que le miran absortos, masticando chicle con cara de vaca. Si no me dan los siete males y lo echamos de casa, tiene intención de acompañarnos hasta el lunes. No es que estos días me apetezca mucho recibir visitas, pero como no es un huésped exquisito ni delicado, sino que se adapta fácilmente a cualquier situación, me imagino que no sólo no nos dará guerra, sino que contribuirá a hacerme más llevadero el calvario. Además, tenía muchas ganas de verle y de que me diera su opinión sobre el filosófico libro que estoy escribiendo. En fin, que ya está aquí; así que a ver si hay suertecilla y no me paso los días metido en la cama. Lo cierto es que esta mañana le hemos dejado a

mamá ir a su trabajo y me ha acompañado él a la sesión de *quimio*.

Mientras me entraba la medicación en vena, una enfermera nos ha dejado el *Diario de Mallorca* porque hoy sale publicada una entrevista sobre el libro que me acaban de editar, con una foto que me hicieron en casa rodeado de vosotros cuatro —los protagonistas— sonriendo felices como si no fuerais *pequeños monstruos* ni nada. A lo mejor ha sido porque hemos estado dos horas y media filosofando, pero esta vez se me ha hecho mucho más corto que las veces anteriores. Al terminar le he dejado que me trajera a casa conduciendo él la furgoneta, aunque la verdad es que podría haberlo hecho yo perfectamente.

Por lo demás, esta semana no han pasado grandes cosas. Sólo que por fin he terminado mi trabajo sobre Maquiavelo y Moro y lo he enviado a Madrid. Siempre que me quito de encima una plasta de estas, siento un alivio *que no se pue aguantá*. Tengo comprobado que, cuando me encuentro deprimido y sin ganas de nada, lo único que consigue animarme es un pequeño triunfo en cualquier aspecto: terminar un trabajito que tenía pendiente, ordenar mi mesa de despacho, publicar algún artículo en la prensa o cosas así. Si sigo ahí tumbado viendo cómo se van pasando las horas, me deprimó aún más, mientras que si consigo sacar adelante alguno de los múltiples proyectos que nunca me faltan, esto supone un verdadero balón de oxígeno para mi espíritu.

En cuanto al libro recién publicado, esta semana ha sido bastante movidita. Me han entrevistado en casa o por teléfono para varios periódicos y emisoras de radio, porque a la directora de comunicación de Espasa le ha caído en gracia y se lo ha leído de cabo a rabo; y, como resulta que ella también es madre y debe estar pasando las de Caín, le ha gustado mogollón y ha emprendido una

buena campaña de difusión en prensa, radio y televisión. Así que he estado de lo más entretenido, todo el día enganchado al teléfono conversando sobre niños, mocos y babas. Por cierto, hablando de la caja tonta, aquí en Mallorca ha salido una *tele* nueva en Lluchmajor y me han hecho una larga entrevista sobre mi vida y todos mis libros (para cuatro autores mallorquines que publicamos a nivel nacional, es lógico que nos traten bien, ¿o no?).

Para postre, ya ha empezado la feria del libro en toda España. Motivo añadido para que las editoriales aireen sus novedades más novedosas, así que están luchando para poner mi estreno en los mejores chiringuitos librerías y, ya de paso, parece que han conseguido que todos los *Cortes Ingleses* del territorio nacional lo coloquen en su mesa de novedades. Espero que la cosa funcione, vendamos dos o tres millones de ejemplares y pueda comprarme un cortijo y retirarme por fin a vivir la *dolce vita* los cuatro días que me quedan. A fin de cuentas, *sólo se muere una vez*.

El otro día me pasó algo realmente asombroso. Fui a Palma a hacer unas gestiones y al pasar junto a una iglesia antigua que hay cerca de la plaza de España, vi que estaba abierta, así que, como nunca la había visitado, entré. Allí, en una agradable semipenumbra, estaba sentado un sacerdote franciscano. Me acerqué y le dije si me podía confesar (hace años, siempre había uno confesando en cada iglesia, pero ahora, como no los pilles al vuelo, no te confiesas en dos años). Me dijo que sí. Y allí mismo, sin levantarse siquiera del banco, me confesó. Hasta aquí nada espectacular (ni siquiera mis pecados, que siempre son los mismos). Lo curioso es que al enterarse de mi profesión cogió un libro que tenía entre manos y que acababa de leer y me lo regaló, así, sin más ni más. Le había gustado tanto, tanto, que no podía menos que regalármelo a mí (con dedicatoria y todo), que

acababa de verme por primera vez en su vida. Para que luego digan de los frailes pedigüeños... (a lo mejor es que está subvencionado por el Vaticano). La cosa es que su título me picó la curiosidad: *Cristo, el campesino y el buey. Vía zen y vía cristiana*, y aunque ya tenía dos o tres libros sin terminar, me puse a leerlo y aún no he podido dejarlo. Es realmente interesante en su sencillez. No me ha dicho nada que no supiera, pero me ha recordado de un modo dulce y profundo una idea tan antigua como la propia humanidad: el único sentido de la vida —de mi vida, que es la que tengo— está en reencontrarme de verdad conmigo mismo, romper la dualidad que nos vuelve locos y encontrar de nuevo a Cristo: origen, centro y sentido de toda la creación. A ver si hay suertecilla y de aquí a unos días puedo decir con san Pablo: *Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí (y tiene cáncer)*.

Miércoles 10

Anteayer Alberto se volvió a Madrid. Es una pena, porque, gracias a las sesudas conversaciones que hemos mantenido durante estos días, se me han pasado las horas volando. Aunque lo lógico y previsible era que a partir del jueves por la noche empezarían a entrarme náuseas y a pasarlo mal cuatro o cinco días, la verdad es que no me ha pasado nada de eso. Sorprendentemente he estado de lo más normal hasta el domingo. Ni náuseas, ni falta de apetito, ni nada de nada. Hasta nos hemos permitido el lujo de llevaros de vez en cuando a la playa ahora que ya sólo tenéis clase por la mañana —arriesgándonos a que cualquiera que nos vea piense que somos una pareja de gays con familia numerosa—; y, aunque no me he atrevido a bañarme, estoy asombrado de lo bien que se han pasado estos días a los que temía más que a un *nublao*.

También el lunes salió en el *Última Hora* un artículo sobre mi libro, que titulan: *Manual para padres des-*

pistados, con foto de archivo en la que luzco hermoso pelo y barba frondosa (más que nada por desorientar al lector).

Hoy miércoles, aparte de un poco cansado, sigo sin notar síntomas de toda la *quimio* que llevo en el cuerpo. Ayer me hicieron dos entrevistas radiofónicas y, después de más de hora y media parlotando, me sentí estupendamente. Sólo se me ocurre que esto se deba a que, como normalmente no dispongo de un buen filósofo para debatir mis muchos problemas existenciales, al tener a mi lado a Alberto y poder hablar y hablar a mis anchas, sin apenas interrupciones (porque no se atreve a llevarme la contra por si me muero), se me han elevado los ritmos vitales y se me han recargado los núcleos de energías positivas... (digo yo); o a que esta vez la quimioterapia no me ha hecho efecto. Aunque también podría ser que los masajes de la curandera, los cuatro sorbos de agua *energetizada* y el algodón que me he puesto en la espalda por las noches, aparte de darme calor, hayan surtido efecto, como me pronosticó.

La verdad es que sigo más bien escéptico, pero —por si las moscas— esta tarde he vuelto a verla y voy a seguir yendo un par de semanas más, sobre todo por no defraudar a Marcos y porque nadie pueda echarme un día en cara que no intenté curarme utilizando todos los medios a mi alcance. La verdad es que no tengo fe en estos remedios. ¿Qué le voy a hacer? Y no niego que a lo mejor sea cierto eso de que las energías vitales determinen nuestra salud y que esta señora tenga el poder de revitalizármelas y acabar con el tumor. Vete tú a saber. Pero no pienso estarme todo el verano yendo y viniendo a que me energetice.

Lunes 15

Estoy tan ricamente sentado al ordenador. No me siento cansado, ni tengo náuseas, ni sueño (entre otras

cosas porque me he levantado a las once). Acabo de escribir mi artículo mensual para la revista del Arenal. Como se publicará en julio, esta vez lo he dedicado a los flechazos veraniegos; y dice así:

DEDICADO A...

LOS QUE SE ENAMORAN EN VERANO

Dice el refrán que *la primavera, la sangre altera*. Lo que no dice es que *el verano altera la vida entera*.

Y es que, al llegar los calores veraniegos, es difícil resistirse a tirar la casa por la ventana, renovando nuestro vestuario y cambiándonos de peinado, de modo de vida y hasta de amigos. Porque lo que nos pide el cuerpo en verano es que, después de meses aguantando la rutina invernal, nos desmelenemos, trastocando nuestras costumbres enraizadas y sistematizadas a lo largo del año. Y por eso —con vacaciones o sin ellas— cuando llega *la caló* todo el mundo empieza a levantarse y a acostarse mucho más tarde, dedicar su tiempo libre a otras actividades, salir mucho más a la aventura (y ver mucho menos la *tele*), conocer caras nuevas y visitar lugares y paisajes exóticos que nos enganchan con su encanto hasta bien anochecido. Y entonces, encandilados por el calor, las pieles bronceadas, los cuerpos *danone*, la luz de las estrellas palpitando allá en lo alto y el helado de limón chorreando acá en lo bajo..., va y ligamos.

Y ¿qué pasa con los ligues de verano? Pues que, aunque a nadie le amarga un dulce (sobre todo si está en la edad del mariposeo), después de dos o tres años a este tenor se pregunta: ¿realmente estos ligues veraniegos nos hacen más felices o más bien nos complican la vida, dejándonos al final un regusto amargo en la boca?

No es mi intención gafarle los planes a nadie, pero quien empieza el verano dispuesto a seducir y dejarse seducir sin freno alguno, por el ambiente desenfadado, el encanto

de la novedad, la despreocupación y la risa fácil hasta caer zarandeado en manos de Cupido, debería saber que después, cuando termine la temporada y se acabe la estación del estío y la locura, la vuelta a casa y la despedida sentimental con el *¡hasta nunca, titi!* puede resultar traumática (más aún si te está esperando en casa tu pareja).

Pese a que últimamente se estile tanto e incluso se fomenta desde la tele, **no me parece ningún chollo la estrategia de cambiar de amores con tanta facilidad como cambian los famosos de coche o de peinado.** Porque empezar la cacería cada verano, seleccionar la mejor pieza, aislarla, seducirla y meterla en el saco (alternando por unos días placeres, discusiones y un enorme gasto de tiempo y dinero) para, cuando la cosa ya parecía funcionar, echarlo todo por la borda tirando cada uno por su lado..., creo que es una política más bien agotadora, que nos quita mucho más de lo que nos da. Y eso, la verdad es que *no mola*.

No nos engañemos. Los ligues de verano ni son amor ni se le parecen. Está bien mariposear por ahí con unos y con otras para pasar el rato en grata compañía. Pero *ligarse*, es decir, *atarse* afectivamente a alguien, con la sana intención de dejarlo tirado en cuanto pase la temporada, tiene más de egoísmo masoquista que de amor.

-Quien se empeña en dejarse llevar por este peligroso ciclo de ligues fáciles y rupturas más fáciles todavía, tiene todos los boletos para que le toque la rifa de acabar solo y amargado. Porque, aunque el ser humano necesita amar y ser amado, el amor verdadero no suele encontrarse meneando el esqueleto en la discoteca.

El amor es el fruto que brota, a su debido tiempo, del árbol del mutuo conocimiento, el diálogo sereno e íntimo, el contacto continuado y el culto al pequeño detalle de cariño. Factores estos que, si tienen poco de espectaculares y peliculeros, son en realidad los que van entretejiendo, poco a poco y desde ambas partes, un horizonte estable y dura-

dero que nos impulsa a compartir toda una vida. Y ese cariño puesto en el conocimiento mutuo y en la construcción de un proyecto vital conjunto está en las antípodas del ligue fácil de verano.

Quien simplemente está enamorado se siente feliz durante un tiempo gracias al otro. Pero quien ama de verdad desea ardientemente hacer feliz al otro. He ahí la sutil (pero fundamental) diferencia.

Lo acabo de mandar *navegando* a la redacción (internauta experto que es uno), y antes de enfrascarme con mi libro de filosofía quiero contaros los acontecimientos de los últimos días, no sea que se me olviden.

Ayer y anteayer fuimos al campo y, como las ocas están de baja maternal, tuve que ponerme yo a arrancar todas las hierbas que invaden los caminos; y es que está todo como una selva. Pero aparte de las ampollas en las manos, me siento muy bien. Por otro lado, el viernes me volvieron a invitar a Tele 5 para participar esa misma noche en el popular programa de Javier Sardá *Crónicas marcianas*, ya que, aprovechando que le iba a hacer una entrevista a Dana Internacional (un transexual que ha ganado este año el Festival de Eurovisión), quería que hiciéramos *in situ* un pequeño debate sobre el tema.

Acepté —previa consulta con mamá, que ya me deja por imposible— y a las ocho de la tarde estaba volando hacia Barcelona. Aunque antes me pasé por el dentista para ver si me podía arreglar el diente que tengo roto desde que me di el porrazo en la Policlínica. Pero, ¡qué casualidad!, esa tarde no trabajaban. Así que una de las enfermeras me puso un poco de pasta para disimular, pero en cuanto llegué a Barcelona y me dieron de cenar, por más cuidado que puse en masticar con el otro lado, me tragué la pasta y me volví a quedar con mi medio diente, para lucir bien mi cara de paleta ante toda España.

Después de maquillarme me metieron en la sala VIP con el humorista José Luis Coll; que, por cierto, será todo lo divertido que quieras cuando está delante de las cámaras, pero aunque estuvimos los dos solos casi una hora, apenas me dirigió la palabra (debe de ser que estaba practicando *humor mudo*).

A las once y media comenzó el programa. Después de entrevistar a Dana, Javier me colocó frente a frente con cinco transexuales (a cual más barriobajero), nos presentó y me dio la palabra. Como me habían dicho que el debate duraría ocho o diez minutos, mi única intención era dejar clara mi postura al respecto, sin meterme con nadie ni intentar convencer a nadie de nada (pues creo que mis argumentos los comparten en realidad el 90 por ciento de la población, aunque nadie se atreva a decir lo que piensa realmente, y menos delante de las cámaras):

1. En una sociedad pluralista, cada cual tiene derecho a vivir según la opción sexual que más le guste: heterosexual, homosexual, bisexual, transexual, polígamo, zoófilo, o lo que le dé la gana, ateniéndose a las consecuencias que cada opción lleva consigo.

2. Hemos de esforzarnos todos en ser tolerantes y respetarnos mutuamente, por lo que debería penalizarse a quienes insultan o discriminan de algún modo a los demás por su opción sexual (por ejemplo a los que allí mismo me llamaron *homóforo de mierda*, o algo parecido).

3. Pero no puedo admitir que todas las opciones estén al mismo nivel; porque, por más que nos empeñemos, la opción más natural, más normal y más ecológica es la heterosexual (no hay más que ver a un hombre y una mujer desnudos para darse cuenta de su evidente complementariedad sexual). Por eso me parece que el mensaje que están transmitiendo los medios de comunicación a la gente joven es falso, ya que no da lo mismo ocho que ochenta, y ser homosexual es un fallo de la naturaleza (como ser cal-

vo o miope) y no una opción libre. Claro que una mentira repetida machaconamente acaba siendo verdad...

Pues bien, nada más tomar la palabra, se pusieron los cinco como locos a insultarme, interrumpiéndome continuamente para no dejarme hablar, aunque en realidad ninguno aportaba argumento alguno, sino solamente insultos y más insultos hacia mi persona. Y todo porque les llamaba «vosotros» y no «vosotras».

Lo más doloroso fue que el propio moderador permitió que el debate se convirtiera en un pelotón de fusilamiento y, además de insinuar que yo era un racista, me llegó a pedir que, aunque estuviera viendo allí delante hombres transexuales, al dirigirme a ellos les llamara «vosotras». ¡Todo un ejemplo de libertad de expresión! Veas lo que veas y pienses lo que pienses, si quieres sobrevivir has de hablar como dicta la mayoría (o el que tiene la sartén por el mango). Así que, aunque veas un abismo —porque lo hay— entre un hombre transexual, por muy operado y hormonizado que esté, y una mujer de carne y hueso, has de comulgar con ruedas de molino y referirte a ambos como si fueran del mismo sexo.

Y como al menda lerenda no le dio la gana de ceder, así terminó la cosa: yo (partido de risa) intentando argumentar a grito pelado, mientras ellos (cabreadísimos) me llamaban ininterrumpidamente intolerante, homóforo, dictador, *facha de mierda* y otras lindezas semejantes (ahora que lo pienso, a lo mejor era por mi calva, pues es bien sabido que todos los jóvenes calvos son neonazis).

Al salir de los estudios se acercó Dana al coche que me llevaba al hotel y, apoyándose en la ventanilla, me firmó un autógrafo. La verdad es que me pareció un chaval muy majo, que los tiene *cuadros* para hacer su vida frente a viento y marea, canta muy bien y les da sopas con honda a sus colegas españoles, al menos en cuanto a educación y buenas maneras.

A la mañana siguiente, cuando iba a coger el avión para Palma, se me cruzó un chico que arrastraba los carros del aeropuerto y me espetó a bocajarro: «¡Vaya cómo te pusieron anoche los guarrones!». Pues eso mismo digo yo, pero sin «guarrones». Se ve que, pese a todo, hubo gente que se enteró de lo que está pasando en España con todo lo referente a este tema: seis contra uno y el moderador del lado de la mayoría (¿fue un debate o un fusilamiento?). A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Cambiando de tema. Pese a que no había pegado ojo la noche del viernes, ayer sábado tuve que quedarme hasta las dos y media de la madrugada para que Juanjo de la Iglesia (el de *Caiga quien caiga*) me entrevistara por lo de *Mis pequeños monstruos* en su programa: *Esta noche tampoco*, de RNE. Fue muy simpático —como no podía ser menos—, así que le perdono por hacerme traspasar.

Mi madre me llamó anoche para decirme que, aunque no la había avisado, me vio en *Crónicas marcianas*. Que al principio no me reconoció al verme tan calvo, y que sufrió mucho viendo cómo me insultaban (cosa que yo quería evitar, pero ¡en fin!). Insistió en que, si me dan a elegir, no vaya a esos programas tan ordinarios. Lo malo es que no me dan a elegir. O aceptas sus condiciones o te quedas en casa. Así está el percal televisivo.

Miércoles 24

Seguimos de suerte. Esta mañana he vuelto a SE-ROSA para que me hicieran la revisión periódica. Cuando ha terminado la resonancia magnética me he quedado un momento allí y me han informado de que el tumor sigue disminuyendo. El informe radiológico dice así:

Se compara con el estudio previo del 29-abr-98, respecto al cual existen cambios significativos. Se objetiva alteración di-

fusa en la señal ósea como consecuencia de radioterapia recibida, apreciando una lesión infiltrativa ósea afectando fundamentalmente a la segunda vértebra sacra, extendiéndose parcialmente hacia la tercera y en menor parte también hacia la primera, que presenta una mayor hipointensidad de señal como consecuencia de los cambios postratamiento, asociándose una masa de partes blandas que oblitera parcialmente forámenes sacros y que en el momento actual no afecta prácticamente al lado contralateral, habiéndose reducido de volumen, por delante esta masa es voluminosa, situándose presacra en situación central y derecha.

Conclusión: Cambios por radioterapia en esqueleto visualizado. Lesión sacra derecha con masa de partes blandas voluminosas que ha experimentado cambios tanto en el componente óseo como de la masa de partes blandas respecto a estudio previo de 29-abr-98 con mejoría parcial.

Por lo que parece, la reducción se debe a la radioterapia que me pusieron al principio, no a la *quimio*. Pero, sea lo que fuere, lo importante es que *España va bien*.

Capítulo 6

La tediosa rutina
del canceroso

Un verano en Mallorca

No es de sabios decir: viviré.
¡Vive hoy! Mañana ya es demasiado tarde.

MARCIAL

Junio Sábado 27

Hoy, por fin, empieza para mí el verano, ya que después de unos días más o menos perdidos, sin hacer nada especial y soportando los gritos de los turistas que se pasean borrachos por las calles, chillando a voz en cuello, hemos cargado el coche y la furgoneta (y no hemos llenado tres o cuatro furgones más porque no tenemos) y nos hemos venido a nuestra casita de campo. La gente se sorprende cuando le decimos que, aunque vivimos todo el año junto al mar, en verano lo pasamos en el interior, y es que no pueden sospechar lo bien que se respira en la *Mallorca profunda*; la tranquilidad que te entra por las venas cuando la casa más cercana está a medio kilómetro. Aquí, rodeados de almendros por los cuatro costados, viviendo en una casita rústica y sin pretensiones —que sólo exige ser barrida de vez en cuando— con unos cuantos árboles frutales y un pequeño estanque que construí yo mismo —donde no paráis en todo el día de daros chapuzones—, se encuentra lo más cercano que conozco al paraíso.

En cuanto hemos desmontado los ciento y un bártulos, mamá se ha puesto a hacer la comida, yo a arreglar una manguera de riego que se había roto y vosotros a poner un poco de orden en la casa (por vuestra eficacia se nota que ya no tenéis tres años). Después de comer hemos comenzado a limpiar el estanque y por la tarde ha venido un camión de agua y lo ha llenado hasta los bordes. Emocionados a más no poder, os habéis bañado todo lo que habéis querido y más. Yo, en cambio, no me he atrevido a sumergirme en el hela-

do elemento, pese a que el médico me aseguró que me podía bañar todo lo que quisiera. Me he quedado mirando, no por prudencia, sino por simple y llana cagatera.

Mi padre vino el lunes para pasar unos días con nosotros y echarnos una mano.

La verdad es que siempre ha sido un poco pesimista, pero últimamente está de un cenizo subido. Todo lo ve del peor modo posible y se pasa el día sufriendo y refunfunando. He intentado varias veces hacerle entender que eso no conduce a nada y que, aunque siempre haya problemas y sombras que oscurecen el paisaje, es preferible fijarse en lo positivo, en las luces de las cosas. Pero no hay tu tía. No sé si será por mi enfermedad —que, alimentada por su fantasía lóbrega, parece ser cien veces más dramática—, pero no hay quien le arranque su lema favorito: *piensa mal y acertarás* (aplicando el refrán en su más estricta lógica, debemos pensar a todas horas del día que mi tumor es mortal y moriré de mala muerte en breve, mi mujer se volverá loca y vosotros quedaréis huérfanos y desamparados en medio del lodazal). Lo más curioso es que, aunque se empeñe en hablar así todo el día, en el fondo, fondo, sospecho que ni él mismo se lo cree. Es una especie de pose existencial, por la que considera más serio, científico —e incluso piadoso— obstinarse en afirmar machaconamente que éste es el peor de los mundos posibles. Por otro lado, lo que yo pueda decirle le resbala olímpicamente. A fin de cuentas, tampoco se cansa de decir que *el diablo sabe más por viejo que por diablo*, por lo que yo, con mis casi cuarenta años no soy a su lado más que un pardillo ignorante. Pero me quiere, así que le perdono.

Julio

Miércoles 1

Empezamos un nuevo mes con grandes perspectivas de descanso veraniego (aunque llevo ya desde febrero

descansando y no es precisamente eso lo que más anhe-
lo). El domingo fuimos con el abuelo a misa a Cura, un
monasterio franciscano que está en lo alto de un monte
y desde el que se divisa gran parte de la isla. Le gustó
tanto el lugar como protestó por las curvas de la carre-
tera (como es lógico, para llegar a lo alto de un cerro no
va a haber una autopista...).

El lunes empezamos el horario veraniego «oficial»
del que me imagino que aún os acordaréis: mamá se va
tempranito a Palma (como no es enseñante, sólo tiene un
mes de vacaciones la pobre), nosotros nos levantamos a
las diez de la mañana —ni un minuto antes (*¡faltaría
plus!*)—, desayunamos, recogemos la casa por turnos, os
dais el primer baño, dedicáis un par de horas a hacer al-
gún trabajito escolar (mientras yo leo o discuto con mi pa-
dre), damos alguna clase de música o de kárate y, des-
pués, dejamos tiempo libre para que cada cual entretenga
el día como buenamente pueda.

Hoy, excepcionalmente, hemos comenzado de nue-
vo la rutina de la *quimio*: análisis de sangre en la Poli-
clínica a primera hora de la mañana, visita al oncólogo
por la tarde, firma de recetas y demás consejos prácticos
y, mañana, nueva sesión de quimioterapia. Pero esta vez,
como novedad, de allí nos hemos ido al Ambulatorio
Médico del Arenal, donde Consuelo me ha enseñado a po-
nerme yo mismito las inyecciones que me han recetado
para estimular el crecimiento de glóbulos rojos. Así a pri-
mera vista no me ha parecido muy difícil. Se coge con la
izquierda un buen pellizco de la tripa —que, dicho sea de
paso, me está empezando a salir a fuerza de estar todo el
día repantigado en la cama—, se clava con la derecha la
aguja *en oblicuo*, se empuja la jeringa para que entre el
líquido elemento *a poc a poc* y ¡ya está! (¿quién dijo que
los teóricos doctores en filosofía éramos unos practican-
tes inútiles?).

Vuestra tía Lourdes me ha enviado un libro de Javier Garrido (un sacerdote famoso en Navarra por sus charlas y cursillos). Tiene un título muy *very* original: *Ni santo ni mediocre*. Yo creía hasta ahora que —como decía León Bloy— *todo cristiano que no es un santo, es un cerdo*; pero leyendo este libro me estoy dando cuenta de que no; que hay un peldaño intermedio, lo que Garrido llama «un mediano». Así que, según parece, no soy un miserable mediocre como yo creía, a lo mejor soy un mediano (esta inesperada subida de categoría me ha rejuvenecido mucho).

Entre otras cosas viene en el libro una oración muy oportuna, que acostumbro a rezar cada vez que lo cojo. Dice así:

EL DON DE CADA DÍA

Enséñame, Señor,
a vivir el don de cada día,
sin otros planes que los tuyos,
los de cada día.
Que pueda maravillarme de tu amor,
Padre, cada día.
Que el rostro de mi prójimo
sea nuevo para mí, cada día.
Dame un corazón, Padre,
manso con el sufrimiento de cada día,
fuerte con la lucha de cada día,
amoroso en la oración de cada día.
Que cada día sepa confiar en Ti, Padre,
dejando en tus manos el mañana,
sin inquietud, sin prisas.
Que cada día estrene tu paz,
recibiendo de Ti, cada día,

salud o enfermedad, éxito o fracaso,
progreso o retroceso.
Enséñame, Señor,
a vivir el don de cada día.

Me ha gustado mucho porque está justo en la tónica del *carpe diem!* cristiano: No pienses tanto en el pasado, en lo que pudo haber sido pero no fue, ni te obsesiones por el futuro, con lo que podrá ser pero puede que nunca sea. ¡Aprovecha el presente, porque eso es lo único que está en tus manos!

Hasta ahora Dios me ha ido dando salud o enfermedad, éxito o fracaso, progreso o retroceso..., y lo cierto es que no me ha ido nada mal abandonarme en sus manos. ¿Por qué iba a cambiar a estas alturas?

Viernes 3

No me encuentro mal, teniendo en cuenta que ayer a las cuatro me volvieron a meter en vena la quinta sesión de quimioterapia. Espero que los efectos secundarios no me den mucho la lata, como pasó la vez anterior, pero no las tengo todas conmigo. Mi padre me mira como quien ve a un ánima anoréxica, y no me gustaría que llegaran las náuseas y los vómitos con él de enfermero oficial. No sé por qué, pero sospecho que me haría tragar todos los yerbajos y potingues naturales en los que tanta fe profesa. Y la verdad es que ahora no me siento con fuerzas para discutir con nadie y menos aún con él. •

Esta mañana me he puesto yo solito la primera inyección de Eprex (*Epoetium alfa*) para estimular el crecimiento de glóbulos rojos. La verdad es que el evento ha tenido gran expectación, ya que vuestro abuelo a un lado y vosotros cuatro mamoncetes al otro, no me habéis quitado ojo de encima en tan delicada operación. Pero el estreno ha resultado bien, a Dios gracias; ni le he

pinchado a nadie de rebote ni se me ha caído todo el líquido —carísimo, por cierto— por el suelo de la cocina. En fin, que no soy un mero teórico. Ahora puedo decir con propiedad que ya soy *practicante*.

Martes 7

Hoy me he levantado bien, y me han desaparecido las náuseas (debe de ser un regalo de san Fermín que aún se acuerda de mí, aunque ya hace años que no celebro sus fiestas en Pamplona). Espero que la situación se establezca y ya no vuelvan las náuseas ni el agotamiento general; porque el domingo pasado me puse fatal, y como no me apetecía ni moverme, me pasé todo el día durmiendo y cuando, ya al atardecer, se fueron todos a misa, me quedé medio rezando en la cama. Y digo medio rezando porque ni eso era capaz de hacer, ya que entre el *pater* y el *nostrum* me quedaba *flipado*. Ayer lunes seguí mal durante toda la mañana, aunque ya por la tarde me animé un poco y me atreví a pasear por ahí. Menos mal que los días malos son escasos.

Miércoles 15

El domingo fuimos al aeropuerto a despedir al abuelo, pues, viendo que ya me encuentro mejor, decidió volverse a la península (es lógico que, a su edad, los cambios de clima, agua y, sobre todo, el estrés de tener que convivir con cuatro nietos jolgoricos y un hijo *putipénico* no le sienten bien). Siendo como es, la despedida fue de lo más peliculera. El pobre se emocionó por dejarnos (seguro que pensando que ya no me vuelve a ver hasta el otro mundo). Y, cuando nos fuimos, se le veía en la puerta de embarque del aeropuerto, más perdido que un pulpo en un garaje. La verdad es que al verle allí, como un niño, me sentí enormemente agradecido por el esfuerzo que ha hecho por ayudarnos.

Al volver del aeropuerto, los padres de Elena (una amiguita tuya, Leyre) nos invitaron a subir a su barco para participar en la procesión marinera de la Virgen del Carmen. Así que después de un bonito paseo por la bahía de Palma, al atardecer, les convencimos de que nos dejaran traérnosla a Ca'n Totó unos días. Y ya que estábamos metidos en gastos, invitamos también a venirse a Gloria, hija de nuestros amigos Manolo y Bene y amiguísima tuya, Raquel. Y con la furgoneta hasta los topes, nos vinimos a la finca, que parecía más una guardería infantil que una casa de campo.

Como mamá se va a trabajar cada mañana, me he quedado yo solo con las seis fieras corruptas, así que, para amansaros un poco y evitar el aburrimiento (padre de la revolución infantil), os he impuesto a todos el habitual horario espartano, con un tiempo para ordenar la casa, estudiar, bañarse, dar clase de kárate, etc., pero estos días con más concurrencia.

La cosa ha funcionado estupendamente, salvo en las comidas (que parezco la señorita Rottenmeier). Parece mentira que la opulencia gastronómica que disfrutamos en la actualidad siempre vaya acompañada de una lamentable pobreza infantil en cuanto a gustos. Si fuera por vosotros, os habríais alimentado a base de patatas fritas y salchichas con tomate. Todo lo demás, o no os gusta o no os apetece u os sienta fatal...

El lunes, entre mamá y yo organizamos una gincaña que tuvo tanto éxito que nos hicisteis prometer que la repetiremos cuando vengan vuestros primos de Madrid; y el martes por la noche organizamos la caza del *gamusino*, que terminó con un cabreo supino por parte de Carlitos (teniendo en cuenta que cuando ya tenías uno cogido y bien cogido debajo de un cubo, te informamos de la triste realidad...; estoy convencido de que no se te va a pasar el disgusto en todo el verano). Para terminar, hici-

mos un fuego de campamento y, mientras quemábamos unas cuantas ramas secas, contamos chistes y cantamos canciones acompañándolas con la guitarra (todos menos tú, Carlitos, que te negaste rotundamente para demostrar tu cabreo).

Esta tarde ha venido Manolo a buscar a las niñas, así que nos hemos quedado solos otra vez los seis. Esperábamos que vuestros tíos Merche y Chemi aparecieran con los primos para pasar unos días con nosotros, pero, como el hombre propone y Dios dispone, el barco que los iba a traer desde Menorca no ha podido zarpar, así que se han tenido que buscar alojamiento en Ciutadella. Mañana veremos si consiguen salir de la isla.

Domingo 19

Ayer sábado fue un día muy, muy especial, que no creo que se repita fácilmente en muchos años. Julio y Cristina —aprovechando que él se acaba de sacar el carné de piloto— invitaron a sus amigos madrileños a un día en yate —y a nosotros, de rebote—. Como, por otro lado, Merche y Chemi consiguieron llegar el jueves, los enrolamos también en la aventura, alcanzando la asombrosa cifra de doce. A vosotros y a vuestros primos os dejamos en Ca'n Totó al cargo de Josefina, que se presentó voluntariamente para ser vapuleada durante todo el día, y aunque le dejamos una gincana organizada hasta el mínimo detalle para que os tuviera entretenidos toda la tarde, me parece que le habría resultado mucho más práctico un látigo y un taburete.

El yate que Julio había alquilado se estropeó el día de antes (¡qué casualidad!), y no tuvieron más remedio que dejarnos otro el doble de grande y lujoso, por el mismo precio (cosas que pasan...). Cuando ya no había moros en la costa (ya que estábamos todos a bordo) nuestro flamante capitán pisó el acelerador a fondo y entre la velo-



cidad y el viento que se levantó, salimos del puerto de Pollensa todos con los pelos de punta, y yo con la calva apepinada.

Fuimos costeando hasta doblar el cabo Formentor y recalar en una cala preciosa, donde nos pusimos ciegos a embutidos, refrescos y cervezas. ¿Que qué hicimos en cada una de las calas paradisíacas donde atracamos a lo largo de la jornada? Pues nada más y nada menos que bucear en busca de peces exóticos y chapotear en torno a ostentosos yates, a la caza de cualquier belleza —hija de podrido multimillonario— que se pudiese a tiro. Y como no se puso ninguna, a media tarde, viendo que la mar se picaba, el capitán dio la orden de emprender la retirada y nos volvimos navegando por donde habíamos venido (casi toda la tripulación —no sólo yo— al borde de la vomitona).

Después de unos días moviditos, hoy domingo hemos acompañado a los tíos y primos al puerto de Palma, nos despedimos como manda la tradición, o sea, entra-

ñablemente, y nos volvimos a Ca'n Totó a retomar la rutina veraniega.

Miércoles 22

Hemos vuelto a pasar el día «de médicos», pues ya hacía demasiado tiempo que los tenía olvidados. Así que esta mañana, bien temprano, he vuelto a recordar que tengo un tumor maligno que disolver, me he ido a la Policlínica y me han sacado un poco de sangre (por poca que sea, en estos momentos resulta para mí un bien escaso).

Después de comer hemos vuelto otra vez a SEROSA, a la consulta del doctor García Bueno, que, con los resultados del análisis delante, me ha dicho que el miércoles de la semana que viene vuelva a repetirme las pruebas y que el jueves me pondrán la sexta sesión de *quimio*. A finales de agosto me harán una exploración exhaustiva para ver si el tumor del sacro sigue reduciéndose y, ya de paso, por si hubiera aparecido alguna otra metástasis por ahí (no fuera a ser que, obsesionados por ganar una batalla, perdamos la guerra).

Como esta vez no teníamos a nadie a mano, os hemos llevado a los cuatro a SEROSA y allí os habéis estado ejemplarmente quietecitos, leyendo cada cual la abundante literatura que os habéis traído para soportar la espera tan ricamente. *En viéndoos*, el resto de pacientes que esperaban se ha quedado estupefacto, admirado y edificado en grado sumo. Y, cuando ya nos íbamos, una enfermera nos ha sometido al interrogatorio rutinario: ¿Son todos suyos? ¿Los cuatro? ¡No se aburrirán, no! Etc.

Viernes 24

Pasado el ajeteo social de la última semana, me encuentro francamente desmoralizado y todo el día sumido en un letargo somnoliento. No me apetece levantarme de la cama, ni siquiera leer. Pero tengo que hacerlo por

organizaros un poco el tiempo. Se me pasan las horas como si fuera un zombi y además de mal humor. Soy consciente de que necesito una inyección de estímulo, quizá retomando mi libro de filosofía y escribiendo un par de capítulos, pero desde que se fue Alberto lo tengo ahí atascado y sólo de pensarlo me entran sudores fríos...; en fin: puro y simple canguelo.

Al mediodía ha venido el camión del agua para llenar el estanque, pues el jueves, al levantarnos, descubrimos que un pato se estaba bañando tan ricamente, y hasta que logramos sacarlo de allí a palos, se sacudió quinientas plumas y aprovechó para cagarse abundantemente en el estanque y en *tos mis muertos*. Así que aprovechamos para vaciarlo y regar los árboles, que da pena verlos tan sedientos ellos.

Miércoles 29

Me hacen el análisis tempranero y volvemos a la consulta de García Bueno a las cinco de la tarde. Mañana, sexta sesión de quimioterapia (menos mal que, en teoría, es la última, porque estoy ya hasta las narices de oír esta palabreja).

Por cierto, esta mañana he visto en la Policlínica a una chica joven con la cabeza rapada y una cicatriz que le cruzaba la calva de parte a parte (no me he querido acercar mucho, pero creo que le habían puesto hasta una cremallera para sacarle y meterle los sesos con más facilidad). En comparación, yo estoy *pa mojar pan*. Vengo observando que, últimamente, me sale el pelo y la barba mucho más que antes, así que, como ya queda poca *quimio*, voy a dejar que me crezca, a ver qué pasa (aunque, la verdad sea dicha, no creo que me libere de ésta tan fácilmente como le parece a todo el que me ve).

Estos últimos días no han pasado grandes cosas. El domingo, hartos ya de estar en la casa de campo, sobre

todo con el malhumor que se me ha puesto últimamente, nos fuimos los seis de excursión a la otra punta de la isla. Nos dimos un maravilloso baño en Cala Agulla y cenamos *pescaíto* frito en Cala Ratjada (todo un lujo de siete mil pesetas). El lunes volvió la rutina, pero por la tarde decidí hacer algo útil antes de que mañana me enchufen la próxima sesión de *quimio* y me dejen medio *groggy*, así que piqué de arriba abajo una grieta que salió en una pared hace dos años y no encontraba el momento de meterle mano. Al día siguiente la rematé con cemento (no voy a hacerlo todo de una tirada, ¿no?), y la verdad es que no sólo no me agoté, sino que al terminar y ver cómo me había quedado, me sentí mucho más optimista.

Además, me he traído a la terraza los dos pavitos reales que compramos hace unos días, con la esperanza de que crezcan viéndonos cerca y no nos tengan miedo cuando sean mayores. Una vez superado el primer susto traumático, comenzaré a amaestrarlos. A ver si consigo que no salgan corriendo cada vez que me ven, que me coman en la mano y que bailen la danza de los siete velos. Aunque, la verdad, me conformaría con que no se caguen por toda la terraza. Porque monos son, pero lo de *pavos* y *guarrotos* no se lo quita nadie.

Agosto

Lunes 3

El jueves pasado, a las diez, me enchufaron la sexta —y espero que última— sesión de *quimio*. Como siempre, estuve más de hora y media conectado a una máquina que me mete el líquido a presión, pero esta vez me sentí mucho peor que las dos anteriores. Quizá porque estaba un poco deprimido o porque ya se me habían olvidado los desagradables efectos secundarios. La cosa es

que me sentí molesto desde el principio y perdí el apetito inmediatamente. No sé si será por el calor sofocante que hace, pero estos días los he pasado bastante mal, permanentemente cansado, durmiendo mil horas al día y sin fuerzas ni para leer.

Domingo 9

Los sacrosantos *mass media* han vuelto otra vez a acordarse de mí; y, como siempre, todos de golpe.

Ayer, Nuria Guitart, en su programa *No es un día cualquiera*, me hizo una entrevista en directo para Radio Nacional de España. La chica se enrollaba bien y las preguntas sobre *pequeños monstruos* tenían su enjundia, lástima que nos falló el móvil justo antes de empezar, así que perdimos un tiempo irrecuperable y tuvo que recortar parte de mi entrevista para dar paso a Llongueras —el peluquero más dicharachero de Barrio Sésamo—. En fin, faenas de la tecnología punta.

Después de la entrevista, nos fuimos a pasar el día al chalé de Bernardo y Consuelo. Como, comparada con su piscina, nuestro estanque no es más que un escupitajo en el desierto, os pusisteis los cuatro *moraos* —literalmente— a base de zambulliros ininterrumpidamente. Yo, mientras tanto, descubrí que tenían billar y, aprovechando la coyuntura, jugué unas doscientas cincuenta y ocho partidas con el *paterfamilias* y sus hijos —ya tengo hecho el *master*—, para no acordarme continuamente de las ganas de vomitar que me acompañaron durante toda la jornada.

El martes pasado me llamaron de Tele 5 para invitarme a ir de «opinador» a un programa sobre brujas. La verdad es que, acostumbrado a ir siempre de tertuliano debatidor, eso de ir a opinar a mi aire sobre lo que me diera la gana me pareció una experiencia muy interesante, así que les dije que contaran conmigo. Pero, al día siguiente —cuando ya le había comido el coco a mamá—, me vol-

vieron a llamar para decirme que, como las seis brujas que van a participar son «caseras», temían que las apabullara con mi argumentación filosófica y no supieran defenderse, así que preferían que fuera a algún otro debate de más envidia... (excusas miserables para librarse de mí).

Unas horas más tarde, me llamaron para ir el viernes al debate de *Las tardes de Alicia* (que no tiene nada que ver con el otro), para discutir sobre *si es ético casarse por dinero*. Así que hablamos largo y tendido para precisar los puntos de mi argumentación. Y el viernes, cuando ya hasta tenía confirmado el vuelo en el que desplazarme a Madrid, me dicen que ha fallado no sé quién y que se suspende el debate. ¡Cagüen los indios coloraos! ¡Vaya semanita de frustraciones televisivas! Lo que me faltaba para deprimirme un poco más.

Domingo 16

Por fin me he estrenado. Anteayer —una semana después de que suspendieran el de *Alicia*—, me volvieron a invitar a otro y éste no se suspendió (¡menos mal!). Me fui a Madrid, y en los estudios de Tele 5 estuvimos dándole a la lengua durante hora y media en directo. Esta vez el tema era: *¿Deben los padres dar libertad sexual a sus hijos?*

Lógicamente, y como soy una persona sensata, mi opinión —así en breve— era que los padres no podemos quitar la libertad sexual a nuestros hijos, entre otras razones porque como no les pongamos un cinturón de castidad van a hacer lo que les venga en gana a la vuelta de la esquina. Pero otra cosa es que les demos rienda suelta a sus instintos desde la más tierna infancia, después los sigamos fomentando cuando aún no han encontrado una pareja estable con quien compartir su vida, sus sentimientos, sus hijos y sus propios cuerpos serranos, y luego nos quejemos de que son unos ligones de playa o han dejado preñada a la hija del portero.

Aunque el debate era muy corto —comparado con las cuatro horas de *Moros y cristianos*—, tuve la oportunidad de hablar hasta por los codos (mis oponentes no estaban muy duchos ese día), y aproveché la ocasión para defender que el sexo es algo así como el postre, que sabe estupendamente si uno tiene la paciencia y la cultura gastronómica suficiente para comérselo, como colofón, después de los platos fuertes. Quien busca el sexo como mero entretenimiento, para pasárselo bien de vez en cuando, sin importar con quién se mete en la cama, no puede entender que es una parte integral de la persona y que cuando sabe realmente bien es cuando va unido al amor, el compromiso matrimonial y la paternidad. Es como el que pretende alimentarse a base de postres y golosinas...; acaba estropeándose el estómago y contrayendo todo tipo de enfermedades.

Por lo demás, me encuentro más animado. Está claro que estos *embolaos* dialécticos me levantan la moral.

¡Ah! Se me olvidaba. Ayer fuimos a visitar a Ángela y Héctor a Cala d'Or, y cuando estábamos charlando con ellos tan ricamente nos llamó al móvil mi primo Arturo —el que vosotros aún no conocéis, porque vive en Canarias—. Les sorprendió mucho verme calvorota en la tele, así que llamaron para preguntar por mi salud. Les conté lo del tumor y que la cosa parece que va bien, y



me mandaron toda clase de ánimos y energías positivas para que me cure. También me comentaron que no se pierden ni un solo debate en los que aparezco dando leñe al mono, porque todos sus vecinos y amigos, en cuanto me ven en pantalla, le llaman corriendo: ¡Arturo, tu primo Javier está saliendo por la tele! Así que ya tengo mi club de *fans* en Lanzarote y todo. ¡Jaté!

Lunes 17

Hoy nos hemos ido otra vez a la Policlínica para hacerme las consabidas pruebas y averiguar cómo va reaccionando el maldito tumor.

Me han hecho una resonancia magnética abierta (veinte minutos quieto parao) y un TAC helicoidal de abdomen. Lo malo es que para esta última prueba me han hecho beber allí mismo un litro y medio de guarrería para que el intestino esté lleno y se vea en tecnicolor. Me ha sentado fatal y se me han quedado las tripas revueltas y una *colitis de elefante ahíto de ciruelas verdes*. Y, para postre, al salir hemos pedido que nos dijeran cómo iba la cosa, y después de un rato de paciente espera nos han informado de que el tumor permanece estable y no ha disminuido ni un ápice. Aunque, según el doctor, no es una mala noticia, porque esto significa que lo tenemos «controlado», a mí personalmente me ha sentado como un petardo en salva sea la parte.

Jueves 20

Estos últimos días los he pasado fatal por culpa del litro y medio de guarrería pestilente que me hicieron beber para el TAC de las narices. Eso de estar todo el día con colitis y no saber qué comer ni cómo sentarte, es un verdadero peñazo. Pero, en fin, ¡qué se le va a hacer!

Ayer por la tarde fuimos a la consulta de García Bueno. Con las placas delante, nos confirmó lo que ya sa-

bíamos: que esta vez el tumor no se ha encogido. Y aunque insistió en que eso no es malo porque, si está quieto sin crecer, significa que está inactivo y que lo tenemos controlado, la verdad es que me consuela muy poco, porque después de dos veces en que las pruebas confirmaban que iba disminuyendo, ya me había hecho ilusiones y pensaba que ahora tendría el tamaño de un garbanzo. Comprobar que ya no decrece es aceptar que la quimioterapia ha dejado de funcionar.

En resumen, que, después de seis sesiones, ya no es aconsejable insistir más por esta vía; así que la dejamos por ahora y a fin de mes retomaremos la radioterapia, a ver si esta vez hay suertecilla y no me pongo a vomitar hasta quedarme en los huesos.

Antes de irme, le he vuelto a preguntar por la posibilidad de que me operen para extirparme el tumor, ahora que ya no es tan grande. Pero el oncólogo sigue pensando que el riesgo es demasiado alto porque es casi seguro que, hoy por hoy, los cirujanos tendrían que cortarme varias vértebras y «rebanar a lo grande», con lo que me dejarían tullido para siempre y sin remedio y, por si fuera poco, esto no garantizaría en absoluto que se quedara alguna célula tumoral por ahí y que dentro de un par de años tuviera otro tumor igual de gordo en otro sitio. Con lo cual, por ahora, sigue descartada la cirugía.

Mientras tecleo al ordenador me da la sensación de que esto no me está pasando a mí, sino a un personaje de novela que me he inventado. Pero no, la triste realidad es que soy yo, precisamente yo, el protagonista del culebrón. Soy yo quien tiene cáncer y puede morir en unos meses. Es a mí a quien pueden dejar paralítico de la cintura para abajo para el resto de mis días. En fin, que, para seros sincero, me siento bastante hundido. Porque, por un lado, sigue sin importarme gran cosa eso de comenzar anticipadamente una vida eterna (que ya desde niño he

sabido que me está esperando), pero, por otro lado, viendo que el tumor estaba desapareciendo, me había ilusionado más de la cuenta y ya estaba dispuesto a reincorporarme al mundo laboral con todo entusiasmo. Y, ahora... va y todo vuelve a torcerse de nuevo. Peor aún, ahora nadie sabe nada, ni si me muero ni si me dejo de morir. Porque, según el oncólogo, las probabilidades de que salga de ésta son de un 60 por ciento, o sea, que tengo muchas más posibilidades de seguir vivo que de palmarla. Y eso debería ser un gran consuelo, pero no lo es. Porque lo que realmente me mortifica es la incertidumbre, el no saber a qué atenerme, el no poder hacer planes de futuro, ni tener siquiera la certeza de que podré empezar el curso... La verdad es que precisamente ahora que empezaba a cosechar un poco de éxito profesional publicando libros, dando conferencias y participando en debates televisivos de gran audiencia, lo que me está pasando me desconcierta muchísimo, me desanima y hace que me sienta fatal.

De todos modos, como vuestro padre es un testarudo redomado y no piensa tirar la toalla (al menos todavía), ha decidido seguir escribiendo, publicando y apuntándose a toda clase de *embolaos* que se le pongan a tiro, con o sin silla de ruedas. Pues, a fin de cuentas, las crisis están para superarlas.

De vez en cuando me pongo al ordenador para escribir esta especie de diario. Pensáis que me lo paso bien, ¿verdad? Pues no, no es así. La mayor parte de las veces no me apetece en absoluto ponerme a repasar qué leches me ha pasado en los últimos días (aparte de que cada cosa interesante que me pasa tengo que apuntarla en un calendario porque, si no, cuando me pongo a escribir ya no tengo ni idea del día exacto en que me pasó; y eso me cabrea *demasié*); pero como ya llevo un montón de horas invertidas en él, me da pena abandonarlo a estas al-

turas. ¿Se llegará a publicar esto algún día? ¿Merecerán la pena mis largos ratos tecleando con el estómago revuelto delante de la pantalla? ¿Tendrá algún interés para que alguien se tome la molestia de editarlo o siquiera de leerlo? No tengo ni la más remota idea. Quizá, si esto terminara con la muerte del protagonista, podría resultar interesante por lo trágico del guión. Un escritor que va contando día a día cómo se murió de cáncer, parece que tiene morbo, ¿no? Si de repente me curo, también puede tener gancho el contar lo mal que se pasa cuando de pronto te diagnostican cáncer y tienes que seguir viviendo durante meses sin saber si te mueres o no, aparte de que los finales felices siempre venden más. Pero si el tratamiento no es del todo eficaz, y esto se prolonga durante años y años (que es lo que me temo), no me siento capaz de seguir escribiendo todo lo que me van a hacer día a día hasta que llegue el desenlace final. Así que, la verdad, no sé qué futuro puede tener esta especie de narración *moribúndica*.

Martes 25

El domingo pasado nos fuimos con Alfredo, Begoña y su recién nacido Danielillo a pasar la tarde en Valldemosa. Con este sol mediterráneo, la profusión de flores en las ventanas y el verdor del paisaje que circunda el valle, está el pueblo espléndido. Lástima que haya tal mogollón de turistas pululando por todas sus calles, que no puedas dar dos pasos sin tropezar con un japonés o un alemán, con toda la parafernalia de cámaras de vídeo, fotos y accesorios varios que llevan a cuestas. Así que al final acabamos cenando pizzas en un restaurante de Palma, y para las doce, todo el mundo en casita.

El lunes a media mañana me llamaron otra vez de Tele 5, del programa de *Las tardes de Alicia* (se ve que les he caído en gracia), pero esta vez no sólo para participar

en un simple debate, sino que quieren organizar uno nada menos que en torno a mi humilde persona. Me explico.

Estando la semana pasada en los estudios de Tele 5, me vino uno de los periodistas del programa a dar conversación mientras yo comía y, hablando, hablando, le conté mi visión del matrimonio como compromiso de por vida, frente a lo que parece estilarse hoy en día. Porque cuando uno le dice a la otra, mirándole a los ojos, eso de *te quiero en las alegrías y en las penas hasta que la muerte nos separe*, está diciendo que quiere comprometer su vida con la de ella de un modo definitivo, por lo que lógicamente renuncia al divorcio (no a la separación, como mal menor, si la convivencia fuera absolutamente imposible). Sin embargo, cuando alguien acepta la posibilidad de romper el compromiso y casarse con otro si las cosas van mal, es decir, si acepta el divorcio, la fórmula de «compromiso» (si es que hay alguno) debería ser *te quiero en las alegrías y en las penas hasta que cambiemos de opinión*, lo cual, evidentemente, no es lo mismo. Así que yo propongo que a la hora de casarse (sea por lo civil o por la Iglesia) se distinga con claridad si los contrayentes renuncian a divorciarse o no (opción que ya es legal desde 1997 en el estado norteamericano de Louisiana, en el que hay un 40 por ciento de divorcios), porque en el primer caso se están casando de verdad, mientras que en el segundo simplemente han decidido convivir durante un tiempo (que podría ser toda la vida, aunque normalmente no lo será), reservándose la posibilidad de disolver su contrato cuando uno de los contrayentes —o los dos— lo estimen oportuno. En resumidas cuentas y para no alargarme, es la diferencia que hay entre vender y alquilar. Si, en nuestro caso, mamá o yo admitiéramos la posibilidad de divorciarnos si las cosas fueran mal, yo no habría puesto mi dinero a medias con ella, ni os habríamos tenido a los cuatro... ¡Ni

locos! Pero si ambos contamos con que el otro es una persona *de palabra*, capaz de comprometerse y cumplir sus compromisos, renunciando de antemano a salir por pies cuando la cosa se ponga fea (porque es seguro que, un día u otro, se pone); es decir, luchando por mantener nuestro amor no sólo en las alegrías, sino también «en las penas», la cosa cambia mucho. Entonces sí puedes poner toda la carne en el asador y meterte en empresas de envergadura.

Pues bien, parece que les impactó mi visión del asunto (que, por cierto, no tiene nada de original) y quieren hacer este debate, pero sólo si yo vengo. Así que ayer, cuando llamaron, les dije que sí, y hoy ya me han confirmado el vuelo para mañana.

Como todo se junta, esta mañana a las diez —cuando aún no había abierto un ojo— me ha despertado el móvil. Resulta que quieren hacerme una entrevista radiofónica sobre mi libro en *La Voz de Mallorca*. Pero tenía que ser para mañana miércoles (¡qué casualidad!). Como, además, mañana tenemos que acudir a la consulta del radiólogo para empezar el tratamiento, y luego irme a Madrid, hemos decidido grabarlo hoy mismo por teléfono para emitirlo mañana. Así que estoy ahora tecleando a toda pastilla para terminar con esto y buscar un buen sitio con cobertura (a ver si hay suerte y no se interrumpe la entrevista a medias, como la última vez), pues me han dicho que llamarán dentro de diez minutos.

Ya estoy de vuelta. La entrevista me la ha hecho Irene López —presentadora del programa *Voces de Mallorca*—, ha durado media hora y la emitirán mañana (justo mientras salgo por la tele... qué cosas). Espero que todo salga bien y no me dé un bajón de tensión a la vuelta.

Para no obsesionarme demasiado con estas cosas, me estoy construyendo un macetero de hormigón alre-

dedor de un almendro. Lo voy haciendo *poc a poc*, como dicen aquí, pero no me noto tan flojeras como hace unos días, así que ¡a por todas!

Jueves 27

Ya estoy otra vez en Mallorca. El debate ha sido co-ser y cantar.

Resulta que el martes pasado, cuando yo creía que ya teníamos todo atado y bien atado —y estaba prin-gado de cemento hasta las rodillas con lo del macete-ro—, me volvieron a llamar al móvil para decirme que habían cambiado de opinión y que nuestro debate no sería en directo sino que lo grabarían para emitirlo el jueves de la próxima semana, lo cual suponía que no tenía que estar en Madrid a las seis de la tarde sino a las nueve, y pasar noche allí. Como es lógico, me sentó como una patada en los higadillos, así que les pregun-té qué había dicho mi contertulio Agustín —el presi-dente de Acción Familiar en Mallorca, que también es-taba invitado—. Y al confesarme que no quería ir, les dije —más que nada por jorobarles un poco— que si él no iba, yo tampoco.

Quince llamadas cruzadas después, Agustín accedió a ir y pasar allí la noche, y yo con él. ¿Que por qué puse esta condición? Pues porque no me fío de los periodistas —y menos de los de la *tele*— y me temía que iban a co-locarme un par de memos a mi lado y, la verdad, para este tema tan delicado, en el que partimos con que al 80 por cien-to de la población le parece estupendo que se divorcie quien quiera, no estaba dispuesto a ir a batirme en soliti-ario, con un *meapilas* a un lado y una maruja al otro; así que exigí que viniera Agustín, y bien que me alegro, por-que coló.

Sea como fuere, ayer por la tarde cogí un vuelo para Madrid y, pese a que llegué cuatro horas antes de que

comenzara el debate (Agustín nueve), no nos dejaron ni ir a descansar al hotel. Cuando a las nueve y pico ya íbamos a empezar, comencé a sentir unos pinchazos horribles en el corazón (nervios no eran porque, después de veinte o treinta debates a las espaldas, no está uno para nervios. Así que sería asco de estar allí esperando). Me sentí muy mal al pensar que tenía que empezar un debate delante de un millón de telespectadores sin saber si iba a poder terminar las frases o me iba a dar un achuchón allí mismo. La cosa es que una de las tertulianas me dio un pequeño masaje poco antes de empezar, y conforme nos enzarzamos en la batalla dialéctica se me fue pasando el arrechucho y pude argumentar en cuerpo y alma, a Dios gracias.

Terminada la función, una de nuestras oponentes (tres veces divorciada) se acercó y nos dijo: «Si los hombres fueran como vosotros, yo también creería en el matrimonio para toda la vida, pero la realidad es que sois una excepción». Lo cual resultó un halago y una mentira, porque mejores que nosotros habrá por ahí *quichicientos mil*. Otra cosa es que ella no los sepa descubrir.

Poco después, la presentadora nos confesó que cuando empezó a salir con su pareja él no quería ni irse a vivir con ella. Meses después, accedió y empezaron a vivir juntos. Al cabo de un tiempo se casaron por lo civil, y hacía cosa de un par de años habían hablado del tema y se habían planteado lo suyo en serio:

—¿Lo nuestro es para siempre o no? Yo quiero comprometerme contigo definitivamente, sin marcha atrás. ¿Y tú?

Y como los dos estaban de acuerdo en que su pacto era definitivo, decidieron casarse por la Iglesia.

Con muy mala uva por mi parte, le pregunté:

—¿Pero tu marido es creyente?

—¡No, qué va! —me contestó—, pero en este país la única manera de casarte para toda la vida es hacerlo por la Iglesia.

Moraleja: ahora resulta que en un país pluralista y tolerante como el nuestro se discrimina a los ateos, porque o se casan por la Iglesia —en la que no creen— o no pueden casarse de verdad.

Capítulo 7

Termina la *quimio*
y empieza la *radio*

Que no decaiga la fiesta

Los hombres superficiales tratan de llenar su tiempo; los sensatos, lo utilizan.

SCHOPENHAUER

Septiembre Martes 1

El domingo pasado dimos por terminado el verano en el campo y nos volvimos al farrago de la urbe. Empezamos a cargar en la furgoneta las *cuatro cosillas* que habíamos llevado para estos dos meses, y por poco nos quedamos nosotros fuera.

Ayer, a medio reinstalarnos, volví con mamá a SEROSA para ver si comenzamos ya con la radioterapia. Pero el radiólogo decidió posponer las sesiones hasta la próxima semana, ya que estoy bajo mínimos en cuanto a *glóbulos blancos*.

Hablando distendidamente con el doctor Panadés (me inspira mucha confianza eso de que además de oncólogo sea canceroso), volvió a confirmarnos que en realidad no se sabe si el tumor está *necrosado* o simplemente *agazapado*, esperando el mejor momento para saltarme a la yugular. Y parece que no hay modo de saberlo (mucho rigor científico y mucha *mandanga* para humillarnos a los de filosofía, pero a la hora de la verdad la ciencia del siglo XXI aún no sabe distinguir un tumor muerto de uno vivo). Así que lo más prudente es que, en cuanto me lo permita el cuerpo, le demos una buena patada en el culo a base de radioterapia (como cuando, en las películas, un vaquero le pega siete tiros al otro y luego se le acerca y le patea los sesos, por si acaso...).

Poco antes de dar por finalizada la visita, me dijo algo que me llegó al alma:

—El próximo lunes te vienes por la tarde, un poco antes de la consulta, y que te hagan un análisis de sangre para ver cómo estás.

—¡Ah! ¿Pero puedo hacerme el análisis por la tarde, sin tener que madrugar y venirme hasta aquí a primera hora de la mañana para tener que volver a la consulta otra vez por la tarde?

—¡Pues claro, hombre! ¡El laboratorio de la Policlínica funciona durante todo el día!

—Y supongo que tampoco es necesario que venga en ayunas...

—¡No, qué va! Ven como te dé la gana. Para lo que queremos saber no importa si has comido o no.

Moraleja: hasta el día de hoy, vuestro padre —que, para ser catedrático, no demuestra gran brillantez— ha estado haciendo reiteradamente el gilipollas, yendo y viniendo innecesariamente de casa al hospital, como un imbécil. Menos mal que he topado con un médico que, además de la curación del paciente, le preocupa no complicarle la vida. *¡Más vale tarde que nunca!* (dijo el condenado a muerte, cuando recibió por fax el título de Bachillerato).

Jueves 3

Anoche llamó Xisco, mi compañero de departamento, para preguntarme qué tal va todo. Ya de paso, le dije que este curso no podré empezarlo, pero que, si todo va bien, cuenten conmigo para Navidad. Espero que no haya pecado de ingenuo, porque me comentó que, si es así, lo lógico es que le den a él la jefatura de departamento. Como no me lo esperaba, le contesté que bueno, pero en cuanto colgué el teléfono me invadió una desagradable sensación de tristeza e impotencia, ya que no me parece justo que *el sistema* me penalice por estar enfermo (aunque ya se sabe que *del árbol caído todo el mundo hace*

leña). Pues, si voy a dar previsiblemente siete meses de curso, aunque me incorpore dos meses tarde, lo lógico sería que le dieran a él la jefatura de departamento sólo de un modo provisional. Así que, como no es mi estilo retirarme de la batalla sin luchar, pienso llamar a la Inspección para ver cuáles son mis derechos, siendo yo el único catedrático del departamento.

Lunes 7

Esta última semana, sin *quimio* ni *radio* ni porquería alguna circulando por mis venas, me ha sentado genial. Debe haberme subido la *bilirrubina* y todo, porque hasta me he atrevido a coger otra vez mi libro de filosofía y en un par de sesiones lo he replanteado y he redactado un nuevo capítulo sobre Heráclito y Parménides, que ha quedado pero que muy coquetón.

El fin de semana nos fuimos al campo a disfrutar de la compañía de unos cuantos amigos que vinieron a visitarnos. Antes de que llegaran, y pese al bochorno que hacía, estuve un par de horas paleando tierra para rellenar el macetero de cemento que le hice al almendro, y la verdad es que, aunque me cansé un poco, no me quedé exhausto, como era lo habitual. Se ve que voy recuperando las fuerzas. Así que, cuando empiecen las lluvias, a ver si planto algún geranio para rematar la faena.

De vuelta a casa le secuestramos impunemente tres pollitos recién nacidos a una gallina, porque vimos a un gato que ya le había quitado uno y se lo estaba tragando, el muy felino. La idea es tenerlos en la UCI un par de semanas, y cuando estén más gorditos meterlos en la jaula con las codornices. Todo es cuestión de hacer cálculos de probabilidades para que nadie se dedique a desplumar con saña a su prójimo, cuando lo ve asustado y desvalido. (Si hay gente que dice que el ser humano es tan cruel, debe de ser porque no han visto a una gallina pi-

cotear a otra hasta desollarla viva por el único crimen de ser más pequeña y haberse quedado enganchada en la alambrada.) Y es que cuando olvidamos la cultura y dejamos que la naturaleza se desate, el pez grande se come al chico y no hay vuelta de hoja (y vosotros no pongáis esa cara, que si os hubiéramos dejado, os habríais mendado a Carlitos).

Esta tarde hemos vuelto a SEROSA a la consulta del radiólogo. Veinte minutos antes me han sacado sangre y me han dado en mano los resultados del análisis (tan ricamente y sin madrugar). Cuando nos ha tocado el turno, os hemos dejado a los cuatro leyendo en la sala de espera (para impresionar a la concurrencia), y el doctor Panadés, nada más ver los análisis, nos ha dicho que era extraño pero que, aunque tenía más *neutrinos* que la última vez, apenas me habían crecido los *glóbulos rojos*, así que tendríamos que posponer de nuevo la radioterapia e incluso ponerme unas inyecciones de no se qué guarrería.

Sin cuestionar en absoluto su diagnóstico (entre otras cosas, porque no sé qué leches significan las abreviaturas y numeritos que aparecen en los análisis), le he pedido que me señalara las casillas que tengo bajo mínimos (para luego dejar constancia en mi diario), y entonces, ¡oh sorpresa!, lo ha mirado mejor y ha descubierto que estaba confundiendo una casilla con otra y que, en realidad, ya estoy suficientemente recuperado en cuanto a *globulemia* para empezar hoy mismo con la radioterapia... ¡Qué cosas!

A continuación me ha pasado a la sala donde trabajaban afanosamente los radiólogos, y uno de ellos me ha dado una bata verde lechuga para ponérmela en una cabina. Me he quitado toda la ropa menos las sandalias y los calzoncillos (ya que esta vez no me han dado pantuflas) y, con la bata bien amarrada, he salido de la cabina. La doctora Guerrero —tan excesivamente amable

como siempre— me ha acompañado al «búnker» y me ha mandado tumbar en la camilla metálica. Cuando ya me estaba tumbando, me ha dicho que me quitara la bata, lo cual me ha sorprendido mucho porque, las otras veces, cuando me ponían radioterapia sólo tenía que reman-gármela un poco hacia arriba. Pero sin replicar, todo obediente, me he quedado en *gayumbos*, mientras que, para disimular mi azoramiento, le he preguntado si me quitaba también las sandalias. Efectivamente, había que quitárselas.

Una vez tumbado y tiritando de frío en esa sala que parece la cámara frigorífica de una pescadería, me ha tapado el pecho con la bata verde y el otro radiólogo me ha puesto, pudorosamente, una toalla en las rodillas. Entonces aparece el doctor Panadés, me vuelve a pintar los puntitos tatuados en la piel, reajusta con más precisión mi posición para que la radiación actúe sólo en el tumor y no me queme los higadillos y, ya de paso, me baja un poco los calzoncillos para que no obstaculicen los rayos. No es que me importe mucho, pero me siento un poco ridículo con el pecho y las piernas bien tapadas y un *güebo* a la intemperie. Pero como al parecer aún no estoy en el grado óptimo de colocación *chachi*, vuelve la doctora y me hace una nueva rebaja de calzoncillos. Ahora ya calculo que estoy luciendo *güebo* y medio y, además, como con la *quimio* se me han caído todos los pelos del cuerpo, excepto las cejas, se me ven peladicos como los de un niño de diez años. Pero, en fin, todo sea por la curación.

Huyen, al fin, al grito de: «¡Quédese quieto y no se mueva!». Suena allá lejos el ding-dong de la puerta blindada de submarino atómico, indicando que me he quedado más solo que la una. La alarma que hay en la pared se pone rojo cereza de tanto aullar. Y el menda lerenda, *quasi* en porretas, aguanta estoicamente *a pelo* —es un de-

cir—, mientras los rayos de Zeus le rozan los mondongos *in oblicuo*.

Segundos después, cuando la luz se vuelve a apagar, aparece la cuadrilla por el burladero, cambian la posición del trasto y se van todos corriendo para freírme esta vez desde abajo (me siento como san Lorenzo en la parrilla: ¡*Denme ya la vuelta, si son tan amables, que por este lado ya estoy muy hecho!*). Se calla la sirena. Suena de nuevo el ding-dong. Aparece un radiólogo y, cuando ya me voy a levantar, me dice que aún no hemos terminado, porque me van a dar otros pocos *rayetes* de izquierda a derecha y a la recíproca (muy completo el tratamiento. Me imagino que el tumor estará cagándose en sus muelas). Y, ya de paso, me cuenta que cada chorro de rayos dura unos veintinueve segundos aproximadamente. Por supuesto que no me fío —menudo soy yo—, así que los dos siguientes toques de alarma cuento mentalmente los segundos y me salen veinte como mucho. Es decir, que, contando al trotecillo cochinerero, ¡un 30 por ciento menos! ¡Vaya precisión suiza! De todos modos, yo tranquilo, a fin de cuentas sólo soy de letras.

Cambiando de tema. Ayer domingo telefoneé a Camilo, el jefe de estudios, para informarle sobre mi estado de salud y mi próxima reincorporación al trabajo, y suplicarle que cuando confeccione los horarios tenga en cuenta que si mi sustituto va a dar un par de meses de clase, yo voy a dar el resto del curso. Le conté lo que me dijo Xisco y le pregunté que qué es lo legal, si mantenerme en la jefatura de departamento o no. Me dijo que no lo sabía, pero que hoy se lo preguntaría a la directora.

Como no confío en que alguien luche demasiado por los derechos de mi humilde persona, acabo de llamar al inspector, y me ha dicho que, cuando ya tengo casi fecha de reincorporación al trabajo, lo normal es que no me

quiten la jefatura del departamento o que nombren a mi compañero tan sólo de un modo provisional hasta que yo vuelva. Menos mal que esta vez la Ley sopla a favor; ya veremos si me sirve de algo.

Jueves 10

He vuelto a llamar a Camilo para preguntarle por mi estatus, y me ha dicho que para elaborar el horario me tendrá en cuenta, pero que, por decisión de la directora, el jefe de departamento de filosofía este año será Xisco y no yo. Le he contado mi conversación con el inspector, recordándole que sólo yo tengo condición de catedrático, y me ha contestado que quien manda, manda y que ya hablaría otra vez con Elisa por si cambiaba de opinión.

La verdad es que esta zancadilla tan trapera me está dejando peor sabor de boca que la quimioterapia. Porque no espero que me premien por estar enfermo, ¡faltaría más! —estas cosas pasan y hay que aguantarse—, pero que encima me castiguen, de modo que cuando me reincorpore al trabajo esté en peores condiciones laborales que cuando lo dejé, la verdad es que me parece, cuando menos, injusto (y cuando más, me está hinchando las narices).

Jueves 17

Después de las cinco sesiones de *radio* que me tragué la semana pasada, y de las cuatro que llevo ésta, puedo afirmar y afirmo que no me encuentro nada mal. Lo único malo es el cansancio general, al que ya me he ido acostumbrando en estos últimos meses, y el sueño tiránico que me obliga a dormir unas doce horas diarias (y no me quedo más horas retozando en la cama, no por falta de sueño, sino porque me da vergüenza que me veáis aún durmiendo cuando volvéis del *cole*).

Esta mañana me han llamado varias personas de Espasa Calpe para informarme sobre cómo va lo de la enciclopedia *Quórum* y convocarme a una reunión en Madrid. La cosa es que hace unos días me llegó a casa uno de los CD que han cambiado porque no *furrulaba* bien, así que dejé por enésima vez mi libro y me dediqué a jugar con los CD para descubrir las ventajas pedagógicas que tiene esta enciclopedia multimedia e interactiva respecto de las clásicas. Y lo cierto es que no me ha resultado muy difícil, porque es genial eso de tener los artículos, dibujos y fotos dentro del ordenador y poder seleccionar lo que te interesa, exportarlo a un procesador de textos, organizar texto y fotos a tu gusto e imprimirlo todo tan ricamente. ¡Qué envidia me dais, puñeteros! Yo que tuve que hacer todo el Bachillerato a base de libro y codos... Realmente, para un escolar con ganas de aprender, esta enciclopedia puede resultar utilísima y, además, divertida. ¡Qué más se puede pedir! (lástima que, como las nuevas generaciones ya nacen cansadas, seguro que, aun y todo, se aburren). Lo malo es que la nueva versión del CD sigue siendo muy inestable y me bloquea el ordenador cada dos por tres. Lo he comentado con los técnicos de Espasa y me han dicho que es un problema de la traducción del italiano, pero que lo solventarán rápidamente.

Después de hablar largo y tendido con varias personas que se han puesto al aparato, a Patricia —la que corta el bacalao— le ha parecido conveniente vernos en persona para comentar mis puntos de vista con todos a la vez (ellos son muy buenos editores, pero no dan clase a adolescentes, y eso parece fundamental para promocionar este producto editorial), así que hemos quedado en que el martes —si no me da la vomitona— iré a Madrid para contrastar mis opiniones con todo el equipo y lanzarla al mercado cuanto antes. De paso me han comentado que quieren sacar una sexta edición de diez mil ejemplares

de mi libro *¿Sabes estudiar?* para regalárselos a quienes soliciten información personal sobre *Quórum*. Me parece muy bien, pero no me convence nada que me quieran pagar por toda la edición cincuenta mil pesetas, cuando en una edición normal de esa tirada me corresponderían veinte veces más. Creo que el «regalo» debería correr a cargo del bolsillo de Espasa, no del mío. Pero ellos no lo tienen tan claro. ¡En fin!, ya veremos en qué queda todo.

Con tanta conferencia telefónica se me ha pasado la hora de la radioterapia y para llegar a tiempo he ido hasta SEROSA conduciendo a toda pastilla. Estaría bueno que me matara de accidente de tráfico ahora que lo del cáncer va viento en popa.

Esta tarde me han traído la revista en la que suelo publicar mi artículo mensual. Como ya empieza el curso, esta vez se lo he dedicado a mis colegas (¡qué pobres!).

DEDICADO A...

LOS MAESTROS QUE VUELVEN DE VACACIONES

Superados los infernales calores de agosto, miles y miles de alumnos de todos los niveles vuelven alegremente —es un decir— a coger los libros para enfrentarse a los terribles exámenes de septiembre. Y a todos se nos escapa de la boca el terrible lamento: ¡pobrecillos!, tiernos e inocentes corderillos entregados a las afiladas zarpas de lobos feroces. Con el sueldo que tienen estos maestros y las vacaciones que se pegan, ¿por qué no dan aprobado general? ¿Tanto les cuesta alegrar la vida a unos pobres alumnos que lo único que han hecho en todo el curso es nada?

Y digo yo, ¿quiénes son más dignos de lástima, los tiernos corderillos que pasan de todo menos de curso o sus crueles verdugos empeñados en que alcancen un mínimo de cultura que les permita ser algo en la vida?

En este momento todos mis lectores estarán pensando: ¡claro, como tú eres profesor, defiendes a los de tu gremio, pero deberías saber que hay mucho borde por ahí suelto que parece que disfruta amargándoles las vacaciones a nuestros pobres hijos! Y estos tales lectores tienen toda la razón; y yo se la doy con sumo gusto, porque, aunque llevo diecisiete años como maestro, más años aún fui alumno, y es tan cierto que el que suscribe se dedica a la enseñanza (y precisamente por eso está perfectamente al tanto de lo que sufren los profesores cuando terminan sus vacaciones) como que no todos los colegas del gremio se merecen el calificativo de *educadores* (menos aún el de *justos*). Pero a lo que voy en esta ocasión es a recordar que si la vida del maestro en tiempo ordinario es bastante más dura de lo que la sociedad le reconoce, cuando le quedan cinco o seis días para terminar las vacaciones es un verdadero tormento.

Todo el mundo debería ser maestro aunque sólo fuera un par de años (como experiencia inolvidable). Imagínese usted, por un momento, estar encerrado horas y horas entre cuatro paredes con sus hijos (esos que nunca le hacen ni puñetero caso a lo que les dice cientos de veces y que, aunque tienen el cuarto hecho unos zorros, se pasan las horas muertas repantigados y comiendo pipas ante la tele), sus amigos (esos de las greñas, los harapos, la espiral del cuaderno en la oreja y el tatuaje de tarántula en el *güebo* izquierdo, tan largos de estatura como cortos de sesera, que telefonan a los suyos cada tarde y se los llevan por ahí a beber litronas) y así hasta treinta y pico criaturillas de todos los pelajes, amontonados entre cuatro paredes y con un pestazo a sudor que tira de espaldas (no debido precisamente a su esfuerzo mental, sino a que nunca se cambian de ropa después de la clase de educación física). Con esa fauna tiene que bregar el maestro día a día sin contentarse con que cumplan las normas, vivan y dejen vivir (que no es poco), sino insistiendo por activa y por pasiva, por hache

y por be, por las buenas y por las malas, en que si no siembras hoy no cosecharás mañana.

Pues bien. Llegan por fin las ansiadas vacaciones de verano, y el maestro que no está de baja por depresión, garganta destrozada o úlcera en el duodeno, sale del centro donde se gana los garbanzos dándose literalmente con los pies en el culo. Pues no les quepa a ustedes la menor duda: si los pocos alumnos que han aprobado todo el curso están contentísimos, los maestros exultan de auténtico júbilo. Y ¿por qué? Por la perspectiva de no verlos durante dos largos meses.

Pero ¿quién dijo largos?

Los meses de julio y agosto son —y que se atreva algún maestro a contradecirme— los más cortos del año. Y además con diferencia. Porque quien mide el paso del tiempo no es el reloj, sino el corazón. Y los corazones de maestros y profesores palpitan en verano a doble velocidad cada vez que piensan (y cada día lo piensan más de dos veces) que septiembre —como Hacienda— está cada vez más cerca.

Después de la agonía inenarrable que experimenta el maestro a lo largo de los últimos quince días de agosto, llega al fin el día «H» y la hora «WC», y resignadamente, tal que el condenado camina hacia la silla eléctrica, coge sus bártulos y se va al cole, sabiendo a ciencia cierta que no va al encuentro de lo mejorcito del alumnado, sino que allí le espera, precisamente, la crema y la nata de la burricultura.

¿Creen ustedes que ésta es manera de despedirse de las vacaciones y retornar al trabajo? Yo les aseguro que no. Que el primer encontronazo del maestro con sus pasotas alumnos, expertos cultivadores de calabazas, supone un trauma psicológico capaz de desestabilizarlo mental y afectivamente hasta Navidad, por lo menos.

Yo también fui alumno. Yo también dejaba cada año una o dos para septiembre. Yo también sufría dándole la lec-

ción a mi madre cada día para que me dejara ir a la playa o a la piscina. Pero puedo asegurar, y aseguro, que en aquellos años de mi inconsciente juventud nunca sufrí tanto al acercarse septiembre como ahora que soy profesor.

Teniendo en cuenta que este año va a ser el único de mi vida en que continúo tan ricamente haciendo el vago aunque se acabe el verano, si me quejo es sólo por solidaridad (y para cabrear a algún que otro padre que nos odia a muerte porque a él sólo le dan un mes de vacaciones).

Martes 22

El fin de semana lo pasamos en el campo, como siempre. En cuanto llegamos, descubrí que se me habían escapado los dos pavitos reales, así que cuando los encontré en el corral de uno de los vecinos decidí reestructurar el nuestro para que no vuelva a pasar. La tarde del sábado y la mañana del domingo me las pasé cambiando las telas metálicas para que las gallinas no puedan escaparse y las ocas entren y salgan sólo al estanque y no guarreen el agua de las gallinas.

Cuando llevo mes y medio desde la última vez que me pusieron quimioterapia, me siento estupendamente y hasta me ha empezado a crecer el pelo por todo el cuerpo. Es una sensación muy extraña, porque me había quedado totalmente peladico. Así que ayer pasé por la peluquería para que me igualaran un poco la cocorota, sobre todo por detrás, que es por donde más largo me ha crecido. Durante todo el verano me he venido afeitando una vez a la semana, sin problemas, pero ahora, en cuanto dejo dos días sin afeitarme, parezco la ficha policial de un terrorista.

Esta mañana madrugué, me vestí de ejecutivo, tomé el avión y me planté en *el Foro de los Madriles* a las diez

y media. Como llovía que se mataba, cogí un taxi y me reuní con los de Espasa para contarles mi opinión sobre *Quórum* y preparar la rueda de prensa que quieren dar el mes que viene. Después de presentarme a todos los editores que están trabajando en la enciclopedia, les conté mis sugerencias para mejorarla en posteriores ediciones e incluso para lanzar una totalmente revolucionaria, de cara al tercer milenio: un sistema informático que permita la educación realmente a distancia, con profesores por Internet, etc. A lo grande. Y, aunque me escucharon atentamente y me dieron la razón en todo lo que fueron alabanzas a *Quórum*, dudo mucho que me hayan hecho *pugnetero* caso en mis anticipaciones futuristas. Pero, en fin, ellos se lo pierden.

Al terminar la sesión de trabajo, me invitaron a comer a un mesón típico, y por la tarde me he vuelto a Mallorca, un poco cansado pero muy animado por haber roto la rutina con todos los gastos pagados.

Para aprovechar el día a tope, en cuanto he aterrizado he pasado por SEROSA, por si colaba; y ha habido suerte, porque, aunque ya iban a cerrar, se han compadecido de mí y me han puesto la dosis diaria de radioterapia.

En resumen, que ha sido un día de ejecutivo de alto *standing*. Para que luego digan que los cancerosos no servimos para nada.

Jueves 24

He empezado a tener una *colitis* extraña, como mucosas intestinales de un color amarillento que después de cada deposición —pese a que me aclaro con mucha agua y mucho cuidado— me dejan el culo escocido. Recuerdo que la semana pasada tuve un par de veces diarrea, pero se me pasó en seguida. Pero me temo que ahora he entrado en la fase terminal (digo terminal, porque no termino nunca de salir del váter).

Por si fuera poco, una persona a la que quiero mucho me dice que ha empezado los trámites para divorciarse. Me resulta tristísimo, pero no veo cómo puedo ayudarla. Lo cierto es que me siento un ser privilegiado con la familia que tengo, mi mujer y mis hijos; y prefiero mil veces un tumor en el cuerpo a tenerlo en mis relaciones familiares.

Viernes 25

Con lo bien que iba hasta ahora, ya se ha fastidiado otra vez la cosa. He pasado una noche horrorosa, visitando el baño cada dos por tres, con dolores intestinales intensos y una *colitis que te cagas* (literalmente hablando); así que, cuando he ido a SEROSA a ponerme la radioterapia del día, me he acercado al despacho de la doctora Guerrero y me ha dicho que tome Fortasec de un modo continuado, es decir, cada seis horas durante todo el fin de semana, y si el lunes sigo mal, aplazaremos una semana las cuatro sesiones de *radio* que me faltan.

¡Cuatro miserables sesiones de nada! La verdad es que me ha deprimido un montón, porque, con lo animado que estaba desde que dimos por terminado el verano, metido a tope en mis nuevos proyectos editoriales, es una pena que todo se venga abajo y no pueda reincorporarme a mis clases como estaba previsto. Pero me temo lo peor, porque con el mal cuerpo que se me está poniendo y la debilidad que me ha dejado la colitis continua (mis heces son ya puro líquido), dudo mucho que pueda aguantar esta última semana de radioterapia.

Cambiando de tema, a ver si me animo. Me ha llamado Constanza —mi editora preferida— para preguntarme por *Filos*. Al parecer, se acaba de leer uno de los capítulos que le mandé hace siete meses, cuando aún estaba ingresado, y le ha gustado mucho; y cuando le he conta-

do el nuevo enfoque que le estoy dando, le ha gustado aún más. Así que me ha pedido que le mande todo lo que tenga ya escrito para ver si formalizamos un contrato con vistas a publicarlo en el noventa y nueve. ¡Todo un notición, para contrarrestar lo de la colitis!

Por si esto fuera poco, además le he contado que estoy escribiendo mis memorias cancerígenas, y que si al final me curo, puede ser un libro muy útil para quien tenga que pasar por todo lo que estoy pasando, y además esperanzador, ya que a cualquiera que le toque la china, ver que muchos superan la enfermedad puede constituir un excelente motivo para tomárselo con optimismo; mientras que si al final la espicho, tendrá un morbo brutal para convertirlas en un *best seller* mundial: *filósofo internacionalmente conocido en su barrio, cuenta en primera persona cómo el cáncer se lo lleva por delante antes de cumplir los cuarenta*. Suena de lo más peliculero, ¿no?

Me ha dado a entender que parece interesante y que siga trabajando, porque también es posible que me las publiquen. Y, para terminar, me ha dicho que de mi último libro ya se han vendido en cuatro meses 3.500 ejemplares —más de la mitad de la primera edición—, de modo que si no se enfrían las ventas, para Navidad tendrán que reeditarlo. Y es que soy un fenómeno literario, ¿para qué ocultar algo tan absolutamente evidente? (espero pasar a la historia como el escritor que alcanzó la celebridad sentado en la taza del váter).

Como ya se me acaba el plazo, no he tenido más remedio que ponerme a escribir mi artículo mensual para la revista de octubre; y teniendo en cuenta que el último lo dediqué a los pobres maestros que terminan sus vacaciones, esta vez se lo he dedicado a los padres, para que no se mosqueen.

Martes 29

El fin de semana estuvimos en el campo, como siempre. Vinieron Pedro e Isabel y sus dos hijitos. Al más pequeño le caí tan simpático que no me lo pude despegar en toda la tarde (debe de ser que, como ya voy teniendo pelo, no asusto tanto). Nos pusimos los cuatro a la faena, rodeados de seis niños pululando por ahí, y en veinte minutos vendimiamos las cuatrocientas cepas, recogiendo un total de seis cubos de uva que, pisoteados y *culeados* convenientemente por todo el personal infantil, dieron un total de dos cubos de mosto. Para lo que hemos cuidado la viña este año... ¡todo un cosechón! Ya sólo falta que se avinagre.

En cuanto a lo de la colitis galopante, dos días tomando Fortasec cada seis horas —como me aconsejó la radióloga— y desapareció. Así que ayer lunes cuando volví a SEROSA a la consulta del doctor Panadés, le conté mis penas y me dijo que siguiera con las sesiones de radioterapia, a ver si podemos terminarlas, y que tomara mucho líquido y comiera pasta, jamón y, en realidad, lo que me apeteciera, porque la causa de la colitis no es la comida sino la radioterapia, que, por la posición que tiene el tumor, me está quemando toda la flora intestinal. Para mí, que me está quemando la flora y hasta la fauna, pero ¿qué le vamos a hacer? A aguantarse tocan. Sin embargo, ayer tarde empezó de nuevo el dolor intestinal y me he pasado la noche entera yendo y viniendo de la cama al váter y otra vez a empezar, de modo que he estado a punto de no ir hoy a SEROSA, pero, al final, me parecía tan lamentable no aguantar hasta el jueves, que he decidido arriesgarme y ya sólo me quedan dos días de calvario. ¡Dos días!

Esta mañana ha venido a vernos Alfredo, y apenas nos habíamos sentado en el sofá, cuando me han llamado de TELEMADRID para invitarme a un debate el viernes.

Es un rollo patatero, porque ese día me había comprometido a dar una conferencia a personas que están dispuestas a ser monitores en el proyecto El Reto de la Libertad, organizado por Acción Familiar para prevenir la drogadicción juvenil. Pero al final, después de un largo tira y afloja van a intentar conseguirme un billete de avión a las siete, para que pueda dar mi conferencia de cinco a seis, ya que el debate empieza a las nueve y media. El tema: *¿Tienen los padres derecho a controlar la vida de sus hijos?* ¡Pues claro que no! ¡Faltaría más! Lo que deben hacer es educarlos bien mientras son niños para que ellos *mismicos* se controlen cuando sean adolescentes y no vuelvan a casa *mamados* a las cuatro de la madrugada cuando sean jóvenes, ni le peguen la paliza a su mujer cuando sean adultos.

—¿La culpa de que haya chicos y chicas asilvestrados la tienen sus padres? —me pregunta una de las periodistas de Todo depende, que es el desafortunado título del programa.

—Pues no —le respondo—; los padres tenemos mucha culpa, pero también la tienen los profesores, los amigos, los padres de los amigos, los medios de comunicación que relativizáis todos los valores diciendo que «todo depende», etc. Precisamente por eso tenemos que aprovechar los años de la infancia para educar (no mangonear) a nuestros hijos a marchas forzadas, si queremos que de mayores no sean unos «gilimemos». Esa es nuestra mejor baza, porque cuando son pequeños influimos en ellos más que nadie.

—Y los padres que no han educado bien a sus hijos, ¿qué pueden hacer ahora? —insiste ella.

—Pues el que ya no tenga hijos, sino okupas, saqueándole el frigorífico y la cartera a diestro y siniestro, que se aguante o los lleve al psiquiatra a ver si hay suerte. Es como si me pregunta un agricultor que cómo puede en-

derezar los árboles que ha dejado crecer torcidos durante quince años... ¡Pues, majete, o los cortas o los dejas y te pones a rezar, pero ahora ya es un poco tarde para reeducarlos!

Cuando me dejan colgar el teléfono, Alfredo ya se ha ido, cansado de esperarme, y mamá está contentísima viendo cómo se me va la esencia *por la pata p'abajo* y yo sigo a lo mío, comprometiéndome irresponsablemente con conferencias y debates, como si el cáncer lo tuviera ella. Pero es que, precisamente como ella no lo tiene, por más que le digo no puede imaginarse cómo te animan estas cosas, aunque sólo sea por hacerte olvidar la cagatera y el escozor anal que me sigue mortificando a todas horas.

Hijos míos, si algún día os pasa algo parecido —Dios no lo quiera—, tened en cuenta que el optimismo mental puede neutralizar e incluso superar con creces las miserias del cuerpo. Así que inventaos lo que sea con tal de tener la mente y el corazón ocupados —ocupadísimos, diría yo—. Es la única manera de que las molestias corporales no cobren protagonismo y os amargen la existencia.

De todos modos, tratad a los que os ayudan y sufren por vosotros con más sutileza que yo. Pues vaya paciencia que tiene conmigo vuestra madre...

Capítulo 8

Convalecencia
diarreica

Cómo escribir y polemizar con el culo escocido

El alma tiene ilusiones, como el pájaro alas.
Eso es lo que la sostiene.

VICTOR HUGO

Octubre Domingo 4

Esta mañana he vuelto, ¡por fin!, de Madrid. Y digo *por fin* porque con la colitis galopante que arrastro últimamente, creí que no llegaba (o, más bien, que aterrizaba en el aeropuerto de Palma con los pantalones pringados de eso que huele tan mal...). Calculo que desde que cogí el AVE en Ciudad Real, hasta que he llegado a Mallorca, habré visitado diez WC distintos, estudiando en cada ocasión el momento más apropiado para no perder el tren, el taxi o el avión y poder hacer las colas oportunas, billete en mano, sin tener que recurrir al orinal portátil. ¡Toda una proeza de experto colitoso!

Y es que, aunque ya han pasado diez días desde la última sesión de radioterapia, y me he tomando disciplinadamente las pastillas de Fortasec para cortar la descomposición intestinal, la cosa se está poniendo cada vez más fea, añadiéndose a las molestias un escozor en el ano de esos *que no se pue aguantá*. Y no me extraña lo más mínimo porque parece que mis deposiciones son puro ácido, y por más crema Synalar rectal que me pongo, no hay culo que aguante.

Cambiando de tema —que no de mal olor—; el viernes a las diez menos cuarto de la noche comenzó mi participación en el debate estreno *Todo depende* de TELE-MADRID. Llegué al plató quince minutos tarde, aunque

no fue ningún problema, ya que estuvimos nada menos que cuatro horas y media (¡hasta las dos de la madrugada! La una en Canarias) discutiendo en directo sobre si *tienen los padres derecho a controlar la vida de sus hijos* —sin especificar qué se entiende por «controlar» ni qué edad tienen esos hijos—. Y ¿por qué no llegué puntual al debate? Pues porque esa misma tarde impartí en Palma la conferencia que tenía comprometida. En cuanto terminé a las seis, salí a toda pastilla hacia el aeropuerto, recorrí los mil y un kilómetros que separan el *parking* de la oficina de Spanair, negocié la posibilidad de volverme el sábado por la noche (imposible) o el domingo por la mañana (sólo si volvía con Iberia y pagaba un suplemento de mi bolsillo), pagué y cuando llegué, billete en mano, a sacar la tarjeta de embarque, me informaron amablemente de que mi vuelo ya estaba cerrado... Menos mal que en vez de *¡cagiën tos tus muertos!*, dije muy modosito: «¿Y no hay ninguna posibilidad de abrirlo?», y resulta que sí había, y me colaron, y subí al avión con el corazón palpitante y el intestino revoloteante. Y, después de cincuenta y cinco minutos de vuelo, un café, un gazpacho y una canastilla de mimbres llena de embutidos típicos de no sé dónde —que ni me atreví a probar—, llegué a Madrid, y el taxista me informó de que TELEMADRID está en la recién estrenada Ciudad de la Imagen, sita allá donde da la vuelta el aire. Por eso, no es de extrañar que cuando logré pisar el plató estuvieran ya en los prolegómenos.

Y si dije al principio del párrafo que *aunque cambio de tema no de mal olor*, es porque desde el principio del debate noté un cierto tufillo por parte de Jordi González —el flamante presentador del evento— que se empeñó por activa y por pasiva en darle leña al mono. Y en esta ocasión el mono éramos los de mi lado. A mí, aparte de interrumpirme ochenta veces, me llamó «demagogo» y todo, así como suena (la primera vez en los treinta debates

que llevo que me insulta hasta el moderador...). Pero no sólo a mí —que sus insultos *me la refanfinflan*—; tanto le hinchó las narices a uno de mis compañeros de banco que se levantó allí mismo y le faltó un tris para abandonar el plató. Y eso que éste era el debate «estreno», que si llega a ser el diecinueve... nos pega a todos con un calcetín *sudao*.

Y digo yo: ¿Para qué le pagan a este señor (que es el único que cobraba allí, y bastante bien, por cierto)? ¿Para que modere el debate con objetividad o para que tome partido y aproveche que tiene la sartén por el mango para darnos sartenazos a los que no coincidimos con sus planteamientos?

Terminado este debate tan *chungo*, uno de los organizadores del programa se me acercó avergonzado para pedirme disculpas, diciendo que las altas jerarquías les habían impuesto ese presentador impresentable, y que sentía muchísimo el espectáculo tan deplorable que había dado. Pero la cosa ya estaba hecha, y supongo que los madrileños perfectamente al tanto de cómo cortan algunos el bacalao.

Lo poco que quedaba de noche lo pasé en un hotel, justo enfrente del enorme edificio acristalado de TELE-MADRID. Como estoy harto de no dormir después de estas movidas, me quité el maquillaje con que me habían embadurnado la cara, di por enésima vez rienda suelta al intestino y me tomé un valium antes de meter en la cama las pocas mollejas que me quedaban. Y al día siguiente, a eso de las siete, me levanté bastante descansado. Por gentileza del recepcionista desayuné un zumo y un café con leche —porque aún no habían abierto el bufé libre—, cogí un taxi hasta Atocha y después de una hora de espera me subí en el AVE y me fui a Ciudad Real.

Allí estaba vuestra tía Bego con su marido y los primos: Myriam y Álex. Pasamos el sábado en su compa-

ñaía tan ricamente y, esta mañana tempranito, vuelta a empezar: coche hasta la estación de tren, AVE hasta Madrid, taxi hasta el aeropuerto, avión hasta Palma y furgoneta hasta casa, todo ello intercalado con múltiples visitas al retrete, que últimamente tiene mi culo más visto que el tebeo.

Jueves 8

Acabo de llamar al doctor Panadés, porque ya no puedo aguantar más con tantos picores y escozores en salva sea la parte pudenda y olorosa. Ya que, a fuerza de Fortasec, ahora resulta que estoy estreñado aunque con las mismas ganas que antes de pasarme cada dos o tres horas por el excusado. Así que vamos de culo y cuesta abajo, porque ahora me suponen dolores de parto soltar una *cagarrutilla* de oveja, y encima sale dura como un guijarro y sanguinolenta —para más datos—; lo cual hace que tenga el asunto más colorao que un congreso de Comisiones Obreras. Pues bien, ahora me ha dicho el doctor que me ponga un enema o medio supositorio de glicerina para aligerar el intestino y que me tome unas cápsulas de Venosmil, para aumentar el riego sanguíneo. Espero que esto no me aligere tanto que empiece otra vez la colitis y sea el cuento de nunca acabar..., porque realmente la radioterapia tiene unos efectos secundarios de no te menees.

Íñigo me ha llamado de Acción Familiar para concretar mi ponencia en el Congreso Nacional que se celebrará el sábado y el domingo de la semana que viene. Parece que le he convencido de que no me haga viajar el viernes y pasar dos noches en Madrid, sino que ponga mi intervención el sábado al final de la mañana, y así me ahorro una noche.

Estos días nos han echado en el buzón varias octavillas de inmobiliarias diciendo que hay gran demanda de

pisos en nuestro barrio, así que nos hemos decidido a llamar para que vengan a ver el nuestro y nos lo tasen. Si de verdad hay gente interesada en comprarlo, a lo mejor buscamos otro piso más amplio y nos mudamos, aunque haya que endeudarse hasta las cejas.

Supongo que estaréis pensando que vaya momento más inoportuno de cambiarse de casa, justo cuando la estoy espichando, vía rectal. Pero, aunque ahora que sois pequeños parece que no os dais cuenta, somos nada menos que seis metidos en un piso, y vivir agobiados no ayuda nada a la supervivencia en paz y armonía. Cuando no hay suficiente espacio vital surgen conflictos continuos. Además, en esta zona, con tanto *guiiri* y tanto *macarra* suelto y sin bozal, ya no puede uno ni dormir. Y más de una vez os habéis levantado lloriqueando: *¡Papá, que se callen ya de una vez!* Pero ¿qué queréis que haga yo, si la policía no nos hace ni puñetero caso? ¿Que cierre todas las ventanas y nos achicharremos aquí dentro o me líe a tiros desde el balcón con los mamones del hotel de enfrente?

Cambiando de tema. Ayer me enteré de que el chico que llevaba el bar de mi instituto se ha matado en un accidente de tráfico. ¡Así es la vida, hijos míos! Supongo que él, cuando se enteró de lo de mi cáncer, pensaría lo mismo: *¡Qué putada! Tan joven y con cuatro hijos pequeños y le tenía que tocar la china precisamente a él...* Pero así son las cosas, ¿quién iba a suponer que, siendo más joven que yo, y yo con cáncer, se me iba a adelantar en el camino del más allá?

Cuando me enteré, telefoneé a su viuda (ya van dos desde que estoy de baja), y la noté bastante entera; yo creo que porque la pobre aún no es del todo consciente de lo que se le viene encima; ella sola con su familia, el bar y todo lo demás... No sé cómo lo pasará. Pero, en fin, qué le vamos a hacer. Que cada cual aguante su vela.

Lunes 12

Hoy se celebra la Virgen del Pilar, y, como es el santo de mamá y estamos de fiesta, hemos pasado el día en el campo acompañados de nuestros amigos. Aunque, como estoy de baja, para mí todos los días son fiesta.

Ayer domingo, fui con mamá a la boda de nuestra queridísima Marieta. Conocí, por fin, a Miguel (aunque, al darle la enhorabuena, me dijo que ya me había visto en la tele); y comentaron las malas lenguas que no la llama Marieta, sino María. Así que ya podemos ir cambiando el *chip*, si no queremos quedarnos obsoletos.

La ceremonia se celebró en la iglesia de san Nicolás, en el casco antiguo de Palma, y estuvo genial. Primero, porque eso de que dos personas adultas se comprometan públicamente a ayudarse y respetarse hasta que la muerte las separe, me parece sorprendente y admirable para los tiempos que corren. Y, segundo, porque la chica que cantó desde el coro lo hizo tan admirablemente que me puso los pelos de punta (los cuatro, como escarpías).

La comilona —o *ágape social*— celebróse en Sa Torre, un soberbio restaurante enclavado en plena montaña, camino de Valldemosa. Allí estuvimos chupándonos los dedos, ciento y la madre. ¿Qué digo ciento? ¡Doscientos o trescientos invitados como poco! Y no digo «como poco» en sentido literal —porque me puse morado—, sino figurado. Lástima que hacía un frío de muerte, y en el salón —con los techos tan altos como la catedral de Burgos (*cuandimemos*)— mi amada esposa, por más que intentó *arrebujarse* en su chal de tul bordado (rechazando delicadamente la servilleta que galante le ofrecí, aunque era mucho más tupida), cogió un constipado de tres pares de narices (todas ellas moqueando).

Viernes 16

Desde que Constanza, la editora de Espasa, me pidió que le enviase cuanto antes todo lo que tengo escrito de mi libro de filosofía, no he hecho otra cosa que repasar cada una de las historias que ya están en sazón, aprovechando para confeccionar algo así como el marco en el que van a ir todas insertadas. Se trata de una historia más o menos policiaca, con amores, accidentes, suspense y demás mandangas peliculeras, mientras los protagonistas recorren el camino de Santiago soltándose unos a otros sus rolletes filosóficos. Para los detalles geográficos me he comprado una guía que lo trae todo, porque, aunque ya os he contado alguna vez que de joven recorrí en autostop la cornisa cantábrica desde Pamplona hasta Santiago, eso fue hace mucho y, además, quiero que los personajes vayan por el llamado «camino francés» (por Logroño, Burgos y León). Y como yo soy el autor, pues ellos a callar y a caminar por donde yo diga.

Ya tengo los cinco primeros capítulos prácticamente acabados, y otros seis a medias (más de la mitad del libro). En cuanto termine de imprimirlos se los enviaré a Constanza (aunque seguro que los deja aparcados en algún cajón y se los lee dentro de siete meses).

Hablando de libros, el periódico *Magisterio*, que llega a todos los centros de enseñanza, publicó el miércoles un extenso artículo sobre el libro que protagonizáis: *Mis pequeños monstruos*, con *afoto* y todo, destacando esta frase tan crucial y trascendente que al parecer dije yo cuando me entrevistaron por teléfono: *La desorientación para educar a los niños tiene su origen en que hemos roto el modelo antiguo antes de haber construido la nueva casa* (si es que vuestro padre es un pozo de ciencia...).

He observado que, desde agosto que terminé la qui-mioterapia, me ha crecido mucho el pelo. Y aunque ahora tengo la cabeza como una bola de billar (negra), ya

no voy luciendo mi veraniega y resplandeciente calvoro-ta. Todo el que me ve se queda asombrado: ¡Pero qué bien estás, Javi! Con lo paliducho que estabas... ¡Pero si has engordado y todo! Y demás comentarios que agradezco, aunque la verdad sea que sigo teniendo el tumor exactamente donde estaba al principio y que peso cincuenta y seis o cincuenta y siete kilos. Debe de ser que eso de tener pelo y barba frondosa te da un aspecto más saludable. Lo cual me da pie para haceros una reflexión que me ha venido rondando por la cabeza todo este tiempo: el ser humano es una maravillosa y misteriosa mezcla de cuerpo y mente. Y esa mente, alma o espíritu —llámesele como se le llame— influye en nuestro estado biológico mucho más de los que nos imaginamos.

Es cierto que últimamente, cuando he atravesado períodos dolorosos o nauseabundos desde el punto de vista físico, lo he pasado muy mal. Pero no es menos cierto que, cuando han ido acompañados de un estado mental armónico y optimista, la experiencia me ha resultado mucho más llevadera; mientras que si en esos momentos estaba emocionalmente inestable (ansioso por terminar algo, apenado por imaginar qué sería de vosotros si me muero, tenso o con roces en mi relación con mamá, etc.), la cosa se me hacía muy, pero que muy cuesta arriba.

Por otro lado, conviene que no confundáis nunca la epidermis con la esencia de las cosas. Es como pasa con las crisis matrimoniales (o cuando os peleáis con vuestro mejor amigo). En la primera etapa todo va sobre ruedas (como cuando uno está perfectamente sano). Un buen día surge algo que no te hace ninguna gracia, pero que te lo tragas por no armarla (es el origen de un pequeño tumor, que sin darte cuenta va creciendo en tu interior). Entonces empiezan los síntomas de que algo no va bien: malas caras, tristeza, escasez de detalles de cariño y exceso de malos modos. Serían el equivalente a los dolores

de ciática que dieron, en mi caso, la voz de alerta. Si dejas de eludir el problema y te decides a coger el toro por los cuernos, viene la etapa más dura: la quimioterapia, la radioterapia y las demás terapias que te dejan hecho polvo, y es entonces cuando todo el mundo (hasta tú mismo) cree que la cosa ya no tiene remedio, cuando en realidad no es así, ya que antes sí te estabas muriendo porque no hacías nada por detener el tumor, pero ahora ya estás trabajando por pararle los pies, pese a los sudores y malos ratos que tengas que soportar. Al final, si lo has cogido a tiempo, cabe la posibilidad de que puedas con él, es decir, que tus relaciones matrimoniales —o amistosas— salgan purificadas y mucho más fuertes que antes, con lo que todo este período duro y difícil no habrá sido en vano; pues en lugar de ser una *crisis destructiva* ha sido una verdadera catarsis, una transformación para mejor.

Moraleja: no creáis que está más enfermo el que se ha quedado calvo por la quimioterapia, porque puede que el que está a su lado luciendo una hermosa cabellera, en realidad ya esté podrido por dentro aunque prefiera ignorarlo.

El miércoles fui otra vez a la Policlínica para hacerme un análisis de sangre (tuve que ir temprano y en ayunas porque me dijeron que era un análisis muy especial, que si no, *pa rato*). Y es que estaba convencido de que el doctor Panadés me había citado en su consulta para el jueves al mediodía; pero cuando me estaba acostando para dormir la siesta tan ricamente, me entraron las dudas y miré el papelito... ¡Cagüen la leche! Era para el miércoles y no para el jueves. Así que telefoneé y me han cambiado la visita para el próximo lunes (menos mal que son buena gente). Si el análisis demuestra que tengo un cuerpo serrano, puede que hasta me den de alta y todo, aunque lo dudo mucho, porque con el intestino que me han

dejado con eso de la *radio* tendría que estar entrando y saliendo de clase a todas horas para ir al baño y, teniendo en cuenta que en mi instituto, el servicio de los profesores está en la planta baja y mi departamento y las aulas donde imparto clases en el segundo piso, me veo dejando un reguerillo sospechoso por las escaleras... ¡Antes morir que pasar por semejante humillación!

Por cierto. Hablando anteayer mamá con vuestra tía Chus —mi farmacéutica favorita—, le dijo que me tome una cucharada de Cenat después de cenar (no valga la redundancia, porque no redundo), y se me regulará mucho el intestino. Como lo puedes comprar sin receta médica, he empezado a tomármelo, y la verdad es que, aparte de lo desagradable que resulta tragar cien semillitas de plantago forradas con no sé qué excipiente —por más que mamá diga que a ella le resulta facilísimo—, ha tenido efectos curativos casi milagrosos; porque sigo viendo rayos y centellas cada vez que voy al váter, pero el delicado proceso resulta ahora muchísimo más ágil, fluido y, sobre todo, cuantioso (que con el estreñimiento del Fortasec ya me estaba saliendo tripa). De todos modos —y por si acaso—, sigo rezando a Dios para que en dos o tres años se me quede el culo como estaba.

Y hablando de culos. Anoche me llamaron otra vez de TELEMADRID, para invitarme a un debate para hoy que se titula: *¿No estamos ya un poco hartos de tanto sexo?*, o algo así. Y me pareció poco serio eso de decírmelo con tan poco margen de maniobras, ya que el sábado y el domingo estaré liado con lo del congreso de Acción Familiar en Madrid y, además, esta noche estamos invitados a cenar en casa de Agustín. Así que, considerando estas consideraciones —valga la redundancia esta vez redundante—, y teniendo en cuenta el mucho cariño y afecto con que me trató el presentador la última vez que estuve en su programa..., decidí que vaya su señor padre.

Martes 20

El sábado me fui temprano a Madrid para participar como ponente en el II Curso de Formación de Monitores organizado por Acción Familiar para la prevención de la drogadicción, dentro del programa *Familia y promoción de la salud*.

A media mañana, en un salón del hotel Moncloa Garden —donde estábamos alojados todos los que acudimos de diferentes partes de España—, di mi ponencia: *Factores de riesgo en la adolescencia*.

No sé si los cincuenta o sesenta monitores que me escucharon aprendieron algo, pero lo importante es que se partieron de risa. Recibí aplausos y felicitaciones clamorosas, y no me sacaron a hombros y me dieron la oreja de Íñigo —el organizador del cotarro— más que nada por el qué dirán.

Por la tarde unos monitores organizaron una «dramatización» de esas que les gustan tanto a los dinamizadores de grupo. Y ya puestos, me presenté voluntario para representar el papel de adolescente impenitente que vuelve a casa a las seis de la madrugada. Mientras dábamos alaridos o les hacía la pelota a mis padres putativos, nos lo pasamos estupendamente, pero en cosa de media hora me quedé progresivamente afónico y cuando terminó la fiesta mi voz ya no sonaba nada de nada.

Pensando, aterrorizado, que el miércoles me había comprometido a dar la rueda de prensa de Espasa ante todos los medios de comunicación, me entraron sudores fríos (claro que si lo llegan a saber los editores, los sudores los iban a tener ellos); así que, aunque me invitaron a cenar por ahí, no me atreví. Compré Angileptol para aliviarme un poco el dolor. Busqué una tortillería que me habían dicho que había por allí (repito: tortillería, con «í»), me acerqué a un camarero y, entre todo el barullo, le susurré a la oreja:

—Estoy afónico. ¿Puede traerme una tortilla?

—¿Puedes pagarla? —me dijo, clavándome su pupila en mi pupila marrón.

—Si no pudiera pagarla, no habría venido —le habría gritado. Pero como no pude, lo susurré; y no sé siquiera si me oyó.

—¿Qué tortilla quieres?

Le señalé una del cartel que estaba en la pared, y se fue, dejándome otra vez mudo y abandonado entre el tumulto que invadía el angosto local. Pero afortunadamente no se olvidó de mí —como suponía—, sino que volvió al rato y me preguntó si la quería con *ali-oli*. Le dije que sí con la cabeza. Me preguntó que si entera o media. Le dije que media haciendo gestos. Y me trajo media tortilla de patatas hecha con cinco o seis huevos de avestruz, de esas que no se las come ni una tribu hambrienta de mandingas. Pero como yo siempre aplico la ley del pobre: *antes reventar que sobre*, me la terminé con pan y todo. De postre, y con el gazzate reseco, pedí un vaso de leche (me habían recomendado que me tomara uno bien caliente y con miel antes de irme a la cama). Buscaron la leche por todo el local y me trajeron un vaso de palmo y medio de alto, por tres dedos de ancho, una caja de azúcar de kilo, con un agujero, y una cucharilla más larga que el cucharón de servir.

—No tenemos miel. Esto no es una cafetería. Si te vale con esto...

Como a la fuerza ahorcan, me valió. Removí bien la probeta, me bebí la leche y me fui al hotel a meterme en la cama echando pipas, con la tripa hinchada de tortilla.

El domingo asistí mudo a lo que quedaba de curso y me volví después de comer en compañía de Araceli, una educadora de calle que también venía de Mallorca.

El lunes por la tarde fui a la consulta de Miguel Ángel, mi médico de cabecera. Le conté mi nuevo problema y me dijo:

—Esto es lo que nunca se debe hacer, matar mosquitos a cañonazos, pero como lo importante es que el miércoles puedas hablar, te tomas estos antibióticos (me dio una caja de Vinzam 500) y te pones cada día una inyección de Urbasón.

Terminada la consulta, Paquita me puso allí mismo la primera dosis, y con el culo dolorido, la pierna renqueando y la garganta en carne viva, me volví a la cama tan contento.

Esta mañana me he levantado un poco mejor (después de dos días sin hablar apenas, ya sueno). He recogido el análisis que me hicieron la semana pasada en la Policlínica y he ido a SEROSA a la consulta del doctor Panadés. Me ha dicho que he mejorado mucho más de lo que pensaba. Que tengo tres millones y medio de hematíes (*jate tú*). Le he preguntado que cuánto es lo normal. Me ha dicho que cuatro y medio. Así que estupendo, total, millón más, millón menos... Al despedirme, me ha dicho que ya puedo volver con los oncólogos, porque con la radioterapia hemos terminado.

Por la tarde me he ido a poner la segunda inyección de Urbasón. Aprovechando, tú, Raquel, te has venido conmigo porque te dolía mucho un dedo del pie. Al entrar en la salita para ver cómo lo tenías, la enfermera te ha pillado la mano con la puerta. Así que te has vuelto a casa tan contenta. Ahora sólo te duelen los dedos del pie y los de la mano.

Por si nos aburríamos, parece que hemos abierto un nuevo capítulo en nuestra vida cotidiana: el tema del cambio de vivienda, que parece que va en serio.

Acabo de poner un anuncio y ya han venido varias personas a ver el piso. Si esto sigue así, me da la sensación de que lo vendemos en quince días. Además mamá ha llevado el coche al mecánico y le ha dicho que —aparte de que está ya hecho una mierda— le patina el em-

brague... ¡Fíjate tú qué alegría! Así que habrá que cambiar también de coche: coche nuevo, casa nueva, pelo nuevo, ya sólo falta que mamá se quede embarazada o que me salga un puesto de ministro vacante (aunque sea sin cartera).

Domingo 25

Acabamos de volver del campo. Cuando estábamos calentándonos junto a la chimenea ha aparecido Olga, la madre de nuestra vecina Ángela, para decirnos toda llorosa que José, su marido se está muriendo de cáncer. Fijaos cómo es la vida. Hace apenas unos meses era yo quien estaba postrado en cama y le pedía a él a ver si podía podarme la viña, porque le veía lleno de vitalidad. Ahora es él el que está esquelético y apenas puede moverse, y soy yo el que va a visitarle... De todos modos espero y deseo que Olga se haya pasado de alarmista y todo se quede en un susto, tanto para él como para mí, claro.

Miércoles 28

¡Chachi! ¡Todo está saliendo *chachi piruli!*

Cuando ya estábamos pensando que a lo mejor era una locura poner el piso en venta sin tener adónde irnos, Manolo y Bene nos comentaron que habían visto un chalé adosado precioso y a buen precio. Hemos ido a verlo, y nos ha gustado tanto que ya lo hemos comprado (bueno, hemos dado un anticipo, pediremos una hipoteca y nos pasaremos los próximos quince años pagándolo y sobreviviendo a pan y agua...). ¡Es genial! Está en una zona residencial cerquita del mar, y tiene cinco habitaciones, salón, sala de estar, dos baños, garaje y un pequeño jardín lleno de plantas y flores: una higuera, un níspero, una palmera..., hasta tiene plantado en medio del césped un drago. Y es que los antiguos propietarios

(¡qué bien queda eso!) son canarios. En fin, que aunque sea el chalé más pequeño de la zona y tengamos un vecino encima, estamos emocionados. Vosotros no sabéis hablar de otra cosa, y ni mamá ni yo podemos conciliar el sueño, haciendo planes y más planes. Ahora lo importante es que venga alguien y nos compre el piso, porque si no, lo vamos a pasar muy mal en la cárcel, con Mario Conde, Roldán y compañía, todos allí aburridos hablando del índice de la bolsa en Tokio, y tal y tal...

En cuanto a la salud, también va viento en popa. Tanto que ni me acuerdo de que tengo un tumor. Ya no da ninguna muestra de actividad, no me duele nada y se me ha regularizado el intestino y la garganta. ¡Milagro! Lo único que noto es un cansancio permanente que no me deja hacer grandes esfuerzos y me obliga a dormir once o doce horas diarias (a lo mejor es simple y miserable pereza). De todos modos, mañana tengo visita con el oncólogo; a ver qué me dice.

Respecto al capítulo de movidas varias, el miércoles pasado me fui a Madrid, según el plan previsto, para participar en la rueda de prensa organizada por Espasa para anunciar *Quórum* a bombo y platillos.

Por si llegaba tarde (los periodistas estaban convocados a la una y media) me sacaron billete para el avión de las ocho de la mañana (muy prudentes ellos). Así que tuve que levantarme a las seis para no perderlo.

Sobreviví, no obstante, y me planté en Madrid a las nueve. Cogí un taxi que me llevó al instituto Gregorio Marañón, que es donde me habían dicho que se celebraba el evento. Pero allí nadie sabía nada. Así que intenté telefonar desde una cabina que había en el vestíbulo, pero no pude (de todos es sabido que las cabinas de los institutos nunca funcionan). Cuando ya no sabía qué hacer, una de las conserjes que no me quitaba ojo, me dijo:

—Su cara me resulta muy familiar.

—¿Sí? Pues no sé...

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! Usted es el que salió en TELEMADRID hace poco, en el debate de Jordi González.

En ese momento, todas sus compañeras se acordaron de repente.

—¡Claro, usted estaba discutiendo con esos mamones que dicen que todos los chicos tienen relaciones sexuales! —dijo una.

—Eso es lo que decía el presentador... —dije yo.

—¡Será mamarracho! Yo veo aquí a los chicos y chicas que vienen al instituto y estoy segura de que ni el diez por ciento han tenido relaciones... Lo que pasa es que en la tele lo exageran todo y no saben más que mentir.

—Y la pobre chica —añadió otra—, esa que dijo en el debate que era virgen y todo el mundo se rió de ella... ¡Vaya gente más tolerante! ¿No? Si es que dan asco.

En fin. Que aprovechando que el viento soplaba de popa, pude telefonar desde conserjería y así averiguar que la rueda de prensa se había cambiado hacía tiempo al Palacio de Bellas Artes, en la calle Alcalá. Lástima que se habían olvidado de comunicárselo al que la daba...

Salí de allí, bastante mosqueado, aunque con tres o cuatro horas por delante, mientras una de las conserjes decía:

—Total, que cuando le diga a mi hijo que ha estado en el instituto el señor del debate, no se lo va a creer...

Llegué a Bellas Artes y allí no había nadie (de Espasa, me refiero). Así que me fui a la cafetería a hacer tiempo y tomarme diecisiete cafés. Dos horas más tarde vinieron a buscarme y empezó la movida. Los ordenadores preparados para proyectar las *demos* de la enciclopedia se bloqueaban, los periodistas no llegaban, los carteles que habían colgado por las paredes se caían y demás contratiempos típicos de última hora. Pero a la dos menos cuarto empezamos.

Después de la presentación del jefe supremo del evento, me tocó el turno y me puse *morao* a piropear la enciclopedia. Y lo mejor de todo es que no tuve que mentir ni exagerar en ningún momento porque estoy convencido de que, hoy por hoy, es la mejor temática multimedia que conozco.

La gente de Espasa se quedó muy satisfecha. Los periodistas tomaron notas para sus artículos. Y todos charlamos y contestamos a sus preguntas mientras degustábamos de pie unos estupendos canapés, muy finos y tal, aunque algo menos alimenticios que un buen cocido de garbanzos...

Como les gustó mucho, a media tarde vinieron los vendedores de *Quórum* y tuve que repetir mi disertación para que tomaran nota (menos mal que era sólo de media hora), aunque ya empecé a quedarme otra vez afónico. Al terminar, nos tomamos una copa en el bar, me regalaron un juego completo con los cinco CD de la enciclopedia cuando les dije que uno de los míos no funcionaba bien, y nos fuimos felices y contentos al aeropuerto, para volverme en el vuelo de las nueve (bastante cansado, por cierto).

Esta semana estoy *viviendo sin vivir en mí*, colgado del teléfono para concertar visitas y enseñando el piso a todo *quisqui*. A ver si las cosas salen bien y para Navidad nos mudamos a nuestro *super mega máster* chalé.

Noviembre

Martes 3

Lo del chalé sigue viento en popa. Ya han ido a verlo un fontanero y un albañil, y parece que es posible reformarlo de aquí a Navidad. ¡Ojalá!, porque nuestro piso parece bastante vendible, ya que no para de venir gente a verlo. Así que me paso el día poniendo orden para que no parezca un revolcadero de monas: *¡Pasen y miren,*

oiga! Todo el que no tiene una cosa mejor que hacer pasa, mira (algunos vienen con los niños, la abuela y el perro para que husmee y todo) y dicen: «¡qué espacioso, qué luminoso, qué bonito!», pero nadie dice «que me lo quedo». Así que, paciencia y a esperar; que Zamora no se vendió en media hora.

Hemos empezado a llevaros a atletismo al terminar el *cole*. Así que los martes y jueves, mientras corréis y saltáis como tiernos cervatillos, vuestros abnegados padres y madres nos quedamos en la terraza de la cafetería, engordando el trasero y dándole a la lengua tan ricamente. Aprovechando la coyuntura, cuando me toca acompañaros me llevo un libro de Henri Bergson que me regalaron los de Espasa, para matar el rato. Trata nada menos que de la risa. Es tan antiguo como desconocido —al menos para mí—, y la verdad es que resulta sorprendente descubrir el porqué cosas, actos, situaciones y escenas tan dispares nos hacen reír tanto. Teniendo en cuenta que el ser humano es el único bicho capaz de desternillarse de risa, me está resultando muy interesante el análisis que hace Bergson sobre el humor, la comedia, la risa y el carcajeo en general. Además he leído no sé dónde que quien se ríe mucho está más sano y contrae menos enfermedades, así que todos deberíamos reírnos a carcajadas todos los días cinco o diez minutos (mañana mismo empiezo).

Espero que la *risoterapia* no tenga efectos secundarios olorosos (me consta que hay gente que se mea de risa, pero de ahí no suele pasar la cosa), porque el intestino se me ha revuelto nuevamente. Se ve que la dicha radioterapia tiene efectos a largo plazo, y cuando ya estaba yo cantando victoria, vuelven las oscilaciones pendulares entre diarrea pestilente y estreñimiento sanguinolento. En fin, un asco metafísicamente inenarrable.

El jueves pasado fui a ver al doctor García Bueno. Muy amable —como siempre—. Me dijo que según los últimos análisis de sangre voy bastante bien y si no pasa nada raro en un par de meses estaré recuperado al 90 por ciento. Vamos, que para Navidad estrenamos casa, coche y vida nueva, y para enero a trabajar como todo hijo de vecino (aunque no sé si crérmelo, porque luego siempre pasa algo y todo se va al garete...). También me dijo que la semana que viene me haga una resonancia magnética para ver cómo va el tumor, y una radiografía de pulmón y corazón, no vaya a aparecer alguna metástasis por ahí que complique las cosas.

La verdad es que veo todo tan de color rosa que no me lo puedo creer. No quiero ser cenizo, Dios me libre, pero me huelo que cuando hay demasiada calma es porque acecha la tormenta. Ojalá me equivoque y me falle el olfato, y todo esto del cáncer se quede en un episodio más de mi vida, sin otras consecuencias. Aunque en un dominical reciente leí un extenso reportaje sobre el cáncer, y decía que uno de cada cuatro españoles muere de cáncer y que, aunque ahora el tratamiento es mucho más llevadero que antaño (por las náuseas y todo eso), sigue siendo una enfermedad mortal.

Al parecer —y según esta revista— hay dos líneas modernas de investigación. Una, la inventada por un tal Jack Toth en Texas, se llama P53 y consiste en modificar genéticamente un virus del resfriado convirtiéndolo en portador que lleva a las células cancerígenas la orden de volver a la normalidad. El virus las contagia a todas y los tejidos cancerígenos se vuelven normales. ¡Chachi! ¿No?

La otra se basa en la conocida estrategia militar consistente en cortarle los suministros al enemigo. Así, inhibiendo la creación de capilares que aportan la sangre que necesita el tumor para desarrollarse (*Angiogénesis*: del

griego *angio*, «vaso», «vena» y *génesis*, «generación»), acaba muriéndose de aburrimiento, sin necesidad de quimioterapia ni nada de eso. Esta nueva y prometedora línea se debe a un tal Judah Folkman, y ya existen en el mercado medicamentos antiangiogénicos como el Tamoxifen y el Taxol, que se obtienen con la combinación de dos proteínas que están en la orina de los ratones. ¿Quién me iba a mí a decir que el virus del resfriado nos iba a resultar tan útil y que el pis de ratón no era una guarrería —como todo el mundo cree—, sino un milagroso regalo del cielo?

De todos modos, decía el articulista que no es aconsejable que los que padecemos esta peste echemos las campanas al vuelo cada vez que se anuncia a bombo y platillos que ha aparecido un nuevo fármaco que reduce los tumores en los ratones, porque luego pasan los años y el invento tenía demasiadas contraindicaciones y en definitiva no era tan maravilloso como se preveía, y entonces viene la decepción. En resumen, que en este campo todavía estamos en pañales y que, calculando con realismo, habrá que esperar aún veinte años para que el cáncer pase a ser una enfermedad más o menos crónica (no sé si resistiré tanto).

Lunes 9

Me paso los días recibiendo visitas para ver el piso. Ahora están llamando un montón de inmobiliarias interesándose por él. Ya veremos si entre tanta gente hay alguien que se lo queda.

Hace unos días, aprovechando un rato en que no tenía nada que hacer —es un decir—, llevé el ordenador a la tienda para que me actualizaran el *Windows 98* (me habían dicho que era una cuestión de puro trámite y que realmente merecía la pena). Lo malo es que a mí siempre me toca la china, porque en cuanto lo traje a casa empezó a

darme problemas, y el viernes lo tuve que volver a llevar otra vez a la tienda, a ver qué le pasaba. Se complicaron las cosas y acabaron nada menos que formateándome el disco duro... En fin, que al final perdí todas las direcciones de Internet y me cogí un cabreo bastante considerable (aunque no me han borrado todo lo que he escrito hasta ahora, así que no hay por qué suicidarse).

Por otro lado, el fin de semana estuvimos bastante deprimidos porque se nos había pasado la semana sin encontrar a nadie que se comprometiera a embaldosarnos el chalé antes de Navidad (al parecer, todo el mundo está ocupadísimo trabajando mañana, tarde, noche y a la hora de la siesta). Así que, después de interrogar a todas nuestras amistades, contactamos con uno que accedió a venir. Pues bien, después de ver la casa y medirla cuidadosamente, nos hizo un presupuesto de un millón cien mil pesetas de nada, sólo por la mano de obra (baldosas y materiales aparte). Total, por embaldosar cien metros de suelo y otros cien de paredes (entre cocina y baños), ¡qué menos que un milloncete que yo mismamente tardo cuatro meses en ganar..! (Claro que hay que tener en cuenta que yo no soy más que un pobre catedrático, y mamá una desgraciadilla ingeniera de caminos que cobra más o menos como yo. Si fuéramos licenciados en alicatado, ¡otro gallo nos cantara!) Como además me dijo que me estaba poniendo un precio muy ajustado, me atreví a replicar que un millón cien mil por el trabajo de un mes me parece un poco caro (por no decirle que era un atraco y eso no lo gana al mes ni un ministro). Entonces me contestó que es que hay que trabajarlo. Yo le dije que, evidentemente; ya que si encima no se lo trabajara, es que le había tocado la lotería de Navidad..., y dejamos zanjada la cuestión.

Entre unas cosas y otras, se me ha descascarillado todo el cráneo y la cara (*dermatitis seborreica* le dicen

los expertos a lo que el común de los mortales llamamos caspa miserable y *guarrindonga*). Se me ha puesto tan mal la cosa que cuando hoy me he levantado, notaba cómo me tiraba la piel y casi oía cómo se me iba cuarteando, como la tierra agostada por la sequía. Así que he ido al dermatólogo y me ha recetado tres o cuatro cremas y *champuses* varios para ir capeando el temporal, recordándome que esto es crónico y no me lo quitaré nunca, y que suele rebrotar más fuerte en otoño y cuando estoy nervioso.

Ayer noche, por fin, conseguimos unos albañiles que, aunque no han querido comprometerse a dejar terminado el trabajo antes de Navidad, nos hacen un precio más asequible para embaldosar el suelo (aunque, como le cobren a todo el mundo igual, de hambre no se van a morir.). Además, Juan, nuestro amigo electricista, ha aceptado venir a cambiar la instalación. ¡Qué suerte es tener buenos amigos!

Esta mañana he ido al chalé a medir, para ver cómo encajamos los muebles en las habitaciones. De paso he estado cortando un montón de ramas de los árboles, para que entre más el sol y no haya tanta humedad.

Al volver, me han llamado de Telenova para invitarme a participar mañana en un debate sobre *parejas de hecho*. ¿Qué tema tan original, no? En fin, lo de siempre: que hay gente empeñada en no entender que en un *Estado de derecho* cada situación debe estar regulada con sus derechos y deberes propios, y aunque a nadie se le puede prohibir compartir su vida «de hecho» sin papeles ni compromisos legales, es absurdo exigir que su situación se regularice ante el Estado, porque entonces pasarían a ser también parejas «de derecho» (que es precisamente lo que no quieren ser). Ya veremos cómo se nos da mañana. Pues, aparte de que me llamen conservador retrógrado y fascista de mierda —como es costumbre—, espero

que el debate merezca la pena. Alguien habrá con un poco de seso que deje de pensar «a la moda» y se decida a hacerlo por sí mismo. Digo yo.

Por otro lado, ayer llegó a mis manos la revista en la que viene publicado el artículo que escribí hace unos días inspirándome en uno de los capítulos de mi libro *Ética y vida*². Esta vez —ironías de la vida— va de tolerancia.

DEDICADO A...

LOS QUE DESEAN SER TOLERANTES

Cada día se habla más de tolerancia, y cada día se escuchan más tonterías al respecto. Y, lo que es peor, cada día hay más gente que declara que si la tolerancia consiste en dejar que cada uno haga de su capa un sayo (terroristas y violadores incluidos), se pasa la tolerancia por el arco del triunfo... Y ya se armó el follón. ¿Con quién hemos de ser tolerantes? ¿Sólo con los que lo son? ¿A los intolerantes, caña?... En el fondo: **¿En qué consiste la verdadera tolerancia?**

Cuando se nos pregunta, todos estamos dispuestos a reconocer que una de las cualidades más importantes que exige el buen funcionamiento de una sociedad democrática y pluralista es la de ser tolerantes; y entendemos por intolerante a la persona que desprecia, margina y priva de sus derechos a otros, simplemente porque no piensan o se comportan como ella. Por ejemplo, quien retira el saludo, despide del trabajo, insulta o zancadillea a otra persona simplemente porque es de otra raza, ideología política, sexo o religión. Por eso, el racismo, la xenofobia y el machismo son los «sobrinos» de la «tía Intolerancia». Sin embargo, cuando intentamos precisar qué es eso de la tolerancia, y en qué se distingue el tolerante del pasota, no nos resulta nada fácil ponernos de acuerdo.

² *Ética y vida*. Barcelona, EIUNSA, 1991.

Si alguien entiende por tolerante a aquella persona que respeta y tolera cualquier opinión o acción por parte de los demás, por extraña y perjudicial que le parezca, para evitar enfrentamientos «intolerantes», automáticamente se enzarzará en acaloradas discusiones con quienes consideran —con razón— que esta postura es exageradamente individualista y desentendida con el bien común. Por lo que, según se mire, ser tolerante puede ser visto como una virtud esencial —por el respeto que demuestra hacia el modo de pensar y actuar de los demás— o como una excusa hipócrita para enmascarar el propio egoísmo individualista, así como la dejadez, el *passotismo* o la falta de coraje para enfrentarse a las injusticias sociales que campan por doquier.

Pues bien, este recelo hacia la tolerancia que sienten muchas personas creo que no se debe, ni más ni menos, que a la falta de precisión lingüística que esta palabra tiene en boca de casi todos. Sólo podremos valorar debidamente la tolerancia si la entendemos como un talante a priori, exento de prejuicios e ideas preconcebidas sobre las opiniones y conductas ajenas; dicho llanamente, como único punto de partida para poder entablar una conversación enriquecedora (y no un diálogo de sordos) entre varias posturas distintas y distantes.

Pero, por otro lado, **¿debemos ser tolerantes con quienes no lo son?** ¿Una persona tolerante debe serlo también con quien se muestra intolerante, no respeta a nadie y considera a quien lo hace como un ser débil y mediocre?

Como el refrán dice que *quien roba a un ladrón, cien años de perdón*, resultaría que hay que ser comprensivo con quien es intolerante sólo con los intolerantes... ¿Pero esto no equivaldría a rebajarse al mismo nivel del intolerante?

Para aclarar un poco esta cuestión tan peliaguda es preciso distinguir el mundo de las acciones del mundo de las ideas. Ya que no es lo mismo tolerar que alguien defienda

«en teoría», por ejemplo, la esclavitud (postura que, como cualquier otra, se ha venido defendiendo a lo largo de la historia en muchas ocasiones), que tolerar que alguien esclavice «en la práctica» a otra persona y la explote a su servicio simplemente porque a él le parece que está en su derecho.

En el plano teórico o de las ideas, cualquier postura que se asiente en argumentos racionales, más o menos sólidos, merece ser escuchada por todos y defendida por quien lo crea conveniente. Porque **ser tolerante consiste precisamente en respetar en todo momento a las demás personas, sea cual sea la postura que defiendan, aunque no se respete ni aprecie en absoluto su postura.** Es decir, que quien sea, por ejemplo, machista, racista o fascista, también tiene derecho a defender su postura en una sociedad pluralista y tolerante. Y quien se precie de tolerante deberá respetar a esas personas en todo momento, aunque desprecie olímpicamente el machismo, la insolidaridad o el fascismo, por considerarlas teorías equivocadas y dañinas para la dignidad humana. Ya que, así como toda persona es digna de respeto por el mero hecho de serlo, no todas las opiniones o teorías que las personas defienden de hecho son dignas de igual respeto.

Un ejemplo ilustrativo:

Imagínate que en un debate televisivo sobre la libertad, aparece un *skinhead* —rapado y con chupa de cuero— que está convencido de que los blancos somos una raza superior y que, por tanto, tenemos el derecho de esclavizar a los negros y emplearlos a nuestro servicio. Además opina que cada cual debe hacer lo que le dé la gana al respecto, de modo que a quien le parezca mal la esclavitud nadie le obliga a tener esclavos, pero que no pretenda «imponer» su postura a los demás, quitándoles la libertad de tenerlos. Por si fuera poco, para dejar bien clara su postura, se ha traído —encadenado— a uno de los esclavos negros que

tiene en una plantación que ha montado con sus colegas en las afueras.

Si los demás miembros de la mesa de debate tienen un verdadero espíritu tolerante ¿qué deben hacer?

En primer lugar, dejarle el tiempo que le corresponda (ni más ni menos) para que exponga, como cualquier otro de los invitados, sus argumentos.

En segundo lugar, escucharle con todo respeto, intentando entender sus razones y el porqué de su manera de pensar, sin interrumpirle ni abuchearle.

En tercer lugar, si no nos han convencido sus razones, intentar convencerle de su error argumentando lo mejor posible nuestra postura, para que entienda lo injusto que es privar a alguien de su libertad por ser de otra raza y no poder defenderse.

Por último, terminado el debate teórico, liberar al esclavo de sus cadenas y devolverle la libertad, por mucho que proteste su «amo». Pues el derecho a la libertad está muy por encima del derecho a la opinión. Por lo que, opine lo que opine el esclavista, no se puede «tolerar» que siga esclavizando a otra persona sin hacer nada para evitarlo, aunque haya que llamar a la policía o emplear la violencia cuando no quede ningún otro método pacífico para lograrlo. Ya que dejarlo ir con su esclavo encadenado sin intentar liberarlo no es tolerancia, sino cobardía y complicidad. Porque la tolerancia supone respeto hacia todas las opiniones o formas de actuar que no atenten contra los derechos humanos. Pero si alguien —apelando a su libertad, a sus convicciones o a la tradición de sus antepasados— pretende maltratar a su mujer, dejar morir a sus hijos por no permitir que les hagan una transfusión de sangre, vender a sus hijas al mejor postor (después de haberles cortado el clítoris) o prácticas semejantes, está perjudicando gravemente a otros. Y quien caiga en su trampa y le deje actuar, apelando al espíritu de tolerancia, es cómplice de sus atrocidades.

Y es que, en definitiva, tolerar a los demás es una virtud, pero luchar por la justicia y los derechos humanos no lo es menos.

Martes 17

Esta semana me han pasado un montón de cosas, así que iré por orden para no liarme.

En cuanto al debate del martes pasado en Telenova estuvo bien. Como siempre, en vez de invitar a personas que han optado por vivir como parejas de hecho, invitaron a un montón de políticos y de presidentes de asociaciones (entre ellos, a dos homosexuales); así que, como viene siendo habitual, comenzamos hablando de parejas de hecho y dedicamos prácticamente todo el debate a hablar de los derechos de los homosexuales —tan duramente reprimidos, vejados y discriminados los pobres por los *homófobos* de mierda, fascistas e intolerantes (o sea, por todos los demás), que, al parecer, somos tan fachas y tan retrógrados que disfrutamos amargándoles la vida y comiéndonos todos los días un par de ellos para desayunar.

Allí no había nadie que viviera en pareja de hecho (que era el tema), y no se escuchó nada nuevo. Lo de siempre: *que todos tenemos los mismos derechos, sea cual sea nuestra opción sexual, y bla, bla, bla*. Yo repliqué que en eso estaba totalmente de acuerdo, ya que estoy harto de que desde niño me discriminen por razón de sexo cada vez que entro en un servicio público, ya que en el de las chicas siempre hay espejo y en el nuestro no (porque lo hemos roto). Como la gente se reía mucho, concluí que no me parece justo eso de *café para todos*, sino, más bien, *derechos distintos para situaciones distintas*; y como una pareja *de hecho* no tiene los mismos deberes que una *de derecho* —porque no le da la gana de casarse—, si disfrutara de los mismos derechos, supondría un agravio comparativo hacia los que sí se casan.

Aunque no quiero aburriros contándoos lo que a estas alturas ya habréis oído mil veces, no puedo dejarme en el tintero el final, porque fue realmente apoteósico.

Resulta que, después de oír al presidente de uno de los clubes de *gays* y lesbianas de las Baleares defendiendo por enésima vez que todos tenemos los mismos derechos, sea cual sea nuestra opción sexual, le pregunté si su asociación está dispuesta a defender que los inmigrantes africanos, que se están instalando a miles en Mallorca, tienen también los mismos derechos, pese a ser polígamos. Y, aunque esperaba que iba a mentir como un bellaco, en un arrebató de sinceridad me contestó con un NO rotundo y definitivo. Y con esto se acabó el debate (me imagino que sus colegas aún le estarán tirando de las orejas). En fin, que la cosa está bien clara: esos que se pasan la vida exigiendo derechos, al tiempo que se los niegan descaradamente a los demás, esos —y no nosotros— son los verdaderos intolerantes.

El jueves volví a pasarme por la Policlínica para que me hicieran una radiografía de pulmón y corazón, y a continuación una resonancia magnética de la columna para ver si el tumor se ha reducido o se ha extendido por todo el cuerpo. Y esta mañana temprano he vuelto a que me dieran los resultados para llevárselos a mi oncólogo preferido.

Cuando me los han dado, he descubierto que cuatro puertas más allá, siguiendo el mismo pasillo, está la capilla. Así que, muerto de curiosidad por saber los resultados, me he metido allí y, sentado en un banco, yo solo, le he vuelto a ofrecer a mi madre del cielo todo lo que me está pasando. Si las pruebas que me han hecho indican que el tumor está desapareciendo, ¡viva la Virgen! Si no, pues que viva también. Le he pedido encarecidamente que, pase lo que pase, no os deje nunca de su mano y, después, he leído dos veces seguidas el informe que acompaña a la resonancia:

Las imágenes actuales se comparan con las previas, observándose de nuevo la presencia de un proceso infiltrativo que afecta a la mitad derecha del sacro especialmente a nivel S2 y que produce obliteración de los agujeros de conjunción y crecimiento de la masa extraósea ocupando el espacio presacro sin que se observen cambios significativos.

En conclusión, que el tumor sigue igual y no ha disminuido nada respecto a las pruebas anteriores. Mala suerte. ¡Qué se le va a hacer!

A las diez me ha recibido García Bueno y, a la vista de los resultados, me ha dicho lo de siempre: que no hay que preocuparse y tal, pero que a principios de enero, en cuanto pasen las Navidades, tendrán que hacerme otra biopsia para ver si salimos de dudas y averiguamos si el tumor sigue activo o está necrosado (*uséase, difúntico*).

Le he preguntado si no será perjudicial toquetearlo ahora que está *quietico*. ¿No se cabreará y empezará a crecer otra vez? Y si no es así, ¿por qué no aprovechan la intervención y le rebanan un buen trozo?

Me ha dicho que no es probable que se ponga a crecer por eso; porque en la biopsia sólo sacan del tumor una muestra cilíndrica un poco más gruesa que una aguja. Pero que si cortaran un buen trozo, entonces sí que habría muchas probabilidades de estimular su crecimiento.

En fin, misterios de la medicina. La cosa es que este culebrón no parece que se vaya a acabar tan pronto como parecía. Creo que eso es lo peor: el vivir en una incertidumbre continua y no saber a qué atenerse. Ayer estaba convencido de que en enero me daban de alta y hoy me dicen que a lo mejor empezamos otra vez con la quimioterapia si la biopsia revela que el tumor está aún activo. Pero, además, me ha dicho que la prueba no es definitiva, ya que si el análisis de la muestra extraída dice

que está muerta, cabe la posibilidad de que un centímetro más allá de donde han pinchado, el tumor siga vivo, con lo que, hagan lo que hagan, siempre nos quedará la duda, aunque, parece ser que en ese caso me darán de alta, sometiéndome a revisiones frecuentes por si vuelve a dar muestras de actividad.

Por cierto, en la radiografía que me han hecho no se ve ninguna metástasis por ningún sitio. ¡Algo es algo, dijo un calvo! Yo me encuentro cada día mucho más fuerte y animado. El pelo me crece *ar mogollón* y las reformas del chalé van viento en popa a toda vela. Así que, ¿de qué podemos quejarnos?

Para terminar por hoy, esta noche, hace apenas dos horas, he tenido una experiencia *arqueologicovinatera* de esas que no es fácil olvidar.

Resulta que a media mañana, Mariano, el albañil que —por buenazo— se está chupando todo el trabajo duro, y se pasa el día picando regatas como un descosido para meter los tubos de calefacción, fontanería y electricidad, apretó un poco más de la cuenta la máquina picapedrera e hizo un boquete en el suelo de la cocina.

—¡Mira, Javier! —me llamó—. Ahí debajo hay algo, y no parece que sea un pozo negro ni un aljibe, porque no tiene agua.

Tiramos unas cuantas chinitas para verificarlo. Tanteé un poco con un palo largo y ahí se quedó la cosa. Pero cuando, ya de noche, se fueron todos y me he quedado solo en la casa, muerto de curiosidad, he agrandado un poco el agujero, he metido una bombilla colgando del hilo y he asomado la nariz para ver qué había allí. Y, ¡oh sorpresa!, entre luces y sombras he descubierto una especie de despensa secreta con escalera de piedra y todo.

Después de tomar medidas con el palo para situar exactamente el arranque de la escalera, ni corto ni pere-

zoso me he liado a mazazos hasta practicar un boquete por el que podía pasar mi cuerpo serrano. Y sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, he metido la bombilla y he seguido yo detrás; y, como la escalera estaba llena de escombros de cuando la taparon hace treinta años, me he ido resbalando, peldaño a peldaño, hasta el fondo, y allí dentro, rebozado de polvo y sepultado en vida en semejante mazmorra claustrofóbica de dos por dos, me he paseado cual arqueólogo por la tumba de *Tutanjamón*, de un lado a otro, dando golpecitos en las paredes por si sonaban a hueco y con el corazón encogido por si me encontraba el cadáver de la abuela allí emparedado o el tesoro de Barbarroja, mismamente, rebosando monedas de oro.

Pero no, esta vez no ha habido suerte. Tan sólo he encontrado una madera totalmente podrida que al cogerla se ha desmigado entre mis dedos. Así que he vuelto a salir como buenamente he podido y, armado de una piqueta y un cubo, he dedicado más de una hora a liberar la escalera de escombros y pegotes de cemento, hasta dejarla lista para la inspección que sin duda hará mamá mañana, antes de decidir si construimos una *bodeguilla* —como la de Felipe—, una sauna sibarita, una mazmorra para meteros a los cuatro cuando suspendáis matemáticas o la llenamos de escombros y nos olvidamos definitivamente de ella hasta que la descubra algún otro dentro de cien años que pienso vivir aquí.

En resumen, que hoy ha sido un día cargado de emociones. El tumor está estabilizado. Los albañiles, a punto de empezar a embaldosar —en cuanto Guillermo el fontanero y Juan el electricista metan sus tubos en las zanjas—. Y para postre, nuestro nuevo hogar se ha agrandado cuatro metros cuadrados como por arte de magia (estoy deseando ver la cara que ponéis cuando os deje bajar a la cueva de Alí Babá). ¡La vida es bella!

Lunes 23

Son las siete de la tarde y me acabo de levantar de la cama donde me he pasado el día acostado y bien tapado con siete mantas. Y es que una ola de frío glacial ha invadido nuestras costas paradisíacas, pillándonos a traición y con el culo al aire. Por lo visto, la cena me sentó fatal y me he pasado la noche entera vomitando en estéreo, por arriba y por abajo, cual grifo de *detritus* (tres o cuatro litros, calculo yo). Así que me he quedado otra vez como un pajarillo *desplumao* y esta mañana no me he podido ni levantar para ir a la nueva casa a abrirle la puerta a los albañiles. En fin, así es la vida. Con lo bien que me sentía estas últimas semanas, que todos los días iba al chalé por si podía echar una mano..., y ahora vuelvo a estar aquí postrado, sin otra ocupación que pasar las horas mirando al techo.

Para postre, ayer me enteré de que mi hermana, tía Garbiñe, está fatal, con unos dolores horribles en el coxis que no la dejan ni sentarse (hasta se le ha ocurrido pensar que si lo mío es genético, ella también podría tener algo parecido; aunque yo creo y espero que no tenga nada que ver). Y, además, a mi padre, vuestro abuelo Quintiliano, lo van a operar pasado mañana de un ojo. Con el añito que llevamos, ahora que yo quería pedirles a los Reyes Magos unos patines para aprender a patinar, no me atrevo, no vaya a ser que, a los diez minutos, me rompa el culo. ¡A ver si se acaba la crisis del 98 sin que me dé un ataque de próstata!

Viernes 27

Los últimos dolores de vientre se me pasaron, gracias a Dios, en dos días y, aunque sigo teniendo diarreas más o menos sanguinolentas en cuanto dejo de tomar las semillas esas, he vuelto a dedicarme en cuerpo y alma a hacer gestiones para conseguir estar en la nueva casa para

Navidad. A veces pienso que es fácil conseguirlo, pero cuando estoy entusiasmado surge un nuevo contratamiento y me echa por tierra todas las ilusiones que me había ido forjando. En fin, ¡qué se le va a hacer! Ayer mismo Guillermo instaló un montón de radiadores, así que los albañiles ya pueden terminar de embaldosar media casa. La verdad es que trabajan bien y, si se lo toman en serio y vienen cada día, sigo pensando que es perfectamente posible terminar las obras para Navidad; pero si surgen imprevistos y «urgencias» y se van a trabajar a otro sitio..., la cosa va para largo.

Hoy me he quedado en el piso toda la mañana, pues Mariano se ha cansado ya de picar zanjas, así que estoy aprovechando para corregir algunas cosas de *Filos*, mi novela filosófica que, la pobre, se ha quedado estancada, por no decir abandonada. Y es que en la vida hay montones de ocasiones en que no quedará más remedio que elegir. Y saber elegir no es otra cosa que saber renunciar, pues toda elección lleva aparejada una renuncia. Cuando te casas con alguien, renuncias a los demás. Cuando decides escribir un libro determinado, renuncias (al menos provisionalmente) a dedicar tu tiempo a otros, de modo que la decisión de cambiarnos de casa ha supuesto de hecho renunciar a muchas cosas (entre ellas, al libro, que es lo que más me duele); porque, pese a los avances de la ciencia, los días siguen teniendo sólo veinticuatro horas y por las noches hay que dormir.

Diciembre

Jueves 3

El martes volví a la Policlínica Miramar para hacerme otro análisis de sangre. La enfermera que me dio el picotazo, y que ya me conoce de tanto verme por allí, me

dijo que estaba muy mejorado (supongo que por lo del pelo). Le conté que a veces las apariencias engañan y que como el tumor aún sigue ahí, me harán una biopsia en Navidad y si da positivo volverán a meterme otras cinco o seis sesiones de *quimio* en el cuerpo. Me miró con una mezcla de lástima y simpatía y me recordó lo que ya sabía: que es más llevadero soportar veinte meses seguidos de quimioterapia, que empezar otra vez cuando ya pensabas que la pesadilla se había acabado. Pero así son las cosas y, por mucho que duela, no hay más remedio que apretar los puños y seguir andando.

Esta mañana he ido con los análisis a la consulta del doctor García Bueno. Tan cariñoso como siempre, me ha dicho que en la última reunión han decidido que lo más conveniente en mi caso es que me hagan un PET (Tomografía de Emisión de Positrones). Vamos, una especie de resonancia magnética más sofisticada y con una visión más general que el TAC —aunque también más radiactiva—. Lo malo es que está aún en plan experimental y sólo me la pueden hacer en Madrid o en Pamplona. Así que, como hacerme otra biopsia no nos va a sacar de dudas, queda descartada por ahora y vamos a ver si ASISA autoriza el pago del PET que, por lo que me ha dicho, debe valer más de cien mil pesetas.

Mamá dice que me lo hagan de todas maneras, aunque sea pagando. Yo diría lo mismo si la que tiene cáncer fuera ella, pero la verdad es que me duelen más las cien mil pesetas que el tumor. Porque si ésta fuera la única manera de curarme, estaría de acuerdo en gastar lo que fuera, pero si va a ser la primera de las mil pruebas que se les ocurrirán para no sacar nada en claro, prefiero que empiecen otra vez a sacudirme con la quimioterapia y no se anden con más averiguaciones. A fin de cuentas, si tengo que morirme, prefiero hacerlo sin llevarme además sobre la conciencia que os he dejado en la ruina.

Antes de dar por finalizada la consulta, le pregunté cuántos «cartuchos» nos quedan aún, después de haber fracasado con la quimioterapia y la radioterapia que ya me han puesto.

Me dijo que aún no sabemos seguro que hemos fracasado, aunque está claro que el tumor sigue ahí y no hemos podido eliminarlo. Pero que, en el peor de los casos, aún nos quedan otros tres tipos distintos de quimioterapia. Así que, si al tumor no le da por extenderse rápidamente al resto del cuerpo —lo cual complicaría mucho las cosas—, me garantiza que, entre unas y otras terapias, llego vivo al año 2000. Eso sí, para entonces estaré de *quimio* hasta el mismísimo *putamen* (aparte de que estas memorias testamentarias serán tan largas que ya no habrá quien se las lea, aunque siempre cabe la posibilidad de hacer un resumen cuando ya le vea las orejas al lobo...).

Cambiando de tema. Me han llamado de Antena 3 para invitarme a ir mañana a *Hoy de mañana*, un programa mañanero dirigido por Eli del Valle, para discutir con Fernando Sánchez Dragó y otros invitados sobre el apasionante tema de *si los españoles somos monótonos en la cama*.

Ante la trascendencia del tema no he podido menos que decir que sí. ¿Cómo voy a permitir que España entera siga siendo monótona en la cama sin hacer yo nada por evitarlo? Tamaña dejadez me obligaría a retorcerme en la tumba por años sin fin.



Lo curioso es que te han invitado también a ti, Raquel, como acompañante, así que dentro de un rato saldremos los dos, padre e hija, tan ricamente para Madrid. Pasaremos la noche en casa de los abuelos y mañana yo al debate y tú a disfrutar de su compañía y de la de tus tíos, que han venido de visita nada menos que desde los Estados Unidos *of América*.

Sábado 12

Ya he vuelto. Y no digo *hemos*, sino *he*, porque vengo de otro debate distinto, esta vez en TELEMADRID (como es ya sabido, siempre caen a pares). Toda una rocambolesca historia que luego contaré.

Vayamos por orden. Primero el de Antena 3, que también tiene su miga.

Aunque la salida estaba prevista para el jueves a las diez y pico, el avión salió con un *retrasillo* de dos horas de nada. Así que llegamos a Madrid pasadas las dos de la madrugada y, por ende, no hubo ni tiempo ni ganas de entablar tertulia familiar alguna. Al día siguiente me levanté temprano, cogí un taxi y me planté en los estudios de Antena 3, dejando a toda la familia plácidamente encamada. Allí me presentaron a dos de mis contertulios. Un tal Marc (que en realidad no se llama Marc) y su amigo David (que vete tú a saber cómo se llama). Éste venía a participar en el debate en calidad de «consumidor asiduo de pornografía» (todo un currícul); aquél —de más edad y más sofisticado debido a su experiencia de la vida— se presentaba como «asesor onanista», aunque su amigo le llamaba simplemente «pajero». Y es que en España, como ya somos europeos, modernos y progres, hay gente que necesita un asesor hasta para hacerse una paja.

Poco después se dejó caer por allí el *divo*: Fernando Sánchez Dragó, famoso escritor y aventurero que me dijo, así para entrar en calor, que está convencido de que, por

más guapa que sea una mujer, cuando convives con ella la pasión se termina en un par de años, así que por ser coherente con sus principios ya tenía siete u ocho mujeres en su currículum (como no se acordaba exactamente, tuvo que hacer la cuenta con los dedos...).

Nos invitaron a entrar al plató y, para empezar, nos sentaron a todos en un sofá —frente a cincuenta cincuentonas— y nos ofrecieron un desfile de calzoncillos. Terminado el pase y lucimiento de paquetes (con o sin retoques de silicona), nos dieron la palabra y se armó la trifulca nada más intervenir el menda lerenda. Total, porque dije que el sexo debe ir unido al amor para poder saborearlo a tope, y que si es necesario echarle fantasía al tema, eso no significa que todo vale; ya que cosas como el sadismo, la bolsa de plástico en la cabeza, el darle *por culo* al otro o el comerse sus caquitas con cucharilla de plata no son más que guarradas humillantes y vejatorias..., se pusieron como fieras corruptas, y con Fernando a la cabeza (que sólo había venido a anunciar un producto comercial supuestamente afrodisíaco, del que dio hasta el teléfono, y que probablemente le pasa a su cuenta algo más sustancioso que unas palmaditas en el hombro) se me tiraron todos a la yugular (no sé cómo me las apaño, pero siempre estoy en franca minoría. Será que los productos de calidad siempre son escasos...). Pero, tras resistirme heroicamente como gato panza arriba y carcajearme todo lo que pude de sus contundentes memeces, se acabó el debate, que sólo duró media hora, *y tos pa casa*.

El mismo viernes a mediodía, después de una atragantada comida y un vuelo con dolor de tímpanos incluido en el precio, ya estábamos en Mallorca sin pena ni gloria, sino con Joaquín, otro intrépido aventurero y amigo con el que coincidí en el avión.

Aún no había aterrizado cuando me llamaron los de TELEMADRID, no para invitarme, sino para *rogarme*

que volviera a *Todo depende*, asegurándome que Jordi había cambiado mucho y ya no me pondría impunemente la zancadilla traperera. Accedí esta vez —¿cómo no?— y ayer volví a volar hasta Madrid. Pero *ete acá* que sólo pudimos sobrevolar la metrópoli sin tomar tierra, ya que la niebla *pugnetera* se interpuso entre mí y el debate, y el astuto piloto nos puso de patitas en Valencia.

Aún no está todo perdido —me dije para mis adentros—, por no decir: ¡*Cagüen to lo que se menea!* —para mis afueras—. Así que, en cuanto aterrizamos llamé a TELEMADRID para que me autorizaran a coger un taxi y plantarme allí en tres horas, pues, como el debate duraba más de cuatro y todavía faltaba una para empezar, aún me quedaba medio, y en dos horas doy mucho de mí. Pero no acompañó la suerte —ni el presupuesto del programa—, porque me dijeron que no. Que me esperara a ver qué decidía Iberia. Que si a lo mejor se quitaba la niebla. Que si ponían un autobús para llevarnos a Madrid. Que si quizá el realizador me dejaba intervenir un poco cuando llegara. Que si pitos, que si flautas. En fin, que *quédeme corrido* como un don Quijote cualquiera ante ventera infame, tirado en Valencia y sin saber a qué atenerme.

Pero la Providencia —que siempre provee— proveyó un vuelo a Palma que anunciaron por los altavoces en ese momento. Así que salí despepitado, como alma que lleva el diablo, *subíme* en él y *volvíme* a casita con el rabo entre las piernas (y es que, tantas veces va el cántaro a la fuente que acaba aterrizando en Valencia...). Eso sí, la azafata nos obsequió con una bolsita de nueces de Macadamia —*made in Hawai*— que, siendo riquísimas, aún no las había probado en mi vida, y puesto que es una lástima morir sin haberlas probado, el recorrido turístico por los cielos de media España valió la pena.

Mientras estaba escribiendo han venido unos señores decididos a comprarnos el piso. El jueves pasado vinieron a verlo y no han podido resistirse a sus encantos. Así que ya está vendido con muebles y todo. Esto ya no tiene vuelta atrás. Para enero, como muy tarde, todos de mudanza (Dios nos pille *confesaos*).

Sábado 19

Ya estoy de vuelta a casa con el famoso PET hecho. Ayer me tuve que levantar a las seis para salir volando otra vez para Madrid (llevo una racha voladora, que ya me deben conocer como el pajarraco canceroso). Tomamos tierra —metafóricamente— pasadas las ocho. Cogí un taxi —también metafóricamente, porque en realidad me cogió él a mí— y me planté en el Centro PET Complutense, que está junto al Tribunal Constitucional, en un laberinto de callejuelas que no conocía ni el mismísimo taxista. Por cierto, al hombre le debió de impresionar mucho y se mostró muy amable y comprensivo cuando, no sé a cuento de qué, le conté lo de mi cáncer, pues así a simple vista ya no se me nota nada.

Una vez allí, me indicó una recepcionista que esperara sentadito hasta las once, hora prevista para hacerme la prueba. Así que me armé de paciencia y estuve exactamente tres horas y media allí sentado, tan helado de frío que no me atreví ni a quitarme el abrigo, medio dormitando en el sofá y con un hambre de lobo porque me habían advertido que fuese en ayunas y no hiciera ningún tipo de esfuerzo físico, ni siquiera ir andando desde Moncloa (más esfuerzo físico que estar allí sentado tres horas y media, helado y muerto de hambre...). Mientras esperaba, la recepcionista le contó veinte veces a un experto informático todas sus desgracias; ya que, al parecer, alguien había descubierto virus en uno de sus or-

denadores y astutamente lo había copiado todo al disco duro del otro —recién comprado—, con lo que se habían quedado sin programas y sin el banco de datos de los pacientes. Así que, al lado de su infierno, lo mío no parecía más que un leve y aburrido purgatorio.

A las 11:20 (que no a las 11), con el estómago rugiente, me recibió un doctor (le llamo así, como a otros muchos, porque llevaba bata blanca; pero vete tú a saber qué era). Tomó mis datos en un papel —por falta de soporte informático—, me preguntó el peso y la estatura y me advirtió que no me acercara a ningún niño ni mujer embarazada hasta cuatro horas después de hacerme el PET (por lo *bajinis* le juré que no me acercaría ni a una virgen, por si acaso). A continuación me hizo firmar un pliego exculpatorio para quitarse problemas legales de encima si algo salía mal.

Un poco mosqueado ya con tanta advertencia, le pregunté si el PET era muy radiactivo o algo así. Y me dijo que no, que qué va; que ya habían calculado la cantidad exacta que me podían dar para que no me pasara nada. O sea, que sí.

Me introdujo en una salita en la que esta vez había una especie de herradura gigante, atravesada por una camilla. Me indicó que me tumbara y, cuando iba a despelotarme por la inercia, me dijo que no; que me dejara la ropa, el reloj y hasta los zapatos... (¡cómo mejoran las técnicas! Ahora ya te fríen con el envoltorio puesto). Sin embargo, por comodidad, ya que iba a estar allí sin mover una pestaña media hora, me tomé la licencia de dejar en un taburete el abrigo, las llaves y las gafas.

Media hora después, que aproveché para rezar el rosario, vinieron a levantarme. Me llevaron a una sala colindante y me tumbaron en otra camilla. El médico me enchufó en la vena una jeringuilla con un contraste —que, según me dijo, era sólo glucosa—. Una enfermera me dio

un valium y un poco de agua y allí me dejaron reposando a oscuras otra media hora larga, para que se repartiera por la sangre. Como el valium era lo primero que tomaba en todo el día, me sentó como un dardo soporífero de cazar búfalos, así que a partir de entonces hablo sólo por aproximación.

Creo recordar que me volvieron a levantar y me arrastré medio *groggy* otra vez hasta la herradura, donde ya no tengo ni idea de cuánto estuve allí tumbado, si media o dos horas, pero debió de ser otra hora entera. Pasada la cual me despertaron (creo que tuve pesadillas y todo) y me llevaron a la sala de espera, donde estaba mi amigo Alberto esperando desde hacía tres horas (sólo que a él no le dieron valium, gracias a Dios). Iba tan atontado que al principio ni le reconocí, y menos mal que vino en mi auxilio, porque la verdad es que no sabía ni por dónde caía la puerta.

Después de firmarles un cheque de ciento cincuenta mil *machacantas* (porque no me pidieron tres millones, que se lo habría firmado igual...), salimos de allí y fuimos andando hasta un restaurante por Moncloa y, gracias al paseo y el aire fresco en la cara, fui recobrando la conciencia. Después de comer, y con el postre aún en la boca, salimos pitando en taxi hasta el aeropuerto, nos despedimos y me volví a casa.

Así que ya estoy aquí otra vez, un poco más *peteado* que antes y sin tener ni *repajolera* idea de cómo anda el tumor; porque, como es lógico, los resultados no me los dan a mí, sino al médico (será porque soy de letras); aunque la verdad es que, como la semana que viene ya es Navidad, no me apetece ni mucho ni poco averiguar qué me va a deparar el año nuevo: si recibir otros seis meses de quimioterapia o dar *quichicentas* horas de filosofía frustrada a treinta y pico adolescentes desganados; que no sé qué es peor.

Cambiando de tema. Ya han publicado mi artículo mensual. Por ser Navidad, esta vez es más emotivo y va de solidaridad.

DEDICADO A...

CATY Y LAS VÍCTIMAS DEL HURACÁN

Hace un par de semanas, cuando ya estaba repantigado en el sofá dispuesto a tragarme la dosis diaria de televisión, mi mujer, señalando el *Diario de Mallorca* que andaba por allí, me dijo: «Léete ese artículo de Eduardo Jordá, ya verás cómo te gusta». Como sé que me conoce bien, le hice caso; y así me enteré de la existencia de Caty.

Ahí va un extracto en cuatro párrafos para quien no sepa aún de quién estoy hablando:

«Una chica de dieciocho años estudia Derecho, da clases de repaso, va a la discoteca Luna y practica la natación. Un día nota que no puede levantar el dedo índice de la mano izquierda. Poco a poco, ese dedo se le va encorvando de una forma inexplicable [...] Es el primer síntoma de una enfermedad degenerativa. El astrofísico Stephen Hawking es la víctima más famosa de esta enfermedad.

Esta chica tiene ahora veinticinco años. Su juventud se esfumó de la noche a la mañana. Desde que se declaró la enfermedad, le habían pronosticado cuatro años de vida y ya lleva ocho. Todas estas cosas las cuenta en un libro que acaba de publicar: *Soy Caty Salom. Tengo esclerosis lateral amiotrófica* (Sevilla, 1998). Caty no puede hablar. Caty no puede mover las manos ni la cabeza, así que tiene que comunicarse con los demás guiñando los ojos. Para escribir, le ponen delante una pantalla de cristal en la que le han pintado todas las letras. Se las van señalando una a una. Si Caty cierra un ojo, no es la letra que quiere, así que la mano amiga continúa señalando letras. Cuando llegan a la que Caty quiere, cierra dos veces los ojos... Caty ha escrito así las 172 páginas de su libro.

En vez de hacerle perder la fe —Caty era creyente— la enfermedad le hizo confiar aún más en Dios. Tanto es así que, cuando el lector acaba de leer el libro, la desesperación le resulta un sentimiento inconcebible. Muy pocas veces he visto tanta energía, tanto optimismo y tanta fe en la vida como en el testimonio de Caty Salom.

Leyendo este libro, uno tiene la seguridad de que está asistiendo a algo muy poderoso que no resulta fácil de definir. Pero una cosa está clara: en un mundo que intenta enfrentarse y separarse, y en el que todo el mundo busca motivos para humillar a los demás, la experiencia de Caty Salom nos une a todos en un coraje común y en una fortaleza común. Por encima de lenguas, continentes y fronteras, la voz de Caty Salom —esos ojos que se mueven y brillan en un cuerpo inmovilizado— nos hace parecer muy pequeños cuando comparamos las circunstancias de nuestra vida con su fe y con su fuerza interior.»

Aún no he podido leer su libro, pero la semana pasada me enteré de que Caty acababa de morir. ¡Descanse en paz! —dirá alguno—, que bastante ha sufrido ya.

En estos mismos días he sido partícipe —vía satélite— de las catastróficas consecuencias del paso del huracán Mitch por tierras centroamericanas. Miles y miles de muertos, asfixiados en el barro o aplastados entre los escombros de sus míseras chabolas de adobe y hojalata. Miles y miles de enfermos y heridos por culpa del huracán y el infierno de escasez y epidemias que ha llegado tras él. Miles y miles de personas de carne y hueso —como tú y como yo— que se han quedado solas. Absolutamente solas en este infierno dantesco.

¡Que se mueran de una vez y descansen en paz!, es el pensamiento fácil que nos viene a la mente. Porque *muerto el perro, se acabó la rabia*. Porque sus vidas —como la de Caty— están ya irremisiblemente ligadas a la pobreza y al sufrimiento, por más que ahora se nos conmueva un poco

la víscera que llamamos corazón y les enviemos cuatro mantas, cuatro medicinas y cuatro kilos de los excedentes que nos sobran en Europa.

¿Comida? ¿Para qué? ¿Para que sacien un poco la hambruna, se pongan en pie y vean cómo ha quedado el país donde van a tener que sobrevivir el resto de sus miserables existencias sin poder emigrar a los países ricos, pues aquí no los queremos?

¿Medicinas? ¿Para qué? ¿Para que malduren sus heridas y no acaben nunca de morir y descansar en paz? ¿Tiritas de colores para disimular la profunda cicatriz que les parte el alma en dos? ¿Tranquilizantes para que no caigan en la desesperación, cojan las armas y monten otra guerrilla zapatista, por no tener ni para zapatos? ¿No sería mejor enviarles como regalo navideño un buen puñado de alucinógenos, para que mueran de sobredosis en vez de nuestros hijos, los hijos de los ricos europeos a los que no les falta de nada, absolutamente de nada, salvo las ganas de vivir?

Caty no podía bailar en la discoteca. Apenas su espíritu podía mover los ojos de un cuerpo progresivamente muerto. Pero sí tenía ganas de vivir, de luchar, de comunicarse, de gritar a los cuatro vientos que la vida sigue siendo bella. *Sí, pese a todo y por infernal que nos resulte a los hijos del bienestar y la opulencia, la vida es bella y merece la pena vivirse.*

¡Caty, lo tuyo sí que es llevar con dignidad la adversidad!

Y lo más curioso de todo es que los centroamericanos lloran y se abrazan, pero no se suicidan. Los hijos de la catástrofe tienen demasiadas ganas de vivir como para pensar en suicidarse (de golpe o, poco a poco, a base de alcohol y drogas). Los hijos de la hambruna tienen hambre y sed de justicia, saben compartir lo poco que aún les queda y no le tienen miedo a echar una mano al hermano. Quizá porque no tienen puesta su fe en los bienes materiales o

porque anhelan despertarse un día y ver que sus hijos han salido del bache y ya tienen mesa y desayuno; o puede que por mero espíritu de supervivencia... ¡Vete a saber! Pero lo que está bien claro es que ni **Caty** ni las víctimas del huracán recurren al suicidio como los hijos de la opulencia y el consumismo voraz.

¡Qué importantes son los ideales, la fe bien asumida, el cultivo de valores humanos, la madurez mental y afectiva! Porque, cuando reina la calma, no se nota gran diferencia entre los barquitos que se balancean unos junto a otros al abrigo del puerto; pero, cuando arrecia el temporal, entonces sí que queda claro el calado humano de cada uno.

Ya puedes descansar en paz, **Caty**. Te lo has ganado a pulso. Espero que tu vida y tu muerte ejemplar nos anime a todos los que padecemos algún contratiempo de salud, trabajo, familia o lo que sea, a sobrellevarlo con dignidad; y no con resignación fatalista, sino con verdadero optimismo. Porque si es cierto que éste no es el mejor de los mundos posibles, tampoco está mal del todo. Vamos a aprovechar cada minuto a tope, sabiendo además que después nos espera una Vida mucho más interesante. ¿Qué más se puede pedir? Tú, **Caty**, lo sabías y eso te mantuvo viva. Ruega al Padre eterno, ahora que lo tienes tan cerca, para que nos lo recuerde de vez en cuando y dile que si en esta Navidad, a punto de acabar el milenio, no entra en sus planes renovar al mundo de un plumazo, nos dé al menos la mitad de la fe que permite a personas como tú y como los náufragos del huracán seguir afrontando la vida con auténtico optimismo.

¡Eso sí que es llevar con dignidad la adversidad! Y no lo que me pasa a mí. A fin de cuentas, por muy triste que suene eso de tener cáncer, en realidad en mi caso no han sido más que cuatro días de náuseas y diarreas. Más aún,

hasta los fuertes dolores de ciática que tenía antes se me han quitado. Así que, si aun y todo me quejo, es de puro vicio.

Ya puedes descansar en paz, Caty. Te lo has ganado. Espero que tu vida y tu muerte ejemplares nos animen a todos los que seguimos padeciendo en este valle de lágrimas a llorar con resignación y alegría, no con amargura y resentimiento.

Sábado 26

Ayer fue Navidad. Estos días está haciendo un frío que pela —como es natural—, y entre las reformas de los albañiles, que no terminan nunca, y la cena de ayer en casa de Julio y Cristina, que estaba tan rica que me puse ciego, la cosa es que me he levantado deprimido y otra vez con un dolor de tripas insoportable. Tanto, que he cambiado los papeles con mamá. Yo me he quedado en el piso y ella se ha ido a echar una mano a la casa nueva, que está toda patas arriba. Lástima que cuando ya me había vuelto a meter en la *piltra*, mamá se ha quedado encerrada en el baño, y como no podía salir de allí ni a tiros, he tenido que levantarme, pelearme con la cerradura, pasarle un destornillador por la ventana, ir a casa del vecino a que me preste un martillo, pasárselo para que intentara desmontar las bisagras de la puerta y ya no sé qué más (todo con las tripas revueltas y medio mareado). La cosa es que media hora después ha logrado salir, sin tener que echar la puerta abajo ni nada (todo un éxito de tecnología punta). En cuanto ha salido, ha tirado la llave del baño a la basura —menos mal que no se le ha ocurrido tirarla al váter, porque seguro que lo atasca— y se ha ido a la otra casa.

He llamado hace un rato a mis padres, y está el abuelo peor que yo. Al parecer tiene un ojo con una nebulosa ya sin remedio y el otro con cataratas que le tendrán

que operar. Así que llevamos un año 98 de esos que no dejan a la zaga el desastre de Cuba. A ver si con el 99 llega el milagro.

Aprovechando que ayer estuvimos jugando a las cartas con los vecinos (y descubrimos con asombro que Cristina odia al *mus* más que al *pus*), esta tarde me habéis convencido para que os enseñe cuatro juegos. Parece mentira, mis tiernos *garrapanes*, cuánta razón tiene el refrán ese que reza: *En la mesa y en el juego se conoce al caballero*; porque ¡qué mal os sabe perder! Supongo que es una de esas cosas que no se acaban de aprender en toda la vida. Da lo mismo que nos juguemos mil duros o cuatro garbanzos. Cuando ganáis, os sentís más chulos que un ocho, pero cuando toca perder se os saltan las lágrimas sin poderlo remediar. Así que os he visto a todos pasar de la risa al llanto cinco o seis veces en toda la tarde.

Anoche, después de estar horas y horas encerrado en casa, me sentí muy agobiado y me fui yo solo a dar una vuelta por la playa. Estaba, como en las películas de Hollywood, completamente desierta y oscura. Con todo el mundo en sus casas cantando villancicos y hartándose de turrónes y marisco, sólo se oían las olas al romper a mis pies.

Allí, a la luz de las estrellas que llenaban el firmamento —y de las farolas que ha puesto el ayuntamiento—, estuve casi una hora paseando y pensando en lo que se me avecina. Y la verdad es que el nuevo año me tiene *acongojadico, talmente*, porque ahora ya, con el piso vendido, está claro que tenemos que irnos cuanto antes. No hay marcha atrás. Pero con la casa nueva patas arriba, adivino un aciago porvenir. Porque si me llaman de SEROSA y me dicen que el tumor aún está activo y que empezamos otra vez con la *quimio*, me esperan seis meses por lo menos de náuseas y debilidad que no me dejarán hacer nada, salvo dormir y rezar para que pase pronto el

tormento. Pero si me dicen que ya estoy bien, en cuanto pasen Reyes me darán de alta y tendré que volver al instituto, con lo que ya no tendré tiempo para hacer la mudanza y recolocar todo. Así que me veo viviendo en un revoltijo un montón de meses o a mamá perdiendo el juicio para atendernos a todos y colocar la casa ella sola.

En fin, que, como me dijo el otro día Guillermo, mi fontanero preferido: «Dios aprieta pero no ahoga... ¡Pero cómo aprieta el tío...!».

Capítulo 9

Vivir en la
incertidumbre

Al final, ¿me curo o no me curo?

La desgracia puede purificarnos y abrirnos a un mundo superior.
Tal vez sea ésta la gran función del sufrimiento.

G. THIBON

Enero de 1999
Viernes 1

Ya estamos en el noventa y nueve. El penúltimo año del siglo veinte (mal que les pese a quienes insisten en que el 2000 es el primero del tercer milenio). Un ejemplo más de lo contradictorios que somos: en el siglo de la Ciencia con mayúsculas, la informática, la tecnología y el culto a la objetividad del dato científico por encima de todo, nos hemos empeñado en celebrar el final de siglo nada menos que un año antes de lo que toca; y lo vamos a hacer, por si fuera poco, a escala internacional, para que se entere todo el mundo de lo memos que somos los terrícolas. ¿Y a la verdad de los hechos? ¿Que le den mucha morcilla!

Para celebrar el año nuevo, ayer nos fuimos de cotillón con otras tres parejas y nuestros trece hijos a una casa de campo en Alaró. Fue estupendo. Hacía años (yo creo que desde que nos casamos) que no habíamos salido de casa en Nochevieja. Pero ayer nos tomamos la revancha. Cenamos como buitres, bailamos como descoñidos en *Fiebre del sábado noche* y, cuando ya eran casi las cuatro, nos vinimos todos a casa. Por cierto, Raquel, anoche descubriste la pasión por el baile. Te di cuatro vueltas en la pista y te quedaste totalmente conmocionada por el acontecimiento, tanto, que ya no me dejaste en paz en toda la velada. Pero, como afortunadamente los hombres son poco *bailongos* y las mujeres están deseando que las saques a bailar, personalmente me puse *moraio* meneándoles el esqueleto a todas las allí presentes (tú incluida).

Y es que últimamente estoy emocionado por mi excelente estado de salud. Hace exactamente un año estábamos pasando las Navidades por Madrid y alrededores, y yo temblando por lo de mis ataques de ciática. Ahora, en cambio, y a pesar del *añito* que llevo a mis espaldas, estoy como Rambo. Ni un dolor, ni una náusea, ni ciática, ni intestino revuelto. Nada de nada. Hasta llevo dos semanas echándoles una mano a los albañiles a picar paredes, sacar escombros, mover muebles e incluso levantar tabiques, y no me duele ni un solo huesecillo (aparte de cuatro ampollas y un montón de agujetas; lo normal para el que no está acostumbrado a trabajos físicos). Además, me ha salido un pelo negro y saleroso —sin una triste cana que delate que estoy en puertas de los cuarenta— que es la envidia del barrio (a todo el que me lo recuerda, le aconsejo seis o siete sesiones de quimioterapia para renovar el cuero cabelludo). En fin, que si hay algún sitio donde firmar que me quede para siempre como estoy, firmo ahora mismo.

El año ha empezado estupendamente; salvo la casa, que sigue patas arriba y nosotros temblando, pues lo normal es que el oncólogo decida darme de alta cualquier día y no sé cómo nos vamos a apañar para hacer la mudanza. En fin, Dios proveerá.

Un día de éstos llamaré a SEROSA a ver qué dijeron los del famoso PET y qué me espera para el próximo semestre —no vaya a ser que rebose salud por fuera y esté podrido por dentro—. Pues eso de vivir en la incertidumbre, sin poder hacer planes, me resulta agobiante. Mientras tanto y, pase lo que pase, nos espera mucha faena en la casa. A ver si los Reyes Magos nos dejan estrenarla.

Hablando de sus majestades, Raquel y Álvaro estáis realmente emocionados porque os han invitado a ir como pajes de Baltasar repartiendo regalos por las casas. Aunque Leyre y Carlitos se mueren de envidia, les han dicho

que no pueden ir si no han hecho la primera comunión (como manda y ordena el Concilio de Trento...). Y vuestra pobre mamá, por si tenía pocas preocupaciones, ahora está devanándose los sesos pensando cómo podrá quitaros el betún de la cara el día *after-Reyes* (mucho estropajo de alambres creo yo que vamos a tener que emplear).

Miércoles 6

¿Quién dijo que no creía en los Reyes Magos? Yo nunca he tenido dudas, pero hoy menos que nunca, porque me han traído el más maravilloso regalo de mi vida: una prórroga.

Como ya no podía aguantar más la incertidumbre de qué va a pasar a partir de ahora, y el oncólogo no me llamaba, hoy me he decidido a telefonearle al móvil y preguntárselo así por las bravas, y me ha dicho que ya tiene hace tiempo los resultados del PET y que han dado lo mejor que podían dar, pues no detectan actividad tumoral alguna y no hay ninguna metástasis a la vista; así que no me haga muchas ilusiones, porque cada dos meses me harán una nueva revisión, después las irán distanciando un poco más, y así tendré que vivir en la incertidumbre

hasta que pasen al menos cinco años y la OMS me declare *sano cual manzano*. Pero, hoy por hoy, parece que de trabajar ya no me libra ni mi padre.

¡Gracias, Dios mío, si va a ser para bien!

Sábado 16

Lo cierto es que la noticia del día de Reyes no me ha con-



mocionado demasiado —quizá porque soy un alma insensible o porque no tengo tiempo de pensar en ello—, de modo que cuando alguien me para por la calle para felicitar-me efusivamente, me resulta curioso que se le dé tanta importancia a estas cosas. A fin de cuentas, nadie me ha asegurado que el tumor no se va a poner a crecer pasado mañana (ni que no me va a pillar un coche esta misma tarde...), pero, como tampoco se trata de ponerse borde, agradezco a todo el mundo su preocupación y, luego, procuro aparcar el tema en algún lugar tranquilo de mi mente y meterme de lleno a la faena, que, por cierto, hay para dar y tomar.

Después de quince días trayéndonos libros y demás enseres cada vez que veníamos a la nueva casa, y de tres días de mudanza en plan zafarrancho de combate, hemos dado el gran salto y, aunque la casa está aún sin terminar —por falta de obra y gracia de los señores albañiles—, esta noche nosotros vamos a dormir por primera vez en nuestro nuevo hogar. Espero que ahora que ya tenemos calefacción y agua caliente (por primera vez en mis casi cuarenta años) no me dé por apoltronarme en el



lujo, sino que en cuanto se nos quite de las narices el olor a escombros y cemento, y volvamos a encontrar la paz y el orden necesarios para vivir y trabajar en armonía, recupere la fuerza vital precisa para volver a echar una mano «desde las letras» para construir un mundo mejor.

Miércoles 20

Ayer falleció nuestro amigo José —el padre de Ángela— a consecuencia del cáncer que le iba consumiendo a gran velocidad.

Desde que Olga, su mujer, nos lo dijo hace apenas un par de meses, cada vez que íbamos a la casita de campo procurábamos hacerle una visita, pero la verdad es que en cada ocasión lo hemos encontrado más y más consumido. Al fin le ha llegado el descanso. Bendita sea la voluntad de Dios. Aunque creo que no tenía mucha fe en lo sobrenatural, espero sinceramente encontrarle un día gozoso en la Vida eterna, porque era un hombre bueno (que no es poco, en los tiempos que corren).

Esta mañana nos han telefoneado para participarnos su triste desenlace, y al mediodía hemos ido mamá y yo al depósito para darle el pésame a la familia. El jueves, si Dios quiere, les acompañaremos también en su funeral.

Pensando en Olga, le he escrito este poema en su memoria, aunque la verdad es que no me he atrevido aún a dárselo, por no remover en la herida.

NO SIN TÚ

¡Qué solos quedan los vivos
cuando entierran a sus muertos!

Que, bajo tierra, tan sólo
quedan despojos y huesos.
Que quien muere es el que queda
en pie y quebrado por dentro.

Que, rotas ya las cadenas
por la incomprendida muerte,
quien muere, empieza la vida;
quien queda atrás es quien muere.

¡No te adelantes, mi amor;
no me dejes con los muertos;
que la muerte no disuelva
los lazos que nos unieron!
Que esta vida no es la Vida.
Que vivir es otra cosa.
Que, sin ti, ya todo es nada.
Que, sin ti, ya no es hermosa.

Que sin tu abrazo y tu aliento
se me hace eterno el camino.
Y no quiero seguir solo
ni me atrevo a seguir vivo.
Pero si llega el momento,
no olvides lo que hemos sido.
¡Qué solos quedan los vivos
cuando entierran a sus muertos!

Jueves 21

Por si tuviera poco, con toda la casa patas arriba y sin apenas tiempo para poner un poco de orden, hace unas horas me han vuelto a llamar de TELEMADRID para ver si quiero ir el viernes a hablar sobre lo de siempre: *los derechos de los homosexuales* (qué *pesadicos* están con el tema, ¿no?). Les he hecho rogar un poco, pero, como me muero de ganas por olvidarme siquiera por unas horas de albañiles, electricistas, cementos y baldosas y meterme de cabeza en otro *embolao* dialéctico —que es lo mío—, al final les he prometido mi asistencia si las condiciones atmosféricas lo permiten.

Por otro lado, estos días todo son llamadas para felicitar me por lo de mi curación inesperada. Se ve que ha corrido la noticia como la pólvora. No todo van a ser noventa y ochos catastróficos.

Alfredo nos ha llamado desde Madrid para contarnos que ha conseguido por fin un buen trabajo y ya pueden irse de Mallorca. Es una verdadera lástima porque, además de ser un buen amigo y un excelente topógrafo, aunque le encanta la isla, no puede seguir viviendo con una perpetua sensación de acoso y derribo por parte de los compañeros catalanistas de su empresa (EMISA). Así que, mal que le pese, vende la casa, coge a su mujer y a sus dos hijitos y pone pies en polvorosa, única y exclusivamente por la cuestión lingüística de las narices.

Se me olvidaba. Ayer sucedió el gran notición; reaparecieron milagrosamente los albañiles que se habían fugado hace una semana dejándonos empantanados con la cocina a medias (y sin dar explicación ninguna, por supuesto). Don Benito, el jefe, se ha presentado, así por las buenas y a la hora que le ha dado la gana y, luciendo la cara de los domingos, nos ha informado de que «ha sido una urgencia» (como si no fuera urgente terminarles la cocina a una familia con cuatro niños pequeños). Así que ya nos han puesto otra vez la casa patas arriba. Por algo se dice, por estas latitudes, que *los albañiles siempre van al cielo de tanto que reza la gente por ellos. Porque cuando vienen, todo el mundo dice: ¡Gracias a Dios que han venido! Y cuando terminan y se van: ¡Gracias a Dios que ya se han ido!*

Sábado 23

Ayer por la tarde volví a poner mis pies en *el foro capitalino*. Después de que Iberia nos tuviera secuestrados en el aeropuerto hora y media, dando cada media

hora una excusa nueva —que, para colmo, no coincidía con la anterior—, al final nos juntaron con el pasaje que salía en el vuelo siguiente y se ahorraron un avión, tan ricamente. Así que, aunque a las cinco ya estaba en el aeropuerto de Palma, llegué a los estudios de TELEMA-DRID a las nueve y pico, pocos minutos antes de que empezara el evento en directo.

Allí estuvimos —los de mi lado— cuatro horas y media pidiendo disculpas por nuestra condición heterosexual a indignados homosexuales que nos acusaron de todo lo acusable (con Boris Izaguirre a la cabeza, un venezolano *espabilao* que está haciendo el agosto gracias a su condición de homosexual divertido, a falta de otras medallas en su palmarés). Por lo demás, nada nuevo bajo el sol. Como ya es habitual, entre el presentador y su equipo nos lo pusieron todo lo difícil que pudieron. Y si lo normal es que en un debate discutan cinco contra cinco, en esta ocasión memorable nos azuzaron además a otras diez o doce personas, que defendieron a capa y espada la igualdad plena de derechos con las parejas heterosexuales (adopción de niños incluida), además de hacer propaganda de dos libros y una revista para *gays*, y meternos como divertimento dos actuaciones rebosantes de travestis perdiendo plumas despendoladamente.

Con semejante «imparcialidad» por parte del presentador y su equipo, no resultó nada raro que en las vo-



taciones finales prácticamente ninguno de los asistentes se atreviera a votar en nuestro favor, y el recuento de llamadas telefónicas dio como resultado más de un 80 por ciento de televidentes que votaron en contra. Si tenemos en cuenta que las llamadas son anónimas, por lo que uno puede llamar cuantas veces quiera a lo largo de las cuatro horas que dura el programa, que no hay allí nadie que garantice que se han producido esas llamadas y no otras, y que ninguno de los miembros de asociaciones de gays y lesbianas de España esa noche vio el debate (porque no soltaron el teléfono...), no resulta sorprendente. Pero cabrea un poco que gente que aparentemente defiende la imparcialidad y el pluralismo, nos manipule con tanta desfachatez a quienes osamos no decirles a todo que sí.

Al terminar la encerrona, me llevaron dos relaciones públicas a dar una vuelta por *Madrid la nuit*. Fuimos a un par de disco-*pub* y me contaron las presiones laborales y acosos sexuales que tienen que soportar últimamente por parte de los numerosos gays y lesbianas que mangonean el mundo de la televisión y el espectáculo, si no quieren irse a la calle.

Aunque lo intenté varias veces, no pude escaparme para volver al hotel hasta cerca de las seis. Dos miserables horas más tarde me levanté de la cama, más muerto que vivo, y regresé a Mallorca para encontrarme con que hoy tampoco han venido los albañiles a terminar la maldita cocina. Eso sí, esta vez se debe a que el jefe tenía que resolver cuestiones familiares de gran envergadura, no a que no le diera la gana, como es lo habitual. En fin, que vivir aquí, lo que se dice vivir, ya vivimos; pero tener la casa terminada... va para rato. Yo calculo que para Semana Santa dejará de haber escombros a la vista.

Esta tarde, acordándome del debate de anoche, he escrito un artículo que se publicará si Dios quiere en febrero:

DEDICADO A...

LOS AMANTES DEL DIÁLOGO

Todos hemos presenciado en alguna ocasión debates radiofónicos o televisivos y no somos pocos los que observamos con pena cómo intelectuales, políticos, deportistas o periodistas de prestigio demuestran muchas veces una absoluta cerrazón hacia las opiniones de sus contertulios, interrumpiéndoles continuamente para impedir que puedan explicarse, riéndose descaradamente de ellos o dedicándoles muecas ofensivas mientras están hablando, gritando todo lo que les da de sí el gonzate para imponerse por la fuerza cuando no pueden imponerse por el calibre de sus razones, etc.

Pues bien, creo que, **en los tiempos que corren, puede resultar muy provechoso definir el talante del amante del diálogo frente al que disfruta con la bronca y el show verdulero-televisivo.**

Entendemos por intransigente al individuo que no deja hablar a los demás; ya que está tan seguro de tener razón, que no hace el más mínimo intento por comprender la postura contraria y, por tanto, cuando les toca el turno a los otros, se dedica a ridiculizar sus argumentos con gestos y muecas, o a preparar mentalmente la réplica oportuna, haciendo caso omiso a lo que están diciendo

Frente al modelo de contertulio intransigente, frívolo o irrespetuoso con que nos obsequia cada día la tele, ¿cómo debería ser una persona abierta y dialogante?

En primer lugar, para que alguien pueda presumir de tolerante y pluralista, debe asegurarse de que sabe callar, dejando lugar para que los demás también puedan exponer las razones que consideren oportunas. Por eso, el moderador que, descarada o sutilmente, recorta la posibilidad de expresarse a alguno de los contendientes (o al bando que considera equivocado), es mucho menos tolerante de lo que pueda parecer a primera vista —por más sonrisas

profidén con que obsequie al respetable—. Igualmente, prohibir que alguien publique por escrito o defienda públicamente sus creencias, por considerarlas equivocadas, es, simple y llanamente, hacer un ejercicio de intolerancia supina y caciquil (otra cosa, muy distinta es impedir que alguien, so pretexto de hacer uso del derecho a la libre expresión, aproveche para difamar o calumniar impunemente a los demás).

Pero no basta con aprender a callar y ceder la palabra para que los contertulios puedan expresarse con libertad (aunque estemos absolutamente convencidos de que no van a decir más que tonterías). **El segundo requisito de la persona dialogante es saber escuchar, intentando entender las razones contrarias a la suya.** Hacer un verdadero esfuerzo por ponerse en el pellejo del otro para comprender por qué piensa lo que piensa, dice lo que dice y actúa como actúa. Porque quien calla pero no escucha no está abierto al diálogo y, por tanto, resulta imposible discutir con él. Es como un grifo abierto del que únicamente sale agua pero es imposible que entre nada. En la actualidad sobran discutidores cerrados y tozudos y faltan hombres y mujeres de talla intelectual, verdaderamente dialogantes y de espíritu abierto.

Hásta aquí la cosa resulta relativamente fácil. Ahora viene lo complicado. Una vez que hemos aprendido a hablar cuando nos toca, exponiendo con la mayor claridad posible nuestras razones y a callar para que los demás hagan lo mismo, y además nos esforzamos en entender los argumentos que esgrime el contrario, viene la cuestión central: **¿Ser dialogante significa darle la razón al otro, diga lo que diga y haga lo que haga?** Quien, después de discutir largo y tendido, continúa firme en sus trece, ¿no es más que un tozudo, intransigente y recalcitrante?

Aunque en demasiadas ocasiones los medios de comunicación las confunden, una cosa es la intransigencia y

otra muy distinta la firmeza en las propias convicciones; porque podemos ser dialogantes y firmes a la vez. De hecho, ésta es la postura *fetén* para una sociedad que presume de abierta y pluralista.

Quien está abierto al diálogo, una vez que ha escuchado los argumentos contrarios, debe sopesarlos en su interior y, si realmente le convencen, lo lógico es que cambie de postura total o parcialmente, ya que, como dice el refrán, *rectificar es de sabios* (y seguir defendiendo una postura cuando ya no nos convence, por no dar nuestro brazo a torcer, es de cerriles, digo yo).

¡Qué pocas veces, tras una larga y acalorada discusión, uno de los contertulios reconoce que estaba equivocado, siquiera en un punto! Todavía estoy por ver un debate televisivo en el que alguien le agradezca a su oponente el favor que le ha hecho sacándolo del error en que se encontraba hasta entonces... Y es que reconocer en público que estabas equivocado requiere una humildad sobrehumana.

Por otro lado, cuando hemos escuchado atentamente las razones que esgrime la parte contraria y, sinceramente, no nos convencen, darle la razón no sería tolerancia, sino hipocresía o cobardía. Es preciso sacudirse de encima ese afán por salir siempre vencedores en nuestros encuentros dialécticos, porque *un debate no es un combate, sino una buena oportunidad para dialogar, contraponiendo puntos de vista distintos sobre una misma realidad*. Y eso no es malo, sino todo lo contrario. A fin de cuentas, «diálogo» procede de los términos griegos: *dia* (dos) y *logos* (mente). Es decir, *dos mentes que razonan juntas*, contraponiendo argumentos en su intento por aclarar las cosas.

Salir de un debate sin haber convencido a nadie de nada no es ningún fracaso. Terminar el debate, cada cual firme en su postura inicial, e irse a tomar unas cañas como buenos amigos, denota un verdadero espíritu dialogante y

plural. Pues, en muchas ocasiones, ninguna de las posturas enfrentadas era totalmente correcta sino, sencillamente, compatibles entre sí. Y, aunque fueran absolutamente opuestas, es mucho mejor dejar tiempo al tiempo, para que cada cual *caiga del burro* cuando realmente comprenda cuáles son los puntos débiles de su postura, que obligarle a bajar de él imponiéndole a la fuerza nuestros criterios, por muy válidos que sean.

En resumen, que, si después de haber escuchado la postura contraria, no te llega a convencer, dejarlo bien claro y argumentar en su contra defendiendo con contundencia y profundidad la propia posición, no solamente no es intransigencia, sino la auténtica base de la tolerancia y el respeto. Pues si no somos consecuentes con nuestras propias convicciones y vamos cambiando de postura según sopla el viento —con o sin argumentos—, no llegaremos nunca a ser personas dialogantes, sino simples chaqueteros de los que más vale no fiarse.

Febrero

Viernes 5

Los albañiles han seguido todos estos días como el Guadiana: desapareciendo y volviendo a aparecer según surgían o no «urgencias inexcusables». Pero el lunes pasado —¡por fin, y gracias sean dadas a todos los santos y santas de la corte celestial!— terminaron la despensa (o casi...). Supongo que en albañilería habrá, de todo —como en *la viña del Señor*—, pero éstos, hijos míos, éstos (al menos el jefe, que es quien corta el bacalao) se llevan la palma en cuestión de cara dura. Me están resultando más dolorosos que la *quimio* (ya veréis como el día que toque venir a cobrar no les surge ningún contratiempo).

El mismo lunes, por la mañana, fui a la Policlínica para hacerme el análisis de sangre, que ya me tocaba.

Lástima que se me olvidó que, esta vez, debía ser inexcusablemente en ayunas. Así que a casa otra vez con el rabo entre las piernas. Estas cosas parecen muy tontas, ¿verdad?, pero en realidad son las que más te revientan. Porque si queréis destruir la moral de un santo, no le cortéis la cabeza de un tajo ni le deis de latigazos; pinchadle a tiempo y a destiempo con un miserable alfiler y ya veréis como, tarde o temprano, se derrumba... (si encima no es santo, fíjate tú).

Por si las cosas no iban ya lentas de por sí, al día siguiente, martes, cogí una gripe de cincuenta pares de narices: vértigos, mareos, escalofríos horribles, diarrea persistente y, sobre todo, un dolor de vientre verdaderamente insoportable. Así que, con toda la casa patas arriba, tuve que dejar los ordenamientos y meterme en la cama tiritando.

Miguel Ángel, nuestro médico de cabecera, vino a casa y me recetó unos antibióticos, un jarabe *antimocos* y unas pastillas para regenerar la flora intestinal —estoy perdiendo rápidamente la poca que me había quedado con la radioterapia—. Supongo que, por consolarme, me dijo que hay epidemia, pero que la cosa no es grave. Cuatro días en cama y como nuevo.

Pese a que hoy, viernes, todavía estoy fatal, como no quiero posponer por más tiempo el último análisis de sangre necesario para que me den el alta, me he armado de valor y, tempranito y en ayunas, he ido a hacérmelo a la Policlínica.

Al volver, me he vuelto a meter exhausto en la cama. ¡No sé por qué leches seré tan quijote!

Lunes 8

Me he levantado un poco chungo, pero, como tenía hora para hoy con el oncólogo, he desayunado y me he ido a primera hora a la Policlínica para recoger los re-

sultados del análisis y llevárselos. Cuando me ha tocado el turno y he llegado al mostrador, me han dicho que la cosa salió mal, así que hay que repetirlos en un momento. Les he dicho que acabo de desayunar, y me han contestado que da igual. *¡Me cagüen to lo que se menea!* ¿Da o no da igual?, *¡Cogne!* (No sé por qué será, pero cuando me torear mucho me crecen los cuernos una barbaridad...)

Como no tengo ni humor ni energía para emprenderla a garrotazos dialécticos, he optado por sentarme en el duro banco y esperar los resultados, que decían que, por ser yo, iban a ser unos minutitos de nada...

Hora y media después aún estaba allí esperando, con los pulmones congestionados de mocos, la cabeza caliente y el culo tieso como una tabla. Cuando, por fin, me los dieron y llegué a SEROSA, el doctor ya se había ido (¡natural!); así que he tenido que esperar otra horita de nada a ver si había suerte y volvía.

Cuando me ha recibido, le ha echado un vistazo al papelillo y me ha informado de que con la dichosa gripe he perdido todos los anticuerpos que había recuperado desde la anemia del verano (ahora tengo un millón y medio de leucocitos en vez de cuatro millones, que es el mínimo aceptable). En definitiva, que en estas condiciones no podía darme de alta, por lo que hay que esperar una semana más, metido en cama a ser posible. Así que vuelta a casa y a la cama, más cabreado que otra cosa.

Por la tarde, los albañiles han terminado la última *ñapa* y se han despedido por fin, previo pago de su importe (la despensa de dos metros cuadrados, como no estaba en el presupuesto, la han cobrado por horas y les ha costado terminarla nueve días de nada...). Ahora que ya nos hemos quedado en la paz y armonía de un hogar dulce hogar donde no hay una cosa en su sitio, ha empezado un vecino a protestar porque no le gusta cómo nos

han dejado el porche (ya se sabe que las desgracias nunca vienen solas). Así que, después de hablarlo varias veces con él y viendo que no atiende a razones, sino que sigue erre que erre repitiéndose como un loro, optamos por cerrar las ventanas a cal y canto y encerrarnos en casa para que no nos dé la *barrila* cada vez que pasamos a su alcance. Por otro lado, no es mucho sacrificio porque hace un frío que pela. Está nevando por toda Mallorca, cosa tan impensable y sorprendente que hasta mamá, en un arrebató de romanticismo, ha salido al jardín —máquina en ristre— y se ha hinchado a sacaros fotos mientras saltabais los cuatro como pulgas sobre el fino manto que intenta cubrir la hierba por primera vez en veinte años.

Jueves 11

Me acaba de llamar Enrique Rojas —médico y especialista en *bioética* y salud pública— para invitarme a dar una conferencia en Málaga. Le he dicho, desde la cama, que con mucho gusto, pues para abril espero estar ya como una rosa de *pitimini* (si no se me reactiva el tumor ni me atropella un camión, en su defecto...).

Por lo demás, nada nuevo. Como sigue haciendo un frío que pela y, gracias a Dios —y a Guillermo el fontanero—, la calefacción tira estupendamente, me paso la semana metido en cama leyendo *La ciudad de la alegría* (que, realmente, te produce de todo menos alegría), por eso de que, viendo las desgracias ajenas, duelen menos las propias.

Jueves 18

El lunes pasado volví por enésima vez a la Policlínica a hacerme otro análisis (esta vez por la vía de «urgente», para no tener que volver al día siguiente por los resultados). Me los dan a la media hora (¡qué bien fun-

ciona todo cuando funciona bien!), y el doctor García Bueno, viendo la salud de hierro que tengo, me da —¡por fin!— el alta para hoy, jueves, reconociendo que estaba realmente preocupado por el espectacular bajón de anticuerpos que me había producido el maldito virus de la gripe.

Así que esta mañana me he reincorporado flamanamente como docente en mi instituto, sin que me atropelle un camión ni me dé un infarto ni nada. Quince días más y habría cumplido un año entero de baja. ¿Qué queréis que os diga, hijos míos? Que, como experiencia, ha sido muy enriquecedora, pero que espero que este libro nunca tenga una segunda parte.

Epílogo

Despedida
y cierre

Tanto amas, tanto vales

Las almas grandes no son las que tienen menos pasiones y más virtudes. Son las que tienen los más grandes ideales, las que para mantener derecho el surco de su vida atan su arado a una estrella.

TOMÁS MORALES

Junio de 1999
Jueves 10

Son casi las siete de la tarde y acabo de colgar el teléfono después de hablar más de media hora con Victoria, una nueva editora de Espasa, sobre la posibilidad de publicar mi experiencia cancerígena en la colección Espasa Práctico, porque los dos estamos convencidos de que este librito puede resultar una buena herramienta al servicio de todas las personas que tienen que convivir, día a día, con esta terrible realidad que llamamos *cáncer* y que nos sigue poniendo los pelos de punta. Así que puede que esta jugosa conversación desemboque un día no muy lejano en un libro útil, que a partir de mi experiencia vital única e irrepetible —como todas las de su género— sea capaz de ayudar a enfermos, familiares, amigos y profesionales de la salud a asumir el cáncer con realismo, sin dramatizar, renovando cada día el gusto por la vida y evitando caer en el agujero negro de la depresión. En fin, que si las descripciones, observaciones, consejos y reflexiones contenidos en sus páginas pueden resultar provechosas para alguien, habrá merecido la pena el calentón de oreja que llevo al teléfono.

Sólo tengo una duda que me mortifica, y es que muchas personas afectadas por esta enfermedad, si se deciden a leer mis memorias, puedan pensar que están escritas para creyentes, ya que la confianza en el amor de Dios ha sido como la música de fondo de toda mi melodía. La

creciente e infantil certeza que he experimentado en este año de que, pase lo que pase, es bueno, porque mi *papá* del cielo lo permite, ha sido precisamente lo que me ha mantenido activo, eufórico, sufrido, tenaz y combativo. En definitiva: vivo.

¿Es entonces la fe en Dios el secreto de mi curación? Porque si fuera así, cualquier persona que no disfrute de este don estaría condenada a la frustración y la muerte sin remedio, pero no es así. De ningún modo. Al menos no es eso lo que yo creo.

Hace apenas una semana cumplí mis cuarenta primeros años, y como ya no soy un alma cándida —y además: *de los cuarenta p'arriba no te mojes la barriga*—, debería ser más discreto y no dar pie a que nadie husmease en mi vida privada. Por eso, si he decidido hacer pública la narración de mi experiencia, tanto desde el punto de vista clínico como existencial, y que no se quede sólo en un legado sentimental para vosotros, hijos míos, no es por exhibicionismo ni porque la considere una pieza literaria digna de ser leída; sino porque, sinceramente, creo que puede ser útil para ayudar a otras personas que, con sus creencias auestas —que no tienen por qué coincidir con las mías—, se ven de pronto abocadas a soportar una situación vital muy parecida, y considero más un deber que un derecho ayudar a mis semejantes en la medida de mis posibilidades. Porque no sé si Dios me ha curado o no, ya que el tumor, aunque inactivo, sigue aún donde estaba al principio, pero estoy absolutamente convencido de que mi creencia en algo más allá de la vida corriente, del trabajo, de la economía, de la política y la diversión; mi convicción de que yo soy un ser único e irrepetible, de que mi vida sí tiene sentido, de que mis acciones repercuten en mí mismo y en los demás, de que el amor de los que me quieren influye realmente en mí a todos los niveles y, en definitiva, de que *a la corta o a la*

larga, uno llega a ser lo que merece ser —incluso en sentido escatológico—; ese convencimiento, y no la qui-mioterapia, es lo que me ha mantenido hasta ahora jovial y con ganas de vivir, que no es poco.

¿Que alguien no tiene fe en Dios ni en un mundo sobrenatural? Pues creará en el amor de sus amigos, la solidaridad universal, la ciencia o el arte. ¿Yo qué sé? Algún ideal le hará vibrar, digo yo. Pues descubrirlo y vivirlo a tope es lo que cura el alma, no las medicinas. Y si a alguien se le escapa una risita cínica interdental, le diré —para que se le congele— que de poco nos sirve gozar de una salud de hierro si tenemos podrida el alma.

Aclarado este punto, y como me conozco y sé que tengo que aprovechar a tope los momentos de entusiasmo, antes de que se me pase la euforia por la noticia de que me van a publicar el libro, voy a proceder a *epilogarlo* ahora mismo. A ver si lo puedo zanjar definitivamente antes de que esté tan curado tan curado que ya ni me acuerde de lo que estos días ha desfilado por mi cabeza y, más aún, por mi corazón.

Por cierto. Ahora que parece que mis memorias se van a hacer públicas, he tenido la tentación de quitar (o al menos suavizar) mis comentarios agrios sobre algunas personañ con las que he topado durante este año, pero eso sería falsificar mi experiencia. No puedo engañar a quien se decida a leer este libro, haciéndole pensar que le he caído bien a todo el mundo y que todo ha sido miel sobre hojuelas. He topado con gente que me aprecia mucho, y con otros que no. Así son las cosas, ni más ni menos. Y, pese a todo, merece la pena seguir luchando. Aparte de que estas páginas son un conjunto de impresiones más o menos subjetivas, que he ido teniendo a lo largo de mi enfermedad, no una descripción rigurosa de la realidad ni de las personas con las que me he ido encontrando. De hecho, con alguna de ellas me llevo actualmente mu-

cho mejor, porque la vida da muchas vueltas, pero en el momento en que escribí, no era así. Y así se va a quedar.

El 18 de febrero, cuando el doctor García Bueno me dio el *alta*, dijo que me harían una revisión mensual por si el tumor volvía a activarse, pero cuando un mes más tarde volví a su consulta —análisis, radiografía y *resonancia* magnética en mano—, viendo lo *acongojadico* que teníamos al tumor (que como ni se mueve ni da señal alguna de actividad, hasta podría estar muerto y todo) decidió ampliarme el plazo de la nueva revisión a tres meses.

Pues bien, en este tiempo ha pasado de todo: madrugones diarios para dar clase de ética y filosofía a chicos y chicas con enormes ganas de no dar palo al agua, horas y más horas *bricolajeando* por la casa nueva y batallando con vosotros cuatro, y ¡dos novedades!

La primera es que Tolo, un compañero del instituto con tanto entusiasmo por la informática como amabilidad con el que pide auxilio, me ha animado a confeccionar mi propia página *Web* para darle publicidad a mis libros a todo lo largo y ancho del planeta, y como yo me apunto a un bombardeo, llevo ya doscientas horas luchando con *links*, *frames*, *index* y tablas internáuticas, y calculo que sólo me quedan otras dos mil para estrenar mi flamante página (que ya me tiene hasta los mismísimos *Webs*).

La segunda es que, al parecer, le he caído en gracia a Javier Sardá (ya iba siendo hora de que se *percataran* de mi talento televisivo) y no pasan diez días sin que me inviten a un nuevo debate *folclórico-facinieroso* de *Crónicas marcianas*.

Entre abril y mayo, y pese a haber declinado la invitación en varias ocasiones por no mojarme en temas de los que entiendo lo justo, he estado en Tele 5 chillando como un poseso —que no hablando razonable-

mente— sobre huérfanos planificados, pornografía, píldora abortiva, multas por alcoholemia, insumisión fiscal y el debate estrella: la eutanasia. ¡Llamarme a mí, precisamente, al menda lerenda, para que hable de la eutanasia! Pues os podéis imaginar a vuestro padre, con su cáncer a cuestas, discutiendo acaloradamente con don Ramón (antes *Ramoncín*) y leyendo el *testamento vital* ante las cámaras, para dejar bien claro que ni acepta que alguien le anticipe la muerte por lástima ni que algún médico sin escrúpulos pretenda hacer su tesis doctoral a costa de prolongarle la agonía innecesariamente, mientras vuestros abuelos lloraban a moco tendido delante del televisor.

Ayer miércoles —último día de clase— me pasé tempranito por la Policlínica para que me hicieran las con-sabidas pruebas trimestrales: análisis de sangre, radiografía del tórax (para ver si me ha salido alguna metástasis en los pulmones) y resonancia magnética para medir el tamaño del tumor. Cuando salía, me topé en un pasillo con el doctor García Bueno —que está feliz de verme casi curado— y me dijo que, en cuanto tenga los resultados, me llamará para darme la noticia: si este verano volvemos a la *quimio* o me dejan vivir en paz otros tres meses.

Por la tarde volví a Barcelona a otro debate. Antes de empezar, Javier Sardá celebró con verdadero entusiasmo



que los serbios aceptaran las condiciones de la OTAN para pacificar Kosovo y que volvieran a sus hogares los cientos de miles de albanokosovares expulsados. A renglón seguido entré en el coso taurino y me echaron cuatro miuras, para ver cómo defendía a capa y espada la humilde —pero contundente— tesis de que *el sexo no lo es todo en una relación de pareja*, y que si éste no resulta tan gratificante como en películas del tipo *Instinto básico*, tampoco la cosa es como para divorciarse.

En definitiva, fue dejar de hablar de una guerra para meternos de lleno en otra, quizá peor por librarse en el seno de nuestros hogares: las batallas campales que socavan todos los días los cimientos de tantas y tantas familias corrientes y molientes; unas veces porque el sexo no marcha bien, otras por la falta de ayuda doméstica del machote ibérico, otras por problemas económicos, drogas, sida, ludopatía o lo que sea. Pero en el fondo, fondo, todas —como la de Kosovo— por lo mismo: falta de amor puro y duro.

Sigo delante del ordenador y me siento cansado y con mucho sueño (pues estos acalorados debates para noctámbulos terminan a las dos de la madrugada y, pese a las siestas que uno se pega, ya no está para estos trotes), pero no se me ha ido la olla ni me he escapado del tema. Ya que, cuando volvía de Barcelona, volando sobre el azul Mediterráneo, me he puesto a leer un libro de Tomás Melendo que realmente me ha conmocionado y os lo recomiendo enfáticamente porque tiene la rara virtud de meter el dedo en la llaga desde la primera página.

Se titula *Ocho lecciones sobre el amor*, y defiende que el ser humano está hecho para amar, que sólo logramos acercarnos a la felicidad cuando crecemos en valores humanos y que esto sucede en la medida en que amamos y somos amados; porque: *quien ama desea completar su querer con la donación total de sí mismo, con la en-*

trega de su propio ser; y, por otro lado, lo que para un ser significa ser amado —dice, citando a Wilhemsem— es precisamente esto: ser. Te necesito para ser yo mismo... —afirma O. Johann—. Amándome me haces poseerme a mí mismo: tú me haces ser.

¡Ironías de la vida! Hace tan sólo unas horas, ante dos millones de telespectadores me atreví a decir que en los institutos va a llegar el día en que en clase de lengua dejemos, por obsoleto, el verbo *amar* para conjugar el verbo *follar*; y ahora, después de lo que he leído sobre el amor, me siento absolutamente apabullado por ese verbo tan exigente, maravilloso y rico de sentido. Y por eso, hijos míos, aunque me esté muriendo de sueño, no quiero meterme en la cama sin antes contaros lo que me bulle por dentro; no vaya a ser que se diluya poco a poco en mi mente, deje de acelerarme el pulso y ya no sea capaz de escribirlo.

Mientras pasaba las hojas allá en lo alto, volando entre el cielo y la tierra, he sentido como si se abriera una parte de mi mente, cerrada hasta entonces a cal y canto, y he comprendido por qué, desde el principio de mi enfermedad, cuando la *ciática* se transformó en *cáncer* como por arte de magia, he venido pensando reiterativamente que la muerte (mi muerte) sería un verdadero descanso, pues me permitiría dejar de sufrir los rigores terrícolas y empezar a gozar ya las alegrías del cielo. ¿Por qué? Pues porque ahora veo que, en el fondo, no os amo lo suficiente y que durante toda mi vida no he hecho otra cosa que pensar en mí, en mi bienestar, mi realización profesional y mi felicidad, y ésta me parecía una buena ocasión para empezar mis vacaciones eternas. Así de egoísta es vuestro padre, hijos míos. Sin embargo, viendo cómo Dios me ha creado por amor, dándome además la capacidad de amar y de sentirme amado, y cayendo en la cuenta de lo poco que he correspondido hasta ahora al mu-

cho amor que he recibido de los demás, sé con absoluta claridad por qué Dios me ha curado y no me ha dejado morir. Simplemente, porque no estoy preparado aún para dejar este mundo. Morirme hoy sería fatal para mí mismo —por inmaduro— y para todas las personas que deben ser el objeto natural de mi amor y han recibido hasta ahora tan poco.

Al fin lo tengo claro. Mi curación no es más que una prórroga, una nueva muestra de amor del que es Amor puro. Pues bien, Señor, si tanto me quieres, déjame en este mundo y dame la oportunidad de sufrir un poco por los demás (sin pasarte..., que te conozco). No me llesves contigo todavía, concédeme un poco más de tiempo para que pueda olvidarme de mí mismo y darme un poco a los demás, a mi mujer, a mis hijos, a mis padres, a mis alumnos y compañeros. Déjame unos años de margen, Señor, mantén encadenado este tumor el tiempo suficiente para que aprenda a amar de verdad y pueda transmitir mi amor, desatando las fuentes inagotables que laten en vuestros corazoncitos de niños.

Tú sabrás lo que haces, Señor. Aún estás a tiempo. Pero preferiría que no me llesves ahora, cuando me queda tanto por amar.

Apéndice

Breve historial
clínico

1996

Agosto (treinta y siete años de edad).— Primeros dolores de ciática en la pierna derecha (convivencias en los Pirineos).

1997

Febrero.— Nuevos dolores de ciática. Baja laboral. El 7 de febrero, una resonancia magnética revela que «no hay signos de hernia discal ni de compresión radicular de otra naturaleza», y el informe que acompaña a una radiografía dice que tengo «escoliosis dorso-lumbar izquierda con rotación vertebral asociada [...] y pequeños signos artrósicos interapofisarios». Me recetan inyecciones de antiinflamatorios y vitamina B, sesiones de láser y gimnasia.

Abril.— Fuerte ataque de ciática. Me llevan a urgencias a la Policlínica y allí me ponen un tranquilizante y me mandan a casa. Después de tomar dos pastillas de Adolonta se me calma el dolor. Un mes de baja en cama, a base de antiinflamatorios, vitamina B y láser.

Octubre.— Nuevo ataque de ciática (Madrid, Congreso de Acción Familiar). Atracón de calmantes y antiinflamatorios. El médico me prohíbe hacer determinados movimientos. Me siento impotente y deprimido.

Diciembre.— Pequeño ataque de ciática estando de vacaciones de Navidad en Madrid.

1998

Febrero

Viernes 20.— Insoportable y tremebundo ataque de ciática.

Martes 24.— Ingreso en el servicio de urgencias de la Policlínica Miramar, me ponen en vena dos bolsas de sue-

ro con Valium-10 y Movalis. Una resonancia magnética, con contraste, y una gammagrafía descubren la existencia de un tumor maligno en el sacro, al final de la columna vertebral: «Gran tumoración sacra fundamentalmente derecha con gran masa de partes blandas presacra y con ocupación asimismo del canal vertebral y de forámenes sacros derechos a descartar como primera posibilidad de *cordoma* (otras posibilidades a tener en cuenta son tumores neurogénicos, metástasis, mieloma...)».

Miércoles 25.— Me hacen una gammagrafía ósea de cuerpo entero, que confirma la existencia de un cordoma: «fijación anómala del radiotrazador localizada a nivel del sacro del paciente, [...] de elevada intensidad y morfología “anárquica”. [...] Conclusión: Área de incremento focal no fisiológico de la actividad osteogénica de características “irregulares” localizada a nivel del sacro del paciente compatible con su sospecha clínica de cordoma.

Jueves 26.— Me hacen una ecografía abdominal para asegurarse de que el tumor no está diseminado por otras zonas del cuerpo: hígado, riñones, bazo, etc.

Viernes 27.— Me sugieren que la intervención para extirpar el cordoma la lleve a cabo el jefe de neurocirugía del Policlínico de Barcelona, por tener mucha más experiencia en cordomas. Por la tarde me hacen un TAC (tomografía computarizada de sacro-pelvis, efectuada con un *C.T. twin flash helicoidal*) que vuelve a confirmar la existencia de una «masa polibulada y con septaciones internas de 5x3x6 cm en región del músculo piriforme y presacro derecho, por detrás de los vasos ilíacos y uréter derecho, que ocasiona desplazamiento de pared lateral y posterior izquierda de la vejiga urinaria. Calcificación paravesical derecha probablemente en el interior del uréter derecho. [...] Osteolisis sacro derecho con destrucción del borde anterosuperior y de

los agujeros de conjunción superiores del sacro derecho. En región central hay área de esclerosis reactiva. Articulaciones sacroilíacas respetadas.

Conclusión: Masa intraósea sacra con extensión pre-sacra al músculo piriforme y desplazamiento de las estructuras anatómicas vecinas. El diagnóstico de elección es el de cordoma; otras posibilidades a considerar: teratocarcinoma-E.S.T., linfoma, tumor simpático, metástasis; todas estas posibilidades menos verosímiles».

Marzo

Jueves 5.— Deciden hacerme al día siguiente una biopsia para confirmar definitivamente que el tumor es un cordoma. Por la tarde me hacen un electrocardiograma y una radiografía de tórax. Me quitan el goteo para que duerma bien, pues ya no tengo dolores de ciática.

Viernes 6.— Me hacen una biopsia con anestesia epidural.

Sábado 7.— Mientras como, me da una lipotimia fulminante y me caigo al suelo. A consecuencia de la caída me parto un incisivo y vuelven a aparecer los dolores de ciática en toda su intensidad.

Miércoles 11.— Me hacen una endodoncia para matar el nervio del incisivo y salvarme lo que queda de diente.

Viernes 13.— Me informan de que la biopsia ha revelado que el tumor no es un cordoma, sino la metástasis de un adenocarcinoma de origen desconocido. Descartamos la cirugía y empezamos la búsqueda exhaustiva del origen del tumor antes de empezar la quimioterapia y la radioterapia.

Domingo 15.— Me hacen un TAC helicoidal de tórax y otro del abdomen para descartar otras metástasis (después de hacerme tragar un asqueroso litro de agua con contraste y de pincharme otro contraste por vía intrave-

nosa). La conclusión de los informes dice que existe una «masa y adenopatía hiliar en pelvis derecha».

Martes 17.— Me hacen una rectoscopia (después de que el día anterior me limpiasen el intestino haciéndome tragar litro y medio de otro purgante) y verifican que aquí tampoco hay ninguna metástasis. Por la noche me hacen otro TAC helicoidal del *cavum*, con contraste intravenoso, y no encuentran tampoco nada.

Miércoles 18.— Me pesan, me miden y me inyectan la primera dosis de quimioterapia. Por la noche vomito largo y tendido, sin más complicaciones.

Jueves 19.— Me llevan en silla de ruedas a SEROSA, anejo a la Policlínica, para medir bien el sitio exacto donde aplicar la radioterapia. Se me quitan radicalmente las ganas de comer.

Viernes 20.— Me hinchan de agua y me hacen una ecografía vesicoprostática. Como tampoco encuentran ninguna metástasis, se dan por vencidos. Por la noche tengo fuertes náuseas y vomito lo poco que he conseguido comer en todo el día.

Domingo 22.— Como me siento mejor, asisto a misa. Al salir, me da una lipotimia, me desmayo y me devuelven a la cama en silla de ruedas.

Lunes 23.— Me hacen otro TAC helicoidal para situar el tumor con exactitud y empezar mañana mismo con la radioterapia.

Martes 24.— Me ponen la primera sesión de radioterapia en SEROSA.

Miércoles 25.— Me ponen la segunda sesión de radioterapia y me mandan a casa. A partir de ahora tendré que ir a SEROSA durante mes y medio, a que me pongan un minuto diario de radioterapia.

Abril

Lunes 6.— Como ya se me está cayendo el pelo de todo el cuerpo, me afeito totalmente la cabeza.

Miércoles 8.— Me ponen la segunda sesión de quimioterapia. Náuseas, vómitos, colitis y absoluta falta de apetito.

Martes 14.— Me vuelven a ingresar en la Policlínica, totalmente deshidratado: «Ingreso por toxicidad gastrointestinal grado IV, resuelta con tratamiento médico: Primperán 1-1-1. Efferalgan 1-1-1. Omeprazol (ulceral) 1c/24h. Ensure plus 2/día». Me he quedado en los huesos. Sólo peso 52 kilos.

Viernes 17.— Me dan de alta y vuelvo otra vez a casa. Ya he recobrado el apetito a medias, aunque estoy muy débil.

Miércoles 22.— Reanudamos las sesiones de radioterapia. Vuelvo a perder drásticamente el apetito y empiezan los vómitos.

Jueves 23.— Como ven que no puedo aguantar tanta terapia a la vez, suspenden la radioterapia hasta que terminemos con la quimioterapia.

Miércoles 29.— Me hacen una resonancia magnética I.R.M. cráneo y lumbosacra, con contraste intravenoso, para medir el tamaño del tumor. Descubren que se ha reducido un 30 por ciento de la masa.

Mayo

Jueves 7.— Me ponen la tercera dosis de quimioterapia. Vuelven las náuseas, los vómitos y la falta de apetito.

Jueves 21.— Faringitis, dolor de garganta y pinchazos muy fuertes en el oído derecho que me suben por el cráneo cada dos o tres minutos. Se me calman en diez o quince días con antibióticos y antiinflamatorios. Además, se me duermen las piernas y los brazos,

y tengo calambres en la pierna derecha, sobre todo de noche.

Miércoles 27.— Se pospone una semana la quimioterapia por la anemia que tengo. Me hacen una radiografía del oído derecho.

Junio

Jueves 4.— Cuarta sesión de quimioterapia. No tengo apenas náuseas ni pierdo el apetito.

Miércoles 24.— Me hacen una resonancia magnética abierta de sacro, que revela que el tumor sigue reduciéndose significativamente: «Cambios por radioterapia en esqueleto visualizado. Lesión sacra derecha con masa de partes blandas voluminosas que ha experimentado cambios tanto en el componente óseo como de la masa de partes blandas respecto a estudio previo de 29-abr-98 con mejoría parcial».

Julio

Miércoles 1.— Empiezo a inyectarme cada día unas ampollas de Eprex (*Epoetium alfa*) para estimular el crecimiento de glóbulos rojos.

Jueves 2.— Quinta sesión de quimioterapia. Mareos, inapetencia y debilidad moderada.

Jueves 30.— Sexta y última sesión de quimioterapia. Molestias, pérdida de apetito, depresión y gran debilidad.

Agosto

Lunes 17.— Una resonancia magnética abierta y un TAC helicoidal de abdomen, con contraste yodado por vías oral e intravenosa muestran que el tamaño del tumor permanece estable. Por lo demás, me encuentro cada vez más fuerte.

Septiembre

Lunes 7.— Empezamos con las nuevas sesiones diarias de radioterapia (veinte). Ya me ha crecido el pelo normal.

Jueves 24.— Al perder la flora intestinal, empiezan los desarreglos cada vez más fuertes y desagradables: colitis, dureza de las heces, hemorragias, etc.

Octubre

Sábado 17.— Siguen las complicaciones intestinales y, además, me quedo afónico. Para regular el intestino empiezo a tomar Cenat (semillas de plantago). Para la *afonía*, antibióticos (Vinzam 500) e inyecciones de Urbasón. Voy recuperando la energía, aunque continúo teniendo mucho sueño y calambres en las piernas.

Noviembre

Jueves 12.— Me hacen una radiografía de pulmón y corazón y una resonancia magnética de la columna lumbosacra, que no revelan cambio alguno en el tumor ni aparición de nuevas metástasis.

Lunes 23.— Nuevo ataque de colitis y vómitos. Dos días con grandes dolores de vientre y diarreas sanguinolentas. Sigo tomando Cenat.

Diciembre

Viernes 18.— Me hacen un PET (Tomografía de Emisión de Positrones) en el Centro'PET Complutense de Madrid.

1999

Enero

Miércoles 6.— Me comunican que el PET ha revelado que no tengo ninguna metástasis y que el tumor per-

manece estable y sin actividad alguna. Me recomiendan descanso y aumento progresivo de actividad física: natación, paseos, etc.

Febrero

Martes 2.— Cojo una gripe tremenda: vértigos, mareos, escalofríos, diarrea persistente y, sobre todo, un dolor de vientre insoportable. Me recetan antibióticos, un jarabe y unas pastillas para regenerar la flora intestinal.

Lunes 8.— No me pueden dar aún de alta porque he perdido todos los anticuerpos que había recuperado desde la anemia del verano; tengo un millón y medio de leucocitos en vez de cuatro millones, que es el mínimo aceptable.

Jueves 18.— Me dan de alta y me reincorporo al trabajo. A partir de este momento tendré que someterme a revisiones periódicas hasta que pasen al menos cinco años, por si el tumor vuelve a reactivarse.

Nota de última hora

Después de reincorporarse a la docencia, superando varias revisiones sin que el tumor diera muestra alguna de actividad, en octubre de 1999 le detectaron varios ganglios infectados en el mediastino —entre los pulmones—. Otra vez se le dio de baja y se le volvieron a administrar sesiones de quimioterapia y radioterapia durante varios meses, sin obtener resultados visibles.

Actualmente se le está aplicando inmunoterapia —interferón—, un nuevo tratamiento médico que, cuando se le detectó el cáncer en el 98, no era más que una estrategia experimental.

Javier Mahillo continúa su vida con optimismo, sin suspender su actividad literaria ni sus apariciones en televisión.

Mallorca, mayo de 2000

TAMBIÉN EN ESTA COLECCIÓN

El stretching, la gimnasia suave
Laly Ruiz

Conócete mejor
Javier de las Heras

Viajar con niños por España
Miguel Jiménez de Cisneros

**Cómo proteger a sus hijos
en el ciberespacio**
Amelia San Millán

**50 especies, 50 espacios
de la naturaleza española**
Luis Merino y Pepa Mosquera

Espasa Práctico

haz tu vida más fácil

VIVIR con CÁNCER

Javier Mahillo

Vivir con cáncer es un libro pensado para todas las personas que padecen o tienen alguna relación profesional o afectiva con esta terrible enfermedad.

A partir de la narración directa y hasta divertida de su propia experiencia, el filósofo y polemista Javier Mahillo nos ofrece una serie de consejos y reflexiones prácticas sobre los más diversos temas que pasan por la cabeza del que, de pronto, ve la muerte como algo demasiado cercano; y lo hace como punto de partida para que cada cual encare la enfermedad según sus circunstancias y convicciones personales, pero siempre con verdadero optimismo.

Vivir con cáncer le ofrece las claves para superar el trauma del cáncer sin dejarse arrastrar por la depresión.

ESPASA  PRÁCTICO

ART-



9 788423 1990016